
LIBRERÍA RIVADAVIA
DE
G. MENDESKY
SUCESOR DE ALFREDO COSSON
545 RIVADAVIA 545
BUENOS-AIRES


HARVARDIANAE
ACADEMIAE
SIGILLUM
IN NOV·ANG·
CHRISTO ET ECCLESIÆ
VE RI TAS

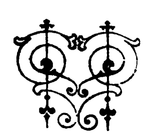
ARGENTINOS Y EUROPEOS

UADROS
SUD-AMERICANOS

POR

JOSÉ CEPPI

(ANIBAL LATINO)



LIBRERIA UNIVERSAL

DE

ALEJANDRO MIROLI—LIBRERO EDITOR

896 — CALLE TALCAHUANO ANTES — 438

BUENOS AIRES

1888

Imprenta de LUZ DEL ALMA, Montevideo 658.

Contiene el presente volumen una série de estudios ó de cuadros escritos en el transcurso de cuatro años, unos para cumplir ineludibles deberes de corresponsal ó de periodista, y otros para satisfacer esa necesidad que experimenta todo publicista, bueno ó malo, de comunicar á los demás sus ideas y sus impresiones, en la esperanza de que alguién llegue á interpretarlas benevolamente y compartir las emociones y los sentimientos que embargaban al autor al escribirlas.

Algunos de los trabajos coleccionados en el tomo son inéditos, como los siete ùltimos sobre el periodismo; otros, como los tres primeros de los *Viajes*, él de la segunda parte que lleva por título *El patriotismo de los italianos fuera de Italia* y algunos mas,han sido publicados en revistas italianas y por consiguiente poco ó nada son conocidos en esta Capital; los restantes han aparecido ya en el diario *La Nación*, pero casi todos han sido rehechos, pulidos, limados, sea para remediar en lo posible los inconvenientes de la precipitación, con que obtuvieron el ser, sea para completarlos con algunas ideas que había sido preciso evitar ó disfrazar para atemperarse al carácter de la publicación, ó

para no ultrapasar los moldes estrechos de la prensa periódica.

Un diario, sobre todo de gran circulación, tiene lectores de todas las clases, de todas las opiniones y de todos los gustos, que, aún fuera de su programa y de sus ideas políticas, le obligan,—como á ciertos hombres célebres que no pueden dar un paso sin ser observados y expiados,—á respetar su posición, imponiéndoles una série de deberes y de consideraciones, cuyo olvido podría disgustar á esta ó la otra fracción de los lectores; y con frecuencia él que escribe para un periódico, sobre todo cuando se halla identificado con su espíritu y con su manera de ser, se amolda casi inconcientemente á tales exigencias, adoptando formas y expresando ideas mas en armonía con la voluntad y las opiniones de los demás, que con sus íntimas y peculiares convicciones.

El libro no opone tantas cortapisas ni obstácnlos, deja mas libertad é independencia, porque lo lee quién quiere, aunque el escritor deba inspirarse en el propósito y halagarse en la idea de que pueda leerlo todo el mundo con placer y, si es posible, con provecho.

Los escritos contenidos en el tomo no forman un conjunto homogéneo y sistemático, tratan de asuntos diversos, porque dedicado el autor á pensar y á escribir sobre los sucesos del momento y las cosas que le rodean, no ha podido elegir siempre el tema de sus composiciones, aunque siempre haya procurado en lo posible unir al recreo la utilidad y al pasatiempo la meditación; pero esto, mas bien que un inconveniente, puede considerarse como una ventaja, porque á la manera de esos bazares ó exposiciones donde la diversidad y número de los objetos expuestos suplen á veces ventajosamente la falta de mérito de cada uno de ellos, logrando distraer y entretener agradablemente la vista, asi la variedad vendrá á ser uno de los

alicientes y atractivos del libro, suponiendo que pueda tener alguno.

Si se esceptua, sin embargo, la primera parte, puramente descriptiva, y en la que se han reproducido casi textualmente y hasta en su forma epistolar, las notas é impresiones de viaje para no quitarles el frescor de la actualidad, no será dificil descubrir que predomina en todos los escritos de este tomo un pensamiento único, trascendental, fecundo, el de aunar voluntades, suavizar asperezas, combatir mal fundados antagonismos, hacer apreciar por los europeos y sobre todo por los italianos, esta América que tantas esperanzas fomenta y tantas promesas contiene con su exhuberancia de sávia y de vida, y hacer apreciar por los americanos la Europa, donde en medio de las funestas herencias del pasado, en medio de los conflictos, de las tempestades y de las podredumbres acumuladás por los siglos, tantas obras admirables surgen, tantas ideas luminosas brillan, y sobre todo hacer apreciar á esa Italia tan poco conocida todavía á juzgar por los elogios exagerados que se le tributan y los ataques injustos que se le dirigen, no obstante haberse escrito sobre ella miles de volúmenes y ser el país de que mas se han ocupado todos los hombres inteligentes de los demás paises de la tierra.

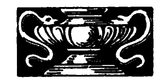
Esa obra de aproximación, de fusión, de unión, de armonía entre americanos y europeos, y sobre todo entre argentinos é italianos, sirve de programa al autor, y piensa continuarla y perseguirla así desde las columnas de la prensa argentina, como desde las columnas de la prensa italiana, con espíritu independiente, con criterio ímparcial, sin las adulaciones ni humillaciones propias de los que se proponen fines interesados, y sin las parcialidades, de los que ponen su pluma al servicio de un personage ó que por no malquistarse con nadie, siguen el sistema del elogio perpetuo.

Y para dar el autor una prueba, siquiera insignificante

de que tales son realmente sus propósitos, ha coleccionado en este tomo la mayor parte de los trabajos publicados en la prensa periódica y que de una manera directa ó indirecta se relacionan con la América en general y con la República Argentina en particular. Esto probará igualmente que el autor observa con atención y estudia con interés los hombres y las cosas que le rodean, los sucesos y las manifestaciones que á su alrededor se producen, sobre todo si se tiene en cuenta que ni este, ni otro tomo publicado hace dos años constituyen la mayor y tal vez tampoco la mejor parte de sus producciones intelectuales, elaboradas en los breves descansos de una tarea ruda, incesante, tenaz, habiendo tenido que dedicarse especialmente al estudio de los problemas y conflictos europeos, de palpitante actualidad en su primera aparición en la prensa, porque tratados en la hora oportuna y cuando despertaban general curiosidad, pero de un interés secundario, sobre todo para un público argentino, cuando solo pueden tener un fin instructivo é histórico.

El autor se dará por muy satisfecho si se llega á conocer la nobleza y elevación de sus propósitos y la lealtad de sus intenciones, aunque se diga y resulte que las fuerzas no responden ni á la grandeza de los unos, ni á la bondad de las otras.

Buenos Aires, Abril 6 de 1888



VIAJES Y DESCRIPCIONES

BUENOS AIRES

TIPOS, PANORAMAS, COSTUMBRES

I

Entre todas las ciudades del continente sud-americano, Buénos Aires és sin duda la que mas rápidamente se puebla, se extiende, se ensancha, y crece en importancia industrial, comercial, fabril y artística.

En Europa, apesar de las grandes construcciones, apesar de la nuévas y espaciosas calles que van abriéndose en medio de las antiguas, apesar de las transformaciones realizadas con relativa actividad en Paris, en Marsella, en Barcelona, en Milán y en otras ciudades, no se encuentran ejemplos de un desarrollo tan grande y tan rápido. Hay que ir á los Estados Unidos, es preciso detenerse en Nueva York ó en Chicago, hay que buscar los maravillosos y casi milagrosos progresos de los *yanquees* para dar con algo parecido ó mejor.

Si hubiera de establecer un parangón entre las cosas del Antigno y del Nuevo Mundo, diría que los pueblos cultos de Europa proceden en su desarrollo y progresos como los hombres ancianos, ó cuando menos maduros, proceden en sus negocios, es decir lentamente, estudiando mucho el pasado, temiendo siempre comprometer el porvenir, dudando, recelando no basten las fuerzas para concluir los trabajos felizmente empezados; mientras los pueblos cultos de América proceden como los jóvenes llenos de vida y de vigor, sin mirar nunca al pasado, ni preocuparse del porvenir. Seguros de sí mismos, confiando en sus fuerzas hercúleas, avanzan á todo trance, rápidamente, derribando obstáculos, dejando tras de sí los mas pequeños para abatirlos mas tarde, sin vacilar nunca, sin descansar un momento, desarrollando asi un trabajo inmenso, gigantesco. Bies es verdad que en el Viejo Mundo todo está consumido, explotado y aún para obtener poco es preciso unir al trabajo el estudio y la prudencia, mientras en América basta por ahora el trabajo para obtener mucho.

Buenos Aires ha triplicado en veinte años su población, que se aproxima á los quinientos mil habitantes y que aumenta cada día con la inmigración. Dispútanse la supremacia en Sud América Rio de Janeiro y Buenos Aires; pero la capital del Brasil, sin duda mas bella y mas pintoresca, á causa de la inclemencia del clima procede mas lentamente en sus progresos y en su desarrollo, recibe una inmigración mucho menor y tiene una población ya muy inferior á la de Buenos Aires.

Construida con la simetría de un tablero de damas, en la desembocadura de los magestuosos rios Paraná y Uruguay que se unen en un abrazo y forman un mar amarillento de aguas dulces como si quisiesen retardar el momento en que su grandeza deberá desvanecerse y perderse en las profundidades del Oceano, la capital argentina se extiende por el norte y por el este á lo largo de la orilla del río,

invade hacia el oeste y hacia el mediodía los pueblos circunvecinos, y por todas partes se ven nuevas casas esparcirse por los campos, estenderse en filas iuterminables, alcanzarse, disputarse el terreno, renovandose y transformandose todo. De un mes á otro los huertos se convierten en fabricas, los jardines en palacios, y surgen á cada instante altas chimeneas de establecimientos industriales, donde solo se veían cimas de eucaliptus.

Y sin embargo todo ese gran movimiento, todo ese inmenso trabajo no basta, porque la población aumenta en mayor proporción, no hay suficiente número de casas y los alquileres han alcanzado desde hace dos ó tres años un nivel fabuloso. Una pequeña pieza cuesta cien francos por mes, una pequeña casita de cuatro piezas de trescientos á cuatro cientos francos mensuales, y asi sucesivamente. Los trabajadores, los carreros, los que ganan de cinco á diez francos por día, se ven obligados á estrecharse, amontonarse, sino quieren emplear todas sus ganancias en alquileres, si quieren vivir, ahorrar alguna cosa. Es una situación que se remediará indudablemente cou el tiempo á fuerza de nuevas construcciones; pero entre tanto produce efectos desastrosos, hace penosa, dificil, trabajosa la vida de los habitantes en general y de los trabajadores en particular.

Habida cuenta de la población, Buenos Aires tiene doble superficie de cualquiera ciudad europea; esto es debido al uso, prevalecido hasta ayer, de hacer casas bajas, con dos ó tres ventanas sobre la calle, de un estilo uniforme heredado de los españoles, últimos restos materiales de la época colonial. Tenía sus ventajas este sistema cómodo, fácil, sencillo de construcciones. Evitaba las curiosidades malignas de los vecinos, libraba de obstáculos, de intromisiones importunas á las dulces expansiones del hogar, dejaba á cada uno el pleno goce del aire y de la luz, permitía adornar los patios con plantas y flores, daba á cada casa un

aspecto mas poético, y á la ciudad un caracter semi-oriental. Pero tenía tambien sus inconvenientes; daba una superficie desmesurada á la población, y sobre todo representaba en estos tiempos utilitarios una perdida extraordinaria de capitales é intereses, teniendo en cuenta el valor que van alcanzando los terrenos y los edificios. Por eso á medida que se derriban las casas antiguas ó se construyen otras nuevas, se hacen de dos ó tres pisos, se aprovecha de la mejor manera posible, como en Europa, hasta el último palmo de terreno.

Buenos Aires ofrece la mejor perspectiva,—¡cosa extraña!—desde la parte mas baja, desde el río. De allí se perciben los depósitos de la aduana con un peqneño faro, una estación de ferro-carril, las masas enormes de los edificios de la ribera, precisamente los mas altos y grandiosos de la ciudad, los campanarios, las torres. Es la primera desilusión que sufren los que llegan por primera vez á las playas americanas soñando en cosas extrañas, extraordinarias, rarísimas, porque no ven otra particularidad que los carros que penetran buen trecho en el río para ir á recibir las mercaderias de las barcas, las cuales no pueden aproximarse á causa de la poca profundidad de las aguas Y tambien esta extrañeza desaparecerá pronto con la construcción del puerto, por medio del cual se ganará una gran extensión de terreno á las aguas, terreno donde surgirá rápidamente una nueva población que será la *City* de Buenos Aires.

En vez de rarezas, apenas el emigrante que llega pisa la tierra, encuentra un paseo público, en el cual se destaca un bello monumento á Mazzini, tropieza con los rieles de una línea férrea, con los trenes que pasan, con las locomotoras que silban, con los vehículos de toda clase que corren, con el incesante movimiento, con los ruidos ensordecedores de una gran ciudad comercial.

Sin embargo, si desde el río se contempla la ciudad al

caer de la tarde, cuando los últimos rayos del sol poniente hacen brillar las cúpulas de las iglesias y dan contornos fantásticos á los edificios mas altos, cuando una inmensa faja de fuego cubre el horizonte hácia el oeste, como el reflejo de una inmensa hoguera, en aquella hora poética la ciudad presenta también un aspecto monumental, aunque no lo sea realmente. Buenos Aires no tiene todavía muchos monumentos, no puede tenerlos. Un pueblo nuevo, que ha de hacerlo todo, que necesita tantas cosas, no puede pensar en el lujo, en lo supérfluo, en los adornos, en las exigencias del espíritu, porque debe procuparse y satisfacer ante todo las necesidades imperiosas del cuerpo.

Las calles de Buenos Aires, como las de casi todas las ciudades americanas, son rectas, largas, paralelas, interminables y á una distancia invariable de unos ciento treinta metros una de otra. Las hay espaciosas y algunas se ensanchan todavía, se embellecen con hileras de árboles; pero tanta regularidad, si bién ofrezca sus ventajas, desespera á los que tienen la vista acostumbrada á buscar la armonía en la variedad, á contemplar los paisajes accidentados, limitados, llenos de sospresas.

Las calles de Rivadavia y Callao, la cual al cruzar con la primera cambía de nombre, pero no de dirección, cortan la ciudad casi en su centro, como Broad Stree y Markett Street en Filadelfia. La calle de Rivadavia se estiende en línea recta hasta el cercano pueblo de Flores en una extensión de cerca doce kilómetros. Se ha calificado á Washingtón de ciudad de las distancias, pero pronto merecerá tambien Buenos Aires esta calificación.

La calle aristocrática es la calle de la Florida. La frecuentan con preferencia á ciertas horas del dia las señoras porteñas, las jóvenes aristocráticas, de ojos grandes, de cabellos negros, blancas, regordetas, tiesas, elegantes, bien proporcionadas, esbeltas, vivarachas. Y la frecuentan para hacer compras en las tiendas, para ver y ser vistas por

los jóvenes del país, algunos de los cuales nunca faltan por allí á ciertas horas del dia y de la noche, formando grupos en las esquinas de las calles ó pasando horas enteras en las puertas de las casas y de las tiendas.

La parte mas populosa de la calle Florida está cerca del puerto, y en ella, como en la plaza Victoria y en parte de las calles de. San Martín, Reconquista, Piedad, Cangallo, Rivadavia y Victoria se concentra el movimiento comercial de la ciudad. Alli hay durante el día una muchedumbre incesante que va y viene,—y es un perseguirse, un cruzarse de tramwais, de carros y de coches que aturde. Pasando una hora en cualquiera de esas calles se verían desfilar con seguridad comerciantes, empleados, militares, sirvientas, jornaleros, vendedores ambulantes, mugeres de todas las clases, hombres de todas las condiciones: alli se oyen acentos de todas las lenguas, palabras de todos los dialectos, se observan todas las gradaciones del cutis humano, trajes de todos los paises y de todas las estaciones, revelando la composición y la vida cosmopolita de la ciudad.

Pero todo aquel bullicio y aquella animación no duran hasta muy entrada la noche, como en muchas poblaciones europeas: á las ocho se extiende en todas partes una dulce qnietud; las calles se despueblan y no suceden al trabajo esas horas de espansión, de alegría, que hacen buscar al pueblo un paseo, un lugar público donde poder distraerse, divertirse durante una ó dos horas sin gasto alguno. Bien es verdad que bajo este aspecto no está todavia bien preparada la ciudad de Buenos Aires; no proporciona, especialmente á los habitantes pobres, los encantos de otras ciudades.

Hay, sin embargo, grandes y hermosas plazas; pero no está en los hábitos de los argentinos salir mucho de noche, como no sea para ir al teatro ó hacer visitas. Las señoras sobre todo salen poco y un lugar de reunión sin mugeres sería como un jardin sin flores. Tal vez por ser mas

concentrada la vida de la familia, hay en las casas de la gente acomodada del país un lujo que no se encuentra en Europa. Se reunen mas comunmente las amigas y pasan las veladas detras de las rejas de las ventanas, cuchicheando, charlando, riendo, así que en ciertos momentos se parece Buenos Aires á una ciudad andaluza.

¡Cuántas noches, recorriendo las calles solitarias, viendo brillar las pinturas en los vestíbulos, resplandecer las luces en los patios llenos de plantas y flores, resaltar los muebles en las habitaciones cuya débil luz dá un carácter misterioso á las bèllas y envidiables habitadoras de las casas, respirando las oleadas de perfumes y de fragancias que salen de las ventanas, oyendo las notas de un piano, las armonías dulces y suaves, las voces sumisas de las mugeres que aparecen y desaparecen, como hadas, en la penumbra de las habitaciones, contemplando todo lo que revela los placeres, las alegrías inefables de la familia, he pensado en la tristeza, en la soledad de todos los que viven sin amigos, sin parientes, sin poder nunca fijar sus miradas en otra miradas dulces y cariñosas; he pensado en la melancolía, en el desconsuelo que aquel espectáculo debe infundir en el ánimo de miles y miles de italianos, que después de un largo día de penoso trabajo no encuentran mujeres queridas que los esperen, ni pequeñuelos que los alegren con sus besos y sus sonrisas, ni una voz que los anime en las horas frecuentes de dolor y desaliento: que se ven solos y abandonados en un mundo donde tantos seres aman, sin mas alivio qne el pensamiento de la patria lejana, de la esposa, de los hijos, de los parientes y de los amigos que han dejado en Italia!

Es siempre triste en toda edad y en cualquier lugar el aislamiento para el hombre; pero lo es mucho mas en la edad madura y en lugares desconocidos; é indudablemente será siempre sabio consejo decir á los que se ven en la necesidad de emigrar, á los que se resuelven ir á buscar en

lejanas tierras el trabajo qne no encuentran en la patria, que no partan solos, que lleven consigo la familia, alguno, de los séres que aman.



EL PUNTO MAS CÉNTRICO DE BUENOS AIRES

II

La plaza Victoria es la mas central de Buenos Aires como la plaza del Duomo lo es en Milán, la de San Marcos en Venecia, la del Sol en Madrid; central por su importancia y por el movimiento de la vida ciudadana, pero no por su posición, porque se encuentra en un extremo de la ciudad.

La plaza es vastísima, como lo son casi todas las demás de Buenos Aires, la de Constitución, Once de Setiembre, General Lavalle, etc. Estéticamente no ofrece atractivos especiales, si bien su posición sea hermosísima y la rodeen algunos buenos edificios, entre ellos el palacio gubernativo, que se destaca en uno de los lados cerca del río; existe, sin embargo, un vasto proyecto de ornato, cuya realización permitirá transformarla lentamente. Por ahora presenta un aspecto un poco triste con su vasta superficie apenas interrumpida por dos pequeños monumentos, que dejan bastante que desear como tales, y por una doble fila de palmeras con sus troncos largos, delgados, desnudos como palos de telégrafo y sus penachos de hojas que parecen gruesos plumeros de soldados de caballería.

Si la plaza Victoria ó 25 de Mayo, como se llama oficialmente, no es central, es indudablemente centralizadora.

En ella se encuentran los ministerios, el Congreso, la Catedral, los Tribunales, la Aduana, la Bolsa de Comercio,

la Municipalidad, la Dirección de Policía; y á poca distancia los Bancos, las redacciones de los periódicos, las mejores tiendas, las calles mejor empedradas, los edificios mas grandiosos, los mas importantes establecimientos públicos y particulares. Por eso desde la mañana á la noche, no en el centro ciertamente,porque habría lugar para todos, sino al rededor, en las anchas aceras y en el espacio asignado á los vehículos, reina un movimiento, y una animación extraordinaria.

Las ocho grandes calles que desembocan en la plaza, Rivadavia, Victoria, Bolivar, San Martin, Defensa, Reconquista, Balcarce y 25 de Mayo, arrojan incensantemente, como torrentes impetuosos, olas bulliciosas de pueblo y de coches, que se subdividen en cien hileras, como batallones que se extienden en guerrilla. Los tramways y los coches se aproximan y agrupan hasta parecer que van á chocar y despedazarse y de improviso se separan y alejan con rapidez, como si huyesen espantados.

La gente apresurada que corre, los saludos alegres, las conversaciones animadas, los gritos de los cocheros, los cantos desafinados de los vendedores ambulantes que proclaman á voz en grito su mercadería, los aullidos de los vendedores de periódicos, forman á todas las horas un espectáculo alegre y variado. Allí se preparan y organizan las manifestaciones públicas, se pasan las revistas militares en las grandes solemnidades, se hacen las mas espléndidas iluminaciones, se celebran los hechos mas importantes de la vida ciudadana ó nacional. En esos días, especialmente el 25 de Mayo y 9 de Julio que son los días de las grandes conmemoraciones patrióticas, como sucede en iguales circunstancias en las plazas centrales de las grandes ciudades europeas, el espectáculo es todavía mas bello y mas imponente.

Las tropas formadas en batalla ó en columna por compañias, ocupan el espacio asignado á los vehículos, y el

resto de la plaza se llena de una multitud compacta é impenetrable de gente de todos los paises, predominando, como es natural, los argentinos y los italianos. Conociendo la composición cosmopolita de la ciudad es facil imaginarse, pero no ciertamente describir las sorpresas que se reciben, los trajes que se observan, los tipos que se ven, las rarezas que se descubren, las exclamaciones, las frases, las palabras que se oyen, el efecto que produce la mezcla, la confusión de tantas leguas y dialectos difeientes, á los que bien podrían aplicarse los conocidos versos de Dante en la puerta del Infierno.

Los balcones y las ventanas de todas las casas alrededor de la plaza se llenan de familias aristocráticas, de niñas y matronas, de curiosos que estrechan las distancias; que asoman por las azoteas, que parecen imprimir movimiento á los edificios.

Luego, cuando las tropas desfilan debajo de los balcones del palacio gubernativo donde está el presidente de la República con los ministros, senadores, diputados y altos dignatario, hay que oir las comparaciones extrañas, las criticas, los elogios, las observaciones que se hacen por los italianos, franceses, alemanes y españoles, sobretodo por los que han servido en los ejercitos europeos. Aqui se recuerdan los *bersaglieri*, allá los zuavos, en otro lado los hulanos, mas lejos los cazadores, pronunciandose palabras y frases apasionadas que mueren en los labios del que las dice, cuando á veces, al volver la cabeza, tropiezan sus miradas con las miradas severas de un rostro amenazador y terrible que espresando la cólera de los sentimientos ofendidos demuestra que ha comprendido lo que se ha dicho y da á entender mejor que si lo dijese á gritos:

—¡Cuidado con lo que hablan! Esta tropa es tan buena y tan capaz de morir como la vuestra. No tenemos sangre de cordero nosotros. La patria, el honor, el valor se aprecian aqui tanto, á lo menos, como en vuestro país.

LA BOCA Y SUS HABITANTES — LOS GENOVESES

III

Al sud de Buenos Aires, á seis ó siete kilometros del centro de la ciudad, á lo largo de la orilla de un pequeño río canalizado en cierta estensión y que se llama Riachuelo, extiéndese La Boca, un barrio ó mejor dicho un suburbio vastísimo de la población. Está separado de la ciudad solo por una estensa faja de terreno poblada por algunas casas esparcidas: la comunicación es cómoda, fácil, rápida, contínua por tramway y por ferro-carril; y sin embargo tiene un caracter tan diferente, tan especial, que parece estar á cincuenta millas de distancia. Muchos, hasta en Buenos Aires, hablan de la Boca como si hablasen de otra ciudad, no de un barrio que está á dos pasos de la gran plaza Victoria.

El contraste procede de la diferente arquitectura de las casas, y más todavía de la naturaleza, del carácter y de las costumbres de los habitantes. Las casas son casi todas de madera, de un solo piso construidas sobre estacadas, como en Amsterdám, entre otras razones porque La Boca se encuentra en un terreno algunos metros mas bajo que el resto de la ciudad, dos ó tres solamente sobre el nivel de las aguas del Plata; y el desborde del Riachuelo la ha inundado varias veces y tal vez la habría destruido en parte sin aquella especial construcción de las casas.

Además los habitantes, en número de mas de veinte mil con los de los pueblos contiguos de Barracas, son casi to

dos italianos, predominando entre ellos los genoveses, lo que no es estraño si se tiene en cuenta que La Boca es hasta ahora el barrio marinero, el verdadero puerto de Buenos Aires.

Los genoveses continúan bien sus gloriosas tradiciones marítimas, y prueban en todas partes que todavía poseen la audacia y las cualidades que enaltecieron á sus antepasados. La vida moderna, tan diferente de la antígua, no ha cambiado su indole, que en armonía con los progresos de estos tiempos, se desarrolla y se manifiesta de una manera atrevida é incansable. El mar es para el genovés lo que el instrumento es para el músico, la soledad para el poeta, la guerra para el militar: ejerce sobre él una atracción irresistible, lo seduce, especialmente con sus furores y sus amenazas, que lo excitan á poner á prueba su temple viril. Hasta la naturaleza parece querer empujar al agua al genoves; las montañas persiguen las poblaciones de la Liguria, las estrechan en una faja de tierra, forman una barrera elevada é imponente, como sí quisiesen impedir á los habitantes volverse atrás y alejarse del mar; y como si ésto no fuese bastante, de vez en cuando los terremotos, sacudíendo y subvirtiendo hasta aquel pedazo de tierra, parecen querer indicar á los habitantes que su mirada terrestre no está segura, que su destino es el dominio de las aguas.

La navegación de cabotaje en las dos orillas del Plata está casi toda en manos de genoveses, que se hacen apreciar en América como en Europa por sus especiales aptitudes. En la Boca, por otra parte, se encuentran como en casa propia, porque estando rodeados por las aguas y por los buques, en contacto incesante con los patriotas que llegan y parten, viven en armonía con sus inclinaciones, es decir con un pié en tierra y otro sobre un navío.

Hasta la población recibe de ellos un carácter especial: las calles, las casas, las tiendas, las costumbres, el

movimiento, las florestas inextricables de las arboladuras de los buques que se amontonan en el canal, formando inmensas telarañas de cuerdas, el olor de alquitran, los numerosos grupos de marineros y barqueros que se reunen á lo largo del Canal para discutir vivamente de asuutos marítimos, todo, en fin, tiene cierto aire de la patria de Balilla.

La Boca es en los días de fiesta el paseo predilecto de los italianos de la clase baja que residen en Buenos Aires, sobre todo cuando está anclado algún vapor transatlántico italiano. Numerosas familias, con sus cohortes de niños, toman por asalto los trenes, invaden los tramwais, corren donde está el vapor, se agolpan y se apretan por la escalera y pasan horas enteras á bordo mirando las máquinas, la proa, la popa, las cocinas, los camarotes de primera y segunda clase, los innumerables nichos que sirven de cama á los pasageros de tercera, comunicándose mútuamente los recuerdos que en aquel instante asoman á sus mentes, citando los incidentes ocurridos y los padecimientos sufridos en aquel mismo ó en otro vapor cuando vinieron de Génova á Buenos Aires, observándolo todo, deteniéndose sobre cada cosa, viajando con la instantaneidad del pensamiento desde Italia á América y desde América á Italia, todos alegres, locuaces, expansivos, porque aquel vapor recientemente llegado de las costas patrias, parece traer algo, un saludo un recuerdo, un poco de aire de la Italia lejana.

En aquellos días la boca presenta un aspecto animadísimo. Aquí la gente que se agolpa para entrar en el vapor, haciendo equilibrios sobre la escalera o sobre las tablas que dan acceso á él; allá los paseantes que se confunden en una mezcla extraña y cosmopolita de tipos, trajes y colores, sobre el agua las barcas que llevan grupos de personas á la otra orilla del canal, que es un lugar de recreo, los silbidos de los vaporcitos que remolcan á los buques de

vela, los cantos de los marineros, el humo de las miserables cocinas de los buques fondeados en el canal; en tierra los acentos de varias lenguas y dialectos de Italia que cruzan en todas las direcciones, los barqueros membrudos que ofrecen sus servicios, los tramways, los carros, los coches que pasan al lado de los vapores, familias de todos los países, una renovación incesante, en fin, formando un espectáculo alegre, en el que la vida de tierra y la vida de mar se confunden, como en una gran fiesta de alianza, de fraternidad y de paz.

Con la construcción del nuevo puerto la Boca quedará encerrada entre dos puertos, es decir el actual del Riachuelo, y el nuevo, aumentará su importancia, se desarrollará todavia mas rápidamente, mejorarán sus condiciones higiénicas,ahora bastante deplorables por falta de agua potable y de cloacas, y los genoveses estarán aún mejor en su elemento.



DE BUENOS AIRES Á MENDOZA

IV

MENDOZA, Marzo 25 de 1885.

Cuando encajonado en el asiento de un coche del Ferrocarril de Campana, en lugar donde ménos pudiera incomodarme las nubes de polvo, que en esta época del año se levantan al paso de los trenes, cavilaba en que podría entretenerme para combatir el aburrimiento y la pesadez de las dos largas horas que emplea el tren en recorrer el trayecto de Buenos Aires á Campana, empecé á reflexionar si escribiría ó nó mis impresiones de viaje.

La verdad es,—dije para mí— que muchas veces se ha descrito el camino que voy á seguir. No hay escritor de nota ó de tres al cuarto, periodista vulgar ó distinguido, que no haya echado su cuarto á espadas, cada vez que por placer ó en comisión han podido apartarse algunas horas del ancho camino de Palermo, ó de los pintorescos paisajes del Tigre. Y lo que no habrá dicho el uno se le habrá ocurrido al otro... Pero ¿á que tantos escrúpulos? ¿Se han dejado de escribir sonetos heróticos porque seis siglos antes los hiciera tan insuperables Petrarca? ¿No podré yo también hacer brillar alguna nueva faceta de esa

piedra,—de mucho ó poco valor, según la potencia intelectual de cada uno,—que sacan de la mina de su imaginación los que se han enredado en ese gran laberinto de la literatura; desierto tan árido para los unos, campo tan vírgen y fecundo para los otros?... ¿Porque no he de compartir yo también con el público las impresiones que reciba ó los pensamientos que se me ocurran ante las obras de la naturaleza ó las obras de los hombres? Buckingham dejó caer un magnífico diamante en el mismo sitio en que Ana de Austria le confesara su amor. Quiso que otro, hallándole, fuese feliz en el mismo lugar en que él lo había sido. Pues yo que siento una casi invencible necesidad de compartir con los demás las impresiones que recibo, he de participar á los lectores de LA NACIÓN, dentro del límite de mis fuerzas intelectuales, las emociones que experimente y las observaciones que se me ocurran en mi primer viaje al interior de la República,

Este soliloquio se hubiese, quizás, prolongado por largo rato todavía en una série de interpelaciones y respuestas sobre la manera y el estilo en que esplanaría mis apuntes, si un niño de unos ocho meses, tendido en el regazo de una ama de cría sentada en la banqueta de enfrente, enojado sin duda por el olvido en que yo le tenía, no hubiese creido que lo mejor era hacer una presentación espontánea y aparatosa, tomando mis muslos por frágua, haciendo servir como martillo sus delicadas piernitas y empeñandose en dibujar algun color mas claro sobre el azul oscuro de mi pantalón. La madre postiza, esto es el ama de cría, reíase á mandíbula batiente de las gracias del niño, que á mí maldita la que me hacían, mientras la madre de veras, sentada dos banquetas mas adelante, con su indiferencia, hacía cuanto estaba en sus manos para aparentar lo menos posible de madre, y lo mayormente posible de mujer hermosa y elegante, ya para el esposo

que tenia al lado, ya para los demás que quisieran contemplarla.

Pero mis precauciones permitiéronme llegar sin novedad á Campana, cuya existencia, si no hubiese otros signos característicos, que la indicaran, bastaria y aun sobraría para revelarla el rumor de las voces guturales, roncas y agudas de los individuos que allí continuamente se disputan el honor de cargar sobre sus hombros los equipajes de los viajeros.

Bajé del tren: á la derecha de este, á unos diez pasos, las moles flotantes del Minerva, del Proveedor y del Pingo; á la izquierda, depósitos del ferro-carril, mercaderías amontanadas, trenes de carga y algunos edificios á lo lejos, semi-ocultos entre bosques de sauces; al frente y á retaguardia agua, árboles y ramas entretegiéndose en mil caprichosas combinaciones.

Se trasbordaron rápidamente al vapor las cajas, baules, maletas y demás enseres de los viajeros; los palacios acuáticos empezaron á moverse, despues á deslizarse rápidamente sobre las aguas tranquilas, que al ser cortadas por los flancos de los buques se transformaba en rabiosa espuma, como protestando de que se las interrumpiera en su sueño y se las ocasionara aquella molestia.

Al poco rato de habernos enredado por las tortuosidades del río, empezó á oscurecer.

Los últimos destellos del dia daban tinte cobrizo á los objetos, fantásticas apariencias á la naturaleza.

Encima de nosotros un cielo de extraordinaria limpidez, en el que nadaban las primeras estrellas de la noche. La humareda del vapor, las inciertas sombras dando aspectos fantasmagóricos á las plantas que á derecha é izquierda del buque descienden á beber con sus postreras hojas y ramas las aguas plateadas por los rayos de la luna, todo daba al paisaje un aspecto tan singular, y en algunos pun-

tos tan extraño y maravilloso, que no me cansaba de contemplarlo.

Pero... Hay un *pero*, amigo lector, y es sabido que los *peros* generalmente son malos. Aqui el *pero* lo constituyen en esta estación las miriadas de mosquitos, que asaltan á los pasajeros y los acribillan á pinchazos, penetrando en las orejas, debajo de las ropas, en todas lás partes del cuerpo.

El toque de una campana avisó á los viajeros que habia llegado la hora de comer. Numerosas personas de ambos, sexos y de todas las edades nos vimos reunidas en las mesas del comedor del Pingo.

Como no abrigo el propósito de fastidiar al lector con el cuento de nunca acabar, no diré nada de los incidentes de la travesía, de las reflexiones que se le ocurren al hombre observador cuando se le pone en contacto con personas extrañas en las intimidades de la vida; pasaré por alto las discusiones acaloradas, en las que los nombres de Roca, Mitre, Rocha, Juarez Celman y otros se barajaban confusamente; no me ocuparé de las animadas conversaciones en que los proyectos de Bismark, la guerra franco china, los ingleses y los madistas, los rusos y los italianos, los brasileros y los chilenos se mezclaban en abigarrado tropel; y nada diré tampoco de la distribución interior de esas casas flotantes, que casi diariamente pueden admirarse en toda su variedad de formas y tamaños en la rada de Buenos Aires ó en la Boca del Riachuelo; pero me permitiré una observación y un consejo. Los vapores de las líneas fluviales constituyen un excelente escenario para estudiar en casi todos sus aspectos y manifestaciones la sociedad argentina, desde el cosmopolitismo, y la refinada cultura de los porteños, hasta la sencillez, franqueza algo ruda y preocupaciones de algunos pueblos de Corrientes. Seguro estoy de que pasando algunos dias á bordo de esos vapores pueden encontrarse, en una escala mas ó menos

reducida, las costumbre, los hábitos, las pasiones, los caracteres mas salientes de los pueblos de las catorce provincias, ó á lo menos de las que sostienen entre sí una comunicación mas frecuente, como son las ribereñas y las de Córdoba y Tucumán. Si veis, por ejemplo, á un individuo que aprovecha cualquiera oportunidad, un giro favorable de la conversación, para intercalar alguna noticia sobre plantaciones de caña, exponer datos sobre cosechas y arrobas de azúcar, podeis asegurar que es de la provincia de Tucumán. Si oís á otro que habla con el mismo calor de política y cereales, de elecciones y colonias, no lo dudéis, es un santafecino. Pero si él que habla de politica vocifera, parece inclinarse mas bien á la riña que á la discusión, y pasa por encima de todas las dificultades, queriéndolo arreglar todo con el palo, y hace una mezcla de derechos y deberes, sin que revele tener una idea muy clara de unos ni de otros, podéis afirmarlo sin temor de equivocaros, es un correntino. En cambio si os llama la atención entre los viajeros un individuo emperegilado, que habla de todo con la mayor frescura, aún que con ligereza y superficialidad, especialmente si es joven, si veis, repito, á un indivíduo, que os podria hacer creer á primera vista, por sus boatos y modales, que es conde ó marqués ó algun miembro conspícuo de la aristocracia española, entonces admirad en él á un porteño *pura sangre*.

Y así sucesivamente podrían caracterizarse los habitantes de otras provincias.

En cuanto á las mujeres como no hablan tanto de politica y colonias, sin dejar por eso de hablar siempre, merecen un estudio mas detenido, del que daré cuenta oportunamente, asi como daré cuenta de otras cosas que la premura del tiempo ú otras atenciones me impidan relatar ó exponer con la debida extensión en esta ú otras correspondencias.

Pero volvamos al viaje. Y para no perdernos en nuevas

digresiones, á que se prestaria indudablemente la descripción de los atractivos que ofrece de noche la navegación fluvíal para los que, no pudiendo conciliar el sueño en la cama del estrecho camarote, en compañia de individuos que no son siempre del mayor agrado, prefieren admirar desde la cubierta del buque el extraño efecto que produce el encuentro con otros buques, cuyas luces parecen los ojos de monstruosos habitadores de los rios, y á que se prestarían también las mil rarísimas figuras que se dibujan en la sombra, cuando la noche no es muy oscura, ó cuando la luna proyecta sobre la tierra su luz engañadora; para no estraviarnos nuevamente, repito, plantémonos en las inmediaciones del Rosario ó mejor dicho de San Nicolás, donde se llega al amanecer del siguiente día. San Nicolás, visto desde el vapor nada ofrece de notable, como no sean algunas arboledas, de sauces me parece, que espesas y bien delineadas avanzan desde la orílla hasta unos treinta metros dentro del agua.

Las orillas del Paraná, antes y despues de San Nicolás hasta muy cerca del Rosario, no presentan los atractivos que se encuentran á la salida de Campana, ó desde Campana á Buenos Aires. Pero cuando el viajero se cansa de mirar los verdes prados de la orilla izquierda, que es la mejor y mas elevada yendo hácia Santa-Fé, cuando ya se cansa de mirar la uniforme y desierta llanura de la derecha, con sus pequeñas lagunas esparcidas aquí y acullá, se entretiene en seguir el vuelo de las innumerables bandadas de patos, que desde los primeros albores de la aurora besan la tierra y las aguas, pasan de una á otra orilla, ó se zambullen impávidos á dos pasos del buque, mofándose de la estruendosa batahola del vapor.

La entrada del Rosario, con la ciudad oculta por uno de los numerosos recodos y una de las mil tortuosidades del Paraná, sería magnífica y podría llegar á ser con el tiempo tan pintoresca como la entrada de Santander con

su famoso Sardinero, á la cual se parece, si, como ya lo dije, la orilla derecha se prestase por su elevación y escabrosidad de terreno, á ser tan amena y variada como la izquierda, en la cual ya se ven algunos bonitos edificios, algunas deliciosas residencias de verano.

Llegamos al Rosario. Las formalidades de recojer los equipajes, contratar los peones ó los coches, molestan infinitamente en la natural impaciencia que se tiene al llegar á puntos desconocidos. Uno quisiera ser ave para llegar á su destino sin esas cargas de baules y maletas, paraguas y sombrereras á que obligan las necesidades del cuerpo y las exigencias sociales.

Del Rosario solo puedo decir que he visto su espacioso puerto, poblado por numerosos buques, y las calles adyacentes al mismo, que ciertamente no se distinguen ni por su limpieza ni por su empedrado. Cúbrelas una espesa capa de polvo, que cuando es removido por las caballerias y vehículos asfixia á los transeuntes, y fácil es colegir en que se transforma esa capa en los días de lluvia. Y eso que, siendo domingo, no se notaba en el puerto, el movimiento y la animación que debe haber en los días de trabajo.

A las cuatro y media de la tarde tomé el tren que saliendo de los numerosos depósitos de material, mercaderías y talleres que forman la espaciosa estación del ferrocarril Central partía para Mendoza. Los paisajes que se presentan á la vista del viajero, desde su salida del Rosario, son pintorescos y variados hasta donde pueden serlo esas inmensas llanuras de regularidad desesperante, que caracterizan el suelo de algunas provincias argentinas.

La naturaleza ha sido pródiga con este país; pero lo ha hecho á imágen de la grandeza que deberá tener y de las ideas que deberán predominar algun día. Ante esas llanuras inmensas, montañas colosales, rios grandiosos y bosques interminables, el ánimo impresionado por el ejem-

plo de esa gran república norte-americana, en donde también pueden admirarse esas grandes hechuras de la naturaleza, el ánimo, repito, se inclina á reflexionar sobre las ideas, las riquezas, los millones de almas, que han de brotar, desarrollarse y crecer en esas vastísimas regiones que hoy imponen solo por su silencio.

Para el que está acostumbrado á la variedad de los paisajes europeos, á la contemplación de monumentos históricos, de construcciones artísticas, de edificios lujosos, no presentarán, quizás, atractivos las blancas casas de los colonos y la vegetación uniforme de la provincia de Santa Fé; pero un pueblo que se dedica con afán á roturar campos, y que ha de empezar por imponer á la naturaleza la potencia de sus fuerzas físicas, un pueblo cuya mayor preocupación es el porvenir, no tiene tiempo para dedicarse al arte, dar rienda suelta á la imaginacíón, entretenerse en cuestiones de gusto mas ó menos refinado, en perjuicio de la premura y de la utilidad, que son la característica de las grandes empresas en los pueblos jóvenes y florecientes. Bien es verdad que apenas se pierden de vista los campos de Santa Fé, apenas se llega á las prósperas y progresivas colonias de Avila, Roldan, San Gerónimo, Carcarañá y Cañada de Gomez, el paisaje cambia.

Las dos últimas especialmente presentan hermosos panoramas por sus jardínes, por sus árboles de múltiples clases, que se enlazan, se enredan, se combinan en armónica confusión, sombreando las casas, ocultándolas formando toldos de hojas, acompañando las aguas de un riachuelo, de una fuente, de un canal, como si los árboles jugando al amor con las aguas quisieran ocultar á las ávidas y codiciosas miradas de los hombres la transpariencia y frescura de la novia. Pero apenas se entra en la provinria de Córdoba, la animación cesa y las poblaciones escasean.

Cuando llegamos á Cañada de Gomez ya la noche habia

tendido una capa oscura sobre los campos, y la vista intentaba inutilmente combinar las formas de las personas de los animales y de las casas que á lo léjos interrumpían de vez en cuando la monotonía de los campos. El agudo chirrido de alguna carreta y el eco del canto de algunos aldeanos, canto anunciador de tranquilidad, bienestar y felicidad, eran los únicos ruidos que lograban de vez en cuando vencer el acompasado rumor del tren.

La Provincia de Córdoba nos recibió con relampagos, truenos, rayos y lluvia. Imponente y hasta terrorífico era entonces el espectáculo que se presenciaba asomando la cabeza fuera de la ventanilla; el siniestro resplandor de los relámpagos, despues de describir en rapidísimos zig zag una linea de luz eléctrica en medio de una inmensa hoguera, interrumpia momentáneamente la oscuridad de la tierra y del cielo, el trueno con sus retumbantes y prolongados estampidos parecía la descarga de mil cañones, cuyos proyectiles podrian destruirnos; la lluvia á cada instante mas fuerte hacía temer por la seguridad de nuestras vidas con la destrucción de terraplenes y la improvisación de lagunas y corrientes, y, en medio de todo aquello, la rechinante trepidación del hierro, la luz de las linternas desafiando la luz de los relámpagos, la locomotora dejando oir su acre respiración, como un mónstruo que cruzára regiones ignotas de la atmósfera.

Para desechar la idea de un descarrilamiento ó de la posible interrupción del viaje á causa de alguna avería, cosa tan facil en nuestras líneas férreas, cerré la ventanilla y aunque generalmente, un poco por cálculo y otro poco por mi carácter, mas observador que comunicativo, suelo ser muy retraido con las personas desconocidas, me propuse buscar distracción y luchar con el tiempo conversando con algun adlátere que se prestara á ello.

No hube de hacer grandes esfuerzos para lograr mi intento. Mas fácil es encontrar en la vida común quién

se desviva por hablar, especialmente entre los que mas debieran callar, que quién por cálculo, carácter ó buen sentido, prefiera no gastar aliento en decir tonterias; y bastó que ofreciera un cigarrillo á un señor ya muy entrado en años que tenia á mi lado, para que, desquitándose sin duda del obligado silencio de algunas horas, me contase su vida y sus hazañas, desde que salió de la escuela hasta que corrió por Filipinas y California y Chile, con los detalles de su casamiento, de los hijos que tuvo, de los negocios que emprendió hasta parar en las causas que motivaban su viaje. No duró menos de dos horas el relato, tras del cual vinieron las indirectas y las preguntas para que correspondiera, con otro tanto á la galanteria del individuo en lo que yo, como se comprenderá, no estaba muy dispuesto á complacerle.

Pero aún teniendo en cuenta el proverbio de que las apariencias engañan, como sé que los proverbios, achaques de gente vieja, no siempre se confirman, y además el señor era comerciante, segun sus informes, y había viajado mucho y se envanecia de su mucha experiencia y conocimiento del mundo, y parecía tener cierta ilustración superficial al dar cuenta y juzgar los fracasos de su vida, arriesgué informarle del objeto de mi viaje, es decir que era redactor de un diario é iba de corresponsal á las fiestas de Mendoza. Admiración del anciano comercíante. y tras de esta admiración y otras varias preguntas y respuestas aclaratorias ¿que creerá el lector que se le ocurre preguntar á mi acompañante? Le voy á dejar la palabra:

—¿Es V. tambien *caligráfico*?

Yo habia oido bien claro, pero me pareció la cosa tan fenomenal que no quise dar fé al oido.

—¿Cómo dice señor?

—¿Que si sabe V. caligrafía?

—¿Pero, qué quiere V. decir con eso?

—¿Que si sabe V. componer bien con la pluma?

Yo ví que la cosa se iba enredando, y para que el fenómeno no tomara proporciones alarmantes, añadi, contestándole en el tono de su pregunta:

—No, señor; desde que el coloso del siglo llegó á considerar como un mérito el hacer geroglíficos en vez de letras, todos los que con fundamento ó sin él, presumen de algo, han dado en la manía de escribir de la peor manera posible.

Nueva admiración del señor anciano, que se quedó mudo pensando sin duda en quién sería el coloso del siglo, qué quería decir geroglífico, y cómo se podía escribir en un diario sin ser *caligráfico*.

El comerciante á que me refiero no es argentino; es... pero no quiero decir la nacionalidad, no sea que sus compatriotas se ofendan ó avergüenzen, por un hecho tan sencíllo, y achaquen á invención con propósito de injuria lo que es purísima verdad, tanto que yo pedí permiso al señor para hacer uso de sus palabras en mis notas de viaje y se quedó completamente conforme.

Pero yo me escamé con aquel rasgo de talento de mi interlocutor, y alegando sueño y pesadez, corté de raíz la conversación, para observar, mientras aparentaba dormir, lo que hacían los demás viajeros.

El cuadro no se prestaba á muchas observaciones: frente á mí una niña dormía el sueño tranquilo de la inocencia; á un lado caras mústias, ojos hínchados, facciones alteradas y trajes en desórden por el cansancio, el sueño y las molestias del viaje; al otro lado, hombres tendidos y mnjeres descansando sus cabezas sobre los hombros de los maridos. Solo un poco mas allá atraía mís miradas una jóven de facciones varoniles que no impedian tuviera un rostro simpático, ojos grandes y expresivos y cierto aire que revelaba un carácter á la altura de sus facciones.

Durante buen rato, un jóven, de los que créen sin duda que las aventuras están hechas para los viajes, se estuvo

liquidando á su lado, lanzándola miradas de fuego, dirijiéndola piropos y aguzando todo su ingenio para encontrar motivos de conversación; pero bien poco se preocupaba de él la moza de rompe y rasga.

Rendido por dos días de insomnios, logré, ya muy tarde, conciliar el sueño, despertándome á las 7 de la mañana en Rio Cuarto. Mi primer impulso, al vei que ya había amanecido, fué asomarme á la ventana en busca de novedades y emociones, recordándome el especial encargo que V. me hizo, señor Director, de no descuidar, entre las otras obligaciones que se me confiaban, la descripcion de los pasajes. Bien es verdad que V. entendía referirse á Mendoza y San Juan, y yo me he estraviado en la inmensidad de las llanuras: pero cuando creía hacer méritos, suponiendo que el inmenso trayecto de Rosario á Mendoza me ofrecería amplio tema para una magnífica correspondeneia descriptiva, véome obligado en la mitad del trayecto á enmendar mi propósito, renunciando á la satisfacción que hubiera tenido en verle realizado.

El panorama del inmenso territorio que recorre el tren en la línea del Andino hasta San Luis puede reasumirse en una frase: una llanura interminable de un verde uniforme, sin árboles, sin casas, completamente desierta. Solo la altura y espesor de la yerba entremezclada con arbustos silvestres, como sucede siempre cuando el suelo está abandonado á sí mismo, revelan la riqueza de esa tierra, la bondad de ese suelo.

La actividad, el movimiento, el progreso de algunas provincias han dejado todavía pocos rastros de su paso por estas regiones, que sin embargo han de ser algun día, como las de Santa Fé, Corrientes y Entre-Rios, el granero de la República.

Hoy por hoy, á no ser la carencia absoluta de ruinas y monumentos, tomaríase ese vasto territorio por sepulcro de grandezas caídas, por cementerio de razas ó pueblos

que fueron, como la triste campiña romana y las regiones en que prosperó hace seis mil años la civilización oriental. Y sepulcro es también la región central de la República; pero sepulcro de la barbárie y del salvajismo, que hace pocos años dominaban en ella.

Extraña é impone, sin embargo, aún considerando el tiempo y los esfuerzos que son necesarios para transformar los eriales en cultivos y los desiertos en pueblos, extraña recorrer esas grandes distancias sin ver una vivienda, sin tropezar con persona alguna y notar que el tren se para en muchas estaciones sin que nadie baje ni suba, sin que se cargue ni descargue un fardo. Los empleados suprimen hasta la formalidad de pronunciar el nombre de esas estaciones, porque se perderían, como vanos ecos, en la inmensidad del vacío. Hasta las tropas de ganado, tan numerosas y abundantes en otras provincias, son escasísimas allí, á punto de que en todo el trayecto, exceptuando en los alrededores de los pueblos, no se vé un solo campo alambrado.

Para colmo de desgracia, espesas nubes limitaban el horizonte, contribuyendo con su color plomizo á dar un tinte de melancolía y tristeza al paisaje.

Cerca de Chaján el terreno abandona su uniformidad abrumadora, se extiende en pequeñas alturas, está adornado con algunas arboledas y presenta fosos y zanjas que ya se apartan por su irregularidad de los que se han visto anteriormente. Una hora después, Villa Mercedas con las arboledas de álamos, riachuelos, árboles frutales que la rodean, y los mismos edificios de la población, algunos elegantes, y la disposición de sus calles, ofrece un aspecto mas pintoresco y agradable.

Por lo demás, á falta de paisajes y bellos panoramas, los que viniendo de Buenos Aires buscan novedades y atractivos en el trayecto, pueden ampliamente satisfacer su curiosidad observando en cada estación la rareza de los

tipos que presentan las familias que viven en las chozas ó ranchos situados á inmediación de aquellas. Viejas horrorosas que en otro tiempo hubieran sido el espantajo de los supersticiosos y beatos; jóvenes envueltas en rústica manta y tendidas al aire libre en donde sin duda pasaran la noche, como si el frío, la lluvia, la humedad, la intemperie, los elementos todos de la naturaleza fueran letra muerta para su cuerpo tan indolente y sin embargo tan fuerte; ancianos y jóvenes con el traje característico del gaucho, de pié á la entrada de la choza, ó sentados con las rodillas encogidas, los codos apoyados sobre las rodillas, y la cabeza apoyada sobre las manos, de complexión robusta, de regular estatura, de mirada altiva y meditabunda, como si estuvieran dudando todavía entre aceptar la vida del trabajo y de la civilización con sus comodidades y obligaciones, ó volver á la vida nómada de la tribu para no cohibir sus hábitos y su carácter, poco adecuados á la obediencia; niños semi-desnudos ó demasiado cubiertos con harapos de personas mayores, mirando con curiosidad á los viajeros ó jugando entre las gallinas, los cerdos ó las patas de los caballos; chozas de barro, de tres metros cuadrados, á cuyo alrededor se ven á veces ocho y diez individuos de ambos sexos y de todas edades, que revelan no tener otra vivienda que aquella, induciendo á pensar cómo se cubrirían y alojarían los primeros hombres, si tantos siglos despues hay existencias reducidas á una expresión tan sencilla; todo esto ofrece ancho campo á la observación en ese viaje á través del corazón de la República.

Desde San Luis, que dicho sea de paso, no presenta desde la estación un aspecto muy agradable, cambia por completo el paisaje, notándose ya en toda su plenitud la irregularidad de los paises montañosos. Desde allí se ven distintamente á la derecha de la línea férrea las últimas ramificaciones de la sierra de San Luis, que en los días

serenos deben verse indndablemente mucho antes. A la izquierda van quedando algunas pequeñas alturas, que el tren va bordeando. Constituye precisamente allí una novedad para los viajeros su lenta marcha, primero, á causa de la pequeña subida que hay hasta atravesar el cerro que llaman de San Agustin, y después su rapidísimo descenso.

Pero mayor novedad, un efecto mas extraño, una sensación mas grata y mayor encanto ofrece la vista de las montañas á los que han pasado algunos años, ó toda su vida en las provincias del litoral, y estaban acostumbrados al horizonte inmenso, monótono, invariable, sin obstáculos de las interminables llanuras.

Al día siguiente llegamos á Maipú. Si bien la línea no está oficialmente inaugurada, los trenes llevan sus pasajeros hasta Mendoza, dejando con un palmo de narices á la diligencia que aún acude á la estación, pero sin atreverse á hacer gala de sus méritos, ocultándose en un rincón, avergonzada ante la presencia de ese máquina que, legítimamente altiva, devora las distancias, salta los barrancos, pasa por encima de los ríos, atraviesa las montañas y no encuentra obstáculos que puedan detenerla.

Verdadera compasión me inspiró la vista de la diligencir, apartada de la estación, con su cochero escondido, con sus mulas desfallecidas, como si todos lloraran la grandeza y la pujanza del ayer, y la tristeza y la miseria del hoy.

Para describir en este momento los alrededores de Mendoza, el trayecto que recorre el tren desde Maipú, quisiera tener que empezar aquí, y no concluir, mi correspondencia. Interminables hileras de álamos, que sombrean la mayor parte de los caminos carreteros, viñas y grandes extensiones de árboles frutales repartidas en varias heredades, cada una de las cuales está cerrada con paredes de adobes, el río de Mendoza, y otros riachuelos con fondo pedregoso y escarpado y lecho irregular, cual

no se encuentra ninguno, sinó en los países montañosos; á la izquierda microscópicas muestras de los gigantes andinos, y al frente Mendoza, escondida al pié de las alturas y entre las ramas de los álamos, como tendida en una hamaca de sombras y verdura; esto se ve en ese trayecto de pocos kilómetros.



LA CIUDAD DE LOS ÁLAMOS

V

MENDOZA, Marzo 29 de 1885.

Mendoza es la ciudad de los álamos.

Los hay en todas las calles, altos, corpulentos, frondosos, extendidos en largas hileras, á uno y otro lado de las veredas; los hay en las plazas, en los caminos, en los alrededores, en las huertas, en todas partes. Por eso Mendoza, que no tiene casas de altos, está escondida entre los troncos, las ramas y las hojas de los álamos, y viniendo de afuera no es posible apercibirse de la existencia de la ciudad hasta estar metido dentro de alguna calle. En algunos trechos se ven árboles de otra clase, pero en limitadísimas proporciones. Las últimas estribaciones de los Andes, extendiéndose de norte á sud, forman al oeste de la ciudad un semi-círculo de alturas desnudas, desiertas, estériles, que empiezan en pequeños cerros, y despues suben rápidamente hasta terminar en conos, en pirámides truncadas, cuyos flancos redondeados parecen calvas de monstruosos gigantes.

Ni una casa, ni una choza, ni un árbol, ni una planta, ni rasgo alguno de vegetación se vé en toda la superficie

que ocupa ese inmensa sierra que alcanza la vista desde la estación del ferro-carril, desde las calles de la ciudad, donde el horizonte no esté limitado por las casas ó por los árboles. Solo algunos pequeños arbustos salpican aquí y allá esa superficie tétrica y monótona, que cuando la bañan los rayos del sol presenta un color rojo claro en el cual resaltan las manchas de esos arbustos.

Pero cuando las nubes ocultan al sol, ó, en la hora del crepúsculo, cuando la naturaleza cubriéndose de un tinte melancólico y uniforme parece llorar la despedida del día que se va, entonces la sierra asume un color pardo, un aspecto amenazador é imponente, como si quisiera prevenir á los hombres que no se entreguen al sueño, que no descansen confiados, porque se ha puesto de mal humor y entrando sus entrañas en conmoción, tal vez no podría dominar alguno de sus terribles y destructores arrebatos de cólera.

Mendoza, pues, por sus anchas calles, por sus álamos, por sus casas, por sus plazas, por no estar construida con la misma regularidad de la mayor parte de las ciudades argentinas, presenta un aspecto diferente de las demás, aspecto agradable, simpático, que impresiona favorablemente á cuantos por primera vez la visitan.

La ciudad se divide en dos partes: la nueva y la vieja, aunque en realidad ya las dos se confunden.

La ciudad nueva forma un cuadrado casi perfecto, cuyos lados son al Oeste la calle Belgrano, por la cual entran los trenes que llegan de San Luis, al Este la gran avenida de San Martin, al Norte la calle Godoy Cruz, y al Sud la de Colón. Como á medida que la población aumente irán abriéndose nuevas calles y parece que hay tendencia á abrirlas hácia la parte Norte, el cuadro se tranformará en rectángulo, cuyos lados serán las calles indicadas, sustituyendo á la de Godoy Cruz, las nuevas que se abran.

La ciudad vieja que, como es de suponer, no presenta

el buen aspecto de la nueva, puesto que muchas calles son estrechas, mal empedradas y sin arboleda, se estiende debajo de la ciudad nueva, formando una especie de rectángulo, uno de cuyos lados también puede considerarse la calle de San Martín.

Esta ciudad, que impropiamente hemos llamado vieja, va levantándose sobre las ruinas de la antigua, de cuya existencia ya solo quedará dentro de poco el recuerdo. Estos lugares de ruina y desolación han sido durante muchos años refugio de pordioseros, de mugeres viciosas y gentes de mal vivír. Hoy, no diré si con buen ó mal acierto, se prescinde ya del temor que infundía el lugar y de los recuerdos que inspiraba y desterrada esa chusma, que constituía un peligro permanente para la seguridad pública, gentes de todas clases y condiciones levantan casas y establecen sus moradas en aquellos parajes.

Pero no es de esta ciudad de la que se envanecen los mendocinos, ni es por ella, una vez satisfecha la natural curiosidad de ver las pocas ruinas que quedan, donde se pasean los forasteros.

Nada, en efecto, presenta de notable; las calles no están en su mayor parte empedradas, las aceras, donde las hay, son irregulares, muchas no están sombreadas por las arboledas, ni el agua corre con manso murmullo por las acequias.

La Municipalidad ha concentrado sus esfuerzos y empleado con preferencia sus recursos en la otra, que á lo espacioso de sus calles reune cinco grandes plazas, las de Cobos, Montevideo, San Martin, Lima é Independencía. Esta última está en el centro de las otras cuatro y es una plaza magnífica cual no tiene, dentro de su perímetro, ninguna otra ciudad de la República.

Tiene cuatro manzanas cuadradas de superficie; está cercada por pilastras de mamposteria, y ocho grandes caminos dispuestos en forma de estrella convergen al centro

de la plaza, en la cual se levanta, á unos cinco metros de altura, un estanque de regulares dimensiones, quedando á su alrededor un hermoso paseo. Vergeles de flores y plantas aromáticas perfuman el ambiente de la plaza, que tiene un sin número de asientos, y árboles de todas clases que proyectan allí esa sombra espesa, misteriosa, agradable que constituye el atractivo de los paseos públicos europeos, y no se encuentra en Buenos Aires todavía, ni en el Paseo de Julio, ni en el de la Recoleta, ni en las demás plazas, ni tampoco en el Parque 3 de Febrero.

En medio de la plaza de Cobos, nombre del español que introdujo el álamo en Mendoza, se levanta una pequeña torre con reloj, y al lado de esta un círculo enrejado en donde se instalan las bandas de músíca.

Las calles de Mendoza están empedradas en su centro con piedras del río y con ladrillo en las aceras. Es el empedrado que se usa, si se excetúan las aceras, en muchas ciudades de Italia, y entre ellas Milán, empedrado que bien cuidado y construido con el declive consiguiente, es, tal vez mejor que el mismo que se usa en Buenos Aires. De todas maneras es preciso confesar que aquí se encuentra en buen estado y que la población está bien por ese concepto.

Las casas son bajas y hechas en su mayor parte de adobes. Una y otra medida, la altura y el material, obedecen al propósito de evitar en lo posible las consecuencias de los terremotos, porque ménos peligro de derrumbe presenta una casa de poca altura, y el adobe, mucho mas elástico que el ladrillo y la piedra, resiste mejor los sacudimientos.

Así es que esceptuando cinco ó seis edificios, los demás nada ofrecen de notable y carecen de esbeltez, elegancia y buen gusto.

El agua abunda en la población, lo mismo para el consumo que para el riego.

Al márgen de cada acera se abre una acequia por la cual, en las horas en que se desea bañar las plantas, corre un arroyuelo de límpidas aguas, cuyo susurrar forma á veces armónico concierto con el ruido de las hojas de los álamos, agitadas por el viento.

El comercio de Mendoza puede decirse que está concentrado en la calle San Martin. Allí se ven las principales tiendas, algunas de importancia, pero sin aparato, sin nada que revele en escarapates ó combinación de muestras, deseos de engañar al público con atrayentes perspectivas. Y aún al lado de esas tiendas se ven bodegones de sencillez primitiva, zapateros remendones que por toda exposición han colgado de un clavo siete ú ocho pares de zapatos, almacenes cuyos depósitos están en cestos de mimbres, y cuyo mostrador es una tabla sostenida por dos palos, y otros despachos de esta clase.

Pero esto se ve en todas las capitales de provincia, aún en otras de mayor importancia, y sería verdaderamente raro no verle aquí en estas ciudades andinas, en donde un progreso, por insignificante que sea, representa incalculables esfuerzos por la distancia, la dificultad de las comunicaciones, la falta de medios ó los grandes sacrificios que hasta ahora se han tenido que hacer para procurárselos.

Bueno ó malo, en mayor ó menor escala, Mendoza tiene de todo; y eso que no he visitado todavía ni las fábricas de carruajes, ni los establecimientos vinícolas, ni algunos otros de mayor importancia.

Lo que se observa en Mendoza, relativamente á la población, que es de unos dieciseis mil habitantes, es un extraordinario número de coches, que en estos días de movimiento parecen dar á la ciudad una animación, una actividad, una importancia mayor de la que tiene en realidad. Los hay de todas formas y tamaños, desde los que se veían en las grandes ciudades en tiempos de Marí-Cas-

taña hasta los que se construyen al estilo moderno. En unos se aplasta el sombrero de los que están sentados, ó las ventanas están demasiado bajas y es preciso derrengarse el cuello á cada instante para mirar afuera; otros parecen una torre ó tienen otra forma mas extraña. Bien es verdad que unos y otros van quedando como tipos raros de la especie.



UNA VISITA Á LAS RUINAS

Preocupación y anhelo de cuantos llegan por primera vez á Mendoza es preguntar por el lugar de las ruinas y trasladarse á él. El abismo, los grandes fenómenos de la naturaleza ejercen sobre el hombre una atracción inexplicable, como el vicio y el crímen ejercen atracción sobre los malvados.

Pero se llevan solemne chasco cuantos se habían imaginado presenciar un cuadro completo de desolación, casas agrietadas, templos derruidos, columnas sosteniéndose milagrosamente sobre un resto del pedestal, paredes inclinadas, ruinas numerosas en fin que reveláran, que permitieran concebir instantáneamente la inmensidad de la catástrofe.

Unicamente algunos montones de tierra, que indican haber sido paredes, y dos columnas de barro que parecen dos troncos de un arbol, revelan el lugar donde hubo una ciudad tan floreciente como la Mendoza de hoy. Los escombros, en cuyo polvo debían andar envueltas partículas de cuerpos humanos, han sido aprovechados para construir nuevas casas y no solo ellos han desaparecido sinó tambien el lugar en que se hallaban, convertidos en huertas, patios ó viviendas. Y lo poco que aún queda, masas informes de adobes, no conmueve el ánimo del visi-

tante que ha contemplado ruinas de ciudades europeas, donde las moles grandiosas y los restos de obras artísticas que han triunfado de la acción destructora de los elementos y de los siglos, y que parecen llorar la grandeza de otros tiempos, impresionan y obligan á la mente á sumergirse en el campo triste y melancólico, pero fecundísimo, de los recuerdos.

Sin embargo yo he visitado dos veces el lugar de las ruinas. Una de las pasadas tardes, amables y galantísimas personas acompañáronme hasta el lugar del desastre, y á pesar dela suscinta relación explicativa que me daban sobre los puntos de mayor importancia, he de confesar que la vista de aquel lugar no me produjo en aquel momento sensación alguna de tristeza.

Entonces, si bien no dije como Rabelais cuando vió el campo romano, que lo único que allí podría llamar la atencíón eran frescas y sabrosas lechugas, me incliné á meditar sobre la mutabilidad de !as cosas hnmanas, y la ingratitud de los hombres para con el pasado, engolfándome en el juicio y esplicación lógica de las nuevas ideas que patrocina y nuevos derroteros que sigue nuestra generación positivista, que se preocupa solo de su porvenir, pagándose poco de masas informes que solo pueden servir de estorbo á su enriquecimiento y desarrollo,

Pero quise volver solo y de noche por aquellos sitios, porque las impresiones y los sentimientos se manifiestan con mayor intensidad, con mayor fuerza, cuanto mas nuestro espíritu puede concentrarse, ensimismarse, sin temor de ser distraído por una pregunta, por un movimiento, por el motivo mas insignificante.

Fuí, pues, de noche; y fué una de esas noches en que la luna llena se levantaba en el horizonte sereno, dando con su melancólica luz nuevos toqnes de poesía á las piedras esparcidas, á los montones de adobes, á las sombras de los arboles, que figuraban extrañas figuras.

Algunas aves nocturnas dejaban oir sus gritos; oíase el eco del viento que se quebraba entre las ramas de los árboles, y que parecía el lamento de un moribundo; llegaban hasta allí los ruidos de la ciudad con tonos misteriosos; apercibíase el último rumor de la campiña al entregarse en brazos de la noche; se oía el confuso murmullo de los cánticos que se entonaban en una iglesia cercana! los perros lanzaban prolongados aullidos; y todos estos rumores me parecían agudos, innumerables gemidos voces del espíritu y voces de la naturaleza, que me sumergían en meditaciones silenciosas y vagas, como si el alma se escapara de mi sér para mezclarse en el polvo de las ruinas.

Entónces al dudoso resplandor de la luna, al eco de los ruidos que espiraban entre las inciertas sombras, parecíame ver despertarse del polvo las almas de los que allí fueron víctimas del desastre y venir en vuelo callado, como el vuelo de los murciélagos, á visitar, á recorrer aquellos sitios, á refrescar el recuerdo de sus grandes emociones en el mismo lugar en que las experimentaron

Entónces me persuadí que aquellos lugares, aún sin rastro alguno de ruinas, aún cuando lleguen á cambiar completamente de aspecto, á perder todo vestigio de su fisonomía primitiva, siempre evocarán recuerdos y causarán emociones á los sobrevivientes de la catástrofe, que allí hayan recibido los cariños maternales, y entregádose á los juegos de la infancia, y experimentado la intensidad de los primeros amores, y esperado las horas de las citas y gozado del bienestar de la tranquilidad de la familia.

Yo á falta de lugares y personas que pudieran inducirme á refrescar en aquel sitio recuerdos de otros días, me imaginé ver calles llenas de animación y de vida, familias sentadas en la puerta de sus casas para disfrutar las primeras brisas del otoño, amantes pegados á las rejas como si quisierana delgazarse y hacerse invisibles para los demás,

hombres y mugeres platicando alegremente, cantos y armonías confundiéndose en los aires, manifestaciones de júbilo y placer á mí alrededor, y de repente oir un horrible crugido, un espantoso ruido y desaparecer todo aquello, hundirse en las entrañas de la tierra entre un mundo de ayes, gemidos y lamentos desgarradores, viéndome yo solo de pié sobre una altura improvisada, que temblaba también en sus bases y amenazaba hundirse á cada instante.

Lleno de aquel cuadro de horror, que mi imaginación se habia forjado en un momento, me retiré de las ruinas de la antigua Mendoza.



ALREDEDORES DE MENDOZA — IMPRESIONES Y PANORAMAS

MENDOZA, Abril 22 de 1886.

Ayer cuando acabé de poner la última sílaba del último artículo sobre la exposición de Mendoza (*) mi cabeza ardía, estaba pesadísima por largas horas de contracción y hubiera estallado sin un atracón de aire, de luz, de campos, de naturaleza. Solo, á paso rápido, sin ver mas que las copas de los álamos, ni oir mas que el murmullo de las aguas que corrían por las acequias, atravesé varias calles en dirección al ferro-carril, que está frente á las alturas, y de allí enfilé un camino que, al parecer, se dirigía á la sierra. Solo entonces, en medio de los ecos y aromas de la campiña, mi cabeza volvió á serenarse, mi corazón á sumirse en dulcísima melancolía.

Anduve como media hora, siempre en dirección á la sierra, en un camino sombreado por álamos, como la mayor parte de los que rodean á Mendoza, en un rádio de cinco ó seis lesguas. Encontré en el trayecto dos casas de campo, hechas de adobes, sencillas y bajas, pero límpias, aseadas en el ancho patio que tenían al frente. En la

(*) El autor hallábase en Mendoza como enviado especial del diario **LA NACIÓN** en la exposición interprovincial que allí tuvo lugar en el més de Abril de 1885.

misma via picoteaban pollos, gallinas y gallos, y en ambas dos perros, tendidos á la entrada del patio, se levantaron al verme, avanzaron pesadamente algunos pasos, cuadráronme de los piés á la cabeza, despues encogieron un poco los lábios del hocico, sin duda para enseñarme una doble fila de dientes puntiagudos y se detuvieron cuando llegué á su altura mirándome de reojo, como si quisieran decír: «Aquí somos bien educados, no gastamos aliento en griterías; pero ándese V. con cuidado, no mire mucho á la casa ni á las gallinas, porque ya ha visto V. las armas que usamos.»

En los campos, á uno y otro lado del camino, á través de los troncos de álamos, espesos hasta el punto de tocarse unos con otros, como sucede en muchas partes alrededor de Mendoza, ó por encima de las tapias de adobes que allí donde terminan los álamos, limitan y cierran las propiedades, se veían los penachos de los maizales, las ramas y las hojas de las viñas ya arrugadas como caras de viejas proximas á la muerte, y los árboles frutales tendiendo al cielo sus descarnados brazos como pidiendo que abreviase en lo posible el otoño y el invierno para ostentar de nuevo orgullosamente su ropaje de hojas y de frutas.

Pero al cabo de media hora se acabó el camino y cesó la vegetación, y empezó el terreno á ser pedregoso é irregular, lleno, de cactus, arbustos y plantas silvestres. Resuelto á subir, aunque fuese trepando como una liebre ó como gato montés á una altura cualquiera, empecé á saltar malezas, á aprovechar sinuosidades, á hacer eses para ganar las pendientes, á ladearme, á ayudar de vez en cuando con las manos el movimiento de las piernas, en los equilibrios mas dificiles á sudar, á respirar afanosamente, hasta que gané uno de los primeros cerros, y entonces emití dos ó tres fuertes respiros de descanso y satisfacción que compensaron con creces las dificultades de a subida.

¡Hermoso espectáculo el que entonces contemplaba! Al

frente la extensa ciudad, casi escondida entre los alamos revelando su existencia por la cúpula de la Exposición, por alguno que otro companario cuya blancura resaltaba con los rayos del sol poniente, por el edíficio de la estación y por alguna que otra humareda, flotando sobre las copas de los arboles; mas allá de la cuidad y á derecha é ízquierda de la misma, las feraces llanuras y las intermìnables arboledas que le sirven como de antesala; á mis pies entre el cerro y la ciudad, y en los pedazos no interceptados á la vista por los arboles, el verde uniforme de los viñedos, y alguno que otro punto blanco, indicando la existencia de casas de campo ó humildes viviendas de labradores; mas lejos los caseríos esparcidos que forman los pueblos de San Vicente y Luján y el lecho irregular y pedregoso del río de Mendoza y de su rumboso afluente el Zanjón; detrás de mi la quebrada cordillera de los Andes, elevándose en un sin número de alturas que suben, se amontonan, se empujan, como si estuvieran disputando cual de entre ellas alcanza mayor elevación, y en las mas altas una delgada capa de nieve caida estos días, semejando, al fulgor de los últimos rayos solares, innumerables hilos de plata ó arroyós de leche que quisieran bajar de las cumbres; á los flancos, colinas áridas, pequeñas alturas como la que yo dominaba, y luego nuevas estribaciones de la cadena andina, nuevas montañas sujetando los pequeños cerros y dejando entrever la proximidad de otros colosos escondidos á la espalda.

¡Como brillaban de alegria mis ojos en aquel ambiente perfumado, cootemplando el panorama que desde allí descubria! El sol declinaba tras de las cumbres, y sus últimos y amarillentos rayos bañaban de vaga y misteriosa luz la campiña. Los rumoree que llegaban á mi oido, el aislamiento en que me hallaba, empezaron á sumergirme en honda meditación, en solemne recogimiento, llevándome á dias lejanos, á los días gloriosos de la indepencia argen

tina; y con los ojos de la imaginación parecíame ver trepar por las cuestas aquellos soldados que llenos de fé y de entusiasmo seguían impávidos á un caballo que á todos precedia, y sobre el cual San Martín, no parecía un hombre, sino un águila dispuesta á tender el vuelo para burlarse, en los trances mas duros y mas apurados, de las rocas y de las nieves, de los obstáculos de la naturaleza y de los furores del león español.

La oscuridad en que iba sumiéndose el llano me sacó del mundo de los recuerdos históricos, para volverme al mundo de la realidad, advirtiéndome que era juicioso y conveniente apresurar el regreso á la ciudad.

Eché una última ojeada sobre aquel variado paisaje, y bajé mas rápidamente de lo que había subido, diciendo para mis adentros que solo en país montañoso era posible admirar la naturaleza en toda su variedad de formas y combinaciones.



¡Solo en país montañoso hay bellos panoramas!

Esto decía ayer; pero esta mañana, al despertarme una hora antes que otros días para recoger del suelo las colchas y las mantas que se habían caído; al tocar casi el vientre con las rodillas, encogido por el frío rabioso de estas noches, cuando el airecillo después de celebrar una entrevista con la nieve que corona las alturas, viene á hacernos una visita; después de dar cien vueltas y tomar otras tantas posturas en la cama para tapar algún hueco, esta mañana, digo, he mudado de opinión.

Cuando cansado de acurrucarme una y otra vez en lo mas hondo de la cama y luchar con las invasiones del aire y del frío pude vencer la pereza influido por la luz del día, que invadiendo la pieza parecia decirme: «levántate, perezoso, que hace ya mas de una hora que te he lla-

mado» entónces, sin un amigo sincero que me diera los buenos días, sin una esposa cariñosa que me preguntára si algo necesitaba, sin un ángel sonrosado y sonriente que dejara oir su tierna vocecita, sentí un gran vacío á mi alrededor, y el recuerdo de la familia me hizo parecer mas duro mi aislamiento.

¡Ah! los que solo conciben los sentimientos y las pasiones de una manera exaltada, parecida á la cerveza que arroja estrepitosamente el tapón, y se corrompe apenas se pone en contacto con el aire; los que odian el matrimonio y la familia por causas cuyo alcance ni conocen, ni saben explicar; los que pretenden vivir indiferentes á todo; los que desconocen el amor tranquilo y la vida pacífica del hogar, semejante á los buenos vinos secos, que sin arrojar el tapón de la botella dan salud y alegría, conservando su fortaleza y su virtud á través de los años v de los elementos corruptores que los rodean; todos estos ignoran qué satisfacción y qué alegria se experimentan al oir por las mañanas á algun niño clamar desde la cama: *¡á vetir! ¡á vetir!*; al escuchar los coloquios que sostienen con las muñecas ó juguetes que la noche anterior dejaran sobre la mismo cama ó cerca de ella; al verlos entretenerse en pequeñeces que hacen asomar lágrimas de ternura á los ojos, al contemplarlos cuando, dándose tono, pretenden vestirse y despues de conseguir meterse los pantalones, se devanan inútilmente los sesos para resolver el difícil problema de abotonarse.

Estos pensamientos modificaron mi opinión del día anterior de que solo se podían admirar hermosos panoramas allí donde hubiese altos y quebrados montes, llevándome á concluir que tan dulce y tan alegre es el canto del labrador en las inmensas llanuras de Buenos Aires, como entre las espesas arboledas de esta región andina, y que si atractivos y encantos tienen los sonidos que se oyen desde las alturas, también lo tienen los sonidos que se dilatan

por la llanura y mueren melancólicamente, sin encontrar un éco que los recoja y los repita.

Yo he vagado alrededor de Buenos Aires al nacer y morir el sol, y he sentido la misma poesía que ayer tarde sentí en una altura.

Nos hallamos en la punta del muelle de pasageros. Mientras el cielo está todavía oscuro, y en su fondo brillan las estrellas, como si el día estuviera aún muy distante, una inmensa faja luminosa se extiende por Oriente á nuestro frente, hácia la parte del Océano, donde las estrellas se van poco á poco desvaneciendo. Un vago resplandor empieza á aparecer en medio de aquella faja, y permite ver los palos de los buques lejanos, la forma y arboladura de otros más próximos, la tranquíla superficie de las aguas ó la espuma del oleaje; el resplandor va creciendo en intensidad, hasta que el disco del sol, la hoguera de que aquel resplandor procedía, aparece á nuestros ojos, y torrentes de luz inundan las aguas y la ciudad.

Estamos en el camino de Flores, en la Recoleta, en Belgrano, en cualquier punto de los alrededores de Buenos Aires, donde las casas ú otros obstáculos no pueden interceptar á los ojos la vista de la campiña.

El sol se acerca al ocaso.

Por la parte de Occidente una línea de fuego resalta sobre la línea negra del horizonte que poco á poco va amortiguando el pálido y moribundo resplandor del sol.

La llanura presenta un espectáculo solemne y triste. A medida que la luz desaparece, los romores lejanos llegan mas distintamente á nuestro oido, Y entonces esos rumores que la brisa de la tarde esparce por la llanura, asumen un tono misterioso, infundiéndonos la poesía de la naturaleza y sumiéndonos en profunda meditación, como me sucedió ayer tarde sobre un cerro.

Para aquellos que sienten, para aquellos que tienen un alma delicada y noble, la poesía está en todas partes: en

el sol naciente como en el sol moribundo, en la uniforme llanura como en la escabrosa montaña, en la patria como en el destierro.

Por esome parecían esta mañana tan hermosos y tan pintorescos y tan variados los paisajes de la campiña de Buenos Aires, como los de estas regiones andinas. Y avivado este pensamiento con el recuerdo de la familia y de los amigos me entró un deseo invencible de irme.

—Me voy esta noche sin fálta,—decía al extender los brazos para hundirlos en las mangas del saco, con la prisa que le dan á uno, cuando se levanta por la mañana, los cierzos que bajan de las alturas de enfrente.

Y salí á la calle con la resolución de ir á despedirme de amigos y conocidos.



—Me voy....,—pero, mientras avanzando por la calle de San Martín, contemplaba distraído los caprichosos dibujos que las hojas y ramas de los álamos, interceptando los primeros rayos solares,formaban en la fachada de las casas, me asaltó una nueva duda.

—Hagamos un examen de conciencia,— me dije; ¿se ha cumplido por entero el programa que me había trazado, ó se me había prescrito? ¿No era posible hacer algo mas, decir algo mas respecto á lo que se ve y se observa en esa inmensa superficie que media entre Mendoza y Buenos Aires?

Y aquí por segunda vez me asaltó el recuerdo de la recomendación que se me hizo, de no olvidar la descripción de paísajes y costumbres.

Es cierto,—continué,—habría un interesante estudio que hacer sobre la la vida de esas gentes que vegetan sin pena ni gloria, sin hábitos de economía, ni estrechos ligámenes de familia, que no tienen mañana, que no piensan

en un mas allá, que no se preocupan de nada ni de nadie que no tienen idea de las ambiciones nobles, de las aspiraciones que tanto contribuyen al progreso de las sociedades, que están satisfechas y tranquilas mientras tengan un poco de mate y un pedazo de carne. Podrían estudiarse las causas que mayormente influyen para mantenerlas en ese estado, ver si la principal no consiste en el relajamiento de los lazos familiares, averiguar si no podría obrarse una dificil y lenta, pero provechosa transformación en su modo de ser, en vez de esperar su extinción por via natural.

Podría también decirse algo sobre algunos lugares de baños, para excitar á los porteños á que den nuevo rumbo á la moda, con el objeto de que la República deje de pagar al Uruguay la contribución veraniega.... Pero yo no puedo hacer esos estudios. Me siento fatigado, y, francamente, necesito descanso.

Y asi, ni los PEROS, ni las reflexiones bastaron á quebrantar mi propósito de emprender el viaje de regreso.



Cerradas las balijas, arreglados los baules, despedidos de las personas mas conocidas se contesta á todos con tono resuelto, indeclinable:

—Parto esta noche.

Y todos, el hotelero, el amigo, la lavandera, el tendero, el cochero, cualquier extraño, unos por interés, otros por estimación, los mas por decir algo, encuentran manera de manifestar cierto disgusto, y casi casi os ruegan, os aconsejan, os inducen á permanecer todavía. Contestáis que los argumentos no sirven, que es inútil, que debéis forzosamente partir por la noche, y ellos insisten por espíritu de contradicción, mientras, tal vez, no les importa nada.

Pero mi resolución era indeclinable. Esta tarde quise

dar mi último paseo por el local de la Exposición, á donde tantas veces mi cerebro se había embotado por la tortura del pensamiento, y mi imaginación esterilizado á fuerza de impresiones. Y allí dejando los objetos tantas veces ya vistos, emprendí un viaje de descubrimiento, deteniéndome aquí y allá en busca de lo que se me hubiera podido escapar en todas las visitas anteriores.

Y al retirarme, pensando en que todos los aplausos y toda la admiración había sido por aquellos que ostensiblemente habían trabajado por el buen éxito de la Exposición, por los expositores mismos, cuyos nombres se han publicado, sentí un afecto indefinible, pero profundo por todos los desconocidos trabajadores, que sin boato, sin ambición personal, pasaron largos y largos días sobre los objetos que se ven expuestos, pensé en todos los humildes obreros y las desconocidas obreras, que sudaron días y noches para producir algo digno de la Exposición.

Son los simples jornaleros; los oficiales en cada oficio; las modistas y bordadoras en toda clase de ropas; los pobres aldeanos y las infelices aldeanas; todos los que cavan, que cosen, que golpean, que manejan el martillo, que graban, que cuidan los hornos, las calderas, los hornillos; aquellos á quienes quema el sol ó encorva el peso de los instrumentos; todos los que se doblan sobre las máquinas, transformados ellos también, infelices autómatas, en piedra, metal, y madera; son todos estos desconocidos é infatigables obreros del progreso los que en aquel instante desfilaron ante mis ojos.

Para estos que no piden nada, que permanecen ignorados, que no reciben recompensa, experimenté un sentimiento inefable de simpatía, y á ellos que constituyen ei trabajo argentino, que han de contribuir sin ostentación, n, esperanza de lucro y gloria á su desarrollo y su progreso les envío un sincero y cariñoso saludo de afecto.

DE BUENOS AIRES A SANTA FÉ

ESCENAS Y PAISAGES

A BORDO DEL "METEORO" Julio 25 de 1885.

No empezó mal el viaje

Ibamos comiendo todos los pasajeros, no diré con hambre de *lupo* ó de *un lione digiuno da tre giorni* ó de *un suonatore di trombone dopo un concerto di sette ore,* segun diría de Amicis, pero seguramente con hambre de personas desocupadas, que no tendrían inconveniente en pasar banqueteando las cinco ó seis horas de velada, que siguen á la comida, larguísimas y pesadas en este tiempo para el que se encuentra en el coche de un tren ó á bordo de un vapor; habíamos bebido, yo como los demás, y los demás como yo, sendos tragos de vino priorato ó francés, que tenía cada cual á su alcance, después de saborear á los postres una copa de vino fino, que el mozo tuvo la precaución de advertirme que era de Oporto, en lo cual hizo bien, porque por mi mismo, ya poco experto en achaques de vinos, no hubiérame atrevido á definir por el gusto su precedencia original, cuando me apercibí de que iba lla-

mando la atención de algunos de los pasageros y del comisario del vapor, un individuo al parecer italiano, que por su exterior hacía fundadamente concebir la sospecha de que fuera un intruso, aunque en realidad honraba mucho á los manjares que se le servían y á los vinos que tenía delante.

Yo, que ya venía barruntando desde la salida de Buenos Aires sobre la conveniencia de echar un párrafo con el lector, en la esperanza de que el tal italiano podría darme tema para una nota, me interesé vivamente por las sospechas que á su respecto se abrigaban, proponiéndome apurar la verdad y averiguar como concluiría el incidente.

La verdad es que el buen hombre de todo podía tener aspecto, menos de persona ilustrada, ó de cómoda posición social, aúnque sea sin ilustración ni educación como hay muchas por esos mundos. Figuraos uno de esos inmigrantes que llegan con pendientes en las orejas, sombrero que no permite descubrir cual ha sido su forma primitiva, trajes de algodón, descoloridos, manchados, maltrechos, cutis bronceado, robustos, eso sí, como otros tantos Hércules, entre los 25 y los 30 años, y tendréis una idea del pasagero sospechoso.

Sin embargo, á no ser el traje y cierta dosis de rusticidad que denunciaba su rostro, sus ademanes habrían podido satisfacer al más exigente. Contestaba con monosílabos y una sonrisa á las observaciones que le hacían sus vecinos, y concluida la comida, cuando ya se había marchado la mitad de los comensales, él, con aire de quién sabe adónde está y lo que tiene que hacer, no se daba gran prisa en moverse, paseando sus miradas por el comedor, sin ver, ó aparentando sin duda no ver, la curiosidad de que era objeto.

Levantóse por fin para salir; y el Comisario que estaba en acecho esperándolo, le pidió el boleto.

—No comprendo, signor.

—El boleto, la papeleta, *il biglietto.*

Pausadamente sacó su boleto. Era de seguuda clase.

—¿Cómo ha venido V. á comer aquí no teniendo pasaje de cámara? Su pasaje es de segunda

—*Mi non sabia, signor; he visto gli otros venir e son venido io tambien.*

—Pero bien veía V. que no venía ninguno de sus compañeros.

—*Ma, mi creia que loro non sapessero.*

Siguió una breve filípica del Comisario, que le perdonó el atrevimiento, y yo y los pocos que se enteraron del asunto le agradecimos interiormente la generosidad, porque el comportamiento del italiano, nos hizo sin duda reflexionar á todos, que hay individuos en el mundo que merecieran algo más que haber nacido para soportar una vida de penosísimos trabajos materiales y de contínuas estrecheces y miserias.



Despues de una nota alegre, una nota triste.

A la alegría sucede la tristeza, tras de la risa viene el llanto. Diríase que una ley suprema é ineludible impone al mal la imprescindible obligación de perseguir al bien, al dolor el deber ineludible de no perder de vista al placer. Lo cierto es que nunca están los padecimientos y las lágrimas más cerca que cuando el gozo parece mas grande y la felicidad mas completa.

Estos pensamientos me inspiró el espectáculo que presencié poco despues de haber terminado con satisfacción de todos el incidente que he relatado.

Encendido un habano de cuatro centavos, creí que para hacer pronto la digestión y predisponerme á comer nuevamente mas tarde ó dormir doce horas de un tirón, sería muy conveniente pasar una media horita al aire

libre, ya que una temperatura, si no templada, menos fría que otras noches, nos permitía desquitarnos, cumpliendo la ley de las compensaciones, del mal humor y de la tristeza que nos había infundido durante toda la tarde un cielo plomizo, una lluvia menuda, y en algunos puntos una niebla tan espesa como las mejores de Lóndres.

Pero no bien asomé la cabeza fuera del comedor, la obstrucción del paso por un apiñamiento de personas, los grupos de hombres cerrados, como haces de leña, en los rincones adonde llegaba el calor de la máquina, me hicieron recordar que en San Fernando se habían embarcado con destino al Rosario 150 ó 200 inmigrantes que todo lo llenaban, y no había por consiguiente paseo posible.

— No importa,-- me dije—veamos á esta pobre gente.

En todos los rincones, en todos los huecos, sobre cubierta y debajo de ella, sobre los baules, sobre los bultos, de pie, sentados, tendidos, según el espacio de que cada uno había podido disponer, apiñados al rededor de la chimenea del vapor y de la barandilla que defiende el lugar que corresponde á la maquinaria, se veían cuerpos humanos encogidos, estirados, como deseando enpequeñecerse y ocupar el menor sitio posible.

Ví algunos tendidos en lugares donde el calor era verdaderamente insoportable y capaz de asfixiarlos ó tostarlos, á otros tiritando de frio al aire libre, algunos enfilados entre los huecos de las maletas y baules ó encima de ellos, como si desearan convertirse en fardos, y á otros, en fin, más juiciosos, más sufridos ó menos cansados, cantar, pasear, contarse mútuamente sus vicisitudes, relatar cosas extraordinarias hacer cálculos sobre sus futuras prosperidades, y engañar en una palabra, hablando, paseando ó cantando, las largas horas de la noche, el frío, el sueño y el cansancio.

¡Infelices! Expuestos por más de doce horas á una temperatura bajísima, hecha aquí más ingrata por un

vientecillo, que penetra las ropas y los huesos, sin abrigos en que envolverse, vestidos en su mayor parte de verano, escasamente alimentados durante el día, ¡qué larga, qué interminable les parecerá la noche!

Por fortuna eran en su mayor parte jóvenes, llenos de vida, de robustez, de fuerza, pertrechados por la naturaleza como para soportar por sí solos, sin ayuda de ningún género, las penas más rudas, y acostumbrados desde sus primeros años á resistir la incesante persecución de los elementos, y las privaciones mas grandes de la vida.

Pero ¿no podia haber entre ellos algun infeliz á quien

......la corriente
de los revueltos mares de la vida
por furiosas tormentas combatida

hubiese arrebatado á una posición social mas cómoda, obligándolo á agarrarse de la última tabla de la salvación para no perecer de hambre, y que sufriese doblemente por su situación actual, al recordar mejores tiempos?

Sea como quiera, la vista de aquel cuadro desolador me entristecía.

Volví al comedor.

***

Eran las ocho.

Empecé á borronear mis impresiones y al llegar á éste punto esperaba que los numerosos pasajeros de cámara que llegaban al comedor me darían materia para concluir una lijera y breve correspondencia.

Pero me había equivocado.

Estaba con buena gente, nadie daba tema para apuntar una rareza, una excentricidad, una calidad peculiar que el

observador pudiera cojer al vuelo y retratar en las cuartillas.

En una mesa, uno de los hermanos Hume con ocho ó diez hijos de la Gran Bretaña jugaban á no sé que juego con el mismo ardor con que juegan, cuando lo hacen en sério, á los grandes negocios y á las grandes especulaciones.

En otra mesa cuatro italianos, por su aspecto, industriales ó negociantes, jugaban tambien con mucho calor á otro juego de naipes, hablando un castellano de contrabando y llamando en su ayuda de vez en cuando palabras y frases

del bel paese lá dova il sì suoma

ó de la jerga de algún dialecto, segun lo exigía el ardor de la discusión.

Mas allá un matrimonio jugaba al dominó con la desenvoltura de quién no ès la primera vez que ha buscado distracción en tal juego, y despues otros individuos entreteniéndose en otros juegos, y otros charlando, pero como lo hace la gente de todos los dias, sin peculiaridad alguna, que permitiera una divagación.

Yo, por ser el único que, aislado y arrinconado, tenía papel delante en ademán de escribir, atraía de vez en cuando con mi aire de batueco, que parece mirar siempre al plato, cuando en verdad solo mira á las tajadas, atraía digo, la miradas de los curiosos, que al verme tan pensativo debían creer que sabía perfectamente lo que debía de escribir, y en realidad iba atisbándolos á ellos para sorprenderlos en algun dezlíz que me diera motivo para críticas ú observaciones.

Pero no había de que darlas. No tuve mas remedio que adoptar la heróica resolución de irme á dormír.

Hallé á mi compañero de camarote ajustado en su nicho y fumando.

Solo unas cuantas horas habían bastado para hacernos buenos amigos, aunque solo fuese de circunstancias.

—Amigo,—me dijo en seguida, - siento mucho la molestia que le voy á causar esta noche. Tengo un costipado muy fuerte y la tós no me deja vivir.

—Qué le vamos á hacer,—contesté;—nos molestarémos mútuamente; es fruta del tiempo. Yo tampoco estoy muy bien, que digamos.

Aun no había concluido mi contestación, cuando le dió al compañero un ataque de tos. ¡Cuerpo de mil demonios! Aquello no era tós, era un redoble de toses. ¿Habeis oído alguna vez á algún ochentón, cuando le molesta uno de esos catarros crónicos, que pocas veces le dejan tranquilo, ó algún joven muy robusto á quien el resfriado parece tener el privilegio de colocarle en la garganta un órgano destemplado, cuando le da un ataque de tos? Si los habéis oído, habréis notado que empiezan con un golpe ó sonido seco, como el ladrido de un perro, que ese sonido va *in crescendo*, repitiéndose en un tono mas prolongado y elevado, hasta llegar á tener, entre uno y otro, intérvalos de muchos segundos y aún de algun minutos, durante los cuales el paciente no puede respirar hasta que concluyen en dos ó tres larguísimos, que son como el resumen de todos los anteriores, que ofrecen reunidas todas las gradaciones de la tos, pareciéndose al final de una sinfonía en la que solo hubiera instrumentos de viento, que los músicos tocaran desafinando en tono agudo.

Tal era la tos de mi amigo.

—Dígame, ¿le dan con mucha frecuencia esos ataques? le pregunté.

—Con mucha frecuencia; no me dejan vivir.

En aquel momento, como haciendo coro á la sonata

anterior, llegó de un camarote contíguo el eco de otra tós, sinó tan prolongada, no ménos molesta y destemplada.

—Entónces, añadí, me vuelvo al comedor; dormiré allí, ó pasaré la noche escribiendo.

En aquel momento se oyó un rumor como de trombón cuando el músico lo ensaya; una especie de *clo*, *cloc* interrumpido, como el de las gallinas cluecas, rumor que no pudimos comprender de donde venía, aunque sospechamos era de uno de los inmigrantes, tendidos á ocho varas de distancia sobre las maletas y baules.

Este nuevo y poco armónico ruido cesó pronto.

Yo, temiendo hallar en el comedor otras molestias mayores, como el frío y las corrientes de aire, resolví meterme en la cama y hacer oídos sordos á las toses, es decir, esconder la cabeza debajo de las sábanas.



A este punto llegaban á las once del día de hoy mis apuntes, cuando el *Meteoro* atracaba á los muelles del Rosario.

II

SANTA-FÉ, Julio 6 de 1886.

No bien el vapor hubo atracado al muelle ó mejor dicho, á otro vapor que funcionaba de muelle, á cuyo punto quedaron suspendidas las notas de mi anterior correspondencia, empezó el acostumbrado movimiento de baules, maletas, sombreros, jaulas y envoltorios de todo género, repitiéndose las escenas que casi

todos los días se producen en los muelles ó en las estaciones del ferro-carril, así en el Rosario como en Buenos Aires y que deberían llamar la atención de las autoridades induciéndolas á establecer con rigor una reglamentación que evitara á los pasajeros las molestias que el desorden actual ocasiona.

Baja del tren ó del vapor el viajero, y se encuentra rodeado en un segundo de una multitud de peones, de cocheros, de niños harapientos. Cien manos se extienden sobre la balija ó sobre los bultos, cien bocas ensordecen los oídos, es un rumor infernal de voces que gritan «coche, señor», «quiere que le lleve la maleta, señor», «señorito, un hotel», y apesar de la negativa os arrebatan á veces lo vuestro, os véis obligado á seguir por la fuerza al mas atrevido, ó á promover peleas, desataros en denuestos, abriros paso á empujones, amenazar con palabras y ademanes, rebajaros un momento á la altura de la gente de plazuela y haceros comprender mas con la violencia, que con las buenas palabras.

Convendría que las Municipalidades de Buenos Aires, del Rosario y también de Santa-Fé, donde sucede lo mismo, imitando lo que se ha hecho en casi todas las grandes ciudades europeas, evitasen estas molestias á los viajeros por medio de rigurosas ordenanzas, que prohibiesen á esos vividores gritar y violentar la voluntad agena, haciéndolos permanecer á respetuosa distancia de los lugares de desembarque, con lo cual se obtendría la ventaja de que, cuantos no conocen el país, lleguen á creer que hay exceso de brazos en la República y escasez de trabajo, cuando en realidad solo se trata de gente que aborrece el trabajo metódico, reglamentado y contínuo, que no quiere estar sujeta, prefiriendo verter en una hora el sudor que no vertería trabajando nueve horas en una fábrica, en un taller, en una obra manual cualquiera.

Y como para trabajar lo menos posible no pierde esa gente la menor ocasión de explotar á los tímidos, á los vergonzosos, á los inocentes, á los ignorantes de los usos y costumbres del país, pidiendo á veces ocho nacionales por una faena que no vale uno, convendría tambien que las Municipalidades susodichas se encargasen de reglamentar como en Europa y Estados Unidos, por medio de oportunas tarifas, la remuneración que pueda corresponder por sus servicios á cocheros, carreteros y peones, haciendo servir al efecto la contraseña y el número que entrega á cada uno, y que debe acreditar su registro en la Municipalidad y facílitar las reclamaciones, con lo cual se lograría indudablemente disminuir el número de los haraganes que en las boca-calles de Buenos Aires se pasan ociosos la mayor parte del día, y luego pretenden hacer pagar á los primeros que llegan, lo que debieran haber ganado durante el tíempo que pasaron sin hacer nada.



Aproveché las tres horas que tardaría el vapor en salir para Santa Fé en darme un paseo al azar por las calles del Rosario.

Por cíerto que si buen polvo habían en las inmediaciones del puerto, cuando llegué de paso para Mendoza, buen lodo había ahora que llegué de paso para Santa Fé. El puerto y las calles inmediatas que constituyen el lugar de mayor movimiento, de mayor tránsito de coches y carros, es, sin embargo, el lugar mas dejado de la mano de la Municipalidad.

Si al regresar del paseo se me hubiese exigido una descripción, aúnque brevísima, del Rosario habría contestado simplemente estas palabras:

—Tómese poco mas ó menos, la sexta parte de Buenos Aires, colóquese á orillas de un rio en punto que alcance

una anchura de mas de dos kilómetros, suponiendo que esa orilla esté á una elevación de algunos metros sobre el nivel de las aguas y se tendrá una idea exacta del Rosario.

La misma animación, el mismo movimiento en la calles centrales, aunque proporcionalmente se notaba en seguida menor número de letreros de médicos y abogados, pero no menor de casas comerciales.

***

A las tres, el toque de una campana anunciaba que el vapor iba á partir.

Los ojos de algunas mujeres se convirtierón en *un goterial de lágrimas y un incesante puchero*, como diría Pereda; un señor acabó de reñir con los *changadores* que le pedían lo que él no estaba dispuesto á dar; menudearon los apretones de manos, los abrazos, los augurios de buen viaje, los saludos y las despedidas; el vapor arrancó relinchando con sus ruedas, todos los pasajeros miraron hácia tierra, una joven agitó todavía un pañuelo y le contestó desde la orilla otra joven agitando otro pañuelo, algunos brazos se levantarón todavía para hacer señales.... después el vapor tomó el rio por suyo.

La silueta del Rosario, que va asumiendo desde léjos por su elevación y sus edificios, un aspecto simpático y atrayente, desaparece en seguida en uno de los recodos del río para quién se dirige á Santa-Fé, y aunque mas léjos vuelve á aparecer, ya las formas se confunden, ya se pierden los detalles del conjunto.

A bordo, sin embargo, los rostros poco antes humedecidos por las lágrimas pronto se serenan, se empieza á mondar naranjas, á encender cigarros, á entablar conversación con los desconocidos, á sacar partido de cuanto

se tiene alrededor para dar nuevo rumbo á las impresiones y á las sensaciones.

Los locuaces dan rienda suelta á la lengua y al cabo de media hora ya han dicho al que quiere y al que no quiere saberlo, quiénes son, adonde van, el objeto de su viaje, la edad, el oficio y algunos las novias que tienen ó los vicios de su mujer y hasta cuantas posesiones y dineros figuran en su haber; los curiosos os preguntan si venís de Buenos Aires, si váis á Paraná ó Santa-Fé, si sóis italiano, francés ó español, industrial, comerciante ó empleado, y así sucesivamente; los jóvenes lanzan miradas de fuego á las tres ó cuatro niñas que hay á bordo, ni más ni ménos que si saliesen de un desierto huérfano de hijas de Eva, ó de un encierro adonde la vista del bello sexo ha sido para ellos fruta prohibida; *e via discorrendo, se si potesse discorrere*, como dice un escritor italiano.

Yo, por mi parte, cavilaba sobre la necesidad de decir dos palabras sobre los paisages que durante el día puede contemplar el que quiere, si la niebla no se lo impide, desde San Fernando á Santa-Fé, tarea que dejé para la noche, porque siendo la tarde hermosa, consideré oportunamente que bien debía entretenerme en contemplar yo primero esos paisages, si después había de describirlos.

***

El trayecto que mayores atractivos ofrece, para los que se embarcan en San Fernando, es el que recorre el vapor desde este punto hasta entrar en el Paraná, debiendo incluirse en los alicientes, las dificultades con que tropieza el buque para dar vuelta en los ángulos más agudos de los estrechos canales, y las maniobras que es preciso ejecutar para no correr el riesgo de plantar la

proa sobre una orilla, y hundir la popa en el barro de la otra orilla, dando á los viajeros el espectáculo de la improvisación de un puente, en vez de las muchas horas de navegación; pero la mala pasada qne nos jugó la atmósfera por aquellos andurriales molestándonos con nubes, lluvia, niebla y viento, merece le juegue otra, no ocupándome de lo poco que alcancé á ver.

Por otra parte, en esta estación, el paisaje, por hermoso que sea, no puede ofrecer grandes alicientes;

Están los bosques mudos:
Los árboles desnudos,

según Aguilera, gimen al sonido

del vendabal que azota
Su frente sin verdor, hollada y rota.

Las ramas de los sauces, que hace cuatro meses besaban y se confundían en tierno y melancólico abrazo con las aguas, al perder sus hojas han quedado separadas de ellas, y ahora, inclinadas como están, parecen brazos descarnados que en actitud suplicante se quejan de la separación y piden llorando á sus queridas aguas que suban un poco para no prolongar su martirio.

De las orillas del Paraná, ya me ocupé anteriormente; ahora estaban todavía mas monótonas, mas solitarias que en el mes de Marzo. Ni un alma viviente léjos de las poblaciones, y poquísimos rebaños pastando por las orillas. La vista de alguna que otra casa, que de vez en cuando se levanta aislada en medio de aquella nniformidad y soledad, infunde tristeza en vez de alegría: diríase que las viviendas humanas son cosas exóticas en medio de esa desierta campiña.

El río Paraná serpentea formando grandes curvas, y

tan pronto se estrecha hasta parecer un miserable riachuelo, como se ensancha hasta tomar las proporciones de un lago; unas veces se ven delante dos leguas de tierra, cubiertas de yerbas acuáticas, que parecen confundirse y tocarse, y otras veces casi se pierden de vista las dos orillas.

A veces pasan horas enteras sin que nada venga á alterar la uniformidad y monotonía del paisaje, y la vista del viajero se extiende ansiosa hácia adelante, esperando encontrar novedades en la vuelta de un recodo que hace el río, y que impide ver más allá; pero se atraviesa el recodo, se desvanece la esperanza, se vuelve á fijar la vista en otra tortuosidad, y se sigue así hasta que aparece una población, que compensa y hace olvidar los sufridos desengaños.

Mas allá del Rosario el lecho del río se ensancha desmesuradamente y la ciudad despues de quedar oculta y escondida por largo trecho; vuelve á ser visible mas adelante hasta pasado San Lorenzo, tomando un aspecto mas grandioso, como si se ensanchara y prolongase para darse tono é importancia ante los que le contemplan, ya vengan, ya se vayan.

El puntiagudo campanario de San Lorenzo se vé, á pesar de su pequeñez. en cuanto se sale del Rosario; y su vista y la de los grandes graneros situados á sus inmediaciones, dan un aspecto mas animado y sonríente á esa parte de la orilla izquierda (para quien sube) del Paraná.

Iba oscureciendo, y...

Pero en medio de una batahola peor de la que Dante describe en la entrada del *Infierno*; entre los acordes de un piano y una guitarra que creo tocan piezas conocidas, convertidas por las modificaciones en originales; entre los ecos de una voz femenina, que, sirena de estas aguas, produce momentáneamente en algunos corazones, mas efecto

que diz no producian las de los tiempos mitológicos; entre los aplausos y las felicitacioneś de los admiradores, el vocerío de los ingleses é italianos que juegan, los gritos de un irlandés á quien un vaso más de lo tinto ha convertido en Demóstenes, y entre otros y otros muchos que aturden con su voz, no es posible coordinar las ideas, ní pensar, ni escribir.

Por mi parte, como no soy ningun Baltasar Claes, á la manera como nos lo ha pintado Balzac, prefiero estudiar y admirar la originalidad de un señor que se embarcó en el Rosario y tuve á mi lado durante la comida, considerándolo, por lo que costaba á su vecino de enfrente arrancarle en monosílabos la contestación á algunas preguntas, de caracter aún mas reservado y taciturno que el mío. De buenas á primera, acabada la comida, me le veo convertido en galanteador de damas, orador de ocasión, aficionado á música y canto, alborotador, alegre, chispeante dejando á otros y á mí con un palmo de narices y mirándolo, mientras nos hacíamos cruces, con los ojos desmensuradamente abiertos; prefiero esto y prefiero embelesarme oyendo tocar y cantar trozos de la *Norma* y el *Trovador*, gozando interiormente al pensar la magnífica escena y el espléndido cuadro,—capáz quizás de templar para algo bueno mi desaliñada pluma--que presenciaría si Verdi y Bellini pudiesen oir la interpretación de sus creaciones; prefiero escuchar los acordes de la guitarra, que también ha salido aquí á relucir despertando en mi memoria recuerdos placenteros de días ya lejanos; prefiero participar del buen humor de los ingleses, de la charla contínua de los italianos, de la alegría y despreocupación de cuantos me rodean; y en fin lo prefiero todo, ménos escribir y pensar entre la gente, la atmósfera y el ruido que hay á mi alrededor.

SANTA-FE Y LAS COLONIAS

SANTA-FÉ, Julio 8 de 1885.

Mas que el trayecto de San Fermando á Campana, mas que los paisajes de todo el resto del camino, me deleitó el espectáculo que pude admirar mientras el vapor recorría el riacho de Santa-Fé, ó sea la distancia, no en línea recta, sinó en línea tortuosísima, que separa á dicha capital del Paraná.

Amaneció el dia 6 esplendoroso, frente á la capital entreriana, con una inmensa faja de fuego en el horizonte, anunciando la proximidad del astro-rey, y ya preparábame, á pesar del vientecillo helado que penetraba en los huesos, á presenciar la salida del sol y la magnífica perspectiva que los primeros rayos producirían al hermosear con su vivísima luz las aguas y los campos, cuando envidiosa niebla, desprendida de la superficie del río, fué tendiendo á nuestro alrededor un velo densísimo, que en menos de media hora nos aisló del resto de las cosas creadas, á tal punto, que fué preciso acortar la marcha del vapor.

Sabía, sin embargo, que en aquel momento, como ent oras mil circuntancias de la vida, la mejor virtud era esperar sin impaciencia ni inquietud á que el sol fuese recobrando las fuerzas aletargadas por el reposo de la noche, y, en efecto, al cabo de una hora, apareció triunfante, después de haber anonadado con miradas de fuego el atrevimiento de la importuna niebla.

Hora y media, poco mas ó menos, tarda el vapor en recorrer la parte del riacho, que media entre el río Paraná y la ciudad de Sanfa-Fé. En esa hora y media da cien vueltas, recorre cien curvas, unas veces parece que toma por un atajo y acorta la distancia y otras que se aleja del punto de su destino.

En unos puntos las ciudades de Paraná y Santa-Fé, esta adelante, aquella detrás, se ven de cerca, se tienen en una misma alineación; en otros se pierden de vista, desaparecen. Santa-Fé en un principio se veía poco, estaba todavía envuelta en densa neblina; pero la capital de Entre-Rios, colocada en una pequeña altura y ya por completo plateada por los rayos del sol, tan pronto parecía perseguirnos, colocándose á nuestra izquierda, tan pronto parecía huir alejándose hácia la derecha, y unas veces la buscaba inútilmente el que habiéndola visto en una dirección la volvía á buscar allí después de distraerse un instante.

Y lo mismo sucedía con las embarcaciones fondeadas ó que navegaban en el mismo río. De vez en cuando á lo lejos veíase la arboladura de algunas de ellas, y como no se alcanzaba á ver las aguas, parecían correr sobre la yerba de los prados; otras veces se veían delante las velas de un buque, y cuando se suponía haberlo alcanzado, aparecía mucho más lejos, á la derecha ó á la izquierda, como si navegase en otros ríos ó en otros canales.

Lástima que la campiña no contribuyera á acrecentar

el agradable efecto que producen en el viajero estos engaños é ilusiones ópticas. Siempre la misma uniformidad, el mismo silencio, la misma ausencia de seres y viviendes humanas; siempre los mismos campos abandonados á sí mismos, con sus yerbas, con sus árboles, que crecen espontáneos, con sus aves que se pasean señoras y hasta se atreven á burlarse de los hombres. Excepto dos ó tres casas y algunos bueyes, que con agua hasta el pecho estaban comiendo yerba en las orillas, ni cultivos, ni ranchos, ni árboles frutales, ningun indicio de habitación ó de trabajo.

La vista, por otra parte, alcanza á uno y otro lado, numerosas lagunas; diríase que se trata de terrenos abandonados por la imposibilidad de reparar los desastres de contínuas inundaciones, y resistir á los incesantes ataques de las aguas.

Y es verdad que algunas veces hacen por ahí de las suyas los rios y las lagunas; pero no lo es ménos que nadie se ha preocupado de oponerse ó atenuar con la plantación de árboles ó por otros medios los efectos de las crecidas.



Santa-Fé la amiga, la compañera mas antigua de Buenos Aires envía á recibir á los que llegan un agradable perfume de naranjos, que destacándose y sobresaliendo de las paredes de casi todas las casas, mas que ninguna otra cosa, atraen en seguida en este tiempo con sus frutos,—quizás porque tienen el color del oro,—las miradas de los que vienen de fuera.

El puerto es incómodo por lo estrecho y por la falta de diques, que permitan fácilmente á los buques atracar y desembarcar los pasajeros y las mercaderias.

Consolémonos sin embargo, porque no hace mucho

tiempo estaba peor, y hay probabilidades de que vuelva á mejorar pronto, porque se piensa prolongar el dique que ya está construido en un pequeño trecho.

He visto la ciudad á vuelo de pájaro desde la azotea del edificio de la estación del ferro-carril, y presenta una figura oblonga de siete cuadras de ancho desde el puerto hácia adentro y trece ó catorce á lo largo del puerto ó del río, en línea recta, por supuesto, y evitando las curvas que este hace: Desde lo alto, como muchas casas tienen jardines, como hay pocos patios que no tengan naranjos y como ahora no hay naranjos que no tengan frutos, presenta un aspecto sumamente pintoresco, pareciendo en vez de una ciudad, una inmensa quinta, subdividida en múltiples reparticiones extendidas en varios puntos de la propiedad.

No se presenta como una sucesión monótona de cuadras y calles, sinó como una armónica combinación de sencillas y adecuadas construcciones. El inmenso caudal de aguas que la rodea, y que se vé claramente desde lo alto, contribuye tambien á embellecer la perspectiva, y hacer creer que no se trata ya de tierra firme, de la parte de un continente, sino de una sucesión no interrumpida de islas, de un archipiélago, cuyo centro y cuya parte mas bella sería Santa-Fé.

Por una parte el río de su nombre, que serpentea y se prolonga, se ensancha y se estrecha, aparece y desaparece hasta llegar al Paraná; por otra la laguna de Guadalupe, que se desarrolla y se pierde de vista, hasta hacer súponer que es el golfo de un inmenso mar; por detrás el rio Salado corre pausadamente como si quisiera retardar el momento en que perderá su autonomía; y por todas partes lagunas mas ó ménos grandes, más ó ménos importantes.

Las aceras de las calles son de ladrillo; las casas aseadas, sencillas, bien blanqueadas, con buenos patios, adornadas, con flores, con plantas, con naranjos, nada ofrecen

miración y de simpatía: de admiración si se reflexiona en la fuerza de voluntad, en los esfuerzos que realizan para labrarse un porvenir mejor; de simpatía si se piensa en los rudísimos trabajos, en las privaciones, en las penalidades que ha de sufrir esa pobre gente uno y otro año, antes de llegar á vivir con alguna comodidad.

De esas cabañas esparcidas, de esas informes viviendas de barro, han de salir, sin embargo, las poblaciones florecientes. Y que así ha de suceder lo revelan por este lado Esperanzas y Pilar; lo revelan por otro las colonias transformadas en bellísimos pueblos.



Esperanza,—á donde estuvimos media hora visitando las calles y la casa municipal con su grandiosa fachada, embellecida por siete columnas de orden corintio,—es ya una población importante, animada, con buenas tiendas, buenos edificios, con una plaza de cuatro manzanas cuadradas, casi tan bella como la de Mendoza, con sus molinos, con su destileria, con sus depósitos, con su criadero de cerdos. Mejora, además, continuamente, porque se construyen nuevos molinos y nuevos edificios.

Es la mas antigua de las colonias y fué fundada en 1856, aunque no empezó á tomar incremento hasta muchos años despues. Los campos que la forman, bien cultivados, llenos de árboles frutales, se parecen mucho á los càmpos de las llanuras lombardas.

LA VIDA DE LOS COLONOS

CUADROS CAMPESTRES

Ofrece la vida de los colonos rasgos que entristecen y rasgos que embelesan. Cuando el bullicio de las ciudades, el choque contínuo de encontradas pasiones, la lucha incesante sostenida contra las insidias de los hombres y la adversidad de la suerte producen invencible hastío en el ánimo, si os perdéis por esos campos perfumados, cuya soledad y cuyo silencio solo están interrumpidos por el ruido de las hojas agitadas por el viento, por el agudo píar de las aves ó el canto de los labradores, envidiáis la vida de los seres que viven en ellos, lejos de esa febril agitación del gran mundo, inclinándoos á considerar como la mejor de las vidas la vida del labriego, con su sencillez, su tranquilidad y su monotonía. ¡Ah! pero, cuando la carencia de cosas que consideráis indispensables, cuando la imposibilidad de procuraros la mas pequeña satisfacción os hace notar el contraste entre la cómoda vida de la ciudad y la penosa vida de los trabajadores del campo; cuando la imposibilidad de obtener la satisfacción más pequeña os induce á reconocer que no son todas aborrecibles ó despreciables esas mil comodidades ó necesidades que el refinamiento de la cultura y la vida social os proporcionan y os imponen; entonces por natural é ine-

vitable reacción cambian vuestras ideas y sentimientos y os inclináis á compadecer las privaciones de esos seres, que sufren casi desnudos los rigurosos fríos del invierno y resisten á los rayos del sol la inclemente temperatura del verano, que viven en humilde choza sin mas consuelo que su férrea salud, ni más distracción que su familia, ni mas afán que el trabajo, ni mas esperanza que las buenas cosechas.

Desde que el colono empieza por ser peón de otro colono á su llegada, hasta que acaba por comprar concesiones, despues de haber redimido las primeras que se le cedieron, y contratar á su vez como peones á otros colonos que llegan, ¡qué cúmulo de esfuerzos, de constancia, de trabajos, de abnegación, de privaciones!

No intentaré describir ese largo período de la vida del colono con sus transformaciones, que le permiten pasar de la indigencia del que nada posee á la abundancia del propietario de tierras y ganados; y no lo intentaré porque dadas las proporciones que habría de dar entónces á mis descripciones, faltaríanme elementos, que no pude reunir en una excursión de pocas horas á las colonias, ni en dos días de permanencia en Santa-Fé; pero si puedo bosquejar alguna de las manifestaciones de la vida de los colonos, las bastantes para que se tenga una idea de la misma, dejando para mas adelante el hacer una breve reseña del sistema de colonización en Santa-Fé y quizás presentar algunas consideraciones sobre el porvenir de la misma.

Las colonias en formación no presentan núcleos de viviendas humanas, que formen siquiera una pequeña aldehuela; esto solo sucede en las mas antiguas, algunas de las cuales, como la de Esperanza, son verdaderas ciudades, cuyo título, como aquella, han merecido.

La esplicación es sencilla. En un terreno deshabitado de dos leguas cuadradas, supongamos, se determina la implantación de una colonia; se otorgan concesiones contí-

guas, ó separadas á beneplácito de los colonos, que siempre, sin embargo, han de establecerse á considerable distancia unos de otros: aquellas dos leguas en mucho tiempo no pueden presentar núcleos de casas unidas,, ni los presentarían nunca si no fuese que, una vez otorgadas todas las concesiones, y despues de establecerse algunos comerciantes en el centro de la colonia, los colonos se consideran ya en número y fuerzas suficientes para entenderse, tratar da negocios comunes, constituir una colectividad, levantar una casa municipal, eregir un templo y formar un foco de actividad, que se irá ensanchando gradualmente, por la prosperidad de los que ya se encuentran en la colonia, y las necesidades de los que irán llegando á ella.

Así que si un campanario y algunos grupos de casas pueden anunciar la existencia de alguna colonia ya antigua, solo alguna que otra choza, cuyo color se confunde con el de la tierra, y que tomaríais por aquellos túmulos que diz levantaban á sus héroes y guerreros despues de nn combate los pueblos antiguos, revelan la existencia de una joven colonia.

Pedazos cuadrados de tierra, de dos ó tres palmos por lado arrancados con sus yerbas y raices para que sean mas consistentes y sobrepuestos hasta formar una pieza de mas ó ménos extensión, cubierta con una mezcla de ramas y barro, forman lo que impropiamente se llama casas de los colonos, cuando estos todavía son simples medieros ó no han adquirido totalmente la propiedad de los terrenos que trabajan. Nada impediría tuvieran un alojamiento ménos primitivo; pero el colono astuto, especulador, no se resuelve á ejecutar costosos trabajos y hacer sacrificios en terrenos cuya propiedad no sabe si llegará ó le convendrá adquirir.

Solo cuando esto sucede, solo cuando ha redimido su ter-

reno ó adquirido otro se decide á construirse una morada menos incómoda ó mas espaciosa con adobes ó ladrillos.

Allí viven, pues, en pocos metros cuadrados de superficie, y sobre el húmedo suelo, padres é hijos, niños y adultos, y viven de un método de vida tan sóbrio y sencillo como el lugar que los abriga. Algunos catres desvencijados, ó jergones de paja tendidos en el suelo y cubiertos de algo que se parece á colchón, alguna silla y alguna mesa improvisadas por el mismo colono en las interminables horas del invierno, los enseres indispensables á la preparación y comida de los rudimentarios manjares, forman el ajuar de la casa, cuyo rústico aspecto contrasta con el de las máquinas agrícolas, que se perciben á la entrada ó en los rincones de la habitación.

Los colonos de Santa-Fé, en los primeros años de su residencia, comen poquísima carne; sobre que cuesta dinero y su único afán, su aspiración constante es ahorrar, para llegar á ser cuanto antes propietarios, ó ensanchar su posesión con tierras y ganados, el ir á buscarla significa molestia y pérdida de tiempo, y por eso se contraen á los elementos que tienen á su disposición, galleta, huevos, leche,—que toman sin azucar,—manteca y de vez en cuando en las grandes solemnidades algún pollo, sin contar con que muchos matan un cerdo una vez al año. Muy rara vez compran carne. Tampoco suelen beber vino: muchas familias solo algunos domingos se permiten ese lujo.



¿Cómo dar una idea de la vida de esas familias en los largos meses del invierno, cuando no piden los campos toda la actividad del agricultor, y los cierzos y los fríos obligan á recojerse y abrigarse?

Sin distracciones, sin comodidades, sin comunicación con el resto del mundo, los miembros de esas familias después

de concentrar unos en otros sus afectos, cuidan inmensamente á sus animales, y poco distraida su observación por número de objetos y variedad de impresiones, se fijan en el árbol que crece, en los pollos que nacen, en los campos que reverdecen, en las legumbres que brotan, en las nubes que pasan, en mil cosas que se escaparían á la observación del que no tuviera su vida tan absorta en la naturaleza como la tienen los colonos.

Aúnque generalmente se acuestan en invierno con la última luz del crepúsculo y se levantan con los primeros albores del día, ¡qué série inacabable de recuerdos sobre la patria y los parientes lejanos, sobre las alegrías y los dolores, los goces y padecimientos del pasado, vienen á mezclarse y confundirse en esos meses con una serie halagüeña de proyectos y esperanzas para el porvenir!

Cuando es necesario ir al campo, se ausenta generalmente toda la familia del colono, quedando las aves de corral al cuidado de algun perro, y el ganado al cargo de los niños menores de doce años, desde cuya edad ya ayudan á los padres en las faenas agrícolas, porque allí todos trabajan en la preparación de la tierra y siembra de trigo, hombres y mujeres, viejos y jóvenes.

En esos días suelen llevarse el almuerzo, volviendo á comer á casa.

¡Qué idilios conmovedores se verían si fuese posible presenciar el regreso, al caer de la tarde, de estas familias ateridas de frío ó quemadas por el calor, rendidas de cansancio, desfallecidas de hambre!

Los niños, si no han ido con los padres, salen gritando hasta buen trecho de la casa, quejándose de que han venido tarde, y el gato, el perro y una diputación de gallinas, presidida por el gallo, salen tambien á algunos pasos de la casa, ejecutando las piezas musicales de su repertorio. Míentras el perro hace fiestas al amo, el gato alza la cola, encorva el lomo y da un cariñoso refregón

á las faldas de su ama, que no adelanta sin trabajo por tener que satisfacer á las insistentes manifestaciones de los niños y de los animales, que la rodean y la piden, cada cual á su manera.

Cuando en setiembre y octubre los campos de Santa-Fé se convierten en inmensas alfombras verdes, cuyo suave movímiento semeja al de las olas del mar, late entonces de alegría el corazón del colono al ver que sus trígos con tanto afán y tanto amor sembrados y cultivados empiezan á trocarse en el color de la esperanza, y esa alegría se va ensanchando á medida que el color de la esperanza se va trocando en el color del oro.

Tan rara vez suelen tener visitas y ver forasteros los colonos, que se deshacen en obsequios cuando alguién se llega por alguna causa hasta sus apartadas viviendas, y sufren si no pueden convidar de algun modo.

Visité un día, - me dijo un amígo, — la casa de un colono acomodado, y mientras el jefe de la casa contestaba amablemente á mis preguntas investigadoras, conocí en las idas y venidas de la dueña, en las preguntas inconexas, en las miradas furtivas, en el extraordinario movimiento que notaba á mi alrededor, que algo se tramaba para obsequiarme, lo que me indujo á abreviar mi visita y alegar prisa para despedirme, no porque quisiera desairar á aquella gente, si no por el temor de verme obligado á tomar ó probar algo, que indispusiera por una semana á mi delicado estómago.

—No se apresuré; todavía es temprano,—me objetaba el colono.—No hay remedio, tengo negocios urgentes.—Pues en seguída se irá... en cuanto tome un bocado.—Pero, si acabo de comer.—No importa...

Y quieras que no quieras, tuve que probar un par de huevos fritos, una morcilla, y tomar un trago de vino.

Esto, poco mas ó menos, sucede siempre que se visita

alguna casa de colonos, especialmente si son de la alta Italia, suizos ó vascos.

***

Los dias de fiesta los colonos se mudan, poniéndose camisas limpias y un traje mejor entre los que trajeron del país de origen, traje que tal vez heredaron de sus padres, y dejarán probablemente todavía á los hijos, y éstos á los suyos.

Generalmente los colonos no compran ropa en América; se pasan la vida haciendo servir la que han traido de Europa, cosiéndola, arreglándola, transformándola, dándola vuelta, y si algo compran es para los hijos.

Hay prendas, sin embargo, que resisten dos ó tres generaciones, y que después de haber servido á los abuelos, á los padres, á los hijos y á los nietos, merecen los honores de la celebración de un centenario por el estado de resistencia y solidez que aún presentan; tales son algunas sábanas, cuyo roce solo puede resistirlo el cútis de bronce de esa gente, algunas chaquetas y no pocas camisas de la misma tela de las sábanas y con cuellos de medio palmo de alto.

No dejaría ciertamente de ser curioso un estudio sobre la indumentaria de los colonos en algunos de los días señalados en que suelen reunirse, ni dejaría de excitar la risa y el buen humor la vista de aquellas antigüedades ambulantes que van ostentando las rayas y asperezas de su superficie, como dientes que enseñan á la moda, burlándose y escarneciéndola, dispuestas á dejarla torcida de un refregón, si tiene la osadía de aproximarse.

Los domingos y días solemnes no solo los dedican los colonos al descanso, sino que se permiten echar con frecuencia una cana al aire haciendo una excursión con la familia á una pulpería cercana, en carros de su propiedad,

los que tienen, ó agregados á los de algún vecino los que no tienen.

En las pulperías rocian con sendos tragos de vino ó de cerveza,—según las nacionalidades,— los manjares que suelen traer de sus casas preparados, y al caer de la tarde vuelven alegres y satisfechos al hogar, entonando en lenguas y dialectos varios, patéticos cantares, desde las suaves canciones del mediodía hasta las notas guerreras del norte.

Otro de los espectáculos dignos de atención en los días de fiesta, es la reunión frente á la puerta de las respectivas iglesias de un gran número de carros, que han traído á las familias á cumplir con los deberes religiosos.

Mientras las mujeres asisten en la iglesia á la celebración de la misa, los hombres, cuyo fuerte no es ciertamente el sentimiento religioso, forman grupos frente á la iglesia y hablan de los precios del trigo, de los bueyes, de los cerdos, de las mercaderías, realizan compras y ventas, y se ocupan de la próxima cosecha, del tiempo, de la siembra, de todo lo que pueda directa ó indirectamente interesarles.



PARANÁ Y SUS ALREDEDORES

PARANÁ, Julio 9 de 1885.

A medida que el vapor, silbando y describiendo eses iba burlándose de las curvas y acechanzas del río de Santa-Fé y la torrre de la iglesia de San Miguel del Paraná, después de entretenerse enganándonos por buen rato como una mujer coqueta, presentándose unas veces delante, tan cerca que parecía haber corrido á nuestro encuentro, y otras á la derecha tan lejos, que parecía haber huido con velocidad telegráfica, cuando las casas situadas en la barranca, repito, ya no podían burlarse porque estaban cada vez mas visibles, yo iba recordando cuanto me habían dicho y cuanto había leido sobre la capital entreriana, en cuya dirección tenía fija la mirada, deseosa de penetrar á través de la neblina y ver mas allá de la mencionada torre.

Un entreriano, que tiene motivos para conocer la ciudad, dice,—si mal no recuerdo, en un pequeño libro,—que el Paraná es una perla, *orlada con la perfumada diadema de sus jardines y sus frescas y onduladas colinas.* Creo dice también que su edificación es lujosa y de estilo moderno, que sus calles son cómodas y sólidamente empedradas, *rara avis* en este país; que hay un paseo que entro de poco nada tendrá que envidiar á la *via Apia*

de Roma durante el imperio, la pone, en fin, en los mismos cuernos de la luna.

Rebajaremos algo—decía para mí;—pero en Santa-Fé mismo han hecho elogios de la capital entreriana; y sobre todo hay *colinas*... y entónces parodiando á Manzoni, cuando Lorenzo en los *Promessi Sposi*, despidiéndose de sus montañas dice sollozando: *Addio, monti sorgenti dalle acque*.. etc., yo dije: *Io vi saluto, monti sorgenti dalle acque*.... etc.

Y no hay que reirse si llamé montañas á las pequeñas elevaciones de la barranca del Paraná. Bien pueden ser variados y pintorescos los paisajes de llanura, y bien saben todos que rarísima vez lo son en la República Argentina, pero acaban por cansar y aburrir aún á los que son capaces de gozar, comprender y sentir lo bello, bajo cualquier forma que se presente. Viajando ó viviendo algún tiempo, en las regiones completamente llanas de la República, pronto se llega á sentir un deseo irresistible de alturas, que hagan levantar la cabeza, los ojos y el pensamiento. La mente y la vista se cansan, se aburren de extenderse siempre sobre un mar interminable de tierra ó de yerba, y necesitan sombras, abismos, alturas, rarezas. Por eso si cuando el ojo está mas cansado de la uniformidad, se aparece á variarla una elevación, una irregularidad del terreno, la imaginación y el deseo las abultan y trasfiguran, prestándolas formas de montañas, si son pequeñas alturas, y abultándolas más que el Himalaya, si son montañas de veras.

Mientras este rumbo seguía

La navicella dello ingegno mio

entró el vapor en el Paraná, deteniéndose media hora despues frente al puerto de la capital entreriana, no mucho

mas cómodo ni mas preparado para la carga y descarga de buques que el de Santa-Fé.

¡Oh felicidad! La capital disputada, la que se enorgullece con haber sido por algún tiempo la capital provisoria de la República, está situada sobre una meseta, y su centro dista media hora del puerto, y para salvar esa distancia se sube, se sube por un camino pintoresco, cuyo declive es tan rápido como si se tratara de subir á una altísima montaña.

Ya levantamos la cabeza, ya miramos hácia arriba, ya tenemos iglesias y casas y hombres sobre nosotros, ya tenemos ríos y casas y valles á nuestros piés, ya no es limitada la vista por el horizonte, ya algo la estorba, ya cambian á cada momento los panoramas, ya se reciben sorpresas.

La ciudad del Paraná tiene cierto aspecto de ciudad europea, y fáltale solo para serlo completamente la forma y mérito arquitectónico de los edificios. Algunas de sus calles presentan ondulaciones y suavísimas pendientes, otras están algo torcidas y hasta en algunas no siguen las cuadras la misma uniformidad que en otras partes. Su situación sobre una meseta que se eleva unos veinticinco metros sobre el nivel de las aguas del Paraná, es sumamente pintoresca y agradable. De todos los puntos abiertos ó de las azoteas de las casas se goza de un panorama variadísimo, ya se mire á las aguas del Paraná, á los buques que las surcan, á las pequeñas islas que en medio de ellas se levantan, ó á los prados de la orilla opuesta, ya se mire á los fondos ó á los flancos de las mesetas, que se suceden y se combinan como la línea de una espiral ó las roscas de un tornillo, cuajadas de puntos blancos, que son casitas, y embellecidas las mas cercanas con quintas, edificios, casas de campo, como para hacer creer que la ciudad se ha hecho para que vivan veraneando y pasando una vida de recreo los que en ella habiten.

Tiene una buena plaza, bien empedradas las principales calles, cuyas aceras todas son de ladrillo de un rojo vivísimo, lo cual, agregado á los colores subidos y llamativos de las casas, colores por los cuales parecen tener una afición especial los habitantes del Paraná, forma una combinación caprichosa, un efecto extraño de luz y de sombras, y se llega á pensar en la posibilidad de haber caído entre gente alegre y burlona, capaz de jugaros alguna broma, que sin embargo no se teme ó mejor se desea, en la seguridad de que ha de ser de buen gusto.

Después de saber que la cruz que parece estar cayéndose,—y se caerá algun dia si no la enderezan,—sobre la punta de la torre de San Miguel, la iglesia más próxima al río y por consiguiente la más visible desde lejos, es de hierro y ha sido torcida sin duda por el viento, disponíame á aprovechar las pocas horas que me quedaban hoy para visitar la cíudad, sus iglesias, sus fábricas. sus principales edificios, sus establecimientos públicos, cuanto merece llamar la atención del observador ó del viajero.

Pero ¡oh dolor! como diría un romántico; empezó á llover. Y los que han viajado por el interior, ó viven en las calles de Buenos Aires, no recorridas por el Intendente, saben lo que esto significa: barro hasta las rodillas en cuanto se sale de dos ó tres calles. En esto no hay excepción en ciudad alguna, como no sea parcialmente en Mendoza; las demás están bien en el centro, pero en saliendo de él, ya hay que predisponerse á nadar ó hundirse media vara en el lodo. Cierto que cuando llueve ó ha llovido, las calles no pueden estar secas y limpias; pero aquello de pequeñas ciudades bien empedradas en todas sus calles, lo mismo en el centro que en la periferia,—lo cual considero muy justo,—sin barro, con caminos transitables y bien cuidados al rededor y en las afueras, eso no se encuentra, no existe en ninguna parte, y esto afea, des-

figura, perjudica á poblaciones que en lo demas nada tendrían que envidiar á las mejores ciudades.

Hube, pues, de renunciar, no sin disgusto y pesar, á un paseo, á una excursión pedestre; pero no dejé de aferrarme á la primera tabla de salvación que me presentó el Dr. Lúcas Gonzalez, que tuvo la amabilidad de hacerme acompañar á ver las obras de la nueva catedral, y al secretario del Ilmo. Sr. Obispo que afablemente accedió á enseñarme cuánto había digno de atención y llevarme á la parte exterior de la cúpula, á una altura de más de 40 metros sobre la plaza principal, permitiéndome así gozar desde allí del magnífico panorama que presenta la ciudad y sus alrededores.

La parte construida de la catedral, que es poco más ó ménos la mitad del todo, da ya una idea del conjunto y revela el mérito de la obra del arquitecto Sr. Arnaldi, autor del plano del grandioso edificio.

Pero dejemos la catedral, cuya descripción no podría ofrecer interés ahora, por hallarse aún atrasadas las obras que habrán de concluirse algún dia, y subsanemos un olvido, díciendo que en el Paraná hay tantos naranjos como en Santa-Fé y seguramente más jardines, lo cual, con los vivos y cambiantes colores de las casas, con la ondulación de las calles, con las colinas á lo léjos, con los edificios escalonados en las pendientes de las mesetas, con el Paraná á los piés, extendiéndose en semicírculo á lo largo de la barranca, producía una satisfacción indefinible á la vista, é infundía un sentimiento de alegría y de gozo en el corazón.

CINCUENTA HORAS EN FERRO-CARRIL

VILLA MERCEDES

Abril 23 de 1886

La mañana de ayer bien era digna de figurar entre aquellas que espantaron al Dante en la puerta del Infierno, según nos lo cuenta en su canto tercero, y le hicieron caer *come l'uom cui sonno piglia.*

Una mañana como aquella debió servir de modelo á Zorrilla para escribir *La Tempestad*, por qué, como dice Alarcón, aunque amaneció, conociéndose, con eso, que el sol debía de andar por el cielo, el dia que despuntaba parecía una continuación de la noche y llegaba frío, indiferente á nuestros pesares sin que nadie le llamase, quizás contra los deseos de muchos; un día, en fin, inesperado, alevoso, ni profetizado por el lucero del alba, ni coronado por el rocío, ni arrebolado por las nubecillas crepusculares, y que por lo mismo, ni merecía un saludo de los pájaros, ni el agradecimiento de los mortales que podían contar con un día mas en la breve y rápida carrera de la vida.

Como si el diablo tuviera alguna influencia sobre los elementos y la empleara en fomentar la superstición popular que considera como cosa providencial é inevítable la lluvia

en los días santos, parecía que el aire y las nubes se habían puesto, de acuerdo para obrar sobre la tierra con todo el aparato y estruendo que le permiten sus poderosos medios de ataque.

Nada faltaba. Viento, lluvia, truenos, relámpagos y nubes oscuras, tétricas, espesas, interminables, anunciando uno de esos días que enlutan á la tierra, pesados, monótonos, soñolientos, que parecen un término medio,—y por eso aborrecidos y antipáticos,—entre la luz y las tinieblas, como la enfermedad es á veces un término medio entre la vida y la muerte.

Con esa mañana y con la perspectiva de ese día, nos encontramos á la hora convenida en la estación 11 de Setiembre, el Sr. Juan Clark, contratista y constructor del ferro-carril al Pacifico, y unos cuantos amigos suyos, á quienes había invitado á hacer una excursión de recreo hasta Villa Mercedes, menospreciando la persecución del tiempo que también en las excursiones anteriores le había sido desfavorable.

Por más que la perspectiva de un largo día lluvioso y una temperatura muy baja no prometiesen hacer muy agradable un viaje á través de la pampa, los *touristes* suelen gustar de los contrastes, experimentan especial satisfacción ante los obstáculos que les permitirán después envanecerse de haberlos vencido, aunque esa victoria les cueste la salud, y excusadó es decir que á nadie se le ocurrió la idea de renunciar á la expedicion. Además, teniendo aplicación práctica en este caso el refrán de que «no hay mal que por bien no venga», la lluvia nos aseguraba un viaje sin las molestias del polvo, ventaja que sabrán apreciar los que las hayan sufrido en sus viajes por el interior; á lo que si se agrega la idea de los cambios que puede haber en la temperatura y en la atmósfera en un trayecto de 700 kilómetros, y la perspectiva de 24 horas en tren, es decir, de un mañana que, según Selgas,

es la salida natural de aquellos á quienes estorba el día en que viven, un agujero muy cómodo para los que no quisieran la repetición del hoy, se comprenderá que muchas razones y motivos fundados había para irse y ninguno para quedarse.

Salimos, pues, ã las ocho de la mañana en un coche dormitorio del ferro-carril del Oeste, galantemente cedido por la empresa al Sr. Clark, y llegamos á Villa Mercedes á la mañana siguiente, que, como muchas otras, resultó ser un deseo no cumplido, una ilusión desvanecida, una esperanza defraudada, una quimera, un sueño, porque, como durante todo el día anterior, las nubes cubrían el cielo, caía la lluvia, soplaba el viento, era baja la temperatura; no podía darse un paso sin hundirse en el barro, no había que soñar en paseos campestres, ni en recorrer minuciosamente las escuálidas y desiertas calles de Villa Mercedes, ni tenía trazas el cielo de sorprendernos agradablemente con un cambio repentino, á pesar de hallarnos en una región en que la lluvia suele ser escasa, y esa escasez tan perjudical á su vegetación.

Aunque nada faltó para que el viaje fuera entretenido y se almorzó con apetito en el hotel de Mercedes, y se hizo honor á la comida preparada en un galpón provisorio de Orellanos,—no obstante el viento frío que se mofaba de nosotros corriendo de una á otra ventana por ciertos huecos que no pudieron taparse,—y se durmió tranquilamente, á pesar del violento balanceo del tren, del infernal ruido de las ruedas y de los recelos que pudiera inspirar de noche y con lluvia el recorrer una línea no entregada al tráfico, y se comió bien, por fin, en Villa Mercedes, á pesar de esto, digo, un poco por la persistencia del tiempo, otro poco por el barro, y algo por la monotonía del paisage que nos rodeaba, se acordó abreviar la duración de la expedición y regresar el mismo día en vez del siguiente.

El regreso presentó un aliciente especial: una comida y un almuerzo en un wagón de carga, en un furgón, marchando el tren, sentados al rededor de una mesa improvisada y servidos como en un hotel, ensayando así en la práctica un progreso que los Estados Unidos disfrutan en pequeña escala desde hace algún tiempo. Allí hubo escenas chistosas. Puestos á la cola del tren, el movimiento era muy grande, todos bailaban en sus asientos, el estruendo del tren era aumentado por el choque de los vasos, platos y cubiertos, las manos y los brazos temblaban al tomar los manjares, como si á cada segundo una terrible descarga eléctrica se comunicase y sacudiese á todos ó estuviéramos todos atacados de *delirium tremens*. Parecía la realización de algunas de las invenciones ó suposiciones científicas de Julio Verne.

Antes de enfilar la boca con el tenedor había qne hacer unas cuantas maniobras á su alrededor: uno levantaba, temblando, su vaso y cuando ya, creyéndose seguro, lo inclinaba para beber su contenido, una sacudida violenta levantaba su brazo y echaba el vino sobre la nariz; otro pedía un poco de pavo á cualquiera, pero, como el interpelado no oía, tenía que gritar con voz de trueno: *¡Un pocoooo de pavooo!*

Sobre la mesa las botellas se balanceaban, el vino salía de los vasos, los platos y cubiertos viajaban, y era preciso estar en movimïento contínuo para que no ocurriesen catástrofes.

A pesar de esto, se comió muy bien, y se bebió mejor; se brindó (sería estraño que no se brindase) por no sé cuantas cosas, dándose aquí, puede decirse, el caso rarísimo de que cada uno brindase, como Robinsón, para si mismo, porque era casi imposible oír lo que el vecino dijera con toda la fuerza de sus pulmones.

PÁISAGES

Cuando en Ramos Mejía y Morón se pierden de vista las últimas quintas, que constituyen como las avanzadas de un ejército de casas que, impaciente y estrecho en su campamento de la capital federal, está por invadir los territorios cercanos, y con ese propósito ya ha establecido por ese lado, su vanguardia en Flores, y sus destacamentos y puestos avanzados hasta dichos pueblos, empiezan á verse los prados extensos, interrumpidos aquí y allá por pequeñas arboledas, en medio de las cuales se levantan las casas de campo y los edificios de las estancias. Sin embargo, hasta Mercedes nótase el poderoso impulso que ha tiempo han recibido los terrenos situados en los cien kilómetros que separan á aquella ciudad de Buenos Aires, y amen de los bonitos y florecientes pueblos de Merlo, General Rodriguez y Luján, los ranchos menudean, aquí y acullá se levantan, como pequeñas colinas, montones de paja, los prados alternan con los maizales, y las numerosas majadas que pastan en campos alambrados y relativamente reducidos, revelan la división de la propiedad, uno de los medios que más influyen en el progreso y bienestar de los pueblos. Las chacras cultivadas de Mercedes se extienden á más de una legua por el este, hácia Buenos Aires, y en ese trayecto el tren corre en medio de las arboledas que limitan los varios cultivos.

Algunas quintas, un gran molino, el tráfico de la estación, los edificios que se construyen, demuestran que Mercedes es una población de gran porvenir, gracias, indudable-

mente, á las líneas férreas que allí se concentran, y que le han dado gran impulso y se lo darán mayor en adelante.

No tengo la pretensión de hacer lo que nadie ha hecho hasta ahora, ó sea dar una idea precisa de las poblaciones á cuyo lado pasa y se detiene el tren solo por algunos instantes, aunque no es la primera vez que tomo pie de estos rápidos viajes para hacer descripciones acogidas por el lector con una benevolencia que nunca podré agradecer bastante; pero juzgo que la breve comunicación que se establece entre los lugares y el viajero que los mira desde la ventanilla de un coche ó las afueras de una estación, bien pueden parecerse á esa relación momentánea que se establece cada día con personas desconocidas que nos presentan, lo que no impide nos formemos una idea y pretendamos juzgarlas por su aspecto exterior: en este concepto creo poder relatar mis impresiones.

Mas allá de Mercedes la uniformidad de la llanura sin límites ya infunde tristeza y melancolía.

Las estancias, reveladas por filas de árboles,—eucaliptus generalmente,—que cercan, ocultan y guardan, como centinelas, á sus edificios, son más escasas y hacen reflexionar al viajero sobre el género de vida que debe hacerse en aquellas soledades. Más allá de la estancia del Sr. Unzué, pobladísima por ganado de toda clase y por millares de avestruces que, con su trote singular, huían asustados por el ruido de la locomotora, y por el humo que iba hacia ellos, mantenido algunos instantes por la rarefacción de la atmósfera al nivel del suelo, más allá, repito, las majadas eran mas raras, y solo de vez en cuando veíase á lo lejos los bueyes y los caballos formar con sus varios colores un extraño contraste con la uniformidad del suelo.

Cansado de extender la vista por aquel mar de prados, de ver siempre el mismo é invariable panorama, de esperar mil veces inútilmente un mas allá diferente, va-

riado, entretenido ó agradable, fijábame en los caminos convertidos por la lluvia en pantanos intransitables, como les sucede á todos los de la república; fijábame en los charcos y lagunas formados por los pequeños desniveles del terreno, siendo algunos tan grandes que parecían brazos de lagos, ó pequeños recodos de un mar sin límites; fijábame, en fin, en el color de los prados, á trechos verdes, á trechos completamente amarillos y hasta en los arbustos silvestres que predominaban en muchos campos, antojándoseme compararlos á los hombres que en las sociedades influyen, predominan ó perjudican con abusos, maldades y vicios, llegando siempre, sin embargo, para ellos las revoluciones bienhechoras que los aterran, ó el día del castigo, como llega algún día para los campos la mano justiciera del labrador, que arranca de raíz la mala yerba y los perniciosos arbustos para entregarlos á las llamas.

Chacabuco, nombre glorioso que recuerda la victoria que en 1817 obtuvo el general San Martín sobre las tropas realistas de Maroto, afianzando con ella la independencia de Chile, vuelve á reanimar la vegetación interrumpida, dando vida en sus alrededores á unos cuantos maizales, hileras de raquíticos álamos, árboles frutales, verduras y algunos otros cultivos, pero en un espacio reducido, y que se extiende apenas algunas cuadras alrededor de la cúpula gótica de su campanario, que se percibe á poca distancia de la estación.

En pocos puntos presentan las llanuras argentinas una horizontalidad mayor de la que se observa entre Mercedes y Orellanos en la línea del ferro-carril del Pacífico. Ni una ondulación, ni un barranco, ni un poco de tierra mas elevado, y ni siquiera un desnivel después de las primeras estaciones. Es un océano inmenso, tan igual como las superficie de las aguas, y tan monótono, pesado é imponente como la inmensidad de un mar tranquilo.

Mas allá de Chacabuco se encuentra á la izquierda de la línea la laguna Campicho, que perdiéndose de vista en el horizonte parece un gran lago, y poco después se aperciben las sencillas y humildes casas de Junín, otro nombre que recuerda una batalla de la guerra de la Independencia, y otra victoria alcanzada en 1824 por colombianos, peruanos y argentinos aliados, á las órdenes del general Bolívar, sobre las tropas del general español Canterac. Las casas de Junín son pequeñas, bajas y sin blanquear en su mayor parte, cosa que se observa en otros pueblos de la línea y aún alrededor de Mercedes, debido, segun informes, á la escaséz y elevado precio de la cal.

A la salida de Junín se pasa el río Salado, que baja con abundante caudal de agua, confundiéndose á lo lejos, á la derecha de la línea, con Mar Chiquita, que Sarmiento, soñando, como buen meridional y buen latino, á pesar de sus humos sajones, quería convertir en un lago suizo.

Después ya no se ve nada. Prados sin límites, escasísimo ganado, rarísimos árboles levantándose, como fantasmas, inmensamente lejos alrededor de alguna estancia, esqueletos ó cuerpos hinchados y carnes podridas de animales muertos, despidiendo nauseabundos olores (lo que se ve tambien en otros puntos, con asco de los pasageros), bandadas de patos al rededor de las lagunas, algunos pájaros de mal agüero huyendo azorados, como si se hubiesen estraviado en aquella región interminable, algún gaucho alejándose apresurado al galope de su caballo: es todo lo que se encuentra en trayectos larguísimos en aquellas llanuras, cuya inmensidad solo puede compararse á su uniformidad. Las mismas estaciones, por su silencio, parecen el cementerio de los que en ellas habitan; ni una casa, ni un rancho, ni alma viviente á su alrededor. Los silbidos de la locomotora, oyéndose á grandes distancias por aquellos que viven en

medio de tanta soledad, deben producirles encontradas emociones, y tan pronto parecerse al saludo de un amigo que llega como á la despedida de una persona querida que se aleja. ¡Con cuánta amargura sentirán muchos días desvanecerse el último eco del *trik y trak* del tren que les viene anunciando una fortuna que no saben cuando llegará realmente!

Recorrimos de noche, lo mismo á la ida que al regreso la distancia que media entre Orellanos y las estaciones que se acercan á Villa Mercedes. No creo debamos arrepentirnos de haber pasado durmiendo y soñando un trayecto que no podía inspirarnos mayor interés ni mayor novedad del que habíamos recorrido.

A unos 80 kilómetros de Villa Mercedes el terreno empieza á ser mas accidentado, se ven á la derecha pequeñas sierras, á la izquierda va serpenteando el rio Quinto, escondido entre pequeños árboles y plantas silvestres, y alrededor de las estaciones algunos ranchos. Cuadrillas de trabajadores acampados están rematando los edificios de las estaciones y dando la última mano á las obras de la línea. Al verlos salir de debajo de una tienda en las primeras horas de la mañana, después de una noche lluviosa pasada sobre el húmedo suelo, al ver aparecer á la entrada de las tiendas niños casi desnudos y mujeres descalzas, no pude menos de pensar en la afeminación de la vida ciudadana, cuando al menor aire nos constipamos ó nos derrengamos y quedamos tullidos en una habitación algo humedá, y me dije porque no pensamos en esa gente, cuando oponemos mil reparos á insignificantes obstáculos por temor de perjudicar á nuestra debil naturaleza; no pude menos de pensar, repito, en la fortaleza de esa raza que vive por nuestros campos, y en la robustez de esos trabajadores italianos, que los ingenieros y constructores ya prefieren á los de todos los países.

También ví á un hombre vestir á un niño, y pensé si estaría enferma su madre, y los padecimientos y privaciones que esos infelices, expuestos á la intemperie, lejos de todo centro poblado, sin médicos, sin medicinas, sin medios, sin comodidad alguna, deben sufrir cuando caen enfermos.

VILLA MERCEDES

La pobreza de la vegetación auuncia alrededor de Villa Mercedes la pobreza de la provincia á la cual pertenece. Los terrenos de cultivo son limitados, y nada anuncia la población al que se aproxima sinó la población misma. Esta se divide en dos partes, que pueden llamarse la antigua y la nueva. La antigua está á unas 20 cuadras de las estaciones del ferro-carril, distancia que se salva por un camino primitivo, abandonado, lleno de barro cuando llueve, aunque el terreno es arenisco, y el barro no mancha como en otras partes. No llueve, sin embargo, con frecuencia; y el polvo es el que predomina.

Los que han visto á Villa Mercedes hace algunos años aseguran que la parte antigua no ha progresado gran cosa, y que pocos son los edificios que se han levantado. Sin embargo se veían algunos regulares, un buen mercado á la entrada de la población, dos buenas plazas, sombreada una de ellas por corpulentos sauces, algunas tiendas, calles con veredas, presentando en conjunto el aspecto de un buen pueblo, que alguién opina ha de llegar á ser la capital de la provincia.

También hay quién opina, quizás con mas fundamento,

que la parte nueva, que está inmediata á la estación, ha de absorber y llegar á ser mas importante que la Villa Mercedes antígua, y en efecto allí se han levantado en poco tiempo varios importantes edificios, y es de presumir que se levantarán otros cuando la línea del Pacífico esté entregada al tráfico, y se deje sentir mas poderosamente la atracción que los puntos céntricos de líneas férreas ejercen sobre los elementos productivos de las localidades que benefician. Al lado de aquellos edificios se levantan también chozas ó casitas con puertas y ventanas tan diminutas que se las tomaría por viviendas de enanos, ranchos que funcionan de carnicerías, reveladas por una bandera encarnada que cuelga de un palo, y en fin esas rarezas, contrastes y anomalías que suelen observarse en las poblaciones pequeñas.



EXCURSIÓN

Á LA SIERRA DE LA VENTANA Y BAHÍA BLANCA

Febrero de 1887

Cuando por una ú otra circunstancia emprendo un viaje al interior del país, con ánimo de escribir al regreso mis impresiones, y dar una idea de los terrenos y lugares recorridos, suelo hacerme, al poner el pie en el coche del ferro-carril, la siguiente pregunta:

¿Seré esta vez mas afortunado que otras? ¿Hallaré en el camino algo mas que la uniforme llanura, campos y ganados, ranchos y casas construidas todas según el mismo plan y con los mismos materiales, estancias escondidas en medio de un rectángulo de árboles, gauchos con el mismo traje y casi con la mismas casas, extrangeros disfrazados de gauchos, propietarios que van ó vienen de las estaciones ó de los establecimientos de campo?

Esa idea llega á dominarme casi exclusivamente, llega á ser mi única, invencible preocupación; el temor y la duda me tienen inquieto, mal humorado, triste, y poco falta para que se convierta en una especie de tormento lo que para todo el mundo constituye un medio de diversión y entretenimiento.

Apenas la locomotora se lanza fuera del andén. arrastando el tren, y los pasajeros al oir la rechinante trepidación del hierro toman posiciones y se acomodan en sus asientos, alargo el cuello fuera de una ventanilla y lo escudriño todo, hombres y animales, casas y árboles, que en rápida y variada sucesión de cuadros se presentan como seres y cosas de un mundo desconocido. Entonces hasta llego á olvidar que todo aquello me es familiar, y que está á las puertas de la ciudad, y lo veo todo como á través de los vidrios de un kaleidoscopio.

Pero dura poco la ilusión: al cabo de una ó dos horas desaparecen las casas y las quintas, cesa la vegetación, los árboles solo se ven á largas distancias, como objetos raros y de mucho precio, las majadas reemplazan á los hombres y empieza la llanura sin límites, cuya uniformidad y monotonía, sin embargo aún encuentran compensación en las lejanas, pero frecuentes hileras de árboles, que rodean los edificios de las estancias, en el verdor vívisimo de los alfalfares, en las ondulaciones que el viento imprime á los rojizos penachos de los maizales, en la abundancia y variedad de los animales que cubren los campos,—ya paseándolos plácidamente, hartos ó cansados de pasto, ya formando un todo por su inmovilidad con el suelo que pisan, como si estuviesen clavados en el lugar en que se encuentran.

No desespero todavía: el vuelo de una ave, el trinar de los pájaros, el zambullirse de los patos en el agua de los pequeños estanqucs, los sustos y carreras de los bueyes y caballos que están cerca de la vía, la conocida silueta del gaucho, los largos carros de los colonos ó de los estancieros, que arrastrados por cinco ó seis animales en fila compiten en velocidad con el tren y levantan nubes de polvo, las chinas desgreñadas y sucias ó los niños harapientos y descalzos, que proclaman su miseria y la tristeza de su vida á la puerta de un rancho, las

poblaciones con sus habitantes, sus casas y su vegetación, todo aún ofrece por algun tiempo cierto atractivo, y examinado bajo uno ú otro aspecto, aún presta alguna materia á la pluma. Pero al fin y al cabo las estancias y las poblaciones, con su reducido círculo de árboles y sembrados, se perciben cada vez á mayor distancia,—y lo demás se repite, como diría *Zorrilla*: «Una, dos, tres,—mil veces, igual, contínuo—como la primera vez», y además con la añadidura del polvo que envuelve el tren en una nube blanca, y se adhiere á él, como si en vez de componerse de partículas de tierra desmenuzada fuese algo que forma un todo con los coches.

Ese polvo penetra en los ojos, en la boca, en las narices, debajo de las ropas, quita la respiración, y obliga á levantar los cristales de las ventanillas, aún á riesgo de ahogarse dentro de calor, sin que por eso sea posible librarse de su persecución.

Entonces, abatido y desalentado, me refugio en un ángulo cualquiera de los asientos, y empiezo á escudriñar y mirar con aire compungido á los demás viajeros como diciéndoles:

—No sean Vv. gallinas, hagan algo que suene, que llame la atención, que dé mas aliciente y variedad al viaje, algo ridículo ó sublime, cómicó ó trágico, que haga reir ó haga llorar. Tengan Vv. compasión de éste desdichado borroneador de cuartillas.

Y poco faltó para que el primer día de mi último viaje, cuyas impresiones reflero, tuviera esa suerte invidiable.

Había en un coche dormitorio doce personas, para ocho camas, y solo cuatro almohadas para las ocho personas que primero lograsen ocupar las camas.

Después de comer, como puede comerse en las estaciones de ferro-carril, y sobre todo en las del ferro-carril del sud, que sin duda se distinguen entre todas las demás, llegó un poco más allá de Altamirano la hora en que los

viajeros que han de pasar una noche en el tren, se preocupan de pasarla lo mejor y mas pronto posible. El ideal, el *desideratum* de todos suele ser el de pasarla en un sueño, al cual convidan tanto el cansancio, el traqueteo del tren, el ruido y la forzosa inmovilidad, como el pavor que infunde la oscuridad exterior, la marcha vertiginosa en medio de las tinieblas, haciendo pensar que los grandes inventos y los grandes progresos del siglo vienen en cierto modo á dar color y realidad á las mentidas hazañas de los famosos Pegasos, Bucéfalos y Frontinos que en otros tiempos han entretenido la admiración de las sencillas é impresionables imaginaciones populares.

Pero como los doce pasajeros habían pagado su cama, y ninguno de ellos estaba dispuesto á hacer el papel de cigüeña, ó sea á dormir de pié, empezaron las quejas, los denuestos, las imprecaciones, las acusaciones, un verdadero conato de motín, hasta que al llegar á una estación dos de los mas atrevidos se lanzaron afuera, y yo tras ellos, ya medio felicitándome de tropezar con algo extraordinario que me daría pié para discurrir á mi sabor y desquitarme de la monotonía del resto del viaje.

Felizmente para ellos, y desgraciadamente para mis notas, todo acabó como una tormenta en un vaso de agu a Parecieron las camas, aúnque no las almohadas, el cansancio aplacó las cóleras, bien ó mal, tomaron todos la horizontal, y hasta el más furibundo, un honrado propietario del sud, que parecía haber honrado mejor que los demás la comida de la estación de Altamirano, como último y supremo desahogo, se limitó á entregar á un camarero su tarjeta, diciéndole que le buscasen á él para responder de lo sucedido, y se quedó tan fresco, sin duda en la creencia de que su nombre, muy digno, respetado y conocido seguramente en su casa, haría temblar á la delincuente empresa.

Pero después de este incidente repaso mis notas, y

encuentro: Quintas, avanzadas, importancia Azul y Olavarría, colonias, campos, animales, primeras alturas, y polvo, polvo, polvo.

Lo cual explicado en pocas palabras, quiere decir:

La ciudad de Buenos Aires, ramificándose y extendiéndose en todas direcciones, construyendo cada día á mayor distancia casas, palacios y quintas, rodeándolos de comodidades y llenándolos de flores y árboles, parece querer anunciar á los pobladores lejanos y aislados que no desmayen, que resistan los contratiempos, persistan en su trabajo fructífero, que la capital se prepara á llevarles no ya solo lo necesario, sino también poco á poco, lo cómodo y lo agradable. Este anuncio consuela y anima á los trabajadores atrevidos que en la escasez y la falta de elementos luchan con dificultades sin cuento para arrancar á la tierra sus frutos, y ya tranquilos sobre el resultado final, aunan sus esfuerzos, forman grupos numerosos, base de otras tantas poblaciones y constituyen á su vez nuevas é invencibles avanzadas, que sirven de estímulo á los más atrevidos, que, como los exploradores, nunca se dan por satisfechos y se lanzan mas adelante en busca de nuevas explotaciones y de nuevos productos. Asi como corre la sangre desde el corazón á las arterias, para vitalizar el organismo, como se destacan de un río principal los ramales que fecundan los campos, las capitales poco á poco dejan sentir su influencia en todos los ámbitos de la república, encontrando en la exuberancia de su vida y de sus fuerzas, los elementos indispensables á poblar los desiertos, transformar las tierras y aprovechar sus riquezas.

El paisaje podrá no ser pintoresco, pero es imponente por su misma uniformidad y grandeza. El trabajo es utilitario y práctico, y no puede pensar en lo supérfluo mientras le preocupa lo necesario.

Solo los pueblos muy ricos ó muy corrompidos pueden

preferir lo bello á lo bueno, lo pintoresco á lo útil, á riesgo de parecerse á un palacio de artística fachada y detestable distribución interior, ó á una dama humilde y bella en la figura y arrogante y viciosa en su trato y en sus acciones.

Así no es de extrañar que en trayectos de más de veinticuatro horas de tren no se vean árboles que dan sombra, sinó maizales que dan granos, ni flores que dan perfumes sinó campos que dan pasto, ni parques donde vagan los animales de recreo, sinó campos donde pacen los caballos que sirven para el arrastre y los bueyes, carneros y ovejas que proporcionan alimentos para saciar el hambre, ni palacios, ni quintas, ni jardines, sinó casas de colonos, ranchos de pastores, pulperías en que se venden los productos de la industria.

Solo así puede suceder que al lado de poblaciones mas antiguas como el Azul y Olavarría, cuyo comercio y cuya importancia parecen ser considerables, á juzgar por el número de coches que acuden á las estaciones, se levanten y se desarrollen de la noche á la mañana colonias como El Hinojo, poblada en gran parte por rusos, y ya convertida en floreciente población; solo así puede explicarse que vayan fundándose y prosperando otras varias colonias, cuyos caseríos no se percibían, como los de aquella, desde la línea férrea, pero que, segun informes que me dieron, aumentan cada año su producción, y sostienen ya un comercio considerable.

En algunas de ellas desgraciadamente ha hecho estragos la epidemia, no tanto por su gravedad, cuanto por la ignorancia de los colonos, que faltos de todo elemento, rehusaban en vez de solicitarlo, el auxilio de los médicos. Aún tuve ocasión de oír á uno de ellos afirmar con toda convicción que los enfermos llevados á no sé cual lazareto morían envenenados, sin que volviera á salir uno solo.

Pero voy olvidando que los viajeros rara vez se entre-

tienen en tales filosofías para atenuar y hacer mas llevaderas las molestías del viaje. Diríase que la llanura, inmensa como el océano, les causa espanto como si hubiesen de perderse en ella y no llegar á la meta. La tristeza y la monotonía del paisaje se reflejan en los rostros de todos, el movimiento y el ruido del tren infunden una somnolencia invencible, y al cabo de algunas horas de viaje, como los soldados de la «Marcha en verano» de De Amicis, todos callan, todos se miran con ojos atontados, todos se tienden, si es posible, todos acogen con glacial silencio las observaciones de los mas valientes y locuaces, que suelen hacer inútiles tentativas para empeñar diálogos.

En una de las estaciones oí á un inmigrante recién llegado, y que iba á Bahia Blanca, exclamar con desolación:

Che paìs, per Dio santo, che paìs!

Dentro de algunos años, ¡cuán diferentes exclamaciones arrancará el país á ese mismo inmigrante!

En Currumalán, sin embargo, á diecinueve horas de distancia de la capital, por la línea férrea, el paisaje cambia de aspecto. Siempre son los mismos campos sin vegetación, cubiertos de arbustos y yerba amarillenta, siempre son las mismas majadas, siempre es la misma soledad, horas enteràs se pasan sin ver un alma ní una vivienda humana; pero la masa oscura, irregular, imponente de las alturas de la sierra de Currumalán, que se destaca en el horizonte, á la izquierda, á dos ó tres leguas de distancia, atrae las miradas de todos, reanima los rostros abatidos, sirve de pretexto para reanudar las conversaciones, y excitar sobre todo la curiosidad de los que por primera vez cruzan aquellos parajes.

La naturaleza asume allí un caracter mas agreste y mas primitivo: se ven gamas huir despavoridas, aves de rapiña erguidas en los palos de telégrafo, quizás meditando sobre

la velocidad del tren, pájaros de extrañas formas y hasta ganados y campos con algo que los diversifica de los que están mas al norte. La cadena de alturas de la sierra de Currumalán, enlazándose luego con la de la sierra de la Ventana, se extiende hasta cerca de Bahia Blanca. El tren ya no corre en la llanura uniforme y sin límite, sinó entre campos suavemente ondulados, y la vista puede descansar sobre los picos mas altos de las sierras, sorprender arroyos de lecho irregular y pintoresco, admirar los diversos aspectos que presentan los cerros según los diversos puntos de donde pueden contemplarse por la rápida marcha y las grandes curvas del tren.



Habíamos proyectado algunos amigos llegar hasta el pie, y á ser posible, hasta la cima del cerro de la Ventana.

Encaramándonos en un birlocho, mas como quién va á hacer gimnasia que como quién va á realizar una espedición, salimos del enciclopédico establecimiento que los Sres. Zimmermarcher y Moore tienen en Tornquist, cuyos administradores lo mismo saben usar de la ruda franqueza necesaria para tratar con la gente que sostiene relaciones comerciales con ellos, y que no es toda, como puede suponerse, de la mejor catadura, como practicar amablemente las leyes de la hospitalidad.

Costeamos durante un cuarto de hora los alambres de la vía férrea, y dirigiéndonos despues hácia el este, enfilamos un valle que algunos llaman de Tornquist, por la colonia de este nombre que allí se va formando y otros de la Ventana.

Guíaba el birlocho un sujeto pequeño, mofletudo, bonachón, sencillo y gran parlero como otros muchos de su gremio. Si hubiese podido ir tomapuo apuntes,

cosa imposible, porque estaba sentado, digámoslo así, como el acróbata en la maroma, él solo me habría desquitado de la esterilidad del resto del viaje. Supimos por él que abundan por aquellos contornos, como en todo el sud, las perdices, los pechirojos, los patos, los loros barranqueros, las becacinas, los tordos, las gamas, las nútrias, los peludos, las bizcachas y toda clase de animales de caza, sin escasear los de rapiña como las águilas, los gatos monteses, los tigres y las pumas; por él tuvimos detalles sobre las ultimas hazañas de los indios, que no se remontan á muchos años, y sobre la vida de los colonos, sus pérdidas por la sequía, sus trabajos, sus angustias, sus penalidades; por él supimos que los ingleses, como en efecto he tenido ocasión de observarlo, son numerosisimos en el sud, y poseen valiosos establecimientos, predominando sobre los extranjeros de otras nacionalidades y de algunos de ellos nos contó las excentricidades, las empresas, la energía y el respeto que se les tiene; él nos dió informes sobre todos los pobladores del valle que si pasan de ciento, que lo dudo, no llegan á ciento cincuenta; nos refirió con pelos y señales todo lo relativo á los expedicionarios que había acompañado antes que nosotros; nos hizo notar las particularidades de los cerros que teníamos delante, á la derecha y á la izquierda, y nos contó otras muchas cosas, no cesando de hablar desde la partida hasta el regreso.

Yo acabé por no escucharlo, y dar rienda suelta á mis pensamientos para dejarles tomar el giro que mas correspondiera al estado de mi ánimo. El día estaba sereno, la bóveda celeste despejada y pintada de un azul muy vivo, un vientecillo fresco, purísimo acariciaba el rostro y dilataba los pulmones, haciendo agradable el viaje apesar de los rayos solares,

Recorríamos un terreno desigual, subiendo y bajando alternativamente, sin apercibirnos de ello, tan suaves eran

los declives, por un camino cómodo para toda clase de vehículos, y que nadie sospecharía encontrar en medio de la sierra. Ibamos en medio de un valle de mas de media legua de extensión, entre dos líneas de pequeñas alturas, prolongaciones de la cadena principal, contemplando la conformación y naturaleza de los cerros, ya de facil ascenso por la suave pendiente de sus flancos, ya irguiéndose rápidamente como pirámides, ya asumiendo formas caprichosas, como uno que ha merecido el nombre de *bonete*, por parecerse realmente á un gorro. Los cerros son pedregosos, están desnudos, sin vegetación ó cubiertos de arbustos y de menuda yerba, que las ovejas buscan ávidamente.

Pero en el valle se ven algunas casas de colonos, una ó dos especialmente grandes y sólidas, y se camina á trechos entre maizales, sembrados de papas, trigales y alfalfares, algunos de estos formando en los terrenos mas altos pequeñas islas de vivísimo verde que producían extraños y sorprendentes efectos ópticos.

Yo dí en cavilar sobre la vida de aquella gente, sin mas comunicación con el mundo que el que exigen la venta de sus productos y la adquisición de otros indispensables; que se pasan meses enteros sin ver una cara estraña, sin apartarse una legua de su casa ó de su cabaña; que no se preocupan de lo que sucede, no ya en el país y fuera de él sino al otro lado de los cerros, y mas allá de sus campos y sus sembrados; que solo están unidos á la tierra y á la civilización por los negros caracteres de un periódico que algunos esperan con ansia y leen con avidez, pero que muchos no leen, porque no saben hacerlo, teniendo solo de algunos grandes sucesos las noticias incompletas, confusas, exageradas ó desfiguradas de los que leen, ó de los que han hablado con éstos.

Pensé cuan grandes, cuan intensos, debian ser los sentimientos, los afectos, las alegrias y los dolores de

familia en aquel aislamiento; no sabía si envidiar ó compadecer aquella ignorancia, que evitaba los padecimientos que resultan de las envidias, de las rivalidades, de las bajezas, de las mezquindades que en los grandes centros se presencian todos los días. Recordé involuntariamente aquel consul de Francia á quién la tristeza enloqueció en una pequeña ciudad de Marruecos, y á aquel otro que quiso sepultarse vivo, en las arenas de la playa, y me pregunté si aquellos laboriosos agricultores, habiendo quizás vivido antes en grandes centros, padecerían también alguna vez de *spleen*. Pero en seguida me los figuré por las calles de Buenos Aires, amenazados por los vehículos y oprimidos por los transeuntes, ellos, acostumbrados á estar tan anchos y á quitarse de delante hasta las fieras que quisieran interceptarles el paso; me los figuré contemplando las tiendas llenas de objetos que ellos no podían adquirir, los aristócratas disfrutando placeres y comodidades que ellos no podían procurarse, viendo á muchos mandar y otros muchos obedecer por un miserable sueldo; me los figuré observando, aquí saludos fingidos, allá promesas falaces, mas lejos engaños, bajezas, malas acciones y encontrar que todo es artificial, todo lleno de sumisión y obediencia, todo eslabonado para que los unos dependan de los otros; y se me antojó que ellos, acostumbrados á no obedecer mas que á su voluntad, á vivir independientes, á obrar con naturalidad y según los impulsos de su corazón, se aburrían soberanamente.

Luego se habló de los indios; se dijo que hace diez ó doce años aquella excursión hubiérase considerado como una locura quijotesca y si salía bien, como una hazaña digna de los héroes de Homero ó de Ariosto; y yo mirando los cultivos y las casas de los colonos pensé en la esterilidad de la barbarie, que á través de los siglos no deja rastro de su existencia, ó los deja de su rapacidad y de sus instintos perversos, y en los beneficiosde la civi-

lización que donde quiera deja huellas profundas de laboriosidad y de progreso.

A todo esto el valle habia ido estrechándose, el camino había empeorado, los cerros se acercaban y se sucedían en variada combinación y cada vez mas altos y escabrosos; íbamos costeando el lecho pedregoso é irregular del arroyo de la Ventana, que uniéndose mas abajo con el arroyo del Sauce Chico, corre con sus aguas cristalinas por un cauce en extremo pintoresco y profundo, y no cesábamos de mirar la cima de la montaña mas alta, pareciéndonos efectivamente (¡cuánto puede la ilusión!) que sus quebraduras en la parte mas alta presentaban la forma de una ventana.

Pero estábamos al pie mismo y el conductor decía:

—Aún no se vé mas que un poquito. Mas allá se verá bien.

Por fin se detuvo.

—Ahora se ve bien,—dijo.

Pero por mas que mirábamos hácia arriba, costábanos convencernos de que aquellas puntas irregulares y puntiagudas fuesen una ventana ó cosa parecida.

Por fin el conductor, se apercibió de nuestro error, y exclamó:

—Me parece que Vv. no la han visto todavia. Miren mas abajo de la cima.

Corpo de mille bombe, como diría un soldado italiano: era aquello una verdadera ventana, que á veinticinco ó treinta metros de la cima, atraviesa de parte á parte la montaña: un túnel iluminado por la luz que recibe de las dos vertientes.

Como oportunamente observó nuestro guía, muchos creen conocer la sierra de la Ventana, suponiendo que se llama así por la configuración de la cima, que á todo se parece ménos á una ventana; pero están en un error, porque se trata de un agujero, de una abertura en la misma

montaña. Muchos de los que han ido á visitarla se han marchado satisfechos, creyendo haberla visto bien, como nos habríamos marchado nosotros, si el guía no hubiese querido molestarse, llevándonos hasta donde se ve el tunel, que constituye un fenómeno curiosísimo.

Nos faltó tiempo, aunque no deseo, de llegar hasta arriba; el agujero presenta la forma de un trapecio irregular, y aúnque desde abajo no parece muy grande, algunos ingleses, y otros que han estado en él, y hasta tomado te en el mismo hueco, aseguran que podrían pasar cómodamente carros, si les fuese posible el acceso.

El cerro de la ventana no es el mas alto de la sierra, aúnque puede ser el segundo en altura; tiene de 700 á 800 metros de elevación, pero hay otro que llega á mil. Las alturas principales de la sierra son muy escarpadas y ofrecen un caracter casi volcánico, como las que se encuentran desde Mendoza á San Juán.

Si hay algún turista que tenga bastante humor para desafiar un viage de veintidos horas en tren, con el único objeto de hacer una excursión á la sierra de la Ventana, cosa á la verdad, un poco difícil, el punto mas próximo y mas adecuado para realizar este deseo es indudablemente Tornquinst.



Nada revela al viajero que llega por la línea del Sud, la proximidad de Bahía Blanca sinó las mismas chacras inmediatas á la población, y los espesos y corpulentos sauces que bordan el arroyo Napostá que riega los cultivos de los alrededores. El mar, que la vista busca ansiosamente á medida que el tren se aproxima, no se percibe sinó yendo al puerto, cuando ya se está encima de él, tan insignificante es la diferencia de nivel que hay entre la ciudad y las aguas.

nueva industria, fábrica ó explotación que se implantan son ensalzadas de una manera excesiva.

Pero hay otra manía mas funesta aún, cuando median intereses materiales, y es la de descontar el porvenir. El gobierno da el ejemplo y muchos le siguen. ¡Ojalá no tengan que tocarse pronto los inconvenientes que ya estã tocando el gobierno!

Bahía Blanca no anda todavía tan escasa de terrenos para pagarlos casi á los mismos precios que en Buenos Aires; en sus mismas calles principales se ven anchos huecos que aún admiten una población más numerosa que la actual, y en sus alrededores, exceptuando algunas buenas y pintorescas quintas y algunas chacras bien cultivadas, hay muchos terrenos baldíos donde puede extenderse.

No hay duda alguna de que Bahía Blanca tiene delante de sí un porvenir brillante y relativamento cercano, á pesar del polvo que hoy desespera á los habitantes, y de la falta de agua que mata las haciendas. Estas y otras dificultades se vencerán, como en Italia, en Holanda, en los Estados Unidos se han vencido obstáculos mayores para proteger ciudades hoy importantísimas.

El pueblo de Nueva Liverpool, cuya formación ha propuesto la empresa del ferro-carril del Sud y ha autorizado el gobierno de la provincia, surgirá poco á poco de entre las arenas de la playa, la población antigua irá desarrollándose y confundiéndose con la nueva, aumentará el comercio y se establecerán industrias, pero no con la rapidez que se pretende.

La mejor garantía de los futuros progresos de Bahía Blanca es la confianza que en ellos manifiestan sus habitantes; pero aúnque para ello acumulan elementos y ya tienen algunos importantes, esos progresos no se producen violentando las leyes naturales, sin contar que causas fortuitas podrían detenerlos temporalmente.

De todas maneras si la especulación es tunesta en todas partes y en todas ocasiones, lo es mucho mas cuando son necesarios grandes esfuerzos para lograr grandes efectos; y si el precio de los terrenos de Bahía Blanca no es debido á la especulación, sinó á la realidad, ó mejor, dicho á las ilusiones que todos se forjan allí sobre el porvenir, sería conveniente una reacción en sentido opuesto, porque las ilusiones traen desengaños y además, en el caso que nos ocupa, perjuicios, alejando á los pequeños capitales, que en vez de dormir en los bancos, podrían llevar un gran contingente á la obra común y apresurar el logro de los ideales que se persiguen.



LOS ITALIANOS EN LA ARGENTINA

ITALIANOS Y ARGENTINOS

Los desengaños no escarmientan á los falsos profetas de las cosas italianas. Siguen formulándose á cada paso juicios que por lo erróneos é infundados no tardan en revelarse como terribles y embozados ataques; siguen haciendose á cada momento apreciaciones que por lo estrambóticas se echa luego de ver que no son otra cosa sino encubiertas calumnias y mal comprimidas injurias.

No importa que los hechos hayan desmentido al gran Capitan del siglo, que creía imposible la formación de un solo estado italiano por la configuración de la Península; no importa que esta haya dejado de ser «una espresión geográfica,» segun la célebre frase de Metternich; no ímporta que haya llegado el día del juicio que reclamaba el poeta Giusti, fustigando la frase de Lamartine de que Italia era «la tierra de los muertos»; no importa que el temperamento artístico no haya sido un obstáculo para la consolidación política y el progreso industrial y económico: siguen dirigiéndose insultos, infiriéndose ultrajes, aplícandose epítetos, inventándose ofensas bajo la forma de opiniones y calificaciones que la realidad con su evidencia, y los sucesos con su marcha vertiginosa vienen á desconcertar y desmentir con raro apresuramiento.

Y lo peor es que las calificaciones, las ofensas, los epítetos, los ultrajes, los insultos, las injurias, las calumnias proceden hoy como ayer, como desde hace mucho tiempo, de nuestros hermanos latinos, del mismo país donde Veuillot desconoció los méritos de Alfieri, donde Janín calificó á Dante de poeta callejero, donde Dumas, parodiando á Lamartine, llamó á Italia «tierra de brigantes,» donde el general Trochu quiso atribuir la ruína de la Francia á la corrupción italiana, donde mil otros en la prensa, en la tribuna, en los libros se han permitido y siguen permitiéndose con imperdonable ligereza apreciaciones ofensivas, sin que se vislumbre ningún Marco Monnier que venga á calmar las irritaciones y facilitar una inteligencia que todos anhelan, pero cuya posibilídad y probabilidad parecen alejarse mas cada dia.

Sin embargo, de todos los ataques que se dirigen á Italia, de todas las ofensas que se le infieren, ningún ataque y ninguna ofensa hiere tanto nuestro corazón como los que proceden de hombres sud-americanos.

Nos explicaríamos las enemistades entre Francia é Italia por efecto de los sucesos de los últimos años y de la rivalidad que empieza á manifestarse entre las dos naciones, por la influencia que quieren ejercer y el ascendente que pretenden adquirir sobre los demás pueblos latinos; nos esplicaríamos los rencores entre Italia y Austria, determinados por el simple recuerdo de los padecimientos sufridos por una serie de generaciones, bajo el peso de una aborrecida dominación secular; nos explicaríamos los antagonismos y las discordias entre Italia é Inglaterra ó Alemania por la oposición de caracteres y diversidad de tendencias, ideas, aspiraciones que proceden de la diferencia de raza; nos explicaríamos también, si existiesen, los resentimientos de los sud-americanos para con los españoles, franceses é ingleses, ya sea por no haberse borrado del todo los efectos de la antigua dependencia,

ya por haberse concebido dudas sobre la legalidad ó la conveniencia de intervenciones no muy lejanas: ¡ah!, pero no podríamos esplicarnos ningùn sentimiento hostil que pudiese existir entre los sud-americanos y los italianos, y sobre todo entre los italianos y los argentinos.

Italia, hermana de las naciones americanas por la grandeza de su desventura y la heroicidad de los esfuerzos hechos para obtener su independencia, no ha enviado ni enviará jamás sus hijos en son de guerra á las playas de América, donde tantas miserias han encontrado alivio y tantas tristezas consuelo.

No existen entre los italianos y los argentinos ni resabios de enemistades antiguas, ni recuerdos de cuestiones recientes, ni temores de conflictos futuros, ni oposición de intereses, ni rivalidades nacionales, ni olvidos, ni ofensas, ni ingratitudes, ni nada que explique, excuse ó justifique en cierto modo los reproches mútuos, los mútuos rencores. Pueblos de una misma raza, miembros de una misma familia, no presentan esos contrastes casi inconciliables, y esos antagonismos casi invencibles que derivan de la diversidad de orígen y de lengua, pues no pueden constituir una causa fundada, ni un pretexto admisible de encono ó antipatía las pequeñas é inevitables diferencias de costumbres, de caracteres, de aptitudes, de habla, naturalísimas por otra parte, porqué no son mayores de las que con frecuencia se notan entre una y otra población de un mismo país, hasta entre uno y otro miembro de una misma familia, nacidos de un mismo padre, crecidos en un mismo hogar, educados en una misma escuela, influidos por una misma sociedad.

Avistádose y abrasádose por primera vez los argentinos y los italianos, cuando iniciaban ambos por diferentes medios, pero con idéntico fin, su regeneración nacional, dispuestos ambos á labrarse un porvenir mejor y mas próspero, los unos para mejorar su situación personal,

los otros para mejorar su situación nacional, se dedicaron desde entonces con afán, cada cual según sus medios propios, á una misma obra, confundieron su vida y sus sentimientos, aunaron sus esfuerzos, tuvieron un mismo propósito y una misma aspiración,la de transformar la materia bruta, explotar riquezas inertes, perseguir con rapidez el mayor progreso posible por medio del trabajo regenerador y fecundo, sabiamente combinado con las dotes y la inteligencia de los nuevos y de los antiguos moradores.

Si buscais á los italianos en la República Argentina los hallaréis en el hogar común, donde las relaciones se estrechan, las ideas se asimilan, los intereses se confunden, los sentimientos se acomunan, los afectos se arraigan y crecen.

No daréis un paso sin encontrar signos elocuentísimos de la grandeza y amplitud de vistas de los argentinos y de la actividad y capacidad de los italianos. En las ciudades populosas donde el comercio se extiende y la industria se desarrolla y se transforma; en las pampas silenciosas, donde el ferro-carril avanza, las poblacíones se improvisan, y las yerbas y los arbustos silvestres se convierten en plantas frutales y doradas espigas; en los talleres, en las fábricas, en los ingenios azucareros, en los grandes establecimientos donde las materias brutas parecen animarse entre las manos de los obreros y el acero de las máquinas; hasta en los campos de batalla donde se pugna por una causa noble y una idea generosa, allí hallaréis juntos á los italianos y á los argentinos.

Recorred las ciudades, perdeos por los campos y allí donde veáis un argentino apercibido á la realización de un gran proyecto y preocupado en dar forma á una feliz iniciativa, hallaréis á su lado á algún italiano dispuesto á secundarlo con sus esfuerzos y facilitarle la tarea con su trabajo.

¡Y sin embargo cuantas murmuraciones de vez en cuando, cuantos cargos injustos todavía! Cuan cierto es que

siempre se anhelan los bienes que no se tienen y hasta perderlos no se conoce el valor de los bienes que se poseen.

Dijérase que se pretende un imposible, que se quisiera trajesen ingentes sumas los que llegan de allende los mares huyendo de la miseria, que fuesen ilustrados los que han de proceder de apartadas aldeas donde no es posible la vida sin rudísimo y constante trabajo, que se convirtiesen en ciudadanos mas entusiastas que los argentinos, los que no han ahogado todavía el dolor, ni enjugado las lágrimas que les causara el abandono de la tierra donde reposan las cenízas de sus padres, y donde se concentran las memorias de la juventud de la vida, tanto mas queridas cuantos mas tristes; dijérase en una palabra que se quisiera fuesen desde luego todos los que vienen, propietarios y trabajadores, ilustrados pero dispuestos al desempeño de los oficios mas humildes, argentinos mas que italianos, finos y delicados al par que robustos y vigorosos, y tal vez que hablasen, no su dialecto ó su lengua sinó la hermosa lengua castellana. Y como nunca se realizarán tales sueños, ni pueden armonizarse tales contradicciones, sean cualesquiera los pueblos que vengan á pedir hospitalidad y trabajo, unos cuantos utopistas de corta mirada y escasa penetración, pero que no dejan de causar cierto efecto entre los que solo ven la superficie de las cosas y no se hallan en condición de tener ideas propias ni enmendar los juicios agenos, han dado en críticar la inmigración italiana, no porqué sea peor que las otras, sinó porque es la mas numerosa y mas espontánea. Y con ese motivo háblase con frecuencia de la degeneración física y moral de la raza italiana, de su atraso, del embrutecimiento de los inmigrantes, de su ignorancia, de su carencia de educación política, callándose naturalmente cuando esos y otros cargos peores se hacen, cuando esos y otros defectos más graves se indican, las razones que han podido inducir á los argentinos todos á reconocer que

los inmigrantes del norte de Italia son los mejores trabajadores y los mejores colonos.

¡Ah! no es un sentimiento de amor propio, ni de nacionalidad lo que nos induce á tomar de vez en cuando la pluma para defender los hombres y las cosas de Italia: es la sinceridad, es el amor á la verdad lo que nos guía, es el deseo de evitar rencillas entre los que debiéndose mútua gratitud, han de amarse como hermanos, es la persuasión de que impidiendo se propaguen falsas opiniones y desvaneciendo errores cometidos á veces de buena fé, hemos de facilitar y apresurar la tan anhelada fusión entre los elementos varios de la población argentina. Largos viajes y multiples vicisitudes nos han enseñado cuan erróneos suelen ser los juicios basados sobre el orgullo y las preocupaciones nacionales y cuan efímeros y pasageros son los entusiasmos que nacen de accidentes momentáneos, como el dolor y la alegría. Los sentimientos pueden variar con el transcurso del tiempo, porque ninguna pasión, ningun afecto, por fuertes que sean se apoderan tanto de nuestro corazón que no puedan olvidarse algún dia y ser sustituidos por otras pasiones y otros afectos: solo la verdad es invariable y eterna. Tratándose de la República Argentina no se nos podrá tachar de parcialidad, porque si la sangre y el origen nos unen á los italianos, la hermosa lengua que hablamos y, bien ó mal, escribimos nos une á los españoles, y la familia, los afectos, las ideas, los sentimientos, la gratitud por el modesto pero honroso porvenir que creemos habernos labrado y asegurado nos unen á los argentinos.

Nadie mejor que nosotros reconoce los defectos que pueden achacarse á los italianos y de que adolece la joven nación. No se nos reprochará de haber dicho, ni de haber escrito que Italia esté á la altura de las primeras potencias, ni que su comercio, aúnque en vía de desarrollo, pueda competir con el inglés, ni que su industría, aúnque en vía

de transformación, esté tan adelantada como la de los Estados Unidos, ni que su ciencia, aúnque en vía de gran progreso, esté al nivel de la ciencia alemana, ni que su literatura contemporánea esté á la par de la francesa, ni que su marina haya alcanzado el esplendor que debiera, ni que la instrucción y la educación se hayan desarrollado como en los pueblos mas cultos, ni que deje de haber mucha miseria y muchas llagas sociales, susceptibles de ser estirpadas con el tiempo. Sí, hay mucha miseria, porque el pueblo italiano ha hecho sacrificios enormes para realizar la obra dificilísima de su emancipación y sigue haciéndolos ahora para consolidarla; sí, hay mucha ignorancia, porque los gobiernos teocráticos y autoritarios hacían esfuerzos para mantenerla, como único medio para evitar que los pueblos llegaran á comprender su situación y á maldecir y castigar á los que en ella los mantenían; sí, hay energías adormecidas en los habitantes de las provincias del centro y del sud de Italia, porque no solo no se preocupaban de la instrucción los príncipes y los gobiernos, sino tampoco de la industria y del trabajo; sí, hay dolencias que no están curadas, pero que se están curando y llegarán á curarse, porque cuando tanto hay que hacer no es posible hacerlo todo, y veinticinco años pasan pronto y poco significan en la vida de una nación; pero no habléis de degeneración física, de embrutecimiento moral, de escasa virilidad, de poco vigor intelectual en un pueblo y en una raza que se ha distinguido siempre, y que en la próspera como en la adversa fortuna, ha logrado desempeñar un papel, tener alguna importancia, llamar por algún concepto la atención entre los primeros pueblos de la tierra.

La raza latina es una raza privilegiada, que no decae, sinó para volver á levantarse mas tarde con mayores fuerzas y sobresalir bajo una forma nueva, manifestarse bajo nuevos aspectos.

Dijérase que las crisis que señalan sus épocas de postración y abatimiento no son mas que descansos que se toma para recuperar nuevos bríos y luego reaparecer y brillar otra vez entre los pueblos, asombrando al mundo con nuevas hazañas y nuevas creaciones. Por eso confiamos en el vigor de la Francia; por eso esperamos ver á España desplegar nuevamente las energías de pasados tiempos; por eso tenemos tanta fé en el porvenír de algunas naciones sud-americanas.

Los pueblos de otras razas como los egipcios, los asirios, los fenicios, los griegos, los mahometanos, reinaron cierto periódo de tiempo, realizando cada uno su idea, y despues murieron, como el árbol sin sávia, para no volver á levantarse, no dejando mas que los recuerdos de su vida en la historia y las ruinas de sus monumentos en la tierra. Pero la raza latina, después de haber superado en vigor á todas las de la antigüedad fué la primera en levantarse de entre los escombros de la edad media, y no dejó desde entónces de imponerse un solo instante á la atención de los pueblos.

¡Y se quiere que haya decaido, que no atesore ya las cualidades que han hecho su fama, el pueblo que representa mas genuinamente á esa raza, el que en una ú otra época ha encarnado todos sus caracteres y todas sus aptitudes, mientras España y Francia solo la han representado en algunos de sus aspectos!

Sostener esa teoría es desconocer toda la vida italiana y una parte de la historia europea, con sus innegables enseñanzas.

No hablemos de las repúblicas de la edad media, ni de los siglos de oro de su literatura y de sus artes, cuando Italia dió á otros pueblos su cultura y echó los cimientos de la civilización moderna; en los mismos siglos calamitosos de las dominaciones extrangeras, la energía y capacidad de los italianos, no pudiendo manifestarse

colectivamente por no tener nacionalidad, se manifestaban individual y aisladamente.

Ninguna nación ha tenido en los siglos XVI, XVII y XVIII un número tan grande de expatriados y que tanto se distinguieran. Militares de mar y tierra, hombres de estado y de iglesia, artistas, escritores, pobres todos pero todos inteligentes, no pudiendo desahogar su actividad en la Italia esclavizada, fecundaron con su sangre y sus obras las tierras extranjeras. Nos basta, entre los muchísimos que podrian citarse, escoger los nombres de Colón, Strozzi, Emanuel Filiberto, Alejandro Farnesio Ambrosio Spinola, Picolómini, Montecúccoli, Doria, Mazzarino, Telesio, Campanella, sin contar los que volvían á Italia después de permanecer mas ó menos tiempo fuera de ella. ¿Donde no habría llegado la Italia si todas esas fuerzas hubiesen podido desarrollarse á la sombra de la libertad y de la independencia? ¿Que no habrían hecho las antiguas repúblicas, si en vez de destrozarse mutuamente hubiesen acomunado sus esfuerzos?

Pero no es necesario recorrer á la historía de los siglos pasados, porque harto elocuente es la historia contemporánea. Un pueblo en decadencia, un pueblo degenerado, no da en poco menos de cincuenta años escritores como Alfieri, Fóscolo, Monti, Leopardi, Manzoni, Guerrazzi, D'Azeglio, Nicolini, para no escoger más que unos cuantos entre los mejores; no da músicos como Rossini y Verdi, heroes como Garibaldi, estadistas como Cavour, pensadores como Mazzíni; no demuestra un pueblo así las energías y los entusiasmos que demostró el pueblo italiano en 1848, no coloca de un salto sus tropas á la altura de los primeros ejércitos, como los piamonteses en Crimea y en 1859, no revela su genio y su inteligencia con actitudes tan prudentes y acuerdos tan unánimes como los que determinaron la anexión de tantas provincias al Piamonte, ni tiene percepciones tan claras y tan profundas

de sus intereses y de sus conveniencias como las que llevaron á la ocupación de Roma y armonizaron la coexistencia en un mismo punto del gefe de la nación italíana y del gefe espiritual de la iglesia.

Un pueblo que no reuna todo el despejo, toda la facilidad de asimilación, todas las cualidades que son necesarias para alcanzar grandes destinos no realiza los progresos y las transformaciones que ha realizado en veinte y cinco años el pueblo italiano. Ningún país europeo ofrece el ejemplo de un progreso mas grande y de un desarrollo mas rápido. Prusia era ya antes de 1866 un estado próspero y poderoso y se ensanchó con territorios que pertenecían á grandes naciones; pero en Italia no había antes de 1859 ni comercio, ni instrucción pública, ni nada, y en ese breve periodo ha prosperado el comercio, han triplicado las rentas, se han echado las bases de muchas industrías, se ha organizado un ejército, se ha formado una marina mercante y una marina de guerra, se han tranformado las ciudades, estendido las líneas ferreas, difundido la instrucción, cultivado las ciencias, desarrollado las artes y desplegado por do quier elementos y fuerzas que revelan el empuje y el vigor con que se prepara á brillar la nación italiana en este nuevo período de su larguísima historia.

¿Pero acaso es preciso ir tan lejos para desvanecer con hechos y ejemplos las apreciaciones superficiales de algunos críticos pesimistas, ó las prevenciones infundadas de los que deducen sus observaciones de las exterioridades ó de los simples indicios de las cosas?

Idos á los muelles, subíos á los vapores, penetrad en el hotel de inmigrantes y decidme si puede haber embrutecimiento,—como no se tome por tal la postración que en todos los seres causan los padecimientos y la desgracia,— en los trabajadores alegres y locuaces que allí se ven apesar de hallarse tan fuera de su centro y de presentarse para ellos

tan oscuro é incierto el porvenir; decidme si no pueden existir los gérmenes de un gran ciudadano, en esos hombres que el tercer día de su llegada pronuncian aúnque estropeadas, algunas palabras de la lengua local; decidme si, por ignorantes que sean, no infundirán nuevo vigor y nuevas fuerzas donde inoculen su sangre esos jóvenes de anchos hombros y forzudos brazos que pueden resistir con un pedazo de pan endurecido y un poco de agua turbia las fatigas mas grandes y los trabajos mas rudos; decidme si podrán nacer hijos degenerados de esas mugeres robustas que ni por el hambre, ni por las molestías del viaje, ni por los cuidados de los muchos niños que arrastran se han abatido, como no se abatirán mas tarde cuando las necesidades de la existencia y el afán del ahorro las lleven á sobrepujarse á si mismas para atender á los cuidados domésticos y á las atenciones de algún oficio ó de alguna ocupación remunerada.

Vedlos allí todos, dóciles, sumisos, humildes, capaces de salir airosos donde quiera que se los coloque, y vedlos mas tarde resueltòs, seguros de sí mismos, poseedores de pequeños capitales, iniciando pequeñas industrias ó llenando las cajas de los bancos, aunque de esto se ha querido hacer también un cargo, como si la economía no fuera una gran virtud, sobretodo cuando es un pueblo entero el que la posee, y como si dejará de serlo por practicarse con exceso.

No, no podía recibir la República Argentina una inmigración mas adecuada á las condiciones y exigencias de su naturaleza y de su vida que la inmigración italiana. Ambos pueblos presentan hasta en su historia mas reciente y en su modo de ser actual, singulares analogías: ambos han sufrido por las tiranías; ambos son jóvenes y han empezado casi á un mismo tiempo el período de su regeneración; ambos tienen fe en sí mismos y en su virilidad, ambos aspiran á grandes cosas y fundan sobre

el porvenir grandes esperanzas. Por eso los italianos son entre todos los inmigrantes, los que mas pronto confunden sus sentimientos con los argentinos y mas pronto se adaptan á las costumbres y al modo de ser de la nación, si se exceptuan los españoles, que teniendo de común con los americanos el habla y la sangre, tienen también de común una parte de su caracter y de sus cualidades.

Si existen lamentables dolencias en la vida moral, en la vida política de la nación argentina, búsquense en otra parte la esplicación y las causas, que se hallarán seguramente; pero no se culpe de ello á la inmigración italiana.

No, no es posible condenar cuando tantos hechos absuelven; no es posible negar la bondad del árbol cuando ha dado tantos y tan sabrosos frutos. ¿Y queréis que después de haberse manifestado tantas analogías, después de haberse hecho solidarios por tantos intereses y tantos sentimientos, después de haber trabajado juntos en esta maravillosa transformación de las ciudades y de los campos, después de haber compartido tantos anhelos, tantos dolores y tantas alegrías, después de haber visto, italianos y argentinos, el comienzo, los progresos y la feliz terminación de tantas obras grandiosas y de haber contribuido unos y otros á su realización en la medida de sus fuerzas, queréis que basten simples diferencias de lengua, las cadencias antipáticas de algunos dialectos, la pequeña oposición de caracteres, los hábitos económicos, el sentimiento plausible de la patria de origen, para que surjan antagonismos, para que los compatriotas de San Martín y de Belgrano dejen de amar, de reconocer las virtudes, de abrir sus brazos á los compatriotas de Mazzini y de Garibaldi?

¡Ah! solo la ignorancia ó una falsa cultura, insuficiente para vencer las preocupaciones propias de la gente vulgar,

pueden inspirar ciertas apreciaciones y ciertos ataques. Pero disparaten cuanto quieran los que juzgan á Italia con el criterio de hace treinta años, los que no han seguido sus evoluciones, los que por carecer de informes directos y de criterio propio, buscan opiniones y juicios en las publicaciones de los escritores parciales y hostiles, los que incurren, respecto de Italia, en los mismos errores en que suelen incurrir los europeos respecto de la República Argentina: vosotros nos justificaréis, hombres que meditando sobre las cosas y los hombres que fueron, desvanecéis los misterios y las tinieblas del pasado y arrancáis secretos al porvenir, alcanzando con la intuición y con el talento lo que la inteligencia no ha tenido tiempo de aprender con el estudio; vosotros no nos desmentiréis, distinguidos viajeros, que buscando la mejor de las enseñanzas en el gran libro del mundo, habéis podido ver el movimiento de nuestras ciudades, el cultivo esmerado de nuestros campos, los adelantos de nuestras industrias, toda la actividad de la vida italiana; vosotros nos defenderéis brillantes jóvenes nacidos al calor de las nuevas ideas, persuadidos que no podéis responder con exclusiones á las esperanzas que en vosotros funda la patria argentina.

Sí, sabedlo, los que dejáis prevalecer las impresiones pasageras y los arrebatos del momento sobre el pensamiento concienzudo y profundo y la reflexión atinada y severa, los que preferís á las nacionales conveniencias, las personales inclinaciones, los que sacrificáis la verdad, los intereses generales al amor propio y á los sentimientos: en adelante no heriréis el corazón de un italiano sin herir al mismo tiempo el corazón de un argentino.

Ya la sangre italiana corre por las venas de muchos argentinos ilustres; parte de vuestra tierra está fertilizada con el sudor de los italianos; ya no daréis un paso, ni por las ciudades, ni por los campos sin tropezar con alguna muestra elocuente de la actividad italiana. Y así como

hemos dado una parte de nuestra sangre, de nuestras fuerzas y aptitudes mecánicas y de nuestras industrias, daremos una parte de nuestras ideas y de nuestros sentimientos, daremos la inspiración de nuestras artes cuando surjan los génios que sepan armonizarla con la naturaleza americana: daremos el pensamiento, como un hecho reciente prueba que empezamos á dar los progresos de nuestras ciencias.

Así como no podréis desconocer jamás lo que tenéis de los españoles en vuestro caracter y en vuestra sangre, no podréis desconocer lo que tenéis de los italianos en vuestros progresos y en vuestro desarrollo, aunque surja, como surgirá indudablemente, una suprema síntesis que constituya y levante á gran altura el pensamiento argentino.

Demasiado trabajo hemos desarrollado juntos, para que podamos desconocernos ú olvidarnos.

Cesará la inmigración, cerraréis en defensa de los intereses nacionales vuestras puertas á los trabajadores extrangeros, los italianos dejarán de emigrar ó se dirigirán á otras regiones, tendrá la República cincuenta millones de habitantes, no habrá españoles, ni italianos, ni franceses, sinó una población uniforme de argentinos, pero los habitantes con su fisonomía y sus rasgos típicos, la población con sus costumbres, sus aptitudes multiples y su capacidad para el trabajo, la literatura con su estilo, el arte con sus inspiraciones, la ciencia con sus inventos, todo, la población, las ciudades, las casas, los campos, las obras públicas, parte de la vida material y de la vida intelectual y moral recordará á cada paso, sobre todo por su origen, y su desarrollo, á la bella Italia que siempre amaréis con cariño de hermana.

INFLUENCIAS ARTISTICAS EN SUD-AMÉRICA

Desde el mar Atlántico al mar Pacífico, en las florestas vírgenes de la Colombia, bajo el cielo ardiente del Brasil, en los fértiles valles de Chile y del Perú, en las inmensas llanuras argentinas, en las lejanas poblaciones de Bolivia, en el Uruguay y en el Paraguay, en las ciudades y en los pueblos, desde Panamá hasta el estrecho de Magallanes, escasos en el norte, cada vez mas numerosos en el mediodía, por do quier en América se encuentran italianos.

Venid á Buenos Aires, el gran foco de nuestra emigración: desde que llegáis, en los botes que os desembarcan, en los hoteles que os hospedan, en las calles, en las tiendas, en los teatros, en todas partes, os persiguen los acentos simpáticos, si bien estropeados y confusos, de algun dialecto italiano, como si hubieséis tendido en el viaje un hilo misterioso encargado de trasmitiros á cada instante, como los aparatos de Edison, un soplo, un eco de la patria lejana.

Salid de Buenos Aires, donde el número de italianos es hasta excesivo, donde ejercen casi solos el pequeño comercio, las profesiones liberales, las artes menores, los trabajos más dificiles y penosos y se los encuentra en las casas, en las fábricas, en las tiendas, en las oficinas, como sirvientes, mozos, empleados, dueños, trabajando siempre, viviendo los más miserablemente, muchos con comodidad,

poquísimos con lujo, apreciados por su inteligencia y resistencia en el trabajo, criticados á veces precisamente por sus mejores cualidades, la economía y el ahorro: alejaos de las ciudades, surcad los ríos majestuosos del Paraná y del Uruguay, penetrad en las praderas extensas, en la Pampa sin límites, y de vez en cuando, aún lejos de los lugares poblados, donde en menor proporción se repite siempre el fenómeno de Buenos Aires, alguna palabra

Del bel paese lá, dove ,1 si suona

os vendrá á quitar el cansancio, la melancolía, la tristeza de los paisages monótonos, de las llanuras uniformes, sin árboles, sin variedad.

¡Extrañas sorpresas se reciben en estas regiones tan lejanas, y que, sín embargo, en el movimiento afanoso, en la agitación continua de la vida ciudadana, se creerían á las puertas de Italia!

Alejaos centenares de millas de los lugares habitados; llamad, peregrinos errantes, al cabo de largos días de viaje, á una casa cualquiera perdida en la soledad de los campos, y que tomariáis por morada de seres misteriosos indignos de vivir con el resto de los hombres ó por escondrijo de bribones retirados alli para combinar más libremente sus empresas; llamad, y entre la duda y el temor que os inquietan, cuando sospechariáis, como el Hidalgo español, tener que vencer la mayor aventura de vuestra vida, qué sorpresa, cuánta alegría cuánto placer experimentaís al oir de improviso una voz que os parece conocida exclamar:

—*Mia chi ghê, Battistin.*

Y en seguida, como si saliese de debajo tierra, como si llegase en aquel instante de algun caserío de la Liguria, un niño rubio, vivaracho, esbelto os da la bienvenida,

Visitad en su interior los ranchos, miserables viviendas

hechas de barro y paja: nunca creeréis poder encontrar un italiano entre aquellos rostros bronceados, entre aquellos gauchos de barba y cabellos negros, de ojos grandes, de figura varonil, entre aquellos pastores, lentos en sus movimientos, indiferentes como los mahometanos, sin preocupación del porvenir; y sin embargo, aúnque pocos, también los encontrareís entre ellos y no los reconocereís á primera vista, tranformados como están con el poncho, manto que sirve de capa, con el chiripá, con las botas de montar, con el cutis quemado por el sol, con las mugeres que comparten con ellos las penalidades y las fatigas; pero los reconoceréis apenas abran la boca, en las cadencias especiales de la voz, en la pronunciación corrompida del castellano, en el estropeamiento de algunas palabras adaptadas á la nueva lengua, porque los italianos del pueblo bajo, nuestros emigrantes analfabetos pueden cambiar y perder todo, tomar otras costumbres, otras ideas, otras tendencias, pero lo que no pueden perder ni cambiar por completo es su dialecto, lo que no pueden aprender nunca con perfección es otra lengua.

Y si no queréis llamar á ninguna puerta, ni visitar ningun rancho, no por eso faltarán medios de persuadiros como se han extendido por todas partes los italianos.

Tal vez algun día, al caer de la tarde, os apresuraréis á volver á la ciudad, al pueblo, á la casa de donde os habréis alejado demasiado. Al escudriñar con inquietud el horizonte, veréis allá muy lejos un punto negro, que parecerá una pequeña planta, pero que irá poco á poco engrosando hasta permitiros distinguir un gaucho que se acerca al galope de su caballo. Miráis á vuestro alrededor y no veis alma viviente; solo á dos ó tres millas algunos bueyes rompen la uniformidad de la llanura con sus graves perfiles; tenéis miedo, porque no conocéis el país, no estais enterados de la hidalguía y de la fidelidad tradicional del poblador de las Pampas, y quisieráis huir, pero

es inutil; buscáis á vuestro alrededor una piedra, un palo para defenderos; pensáis en vuestro dinero, en vuestra familia, os despedís del mundo; y entre tanto el caballo llega, el ginete os saluda, su cara os parece amiga, y quedáis petrificados oyendo un *buona tardes* á lo que respondeis un *buona sera* expansivo.

***

¿Qué hacen, como viven, en qué se emplean los quinientos mil italianos esparcidos por el continente sud-mericano, y los setenta ú ochenta mil que vagan por los Estados Unidos y los demás países de América? ¿Por que los napolitanos que trabajan poco ó no trabajan en su casa, son laboriosos en América? ¿Por que no salen de las ciudades, mientras los genoveses, los lombardos, los piamonteses, se extienden por todo, y tal vez son mas apreciados por los americanos? ¿Que transformaciones se operan en los emigrantes que permanecen muchos años ó se establecen en América? ¿Que relaciones sostienen con los demás extrangeros, que concepto merecen de los naturales? ¿Cual será la influencia que su fusión con el pueblo argentino, por ejemplo, que es el que recibe el mayor número, ejercerá sobre el caracter, las tendencias, los sentimientos, la capacidad, el porvenir, en una palabra, del mismo pueblo?

Todas estas son cuestiones importantísimas, apenas esbozadas en artículos ligeros, en libros mas amenos que profundos. Y sin embargo el estudio de esas cuestiones desvanecería muchísimos errores que en Europa se nutren respecto de los países americanos, daría á conocer la vida, las costumbres, las transformaciones todavia ignoradas de estos pueblos, los grandes progresos desde hace algún tiempo realizados en el Brasil y en la República Argentina. Y con estas se expli-

carían entonces otras cuestiones de gran interés para los italianos; se sabría, tal vez, por que no son mayores las relaciones comerciales entre Italia y los países sud-americanos; porque el día en que la emigración disminuyese y ya no hubiese tráfico de pasageros, es casi seguro que suspenderían sus viajes muchos de nuestros vapores; se explicaría porque la emigración es tan numerosa en las provincías menos pobladas de Italia y escasísima en la poética Toscana y en otras; y el hecho de quedar y establecerse en América como la mitad de nuestros compatriotas, llevaría tal vez al descubrimiento de algún medio que mantuviera vivo hasta en los mas rudos el recuerdo, el sentimiento, el deseo, el amor de la patria.

Cuando el profesor y senador Boccardo aconsejaba con ligereza la conquista de la República Argentina ¿conocía tal vez las condiciones de este país, sabía que es tan imposible como la conquista de Italia por otra nación? ¿sabía que los italianos, apesar de su número, no tienen ninguna influencia directa en el país, donde, bajo cierto punto de vista, son tan estrangeros como puedan serlo entre nosotros los austriacos y los franceses?

Cuando se hacen declaraciones enérgicas en el parlamento, hablando irónicamente de las repúblicas americanas, ¿se sabe que esas declaraciones, cuando no son justificadas ni pueden ser seguidas de la acción, hacen más perjuicio que favor á los italianos de América que las lamentan siempre en vez de agradecerlas? Cuando la prensa, cuando algunos diputados, basándose sobre los informes de algún periódico italiano de América, comentan hechos, cuestiones en apariencia gravisimas, ó dirigen interpelaciones al gobierno, ¿conocen tal vez el valor de aquel periódico, saben algo del crédito que goza dentro del país, piensan que otro periódico italiano del mismo lugar dirá tal vez otra cosa, tienen antecedentes para

quitar aquella parte de exageración, de mala fé, de interés personal que puede haber en ellos?

Y todavía, prescindiendo de todo esto, que fuente inagotable de observación, descripciones, estudios, se encontraría siguiendo á nuestros emigrantes desde que salen con el corazón dolorido de la aldea ó de la ciudad predilecta, desde que parten de nuestros puertos llena la cabeza de proyectos, de esperanzas y de ilusiones, dando melancólicamente un adiós á la patria, y observarlos después, desvanecidos los sueños engañosos y caido el velo de las dulces ilusiones, transfigurados en las calles de las ciudades argentinas ó errantes por los pueblos y las campiñas; encontrar el ex-empleado, el mal estudiante, convertidos en mozos de café ó de fonda, mientras escriben á la familia y á los amigos que *non va male*; sorprender á los napolitanos cuando gritan á voz en cuello por las calles *carne*, *verdura*, *fruta*, *huevos* con dos grandes cestos colgados de sus hombros durante todo el día, vestidos por misericordia con ropas tiradas por los ricos ó pedidas por ellos, y por eso en perpétuo traje de carnaval; ver los agricultores transformados en sirvientes, los artesanos en cocineros, los abogados en dependientes de negocios ó maestros de escuelas infantiles; investigar los efectos que la diversidad de ambiente y de panoramas produce en los habitantes que desde las colinas del Piamonte, desde las florecientes, populosas y amenas llanuras lombardas, desde los pueblos pintorescos de la Liguria y de las costas meridionales, desde las ciudades llenas de monumentos y desde los valles de los Apeninos, se han trasladado espontáneamente á las orillas de los ríos platenses, á las sombras de los álamos de Mendoza y han ido á poblar las llanuras sin árboles, inmensas, monótonas, á vivir en las ciudades cosmopolitas, donde el clima, el aire, la vida otrecen tantas afinidades con Italia, y donde, sin embargo, la naturaleza exterior es tan diferente.

Tanta población italiana lanzada por la miseria y el carácter aventurero sobre las playas del Nuevo Mundo, mezclándose y fundiéndose con nuevas gentes, ha de influir por fuerza con el tiempo sobre el carácter y el temperamento de aquellos pueblos que, como el argentino, reciben el mayor número y ofrecen mejores condiciones de fusión y de asimilación.

No se ha estudiado esa influencia ni aún por los americanos; pero es tan importante como será inevitable y decisiva. Aquel sentido nuestro del arte de que habla Settembrini, aquel sentido de armonía que se manifiesta en todo lo que hacemos y decimos, aquel carácter que nos hace meditar palpitando, ser artistas en el gobierno, en la vida social, en el tráfico, en la filosofía, y por eso en las artes más artistas de todos los demás pueblos, ese sentido y ese caracter influirán y se manifestarán pronto ó tarde en el pueblo argentino; y la calificación de Atenas del Plata que ya en Sud-América se da á Buenos Aires, tendrá algún día un valor tan elevado como lo han tenido ó lo tienen ahora en Europa, Roma, Florencia, Venecia, Milán, París.

Ni digan los americanos que las gentes que reciben, por su rusticidad é ignorancia, no llevan consigo las cualidades del pueblo de origen y que no pueden tener sentido artístico alguno, como si en vez de los aldeanos, de los jornaleros y de los pobres hubiesen de emigrar los propietarios y los instruidos; no digan eso, porque contestaremos también con Settembrini que un pueblo con el tiempo cambia de ideas, sentimientos, costumbres, pero no cambia de fantasía, la cual da las formas. Y la fantasía adquiere sus condiciones en la estirpe, en los lugares, en la naturaleza exterior, cuyas bellezas no se borran nunca de la imaginación del emigrante, que las ensalza á los hijos y éstos á los nietos formando una especie de tradición, de herencia que dejan á su país, como en homenage y compen-

sación, aquellos que tienen la desgracia de no volver á verlo. Y los frutos de aquella herencia harán algún día mas querido y respetado en América el nombre italiano.

Para negar esas influencias sería preciso negar las leyes históricas. La barbarie de los godos, las enemistades provinciales, las devastaciones de los ejércitos, la oscuridad y la ignorancia harán creer durante muchos siglos que se ha perdido y apagado en Italia aquel fuego inmortal que animó á los etruscos y á los latinos, que nos hizo considerar herederos de aquella inspiración que produjo las obras sublimes, cuyo influjo va haciendo cada vez más simpático en los siglos el nombre de Grecia; pero el genio artístico amortiguado, no apagado, ha vuelto á manifestarse con esplendor no soñado, y hasta en medio de las desgracias políticas, de las discordias intestinas, de las dominaciones extranjeras ha hecho admirar y querer á la Italia. Podrán enmudecer los trovadores, caer la literatura provenzal, no dar señales de vida durante algunos siglos, pero volverá á renacer, como ahora, en Cataluña y Provenza, con el esplendor antíguo; podrán los bárbaros del norte y también mas tarde otros pueblos, destruir los restos de la antigüedad, mezclarse, confundirse con los pueblos del mediodía, pero las afinidades de lengua, de carácter, de costumbres, reaparecerán nuevamente á quince siglos de distancia. Las muestras de aquel valor, de aquel orgullo que infundieron alientos á los latinos, el esplendor artístico que desde hace cinco siglos, antes y siempre en Italia, después en Francia y en España, se ha venido sucesivamente manifestando en aquellas ciudades que florecieron antiguamente por inmigraciones griegas ó por el genio romano, probarán que en el tiempo y en el espacio, cuando la destrucción ó el cambio impuesto por fuerzas irresistibles no es completo, se conserva siempre algo del espíritu, del caracter, de las cualidades primitivas de un pueblo, como en el hombre, á pesar de la experiencia y de

las múltiples vicisitudes, se conservan más ó ménos las cualidades, el caracter, el espíritu del jóven. El tiempo tranforma las cosas; pero el tiempo no puede destruir ni un átomo del universo; y en la atmósfera de cada pueblo queda, impalpable é invisible, como la esencia de sus tendencias y de sus energías, que vuelven á manifestarse cuando se reproducen las condiciones favorables que determinaron su primer desarrollo.

No puede dudarse. Como los árabes dieron á los españoles parte de su carácter caballeresco y romántico; como los españoles dejaron á los americanos del centro y del sud el sentimiento vivo del honor, de la nacionalidad y de la patria; como los ingleses dejaron á los norte americanos sus aptitudes industriales y comerciales, sus aficiones científicas y también parte de sus rarezas y de su egoismo absorbente, así los italianos, en la lucha pacífica del trabajo, darán á los pueblos de la América del Sud y especialmente al argentino, su sentido artístico y tal vez también aquel sentido práctico de la vida que todavía no tienen, y que se manifiesta en el ahorro, en la previsión del porvenir, en la cauta elección de los medios, en la resistencia á todo lo que es contrario á los propios intereses.

Será un arte diferente del italiano, adecuado á las diferentes condiciones de la naturaleza y de los pueblos; pero sean cualesquiera las variaciones, aquel arte no podrá negar la paternidad legítima del sentido artístico italiano, como ninguna de las escuelas artísticas creadas en Europa desde hace tres siglos puede negar lo que debe al arte italiano. Ya actualmente las bellas artes y la música son monopolizadas en Sud-América casi exclusivamente por italianos; é hijos de italianos nacidos en América son los que mas se distinguen y empiezan á llamar la atención en Europa.

LA LITERATURA ITALIANA EN AMÉRICA

Tiempo há que venimos discurriendo con la amplitud que nos permiten las exigencias del periodismo y las tareas diarias sobre cuanto se relaciona con Italia y los italianos. Si por una parte hemos seguido paso á paso sus progresos y dado cuenta del desarrollo político, comercial, económico y artístico de los italianos de allá, á medida que la importancia de un suceso, la brillantez de una exposición, la conversión de una deuda, un libro ó una obra de arte han venido prestando á los asuntos esa actualidad y novedad que requieren los escritos de la prensa diaria, por otra parte los italianos de acá, ramas desprendidas del tronco y arrojadas por el vendabal á playas mas amigas y benignas, donde se arraigan y crecen con lozanía ó vegetan esperando otro vendabal que piadosamente las arroje de nuevo á la tierra natal, los italianos de acá nos han prestado materia para estudios especiales, y en distintas ocasiones, con benévola intención é imparcial criterio hemos puesto de relieve su laboriosidad, su espíritu asimilador, sus aptitudes múltiples, sin atenuar ninguno de sus defectos, sin ocultar ni callar nada de lo que desmerece y disminuye sus mejores cualidades.

Cierto que una peculiar y justificable inclinación de nuestro ánimo nos lleva á preferir el estudio de esta clase de asuntos.

Cansada el alma de esta lucha contínua, encarnizada de

todos los dias y de todas las horas, amargada por los contratiempos y los desengaños, desesperando con frecuencia de la perdurabilidad de sus fuerzas para resistir hasta el fin de la jornada, recuerda con ansia los tiempos en que le eran desconocidas las angustias y las miserias de la vida y emigra á los lugares donde transcurrieron rápidos, inquietos y bulliciosos los años juveniles, cuando la inesperiencia, la pujanza y el entusiasmo de las fuerzas vírgenes soñaban con un porvenir brillante y glorioso, en un mundo lleno de dichas, honores y triunfos. Entonces las obligaciones del estudio, las contrariedades de los primeros amores, tan intensos y románticos como imposibles, las impaciencias de la propia emancipación, el vago é indefinible deseo de lo remoto y desconocido, parecían al jóven el colmo de los pesares, el non-plus-ultra de las desdichas, y los años, las luchas, los padecimientos y la adversidad han convertido ¡ay! aquellas desdichas y aquellos pesares en envidiables delicias.

Vuelve el pensamiento hacia los lugares y las personas que nos dejaron de la vida la impresión ménos triste, y despertándose en el alma los primitivos sentimientos, las aspiraciones, los deseos, los afectos antíguos, nos alimentamos con la esperanza de encontrar todavía, tras de largas peregrinaciones, si no nos envuelve el oleaje de los revueltos mares de la vida, un puerto de refugio, porque como dice Metastasio, fuerzas irresistibles acaban por arrastrar al hombre al lugar de partida, como los rios al mar

Dove acquistó gli umori
Dove dai lunghi errori
Spera di riposar.

Pero con ser innegables nuestras inclinaciones, es lo cierto que otro hecho de mayor importancia nos impele á prestar á las manifestaciones de la vida italiana especial

atención y cuidado. Las múltiples relaciones establecidas entre Italia y la república, las comunicaciones constantes, las afinidades de sangre, de lengua y de raza, la comunidad de ideas, de sentimientos, de aspiraciones, de tendencias, todo despierta constante interés, alimenta corrientes vivísimas de simpatía, y hace que las cosas del *bel paese* tengan siempre aquí, inmediatamente despues de las que ocurren en el país, un gran valor de actualidad. Este hecho, que determina en la prensa nna provechosa y saludable rivalidad, convierte en deber lo que de otro modo podría considerarse como un empeño enojoso; solo que para nosotros es un deber que cumplimos gratamente, sin esfuerzo alguno, experimentando cierto placer en buscar y encontrar poco á poco en la mente materiales que se creían extraviados, ideas que se consideraban perdidas, conocimientos que se tenian por olvidados, y con este trabajo de investigación, parece que ráfagas de juventud y de aire patrio vienen á refrescar la memoria, á facilitar la obra, como á traer el perfume, la esencia de los afectos y de los sentimientos antíguos, de todo lo que se ha desvanecido y evaporado de nuestros sueños, de nuestras esperanzas, de lo mejor de nuestra vida pasada.



A pesar de ese interés que hemos señalado, obsérvase aquí, aúnque no tanto como en la mayor parte de los países de Europa, que se tiene de la literatura y del arte moderno en Italia un concepto inferior al verdadero y que en los últimos tiempos, más que el movimiento intelectual y artístico, se han seguido y se conocen las transformaciones, evoluciones ó el desarrollo político, social y económico.

Se aprecia y se concede gran valor al arte y á la literatura italiana porque ha tenido un Dante, un Boccaccio, un Ariosto, un Tasso, un Machiavelli, un Cellini, un Miguel

Angel, un Rafael, un Leonardo da Vinci, un Tiziano; se leen algunos de los autores clásicos antíguos, se estudia la influencia que la cultura italiana ha ejercido sobre el resto del mundo; pero los escritores y artistas modernos son poco apreciados y conocidos, sus obras poco leídas, habiéndose arraigado la opínion de que lo mismo en arte que en literatura, se halla Italia en completa decadencia.

Con ser en parte errónea tal opinión, hay razones que la justifican y entre otras figuran como principales la intermitencia, la paralización sufridas en el período llamado « de acción », en que se preparó y persiguió la unidad é independencia de la patria, período que no duró ménos de 40 años, desde 1830 á 1870. Figuran también como causas primordiales el vuelo asombroso tomado por la literatura francesa y la descentralización extraordinaria de la vida intelectual en Italia.

La epopeya de la independencia, por su magnitud, ha oscurrecido por algún tiempo el mérito de los que iban continuando con más ó ménos acierto las gloriosas tradiciones literarias y artísticas de la península.

Los hombres de acción prevalecieron con justicia sobre los hombres de pluma, D'Azeglio escritor cedió ante D'Azeglio patriota, Manzoni y Guerrazzi quedaron ofuscados y arrinconados por Cavour, Mazzini, Garibaldi y Víctor Manuel.

Nada hay efectivamente tan maravilloso como la rápida formación del reino de Italia, la actitud y la cohesión de los pueblos que en él entraron, la robustez y las fuerzas súbitamente adquiridas por un país considerado como una expresión geográfica; nada ha causado tanto asombro como la suma de talento y sentido práctico revelada por una falange nnmerosa de hombres ilustres, tenidos por soñadores, y por un pueblo tenido por incapaz de toda energía, de todo esfuerzo y de toda inteligencia, y no es de extrañar palideciera todo lo demás ante ese conjunto de

hechos gloriosos, como si un pueblo que táles cosas hacía no pudiera conceder mayor importancia á lo que tiende al deleite del espíritu, ni entretenerse como antes en cantar, oir y producir armonías.

No ménos grande, y quizás en literatura mas decisiva, fué la influencia que las producciones francesas han ejercido, no solo en Italia, sino en todos los pueblos de origen latino. La colosal revolución, no fué menos grande en literatura que en política, y así como sirvió para infiltrar, para inocular las ideas democráticas en los pueblos italianos, españoles y sud-americanos, dijérase que sirvió igualmente para universalizar su literatura, que no ha perdido desde entónces la primacia y con ella la inmensa popularidad y aceptación de que disfruta en ambos hemisferios.

Cierto que antes de la revolución la literatura y el gusto francés habían penetrado ya en los países cultos de Europa, sobre todo en España, como lo demuestra la reacción que en la segunda mitad del siglo XVIII intentaron, con fuerzas no adecuadas á sus buenos deseos, Vicente de la Huerta, José Lopez Sedano y otros. Francia fué la primera en levantarse de la decadencia literaria del siglo XVI que señaló en Italia el *seicentismo*, en Inglaterra el reinado de Cárlos II, en España el *gongorismo* y en Francia el hotel de Rambouillet; fué la primera en levantarse y lo hizo con un reinado como el de Luis XIV, con escritores como Corneille, Racine, Moliére, La Fontaine, Boileau, Bossuet, Descartes, Fénélon, Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Buffón, los enciclopedistas y los grandes oradores, que llevándola á una altura extraordinaria, impusieron sus gustos al resto de Europa, hicieron de París el centro de la cultura universal, determinaron corrientes de imitación, y hasta lograron que eminentes escritores, como los Moratines, cifraran su orgullo en adaptar lo mejor posible sus talentos y sus facultades creadoras al gusto francés.

Pero si la literatura francesa, por su esplendor, ya influía, ya se había impuesto antes de la revolución, sus obras aún no eran productos de consumo general. Fuera de Francia esas obras solo eran patrimonio de la gente estudiosa, de los hombres de letras, y aún no corrían, originales ó traducidas, por las manos del pueblo.

La revolución revalidó la influencia de la literatura, le dió pasaporte para todos los paises, la democratizó, la hizo popular y simpática á las masas, poniéndola así en condiciones de ejercer un monopolio, que dura todavía y lleva trazas de durar aún algún tiempo.

Apresurémonos á confesar que ese monopolio es merecido. Nunca informará nuestros juicios el exclusivismo estrecho, el patriotismo mal entendido, que tan frecuentemente enciende los ánimos, atiza los odios, exalta y enardece las pasiones.

En un período de más de 40 años, solo puede oponer Italia unas cuantas obras á las numerosas y deslumbrantes creaciones de Lamartine, Delavigne, Béranger, V. Hugo, Balzac, Gautier, De Vigny, de Musset, Flaubert y en una escala inferior pero no menos popular Dumas, P. de Koch, Suë, J. Sand, Montépin y otros, sin contar aquellos escritores que sin dejar de ser clásicos son ménos vulgarmente conocidos por la naturaleza de sus escritos. Sería una insensatez pretender, sobre todo en la novela y en la poesía, que las escasas aunque excelentes creaciones de unos pocos han de igualar el valor de las que ha dejado aquella pléyade de grandes escritores. Hoy mismo, á pesar de los tropezones que afean su luminosa carrera, hemos de descubrirnos repetuosamente ante el génio de la novela francesa, justamente predominante en los mercados literarios del mundo, imitada por doquier pero no igualada, grande á pesar de las discusiones que promueve, de las cóleras que suscita, de los errores que se la achacan, segun las simpatias, las tendencias y el modo de ver de cada cual.

Ocasión tendremos otra vez de provar que quizás ya no sucede lo mismo en la poesía; pero bástenos por ahora haber manifestado con leal franqueza el fundamento de la aceptación que merecen en todas partes las producciones francesas, y que estas por su mérito y abundancia dificultan ó retardan el conocimiento y propagación, tanto de las obras italianas como de las de otros paises.

¡Ojalá hubiesen tambien hecho justicia los franceses á las aptitudes del pueblo italiano, y hubiesen reconocido á tiempo que Italia podía *fare da sé*, como reconocieron el esplendor que alcanzaron en otros siglos sus artes y su literatura, la influencia que sus repúblicas tuvieron sobre la cultuɹa europea, y en este siglo el rápido é inasequible vuelo de la música!

No habrían nacido rencores, que se desvanecerán sin duda algún día, pero no sin haber causado antes desastrosos efectos. Así la alianza, la cohesión, la íntima unión de los pueblos de raza latina no parecería un sueño de lejana y difícil realización; así Italia violentándose para acallar ódios seculares, no establecería híbridas inteligencias con pueblos que nada tienen de común con sus intereses, sus aspiraciones, sus sentimientos, y Francia no se hallaría aislada en el centro de Europa, contenida en sus arrebatos patrióticos, desairada en sus iniciativas, temiendo tanto á sus amigos de ayer como á sus enemigos de siempre, dispuesta á la lucha, ya en condiciones quizás de reivindicar sus provincias perdidas, de volver por su prestigio militar, é imposibilitada, sin embargo, de moverse, por estar reñida con todos los pueblos que la rodean.

Irascibles, impetuosos, tan temibles y arrebatados en la cólera como fáciles al olvido y generosos en el perdon, esperemos vnelvan pronto á entendeɹse los pueblos latinos, cediendo todos algo de su natural altivo y de su caracter fiero: lo deseamos vivamente por el buen nombre y el porvenir de la gran raza, que en Francia, en Italia, en España

ha sido alternativamente dominadora ó maestra en una ó varias de las manifestaciones del progreso, de la civilización y de la cultura.

A las tres naciones debe el mundo algo cuya magnitud nunca podrán igualar ni las alabanzas, ni el agradecimiento de los pueblos. Si la una con sus florecientes repúblicas y los vuelos de su inspiración artística echó en la Europa feudal los cimientos de la cultura moderna y prestó elementos para la formación y desarrollo del arte y de la literatura en todos los países, y si la otra descubrió un nuevo mundo, la Francia sacudió de su indolencia á pueblos embrutecidos por la servidumbre y resignados con el peso de las seculares monarquías absolutas, los llamó á nueva vida, les inoculó la savia de las ideas democráticas, facilitó inconscientemento la emancipación de la América española, señaló nuevos rumbos á los destinos políticos de los pueblos civilizados.

Esperemos ya que no una solidaridad y mancomunidad de intereses, ni una inteligencia estrecha, una base más armónica y amistosa de relaciones; y para no desvanecer la íntima satisfacción que nos produce esa esperanza halagadora, dejemos para el artículo siguiente las reflexiones que hemos de hacer sobre las literaturas italiana y francesa, no sea tropecemos con algo que sustituya á la esperanza el desaliento, probando lo ilusorio ó prematuro de nuestros deseos.

II

El predominio de las modernas producciones francesas en el teatro y en la novela se debe tanto como á sus méritos intrínsecos, al abandono de los moldes antíguos, de los estudios retrospectivos, para concentrar toda su fuerza de observación en la vida moderna, pintándola con los colores especiales que cada escuela exige ó aconseja á sus

partidarios, manifestándose exagerada pero magestuosa en los románticos, sencilla y simpática en los clásicos, sombria é inclinada al pesimismo en los naturalistas.

Los italianos, como los españoles, tardaron algo más en amoldarse á los gustos literarios de la época, en apercibirse de las exigencias y de las necesidades del espíritu moderno, en entrar de lleno en la nueva vida.

Para los primeros, es decir para los italianos, el hecho tiene fácil explicación. ¿Cómo podían formar una novela nacional, escribir dramas ó comedias que representaran el espíritu del pueblo italiano, si la nacion no existía, si el pueblo estaba oprimido?

Errantes los escritores y llorando las amarguras y los dolores de la patria, sin encontrar en ningún rincón de la Península esa cohesión, ese bienestar, esa normalidad de vida que caracteriza las costumbres y dan á sus descripciones color y animación, viendo por doquier intereses opuestos, sentimientos por necesidad disfrazados, pasiones é ideales ahogados por el temor y por las amenazas, ó descontados en las cárceles y en el patíbulo, no podían hacer otra cosa que lo que hicieron, es decir, infundir en los ánimos el ódio al extranjero, é incitar á la revuelta, y buscar, miéntras tanto, en los hechos de lo pasado, como lo habían hecho Dante, Cola de Rienzo, Macchiavelli y Alfieri, temas en que emplear sus talentos y desahogar sus aficiones literarias.

Por eso, mientras Víctor Hugo y Balzac vieron horizontes nuevos y espléndidos en la novela social, cultivada luego con mejor ó peor acierto por varios escritores de grandes talentos, y continuada hoy brillantemente, por Zola, Daudet y tantos otros, en Italia solo podían aparecer novelas campesinas como las de Julio Carcano, novelas históricas como los *Promessi sposi* de Manzoni, *Marco Visconti* de Grossi, *Nicoló de' Lapi* y *Ettore Fieramosca* de Máximo d'Azeglio, *Margherita Pusterla* de Cantú, el

Assedio di Firenze y la *Battaglia di Benevento* de Guerrazzi.

Lo que prueba más esta observación es que, apenas constituido el reino de Italia, se abandonó en seguida la novela histórica y empezaron á escribirse en gran número las novelas de costumbre, con ánimo, sin duda, de dar á ese género de literatura el esplendor que había ya alcanzado en Francia y en Inglaterra.

Las fuerzas no respondieron á los deseos, ni se tuvo en cuenta que la unidad política no había hecho desaparecer el espíritu regional, que aún predomina y puede decirse que se revela en casi todas las novelas que se han escrito hasta ahora.

Se progresa rápidamente, sin embargo; ya Farina, á pesar de su sencillez y optimismo ha sido traducido á varias lenguas; ya Barrili, Capuana, Verga y otros varios, van mejorando y preparando el terreno á los escritores de la nueva generación que por grandiosidad de concepción, profundidad y poder de observación se crean con fuerzas suficientes para igualar ó aventajar á los extranjeros.

Como no entendemos hacer la historia de la literatura italiana en este siglo, añadiremos solamente que si la novela no ha obtenido todavía en Italia el desarrollo de otros países, los demás géneros literarios no han decaido y los que habían sido abandonados en el período de lucha y propaganda se han reanudado y continúan con vigor nunca visto.

Sin hablar del esplendor universalmente reconocido de la música, la poesía vuelve á renacer con brío y se encuentra en un estado brillante de progreso y de transformación; la crítica llegó no hace mucho á envidiable altura con Giudici, Settembrini y De Sanctis; la historia nunca ha sido tan cultivada como ahora en Italia; las mismas ciencias naturales y político-sociales encuentran vulgarizadores que gozan de gran reputación en ambos mundos.

La atención que se presta á las manifestaciones de la vida italiana, no impide, hemos dicho, sean poco conocidas y apreciadas, salvo raras excepciones, las principales obras literarias y artísticas de estos últimos tiempos.

A las observaciones ya hechas para explicar en parte este fenómeno, añadiremos, ó mejor dicho insisteremos por haberla ya mencionado, sobre la más importante, y que por sí sola influye quizás tanto como todas las demás juntas. Nos referimos á la falta de metrópoli, á la descentralización de la vida intelectual en Italia, á la carencia de una gran capital, de un centro como Paris, Londres, Madrid, que de á los productos intelectuales el mismo prestigio, el mismo valor que adquieren, según la procedencia, los productos industriales. Carecen las obras italianas de la autoridad que les presta la marca de fábrica, se presentan en los mercados del mundo sin la valiosa recomendación de la procedencia.

No nos extenderemos sobre esto, porque otro día hemos de tratar más extensamente y bajo todos sus aspectos fenómeno tan importante, que también se manifiesta, aúnque en menor escala, en España, en Alemania y en Austria. Por ahora nos basta hacer constar su influencia.

Lo cierto es que corren y son populares en la América latina no solo los productos de buena fabricación que proceden de Paris y Madrid, sinó otros muchos falsificados y de contrabando, y mas de una vez hemos tenido que preguntarnos si no hay en Italia escritores que valgan tanto como Adolfo Belot, Alberto Delpit, Arsenio Houssaye, Richebourg, Catulle Mendes, G. de Cherville, Guy de Maupassant, J. de Peyrebrune, Theuriet, Blasco, Manuel del Palacio, Frontaura, Constantino Gil, los Navarrete, Palacio Valdes, E. Pardo Bazán, Jacinto Octavio Picón y hasta Valera, Alarcón, Perez Galdós y Pereda, cuyas obras son leídas y circulan con profusión.

Los hay indudablemente y algunos mejores que cual-

quiera de los anteriores; pero de ellos únicamente De Amicis ha adquirido popularidad, y de muchos otros no solo no se leen ni se conocen las obras, sinó que se ignora hasta su existencia.

Los nombres de José Zorrilla, Echegaray, Campoamor y Nuñez de Arce, son popularisísimos en America; pero ¿acaso no hay en Italia poetas que no solo por elegancia armónica de lenguaje y belleza de formas, méritos principales y casi puede decirse únicos de los poeta españoles, los igualen y superen por grandiosidad de conceptos y condensación de ideas? ¿Quién ha leído de los poetas de los últimos tiempos, si se exceptuan á los pocos que cultivan con amor las letras, quién ha leído los armoniosos y melancólicos endecasílabos de Aleardo Aleardi? ¿Quién ha saboreado el jugo y el aroma de las poesias de Prati?

No hacemos observaciones á capricho, ni cargos gratuitos para darnós la satisfacción de deshacerlos ó deducir consecuencias que nos den pié para alargar la materia; no necesitamos, ni acostumbramos valernos de esos recursos mezquinos, propios de las imaginaciones apocadas: hablamos por experiencia.

Hemos oido á más de un doctor recitar con entusiasmo de memoria, estrofas de poetas franceses y españoles y no conocer ni de nombre á Giosué Carducci y Olindo Guerrini. Carducci, sin embargo, es uno de los poetas mas grandes de la actual genéración y hasta se ha llegado á decir en Europa que, muerto Víctor Hugo, puede considerarse como el mejor de los poetas europeos vivientes.

La poesía de Carducci no es popular, porque es de difícil comprensión, es demasiado erudita, está saturada de ideas más que de palabras, no está al alcance de todas las inteligencias; pero esto, que podríamos llamar hermoso defecto, basta para revelar el poderoso talento del escritor, la magnitud de su ingenio. Podrán tener razón los que critican en Carducci ciertas innovaciones en la versificación,

que la hacen ménos armoniosa, y en el lenguaje que lo hacen parecer mas duro, no porqué de otro modo no pueda escribir, que ahí están los armoniosos arranques líricos de algunas odas como la titulada *A Dante* y de algunos soneto como el de *Mazzini*, sino porque así quiere escribir y formar nueva escuela; pero por lo mismo que no figuramos entre los mas entusiastas admiradores del poeta, ha de permitírsenos afirmar que quizás ninguno de los poetas vivientes huye, como él, las redundancias inútiles, ni mide mas el valor de las palabras, ni encierra más ideas en menor espacio, ni llega tan alto en el vuelo sublime de las imágenes y de los pensamientos.

La poesía de Carducci será tal vez la poesía del porvenir; ahora, como la música de Wagner, entra con dificultad, es tardía al entendimiento, y hasta llega á producir de primera lectura una impresión desagradable; pero admira y deslumbra una vez comprendida y gustada.

Por lo demás si se quieren tan sonoros como los de Zorrilla, tan fluidos como los de Campoamor, y tan armoniosos como los de Nuñez de Arce, búsquense algunas odas y sonetos de Olindo Guerrini, léanse las composiciones de Cavallotti, D' Annunzio, Rapisardi y otros.

En esto de conocer las literaturas extranjeras y la marcha literaria y artística de cada país, obsérvase un hecho digno de notarse. En la América latina y especialmente en la República Argentina se leen y circulan mas que en los países latinos de Europa la buenas obras que estos producen, exceptuando, se entiende, el país propio, es decír aquel en que aparecen originales las obras; pero aquí se conoce y estudia menos su valor.

Es que los mismos hombres de letras aquí léen para sí mismos, por deleite propio, para enterarse personalmente, formar juicio y estar al corriente de la marcha líteraria de cada pueblo; en Francia, en Inglaterra y en Alemania los literatos y los escritores léen para aprender, y sobre todo para

observar, analizar y comparar, comunicando frecuentemente á los demás sus impresiones; así que el vulgo de los aficionados, sin leer las obras, suele estar bien informado, suele tener nociones, una opinión cualquiera sobre lo mejor que se hace en otras partes.

En España, ni lee el pueblo ni observan los literatos; salvo honrosas, pero pocas excepciones, léen y estudian estos simplemente para sí mismos.

Además, se presta poca atención á las literaturas extranjeras, y á la italiana ménos que á otras, apesar de la afinidad de lengua y hasta de estilo y de tendencias literarias. Muchas obras clásicas italianas han sido traducidas al español, pero no circulan, y aún algunas de las mejores ni se leen, ni han merecido como en Francia y otros países los honores de la traducción.

La literatura francesa, entre las extranjeras, es la que prima y casi la única cuyas obras predominan y circulan en España.

Hasta hace poco podía decirse algo parecido respecto de Italia. Como una matrona satisfecha, se contemplaba à sí misma, y si estudiaba su valer y procuraba poner de relieve sus méritos, poco ó nada se preocupaba de los demás. Pero la nueva vida nacional, trayendo con otros infinitos bienes, la necesidad de la reflexión y de la observación, ha hecho nacer en la segunda mitad del siglo importantes y profundos estudios críticos, que han dado solidez y autoridad á la crítica italiana, propalando el conocimiento, hasta hace poco muy deficiente é incompleto, de las demás literaturas.

Séanos permitido repetir, sin embargo, respecto de la literatura española en Italia, lo que hemos dicho respecto de la literatura italiana en España; aquella se conoce y estudia menos que la de otros países. Quizás se han traducido al italiano menor número de obras clásicas españolas de las que se hayan vertido del italiano al español;

y algunas producciones de autores contemporáneos como Valera, Alarcón y Perez Galdós, traducidas á varias lenguas, son generalmente desconocidas en Italia.



Si entrase en nuestros propósitos podríamos fácilmente demostrar que todavía mas importante, mas activo es el movimiento artístico de Italia, á pesar de la indiferencia pública, de la escasa protección que se presta á las obras de arte. Algunos de los mejores críticos franceses, generalmente recelosos y pesimistas en tratándose de cosas agenas, y sobre todo de cosas italianas, y por ese recelo y por cierto legítimo orgullo de las cosas propias muy tardíos en reconocer y admitir los méritos y los progresos de los demás, han declarado recientemente que la pintura italiana, cultivada por jóvenes de mucho talento, se halla en franca y abierta transformación, con maestros dignos de figurar al lado de los mejores franceses.

No pudiendo entrar en mayores consideraciones, nos limitaremos, entre los muchos buenos que podrian citarse, á consignar los nombres, de Morelli, Segantini, Michetti Carcano, Dall'Oca Bianca, Lancerotto, Mariani, Bianchi, Gignous, Nono y Favretto por la pintura, y Monteverde, Ximenez, Ferrari, Franceschi, Maccagnini, y Andreone por la escultura.

Poco desarrollados todavía el gusto y las aficiones artísticas en los países de América, no puede esperarse ni exigirse se haya seguido con mas atención el movimiento artístico que el literario, cuando el estudio de este último es mucho mas fácil, cómodo, sencillo y útil; pero aumenta indudablemente el conocimiento de uno y otro á medida que la prensa le presta mayor atención, y divulgando y demostrando su importancia, hace nacer en muchos el deseo de emprender estudios mas sérios y prolijos, y pro-

porciona á los mas los materiales indispensables para conocer la vida, el desarollo, las evoluciones artísticas y literarias de Italia, como de las principales naciones.

A favorecer ese conocimiento y este estudio contribuirá no poco la competencia que se ha establecido entre algunas librerias italianas, y gracias á la cual no es de temer que ni siquiera se remitan de Italia, como ha sucedido durante muchos años, importantísimas obras críticas y científicas, que por su naturaleza reputábanse de adquisición dudosa.



ALGO SOBRE CUESTIONES IMPORTANTISIMAS

CUALIDADES, APTITUDES, CARACTÉRES DE LOS INMIGRANTES (*)

La inmigración italiana es á la República Argentina, lo que la inglesa y alemana á los Estados Unidos: es la mas numerosa, la mas preponderante bajo todos los aspectos. Ella tiene participación en todos los ramos, en todas las manifestaciones de la agricultura, de la industria y del comercio; es la que mayores valores representa en propiedades, la que monopoliza casi por completo las bellas artes y el comercio al munudeo, la que sostiene la navegación de cabotaje y el servicio de embarcaciones menores en todos los puertos de la República. Proporciona también el mayor contingente de agricultores para las colonias; tiene en todas las poblaciones y sobre todo en la capital, numerosas sociedades filantrópicas y de socorros mútuos, escuelas, hòspital, cámaras de comercio y otras varias instituciones útiles ó benéficas.

(*) Los seis capítulos que siguen están extractados de dos series referentes á la inmigración á la República Argentina en general y a la inmigración italiana en particular. Aunque el tema es de aquellos que siempre tienen aquí interés y actualidad, la índole del libro no nos ha permitido incluir y extractar más que algunos relacionados con los italianos.

Constituye un factor importantísimo del progreso de la República, está encarnada con su vida, su modo de ser, su porvenir, y es interesante, creemos, prestarla alguna atención, estudiarla detenidamente para que resalte su importancia, se vean los beneficios por ella producidos, se deduzcan los que aún podrá producir en lo sucesivo y ni abierta ni veladamente se la dirijan ataques que no merece, inculpaciones infundadas y menosprecios que puedan herirla con graves perjuicios de los intereses de la república.

Para aquellos que fijándose mas en las apariencias que en el fondo de las cosas, opinan que la emigración es para Italia una válvula que da salida al exceso de población, podríamos demostrar con cifras que esta condición falta absolutamente en Italia, que podría contener no 28, sinó 60 millones de habitantes antes de alcanzar una densidad de población igual á otros países, cuya emigración, sin embargo, es escasa, como en Bélgica. Tampoco es el pauperismo en la misma forma que reviste en Inglaterra y Alemania, lo que determina la emigración italiana; tiene en el joven reino una forma mas benigna, mas fácilmente remediable.

Lo que determina á los italianos á emigrar, es un conjunto de condiciones que son mas bien productos del estado de las sociedades y acción de los gobiernos, que obra de la naturaleza.

Ménos la emigración de los ligurinos, gente activa y emprendedora, que obedeciendo á una tradición popular, continúa hoy con los países transatlánticos al afortunado tráfico de sus antepasados, la emigración de los otros países de Italia es debida al malestar pruducidos por los impuestos excesivos, por la desigual repartición de la propiedad, por la paralización del comercio y de las industrias, por el atraso en la fabricación, por la competencia extranjera á los productos agrícolas, por los obstáculos y

entorpecimientos con que tropieza la agricultura en su desarrollo, por otras causas ya conocidas, y cuyo estudio en estos últimos tiempos tanto ha preocupado á los estadistas italianos.

Esta preocupación quizás llegue á dar pronto algunos resultados prácticos, pues el saneamiento del agro romano, las medidas protectoras que se adoptarán para levantar de su postración y fomentar la marina mercante, las reformas que tratan de introducirse y sacrificios que piensan hacerse para aliviar la triste y aflictiva situación de los labradores y pequeños propietarios de tierras, obedecen al propósito de remediar en todo ó en parte aquellos males.

Solo la necesidad puede vencer en los italianos el afecto por la hermosa tierra de sus padres, los dulces recuerdos de la infancia, el amor de la familia; solo ella puede inducirlos á dar un adiós á esa patria tan grande y tan poética, con sus valles florecientes, y sus brisas perfumadas, y su cielo sereno, y sus mares azules, y sus paisages pintorescos, que aún no han podido describir los poetas, ni representar los artistas, ni saciar la curiosidad de los extranjeros que de todas partes acuden, deseosos de extasiarse en su comtemplación, de satisfacer en ellos el anhelo que ha sido el sueño de su vida.

Y este apego del italiano á su patria que á primera vista parece habría de ser una condición desfavorable para su arraigo en los nuevos paises, se trocará más tarde en condición sumamente favorable, porque largos años de residencia, relaciones adquiridas por incesante y fácil comunicación, vínculos de afecto y familia establecidos con gente de otras nacionalidades, propiedades regadas con el sudor de su frente, agradecimiento de una hospitalidad generosa que durante tanto tiempo se le ha dispensado, todo contribuirá más tarde á despertar en él nuevos sentimientos, tan profundos y arraigados como los primitivos, y que lo

decidirán á no abandonar el lugar en que la fortuna le ha sido mas propicia, en que su actividad y laboriosidad han hallado campo en que extenderse, en que ha podido aliviar sus miserias y tribulaciones, siquiera no se borre en él sinó con la muerte el recuerdo de su querida Italia.

Siendo una de las causas primordiales de la emigración italiana la mísera condición de las clases agrícolas, claro está que la emigración debe proceder del campo y no de las ciudades. En efecto, la mayor parte de los emigrantes italianos son labradores, agricultores, jornaleros, artesanos rurales, pastores y pequeños industriales.

Como calidad es, pues, inmejorable la inmigración italiana que viene á la República Argentina, lo cual no ha sido obstáculo para que alguién dijera alguna vez que solo venían elementos perturbadores del órden social, ociosos y vagabundos, no solo inútiles, sinó también perjudiciales. A éstos podría contestarse con las observaciones de un escrítor italiano, el Sr. Florenzano, que al tratar de esta misma cuestión dice: «Italia, sin colonias, envía colonos á América; rica de campiñas, deja marchar sus aldeanos; los campos en algunas provincias se quedan desiertos y de seguir así será preciso que vengan á poblarlos labradores extranjeros. Los agricultores que son la base y la fuerza de la riqueza de Italia, ellos precisamente abandonan los terrenos de la patria.... ¿Por qué no emigra de los pueblos la turba inútil y holgazana, dedicada á la bebida y á la ociosidad, inútil para sí, para la familia, para la patria, y perjudicial en cambio á la tranquilidad de las pequeñas poblaciones?

«Si la emigración italiana se compusiese de gente de esa clase, nada habría que decir. Pero precísamente emigran los que deberían quedar; y á cada vapor que zarpa de los puertos italianos cargado de labradores, se abre un nuevo surco de dolores y de perjuicios en el abandonado suelo de Italia.»

La expatriación de un buen número de habitantes del campo ha producido en Italia una elevación en los salarios y una disminución en los arriendos, y por consiguiente una mejora material para los trabajadores de la tierra, consiguiéndose así la doble ventaja de que mejoren su suerte los que se van y se alivie la mísera situación de los que se quedan.

Se ha observado, sin embargo, que no obstante este aumento en la ganancia de los agricultores, la emigración no ha disminuido. Tratando de explicar este hecho, algunos han dicho que el mal ejemplo cunde, que la emigración, en cuanto empieza á producirse, tiene algo de contagioso, y que el aumento relativo de los salarios no está proporcionado al aumento de las necesidades. No es así precisamente: algo podrán haber influido esas causas; pero si la emigración italiana al Rio de la Plata no ha disminuido, si ella aumenta continuamente, se debe á las favorables condiciones de aclimatación, trabajo y bienestar que ha encontrado, se debe á la incesante propaganda que hacen los italianos establecidos en las repúblicas del Plata.

Los efectos producidos en Italia por la emigración agrícola, los ha producido tambien, aunque en menor escala, la emigración obrera: sastres, zapateros, albañiles, herreros, carpinteros, pudieron ser más exigentes cuando no se vieron ya en la necesidad de hacerse la competencia y sus condiciones mejoraron.

Ya hemos dicho que la junta de estadística de Italia ha afirmado que los emigrantes de aquel país llevan la patria en el corazón y mantienen con ella el vínculo político: que parten para volver apenas han reunido un pequeño capital, á diferencia de los ingleses, de los irlandeses, de los alemanes, que en América se hacen ciudadanos de una nueva patria.

La experiencia ha demostrado que esta afirmación no es

absolutamente cierta; y la mejor prueba de esto que decimos está en las cifras de la emigración de la República Argentina. Esas cifras no presentan, como debieran, la emigración por nacionalidades, pero tomadas en conjunto se ve que desde el año 1871 el total de la emigración que sale de la República Argentina representa poco más de una tercera parte de la inmigración que recibe.

Los inmigrantes italianos se aclimatan en la República Argentina, sin necesidad de precauciones ni de preparación alguna.

Quizás sea algo excesiva en verano y demasiado templada en invierno la temperatura de las provincias de Corrientes, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, San Juán y Jujuí, y se deba, entre otras causas mas poderosas, también algo á esta, el hecho de que la inmigración solo haya ido en limitadísimas proposiciones hacia el norte; pero se hallan perfectamente ya desde su llegada en las provincias de Buenos Aires, Santa-Fé, Entre-Rios, Córdoba Mendoza, San Luis y en los territorios nacionales del sud. Los que en Europa han pretendido denigrar á las repúblicas del Plata, presentándolas como focos de epidemias, lugares de calor sofocante y aire insalubre, países llenos de salvajes, de animales feroces, de serpientes é insectos venenosos, sobre mentir descaradamente, han perdido el tiempo. En este punto el vulgo, la masa del pueblo italiano, ya sabe mucho mas que los que escriben libros, algunos de los cuales, ó copian descripciones de hace un siglo, ó tienen interés en mentir. Si la fiebre amarilla ha producido estragos alguna vez por falta de precauciones con las procedencias del Brasil en las épocas en que reina allí dicha epidemia, ó sea casi todos los veranos, en cambio su aparición se hará cada día mas rara con la vigilancia que va prestándose á cuanto se relaciona con la salud pública, y bien se ha visto que el cólera no es de fácil aclimatación en el Plata, cuando en los

tres últimos años, á pesar de los estragos que ha hecho en Europa y precisamente en los países que sostienen mayores relaciones con la República Argentina, no ha tenido esta que lamentar mucho los efectos de la poco agradable visita del huésped del Ganges.

Los italianos encuentran también adecuada á sus gustos la alimentación que les proporciona la tierra americana, y aún podemos afirmar que gracias á la abundancia y baratura de la carne, resulta para su físico superior á la que podían proporcionarse en la tierra natal.

Obsérvense los italianos que á su llegada se hospedan en el hotel de inmigrantes, y los trabajadores de la misma nacionalidad cuando se reunen aquí en alguna fiesta popular: aquellos, flacos, escuálidos, abatidos revelan las penalidades y las privaciones durante largo tiempo sufridas y aumentadas con un largo y penoso viaje; éstos, gordos, alegres, bien puestos, revelan la satisfacción de su nuevo estado y de su nueva vida.

Y aquí aprovecharemos la oportunidad para decir á los publicistas italianos,—son pocos por fortuna,—que combaten la emigración só pretexto de que ella representa para Italia una pérdida inmensa de capitales, que esa pérdida es ampliamente compensada con el aumento de las relaciones comerciales, con las sumas que los emigrantes envian anualmente á su país, con las pequeñas ó grandes fortunas que, al regresar, llevan los que partieron mas ó ménos miserables. Algunos escritores hacen subir nada ménos que á 1500 francos el capital que necesita cada individuo para emigrar; pero los cálculos los hace cada uno á la medida de sus conveniencias, y nosotros podríamos demostrar también con cifras que ese capital no pasa de 500 francos. Mas aún, ateniéndonos al cálculo de algunos escritores alemanes que establecen de 700 á 900 francos el capital exportado por cada emi-

grante, debemos hacer notar por lo que á Italia se refiere, que la mitad de esa suma no sale de la nación, por quedarse en pago de pasage y demás gastos que ocurren antes de embarcarse, y la otra mitad queda ampliamente compensada en la forma que hemos manifestado.

El emigrante italiano es quizás en Europa el que menor capital exporta de su país; pocos se ven que al llegar á la América del Sud puedan por si ó asociados con otros adquirir tierras, hacerse propietarios, explotar por su cuenta alguna industria ó alguna empresa, como lo hacen con frecuencia los ingleses, los alemanes, y aunque en menor proporción, los franceses.

Menos sério y menos sólido aún es el cálculo que toma por base el capital que representa cada emigrante para deducir la suma á qué ascendería cada año el interés del mismo y la tributación que pagaria al estado: para obtener el importe del viaje suelen desprenderse los emigrantes de objetos que eran completamente improductivos y muchos de ellos ó reciben de América la suma necesaria, ó parten teniendo ya pagado el viaje por parientes ó amigos ya establecidos en el Nuevo Mundo.

Los italianos lo mismo se amoldan á las rudas faenas del campo, como resisten los ímprobos trabajos de construcción de lineas férreas, ó cargan sobre sus hombros los cestos de piedra, ó los fardos de lana y otras mercaderias en las aduanas. Muchos se dedican á las pequeñas industrias y se hacen revendedores de comestibles, ropas ú otros productos: no faltan tampoco los que se dedican á otros trabajos.

El italiano es paciente, resignado, sóbrio, económico, lo mismo si pertenece á las cultas provincias del norte de la península, que á las mas atrasadas del mediodía.

Si son rudos, toscos, ignorantes, analfabetos la mayor parte de los que proceden de las campiñas, especialmente de las campiñas meridionales, el fondo es bueno, y aquí

bajo un nuevo cielo, á la vista de nuevos horizontes y nuevos países que, apesar de la enorme distancia del suelo patrio, no les presentan, como en los Estados Unidos y otras regiones de América, graves obstáculos de clima, de suelo, de raza y de lengua, se desembastan, poblándose de nuevas ideas su inteligencia, aumentando su audacia y la constancia de sus propósitos, recibiendo de las nuevas costumbres, de los nuevos hábitos, de los nuevos ejemplos, impulsos capaces de transformar toda su vida moral.

Se ha dicho, y se repite todavía alguna vez que los italianos carecen de aptitudes colonizadoras y que son buenos para todo, menos para un país que, como la República Argentina, haya de cifrar su porvenir y su grandeza en el desarrollo de la agricultura.

Podemos también preguntar á que nacionalidad pertenecen muchos de los que trabajan en los ingenios azucareros de la provincia de Tucumán; á que nacionalidad pertenecen la mayor parte de las familias que forman las florecientes colonias de la provincia de Santa-Fé; á que nacionalidad pertenecen muchos agricultores de las provincias de Buenos Aires, Entre-Ríos, Corrientes, Córdoba y Mendoza.

II

PRENSA, GOBIERNOS Y EMIGRACIÓN

Los gobiernos que había en Italia antes de 1859 ponían obstáculos casi insuperables á la emigración. El austriaco no reconocía tal derecho, y únicamente la permitía en algunos casos y á pocas personas como una excepción. En las provicias meridionales existían leyes aún mas severas que la prohibían.

Unificada la Italia al amparo de una monarquía democrática, se reconoció que toda limitación del derecho de emígrar hubiera sido una restricción de la libertad individual, y se permitió ampliamente el uso de ese derecho en cuanto no menoscabara el derecho público de la nación.

Entonces la emigración italiana tomó un vuelo extraordinario, dirigiéndose no solo al Rio de la Plata y á los Estados-Unidos, sinó á todos los puntos del globo.

Varias veces se ha llevado ante el parlamento italiano la cuestión de la emigración, y varias veces Lanza, Depretis, Crispi y otros ministros han intentado tomar medidas restrictivas, poner un dique á las grandes corrientes emigratorias; pero la experiencia no tardó en demostrar que tales medidas, sobre ser ineficaces, resultaban contraproducentes. Mucho se ha discutido

sobre si el estado debe tutelar á los ciudadanos que emigran y hasta que punto debe llegar esa tutela. Como es de suponer, ha prevalecido la idea de que el estado no puede abandonar á sí misma á la emigración, primero porque los emigrantes siguen siendo ciudadanos, aún despues de pasar las fronteras, luego porque en su mayor parte son gente inculta, que puede ser facilmente engañada, y por último porque se debe evitar que los ciudadanos sean inducidos á emigrar á regiones en donde podrían miserablemente perecer. Pero también ha prevalecido la idea de que se debe conceder libertad completa de emigrar á todos aquellos que no tengan obligaciones para con el estado. Se acabó por comprender que la emigración no puede perjudicar si no favorecer la prosperidad del país y que aumentará á medida que aumente la miseria.

Largos años ha necesitado la prensa italiana para penetrarse de las nuevas ideas que sobre emigración. venía proclamando la ciencia; por largos años ha aconsejado al gobierno medidas y leyes restrictivas y atacado rudamente á los atrevidos publicistas que pedían se dejase libre paso á la emigración, que era una necesidad, que era un bien para la patria.

Hoy la prensa italiana en vez de pedir que se impida la emigración, pide que se empleen todos los esfuerzos en dirigirla á los países que por clima, condiciones sociales, y prosperidad mejor respondan á la salud, á la edad, á las aptitudes individuales de los emigrantes. En vez de decir á los desheredados de la fortuna, á los que carecen de pan y trabajo que no emigren, les dice: vosotros que vais á las regiones del Plata, que hacéis el inmenso sacrificio de abandonar el pueblo, al cual tantos recuerdos cariñosos os ligan, de alejaros de esta patria tan bella, procurad á lo menos no olvidarla, procurad extender el

consumo de nuestros productos, haced esfuerzos para mantener con nosotros activas relaciones comerciales.

Y en vez de pedir á los productores y comerciantes que traten de crear un trabajo artificial, que siempre sería pasajero, para dar ocupación á los que no la tienen y detener á los que se van, les dice: recordaos que allende los mares hay 400,000 compatriotas, pueblos amigos, ricos y florecientes, que piensan en vosotros, que desean intimar con vosotros, que anhelan aumentar las relaciones y el tráfico: estudiad prácticamente las múltiples producciones del país que podrían obtener mayor aceptación en las repúblicas del Plata, haced algunos esfuerzos y sacrificios para extender su consumo en los mercados de aquellas repúblicas y no dudeis de los resultados.

Así la prensa italiana será en adelante un poderoso auxiliar de la emigración al Plata, si esta, como es de suponer, continúa hallando aquí las favorables condiciones que hoy encuentra, si los gobiernos siguen ayudándola y protejiéndola, si hay el buen tino de evitar toda cuestión que pueda justamente herir su susceptibilidad, si en fin, no se cometen torpezas, como la de pedir privilegios para la inmigración de otros países, só pretexto de que la italiana no sirve, ó es de clase inferior, ó viene ya en demasía para que se la procure atraer con nuevos alicientes.

Expongamos ahora brevemente algunas observaciones estadísticas deducidas de las cifras anualmente presentadas por la junta de estadística italiana.

Durante muchos años, desde 1860 hasta 1875 aproximadamente, el núcleo de la emigración italiana á la República Argentina lo formaban naturales de Liguria y de las provincias meridionales; pero desde hace unos dos lustros, sin dejar de predominar, ha disminuido la inmigración en el mediodía de Italia, á lo ménos respecto á la dirección primitiva y aumentado considerablemente en el norte de la península y muy especialmente en Lombardia

y Piamonte. No se ha perdido nada en el cambio: por carácter, actividad, robustez, resistencia á los trabajos, inteligencia, en una palabra por todas sus dotes morales y físicas, los campesinos de la Italia septentrional son superiores á los del mediodía.

Basta observar el estado de ambas regiones: la una, el vergel de Europa, en constante movimiento, admirando á propios y extraños por la variedad y abundancia de sus productos; la otra holgazaneando en su lecho perfumado, llena de tierras baldías, siempre reacia al trabajo, rindiendo apenas los productos que una exuberante naturaleza le regala casi expontáneamente.

Tomando en conjunto las cifras de varios años resulta que las regiones italianas que mayor contingente prestan á la inmigración de la República Argentina son las de Basilicata, Liguria, Calabria, Lombardía y Piamonte, y en cada una de ellas prestan mayor número las provincias de Nápoles, Génova, Cosenza, Milán y Turín. No es posible presentar términos medios aproximados respecto á edades y sexos; pero en la inmigración italiana el número de hombres siempre es á los ménos tres veces mayor al de las mujeres, pudiendo calcularse en un 10 por 100 el número de niños menores de 12 años. Entre los hombres predominan los adultos, y en muy pequeña proporción los viejos: la inmigración italiana se compone, pues, de individuos en el vigor de sus fuerzas y aptos para el trabajo.

En cuanto á profesiones predominan por gran mayoría los agricultores, y siendo así, es inútil decir que las poblaciones rurales ofrecen el mayor contingente, contribuyendo en muy escaso número las ciudades: siguen á los agricultores los artesanos y despues gentes de todos los oficios.

No concluiremos sin discurrir un momento sobre las probabilidades de que aumente ó disminuya en los años ve

nideros la inmigración italiana, punto importantisimo sobre el cual deben fijar su atención los estadistas argentinos para preparar los medios de atenuar los efectos y perjuicios que una importante disminución en la corriente inmigratoria acarrearía á los intereses de la república, y buscar los que sean mas propios á compensar esa disminución.

Los que juzgan con ánimo desapasionado y criterio imparcial reconocen que, apesar de todos sus apuros, Italia prospera; que sus progresos son grandes; que siguiendo por el camino emprendido está llamada á ser una de las primeras naciones del mundo. Y esto en pocos años; esto en poco mas de dos lustros de paz, de buena administración, de buen gobierno.

Sin embargo, ¿á que sé debe la siempre creciente emigración italiana? Ya hemos expuesto sus causas, y principal entre ellas el malestar de la clase agrícola. Además, el que un país tenga mas ó menos emigración no significa en absoluto que sus condiciones sean malas, ni es un signo de atraso ó retroceso; basta tener en cuenta que Inglaterra y Alemania son los países que mayor contingente le prestan, y que Rusia y Turquía son quizás, en Europa, los países que la proporcionan en menor número.

No por esto los gobiernos de Italia han dejado de preocuparse seriamente de la investigación de las causas que mayormente contribuían á determinar tan numerosa pérdida de brazos, y del estudio de los remedios mas adecuados á desarraigarlas ó disminuir sus efectos.

Hace mucho tiempo que el objetivo de esos gobiernos es el establecimiento de colonias para que sirvan de desahogo al exceso de población, al descontento y al espíritu de aventura, innato en los hombres, especialmente encarnado en los pueblos de raza latina, y peculiar siempre á los pueblos jóvenes y vigorosos; hace mucho tiempo que en los informes de comisiones especiales, en los dis-

cursos del parlamento, en la prensa, en los libros, en todas partes, se viene diciendo en Italia que mientras muchos emigran á lejanas regiones en busca de una mejorá problemática, las lagunas del agro romano siguen exhalando los miasmas de la muerte, y las campiñas de Puglia permanecen abandonadas, y algunas islas están despobladas á pesar de su fertilidad, y muchas minas de azufre y hierro no pueden explotarse por falta de brazos.

Por eso, con mejores deseos que firmes propósitos y medios adecuados, se ha tratado de recurrir á medidas protectoras que no han dado, ni prometeu dar los resultados que se esperaban.

En cambio el gobierno italiano ha entrado resueltamente en el terreno de las conquistas coloniales; en la costa del mar Rojo ha sembrado los gérmenes de varias colonias y adquirido considerables extensiones de terreno.

No debe, empero, temerse que de gran cosa aprovechen, si es que no resultan perjudiciales al erario italiano, esas pequeñas y semi-bárbaras poblaciones de la costa occidental de Atrica, rodeadas por tribus enemigas, y casi salvajes, sin táciles comunicaciones con los puntos del interior, espuestas á peligros y asechanzas, que sin embargo, no son tan invencibles, como las inclemencias de su clima tropical, cuyos rigores hacen casi imposible la aclimatación de los italianos en aquellas regiones. Pero no sucederá lo mismo con Trípoli.

Enclavada esta regencia en el centro del Africa mediterránea, próxima á poblaciones tan importantes como Túnez y Alejandría, y facilmente comunicable por la vía terrestre con el Egipto, muy próxima también á los puertos de la península italiana y sobre todo de la isla de Sicilia, ofrece ancho campo á la actividad de los hijos de la bella Ausonia y se presta á ser foco de una numerosa inmigración, y centro importantísimo de contratación y consumo de los productos italianos, con lo que recibirá igualmente

gran impulso el comercio de la península. Trípoli no ofrece obstáculos á la aclimatación de los italianos; lo prueba el buen número de los que ya se han establecido en Argelia y en Egipto. Y no sería imposible que Trípoli llegue á ser de Italia, en fecha no muy lejana; su ocupación la persiguen hace tiempo con una tenacidad admirable los estadistas italianos; y todos los aprestos bélicos, y todas las inteligencias, y todas las alianzas, y todas las demostraciones que se han hecho en otros puntos de Africa tienen un solo objetivo: la ocupación de Trípoli.

¿Puede deducirse de lo que antecede que la inmigración italiana al Plata está expuesta á disminuir en vez de aumentar dentro de algunos años? No seguramente; porque dados los elementos de atracción que desde la República Argentina obran sobre las masas italianas, no sucederá tal cosa siempre que en ella encuentren los inmigrantes mejores y mas favorables condiciones de existencia, porvenir y prosperidad que en otra parte. Medios sobrados se tienen para que así suceda; todo consiste en saber emplearlos con habilidad y acierto. En este caso no debe tenerse temor alguno: porque ni Inglaterra, ni Francia, ni España, á pesar de sus antiguas y numerosas colonias, han podido detener ó desviar las corrientes emigratorias que se dirijen á la América del Norte y del Sud.

Creemos por lo contrario que por poco que se haga y se trabaje la inmigración italiana puede aumentar considerablemente, haciendo que emprendan el camino del Plata muchos de los trabajadores del Norte de Italia que emigran cada año á Hungría, Austria, Inglaterra, España y á todo el Norte de Africa, desde Egipto á Marruecos. Su número sin contar los que marchan á los Estados Unidos y otras regiones del globo, asciende á mas de cien mil cada año.

III

PUEBLOS, CUALIDADES, RASGOS Y COSTUMBRES

No puede darse una idea exacta del carácter italiano, sino examinándolo en sus múltiples aspectos y dándose cuenta de las diferencias que se observan entre los habitantes de una y otra provincia, entre los del campo y los de la ciudad.

Miremos al mediodía. ¡Cuántos juicios y cuántas versiones contradictorias sobre el pueblo del antiguo reino de Nápoles! Mientras los unos no conciben á los napolitanos, griegos degenerados, sino como los antiguos tradicionales *lazzaroni* que ya no existen, y que vivían casi desnudos sobre la arena, al sol, sustentándose de la corta pesca y de la larga limosna, otros solo ven en ellos un pueblo bullicioso, vivísimo, de imaginación exuberante, de inclinaciones poéticas, pero activo, trabajador, amigo del movimiento. Ambas versiones son exageradas, pero tienen en el fondo mucho de verdadero. No diremos que sea cierta la observación de un escritor inglés, que culpa á la patata de haber disminuido la inteligencia de los pueblos meridionales, haciéndolos linfáticos; pero es indudable que la eterna primavera en aquellas regiones hermosísimas agota las fuerzas, y que hay en el napolitano cierta indiferencia y abandono, originados por una vida de contemplación estática y de reposo.

Por eso el hombre del mediodia se resiste ó se amolda con dificultad á las reformas radicales, á todo lo que exige cavilación, cálculo y reflexión.

Ello es que las provincias meridionales de Italia, sin exceptuar á la fértil Sicilia, el antiguo granero de Roma, son mas pobres, mas atrasadas que las del norte.

La estadística de los analfabetos arroja sobre elllas una mancha, que va gradualmente, aúnque con demasiada lentitud, borrándose; la agricultura se rige por sistemas rutinarios, y ni aún así se aprovechan todos los terrenos cultivables, que en grandes extensiones permanecen incultos.

De Amicis ha observado que Nápoles hace un consumo de libros muy inferior á Turín que no tiene la mitad del numero de sus habitantes.

Lo que puede afirmarse es que el pueblo del mediodía tiene una gran sobriedad, y no es dado de ninguna manera al vino, ni á los licores. Esto, en medio de sus grandes ventajas es, quizás, un defecto, porque las pocas necesidades hacen se considere suficiente lo que otros tendrían por despreciable, é impide se aguce el ingenio y se realicen esfuerzos y sacrificios para procurarse bienes mayores.

Unos pescados, un poco de fruta, tomates y pimientos crudos, pueden bastar para su alimento. Por eso vemos que en el Plata la mayor parte de los inmigrantes del medio día, con dedicarse á los oficios menos lucrosos, ahorran mas pronto que otros, por su económica vida, cantidades determinadas, que guardan como tesoros, mientras las consideran insignificantes y las desprecian sus compatriotas de la Italia del norte. Por lo demás, tienen percepción clara y cuando se han persuadido de la nobleza de una causa, la abrazan y la siguen con la exaltación propia de su temperamento, y con el fanatismo que

acompaña á las pasiones meridionales, encendidas por el calor intenso del clima.

La raza romana, á través de la degeneración ejercida por largos siglos de obediencia y despotismo, aún conserva en su fisonomía, rasgos de inteligencia y de fuerza, que revelan la indómita fiereza de los conquistadores del mundo. Diríase que se predisponen á exclamar nuevamente con el orgullo de los antiguos: *civis romanus sum.* Pero los romanos de nuestros tiempos, al revés de los antiguos, no emigran, no van á procurarse gloria y riquezas en lejanas tierras, quizás porque quieren antes de hacerlo, restablecer la fecundidad que tenían sus campos, cuando los cultivaba Cincinato, cuando eran un lugar de felicidad y de abundancia. Tampoco emigran, ó solo en escasísimo número, los toscanos, que conservan en las ciudades su temperamento artístico, su espíritu crítico y de buen gusto.

Alegres, finos, elegantes, en ellos la inteligencia prevalece sobre el carácter, la imaginación sobre la inteligencia, y habiendo conservado cierto epicurismo en las costumbres, gustan de hablar y divertirse, sin carecer por eso de buen sentido, de acomodarse con facilidad á las innovaciones, ni de penetrar en seguida lo que es mas conveniente y está mas en armonía con sus necesidades y las de los demás pueblos.

Los venecianos se parecen mucho á los florentinos, aunque quizás reunen al temperamento artístico, mayores aptitudes para el trabajo y para la industria. Pegados á su suelo como la raíz á la tierra, tampoco emigran en gran número, ó si emigran es á puntos cercanos para volver pronto, quizás decididos, como los romanos, á resarcirse, después de su unión á la gran patria italiana y á la sombra protectora de gobiernos liberales, del golpe, de la ruina que las fatalidades geográficas y las combinaciones históricas han ocasionado á su prosperidad y á su tráfico con las vías comerciales del nuevo mundo.

Y nada diremos, porque no es necesario, de la Lombardía, del Piamonte, de la Liguria: son las tres regiones que marchan á la cabeza del renacimiento italiano, y sus habitantes reunen á los rasgos característicos de la raza latina, las dotes peculiares á la raza sajona. Diríase que las guerras de la independencia italiana han infiltrado una nueva sangre en sus venas. No podrá afirmarse que los genoveses y los lombardos sean tan sobrios y económicos como los habitantes del mediodía; pero son mas emprendedores, mas industriosos y mas resistentes á las fatigas. Para dar una idea de la superioridad de estos tres pueblos podría citarse lo que, segun De Amicis, decían antes—ahora no tanto,—los piamonteses de los toscanos y napolitanos: «Sí, tienen ingenio, imaginación, hablan bien, entretienen; pero nosotros, en cambio, tenemos mas vigor de voluntad, mayor aptitud para los estudios científicos, mas instrucción popular... y luego... el caracter..... "

Las anteriores observaciones tienen especial aplicación á las capitales. Si fuéramos á examinar á los campesinos de las provincias, tendríamos mucho que objetar, y salvo en las tres últimas regiones citadas y alguna otra, los hallaríamos en un estado deplorable de abyección y de miseria, aúnque con cualidades que permiten distinguir cuan fácil sería su incorporación y asimilación al conjunto, cualidades que producirán sus beneficios á medida que la instrucción, hoy atrasada todavía, vaya desarrollándose en la población campestre.

Esas diferencias de caracter, esa variedad de aptitudes, esa diversidad de costumbres, han de crear obstáculos, se ha dicho por muchos años, á la unidad italiana.

«La unidad de este país,—escribió Taine en 1864,—es contraria á la naturaleza; por su geografía, sus razas, su pasado, Italia está dividida en tres partes, y todo lo más puede formar una federación.»

Hubo un tiempo, en efecto, que reinaban profundos

antagonismos entre unas y otras provincias, entre el norte y el mediodía; pero nadie osará decir que á ellos se hayan mezclado sentimientos separatistas. Esos antagonismos no han pasado del límite á que llegaban los opuestos intereses de cada región, antagonismos que se observan en muchísima mayor escala entre Inglaterra é Irlanda, entre Cataluña y Castilla, entre las provincias alemanas, entre las de Austria y Hungría, entre el norte y el mediodia de Francia y de los Estados Unidos.

Un hecho hay que demuestra la facilidad cón que los italianos se asimilan todas las innovaciones y todas la reformas. A raiz de la independencia cada provincia puede decirse que tenía sus monedas, cada ciudad sus medidas; sin embargo la aplicación del sistema métrico, que no ha podido todavía aclimatarse en otros países, á pesar de repetidos ensayos y de medidas de rigor, no ofreció en Italia dificultad alguna.

En conjunto, el pueblo de la Italia moderna piensa y trabaja; es resuelto, de buen sentido, de tendencias progresivas, valeroso, merecedor de sus grandes destinos, teniendo un alto sentimiento de su dignidad, que le permite medir sus fuerzas y apreciar el papel que le está asignado en el concierto de los pueblos; solo le falta corregirse de sus fáciles entusiasmos, de cierta ligereza que le hace cambiar frecuentemente de conducta, según convenga á sus intereses, desconociendo por completo los antecedentes de los hechos, en que tal vez ha tomado parte principal y activa. Bien es cierto que esta ductilidad resulta ser una ventaja, porque significa adaptación á las circunstancias, y cambio completo de conducta cuando estas lo exigen, sin preocuparse de nada mas.

Recuérdese el entusiasmo con que fueron despedidas en toda Italia las primeras tropas que partieron para Massaua; la prensa elogiaba la decisión del gobierno, y por todas partes se oian aplausos y alabanzas que en el exte-

rior se creyeron excesivas é inoportunas. Bastaron pocos meses, sin embargo, para que se efectuara un cambio de opinión completo, y las alabanzas se trocaran en críticas, y los aplausos en silbidos.

Los profetas, como Taine, se habrán persuadido que sobre el caracter, sobre las costumbres, sobre las cualidades que distinguen á los varios pueblos italianos, hay un sentimiento que los une con entusiasmo, que los exalta con delirio, que los hace apretarse en un solo haz para rechazar las amenazas, devolver los insultos, tener un solo pensamiento cuando se trata de la reivindicación del suelo italiano que los extrangeros aún sujetan: ese sentimiento es el del patriotismo.

Fáltale solo á Italia recibir su bautismo de sangre en los campos de batalla, ya que para la Europa continental, este, y no los adelantos científicos, literarios, industriales, agrícolas, no la prosperidad del comercio y del país, parece ser indicio de supremacia y fortaleza; si el día de la prueba, que llegará pronto ó tarde, sale airosa, Italia va á tener mas influencia en la civilización universal.

IV

VARIEDADES SOBRE EL MISMO TEMA (*)

Ya ha transcurrido un cuarto de siglo, la vida de una entera generación, desde que los italianos empezaron á venir en considerable número á tomar parte en la obra de adelanto y progreso de la República Argentina, á fecundar con su trabajo los campos, á fomentar con su ingeniosidad las industrias. Desde 1860 ha ido aumentando gradualmente el contingente de brazos que anualmente llegan, aumento que no ha sufrido mas que interrupciones momentáneas, determinadas por las crísis de la República, por las situaciones anómalas y por eso también momentáneas, que el país ha atravesado.

Hablando con imparcialidad de la regeneración económica argentina, de sus grandes progresos, sería una ingra-

(*) Si bien se espongan en este artículo, bajo diferente forma, ideas y argumentos ya tratados en el anterior, y en el primero de esta serie, creemos oportuno darle cabida aquí, porque en el se refutan algunas opiniones que en aquellos no pudieron refutarse, y, porque, además, habiéndose escrito mucho después de los primeros y con miras diferentes prueba la firmeza de las ideas del autor y su empeño constante en difundirlas, para evitar los perjuicios y calmar las irritaciones que suelen traer los cargos injustos ó las opiniones que se inspiran en temores infundados ó en una susceptibilidad exagerada.

titud y una injusticia desconocer la parte importante que en ellos corresponde á los italianos; y hablando de la inmigración italiana, de las funciones que en la vitalidad de la República desempeña el elemento italiano, sería también injusto negarles el cariño y la benevolencia á que se han hecho acreedores por su laboriosidad, por su respeto á las leyes, por su entusiasmo y apoyo moral en pró de las buenas causas, por su conciliadora tendencia en zanjar amistosamente todas las cuestiones surgidas, por su fácil adaptación á todo género de trabajos, y por su incorporación en fin, á la vida y á los organismos del país.

Precisamente por extraña combinación de sucesos, el incremento de la inmigración italiana al Plata, coincidió con la epopeya de la unidad del reino de Italia, y con la era de progreso y de adelanto iniciada en la República con la presidencia del general Mitre.

En Italia se ha discutido mucho, se han escrito muchas obras, se han hecho averiguaciones para inquirir las causas del desarrollo y crecimiento incesante de la emigración; no nos compete, ni es aquí el lugar de estudiarlas; pero sí nos admiraremos de que se haya extrañado esa emigración, cuando es antiquísima, y está, por decirlo así, encarnada en la vida, en el modo de ser de los italianos. La miseria, el exceso de población, la facilidad de las comunicaciones, el servicio militar, las crísis agrícolas y comerciales, no han hecho sinó favorecer la tendencia que han tenido siempre los italianos á buscar en casa agena los remedios mas adecuados á la curación de los propios males, no han hecho sinó aumentar el número de los que hasta entonces habían emigrado á los varios países de Europa.

Ya en la edad media, los literatos, los mercaderes, los pintores, los músicos, los banqueros salían de Italia, y eran recibidos en las cortes extranjeras, en las comunida-

des germánicas, en los conventos, entre la gente de armas, como campeones de doctrina y de cortesía.

No emigraban solo por huir de la miseria, de las discordias y de la indiferencia de los ciudadanos, sinó por un deseo innato, intuitivo de no esperar la fortuna, de ir á buscarla. La historia bien atestiguada que la encontraban con frecuencia.

Colón halló un nuevo mundo, Cellini gozó de la liberalidad de Francisco I, David Rizzio, recibió los besos de una reina, Trivulzio el grado de general, Mazzarino la investidura de primer ministro. Como estos, otros muchos. Así, los italianos, nuevos griegos, conquistaban á sus conquistadores. Todas las naciones del viejo mundo le deben algo á la nacion italiana; Francia la enseñanza de Santo Tomás para sus filósofos y de Cellini para sus artistas; Alemania el pensamiento de Giordano Bruno, anticipación del genio germánico; España el descubrimiento de nuevos mundos; y todas el númen divino de sus artes, la enseñanza de su literatura. Si se estudiara la influencia general de la emigración italiana en la lengua, en las costumbres, en las modas, en el teatro, en la literatura, de algunos países europeos, y sobre todo de Francia, tal vez ocupara su nombre mejor lugar en la historia de la civilización de los pueblos. Pero ha sucedido siempre, como sucede todavia, que la emigración de la plebe, de la población de los campos, cuyo nivel, sobre todo en las provincias meridionales, es quizás inferior al de otros países de Europa, ha destruido el buen efecto, el buen nombre adquirido por la población de las ciudades, de la clase media, y esto ha sido causa de que hasta no hace muchos años no se tuviera en parte alguna de los italianos un favorable y equitativo concepto.

El gobierno italiano ha sido hostil durante muchos años á la emigración y ha intentado combatirla con medidas restrictivas, con trabas de todo género.

Los hechos se han encargado de demostrar el error en que incurría.

Se ha acabado por comprender que las clases ignorantes, cambiando de cielo, adquieren impulsos capaces de transformar su vida moral. La vista desnuda de nuevos países ensancha la mente de los hombres, la puebla de nuevas ideas, aumenta la audacia y la constancia de los propósitos. Los mismos obtáculos que hay que vencer en lejanos paises para llegar á la meta que se persigue, obligan á desarrollar las propias energias y crean en el hombre los hábitos del trabajo y de la moral.

Además las grandes agrupaciones de ciudadanos residentes en lejanas regiones establecen corrientes de simpatía y multiplicidad de relaciones entre pueblo y pueblo.

Las riquezas que en brazos, en fuerza muscular se llevan de una parte los que emigran, la devuelven en metálico, en aumento de tráfico, en soberbios palacios, como los que embellecen las costas italianas del Adriático y del Mediterráneo.



A propósito de la emigración italiana, se han manifestado pueriles temores sobre soñadas complicaciones que su contínuo incremento pudiera traer en lo futuro, insinuando algunos la idea de preferirla por la sajona. Mas imponente y homogénea ha sido la emigración europea á los Estados Unidos, y ni se han abrigado tales temores, ni se han producido tales complicaciones.—Por lo demás fuera un error grandísimo y una injusticia flagrante hacer esfuerzos para atraer otra clase de inmigración. Error, porque la latina es mas facilmente asimilable á la vitalidad

del país por las afinidades de raza, de lengua y de sangre que ofrece con el pueblo argentino; é injusticia porque se postergaría después que tanto ha contribuido á la roturación de los campos, al desarrollo de las industrias, á todos los progresos del país.

Considerada en conjunto, la inmigración italiana es buena, porque el italiano en general es paciente, resignado, sóbrio, económico, ya haya crecido entre los hielos de los Alpes, ya haya nacido al pié de los volcanes.

Es robusto y con su facil ingenio sabe doblegarse á todas las necesidades, prestarse á los oficios mas variados. Pruébalo el hecho indiscutible de encontrárselo en todas partes, aquí y en otros países. Se le ve en los campos, en las ciudades, en las fábricas y en las tiendas, en el taller y en el despacho, manejando el harado y vendiendo los frutos, dedicado á las ocupaciones mas rastreras y desempeñando hábilmente los trabajos más difíciles. Garibaldi haciendo velas es el prototipo del emigrante italiano, que no desmaya en ninguna parte y no descuida las ocasiones de coger á la fortuna por los cabellos.

Lo que hay verdaderamente en esto, es que no todas las numerosas provincias de Italia envían emigrantes igualmente buenos é igualmente aptos desde el punto de vista de las necesidades del suelo y de las conveniencias nacionales. Mas adelante expresaremos las reflexiones que nos sugiere la observación y el exámen de lo que ha hecho, y de como vive la colectividad italiana de la República; por ahora limitámonos á consignar que la inmigración de la Italia meridional, sin dejar de tener dotes especiales que la recomiendan, no es igualmente apta para las exigencias agrícolas como la de la Italia del norte. Y como la primera es la que sigue prestando mayor contingente, de aquí que hayan nacido las divergencias que hemos apuntado.

La República no necesita solamente población: necesita que la mayor cantidad posible de esa poblacion se

dedique á la agricultura y vaya desenterrando los incalculables tesoros escondidos en las entrañas de la tierra argentina.

Bien sabido es que los napolitanos, los abruceses, los calabreses, no quieren dedicarse, aun siendo agricultores, á las faenas del campo; se hacen vendedores ambulantes, limpiabotas, jornaleros, albañiles, trabajadores en las lineas férreas, peones, sirvientes, desempeñan cualquier oficio ú ocupación mas baja, (menoscabando no poco el buen nombre de sus compatriotas), pero no quieren ligarse, quieren quedar en situación de volver libremente á su tierra, una vez en posesión de una determinada suma

Y así con ellos y con el considerable número de los desocupados ó desesperados que de varios paises emprenden el camino del Océano, como única vía de salvación y único remedio á sus desgracias, resulta que la mayor parte de la inmígración no sale de los grandes Centros, yendo solo un reducido número á dedicarse á la agricultura, que la reclama toda para sí sola, y á mucha más que hubiera. En las colonias y en las provincias solo se encuentra un reducidísimo número de italianos del sud, mientras se encuentran en todas partes, explotando empresas y cultivando tierras, á los italianos del norte, que por su resistencia, por sus hábitos, por su carácter, por su inteligencia, por su nivel moral más elevado y también por sus aptitudes industriales, constituyen para la República una inmigración muchísimo mejor. Cabe tener en cuenta, sin embargo, que no es culpa de la inmigración misma el que no se extienda mas por los campos como fuera de desear; es que hasta ahora ha encontrado en las ciudades, ó en las grandes obras contruidas, más fácil y lucrosa aplicación. Cuando esto no suceda, ó su excesivo número supere las necesidades, es indudable que se dedi-

carán á la agricultura los brazos, que no puedan ocuparse en otros trabajos.

En la explotación de pequeñas industrias quizás no tiene rival el itaiiano; pero muéstrase en exceso receloso é indolente para las empresas colosales y para la industria en grande escala. Esta observación se deduce, como veremos, del exámen de la vida italiana en el Rio de la Plata; lo cual no obsta paıa que podamos concluir diciendo que la emigración italiana es en conjunto excelente, y para la República Argentina la mejor, puesto que viene sin necesidad de estímulo, en mérito de los vastos intereses que la vinculan á la vida económica y á la civilización del país. Demostradas ya las ventajas de la inmigración espontánea, no hay para qué preferirla ni postergarla: cuantos vienen á prestar en la obra de regeneración y progreso en que la nación está empeñada, el concurso de su inteligencia, la fuerza de su brazo, ó la feliz combinación de especiales aptitudes para la industria, el comercio y la agricultura, deben ser los bienvenidos.

V

ANTAGONISMOS

El afán de las riquezas, la necesidad de las mejoras, el deseo de las innovaciones, la tendencia, la inclinación á trabajar, inquirir, transformar, agitarse continuamente para igualar y sobrepujar los productos de otros pueblos y competir con ellós en todos los mercados, no constituyen todavía para lós italianos aquel febril movimiento y aquella imprescindible actividad que llevaba las naves venecianas cargadas de valiosos productos á las costas de Oriente, que lleva á las naves y á los capitales ingleses á todos los puertos y regiones del mundo, que levanta á envidiable altura á la industria alemana, que exige desesperados esfuerzos á la industria francesa, que induce á los fabricantes norteamericanos á competir con los del viejo mundo: no, su iniciativa, su capacidad industrial, su espíritu emprendedor solo se desenvuelve en determinados límites, no va mas allá de la tendencia tranquila del hombre que trabaja por deber y por necesidad, que sabe poder ir mucho más lejos, pero que quiere ir por sus pasos contados, con previsión y prudencia, como si temiera comprometer su porvenír y sus progresos, desdicha inmensa para quién ama á su tierra como el italiano, para el que desea encontrar al fin de la jornada una vida cómoda, sosegada, poética

como los paísages de sus costas, de sus lagos y de sus montañas. Este recelo del porvenir hace á los italianos tardíos en facilitar sus capitales para las empresas arriesgadas; y si á esto se agrega que esos capitales tienen de sobra que hacer dentro del país para aventurarse á empresas lejanas, menos seguras, y sin duda alguna menos patrióticas que las que puedan contribuir á la mejora de la industria nacional no extrañará nadie que la actividad italiana no haya dispersado todavía por el mundo sus elementos, como lo han hecho los ingleses, los alemanes y los franceses.

Esto justifica en parte, pero no del todo, el hecho de que, constituyendo los italianos en la República Argentina el elemento extranjero mas numeroso y mas poderoso no tengan mejor representación en las esferas mas elevadas del comercio y de la industria. No justifica, por ejemplo, que no se haya hecho con capitales italianos una sola de las grandes obras de la República, que el número de los grandes establecimientos fabriles y de los agrícolas especialmente dedicados á la industria ganadera, sea proporcionalmente inferior al de los ingleses, alemanes, y franceses; no se esplica el que, pudiendo obtener con facilidad los brazos, elemento principalisimo para la prosperidad de las colonias, no hayan fundado ninguna grande empresa de colonización; que en fin, no sostengan con la madre patria el movimiento comercial que sería de presumir. Para todo esto no era necesario, aunque hubiera sido conveniente, que viniesen capitales de Italia; ya reune para ello sobrados medios el elemento italiano del Rio de la Plata.

Y no lo justifica, repetimos, porque si bien se ha dicho que en materia industrial los italianos solo tienen el espíritu de lo pequeño, del menudeo, lo cual en parte no puede negarse, se ha visto en pocos años tomar también gran vuelo en Italia á la grande industria.

Nosotros por otra parte, ya hemos demostrado cuan múltiples son sus aptitudes.

Cierto que se nos citarán grandes establecimientos industriales, importantes fábricas, casas al por mayor pertenecientes á italianos; pero si tomásemos por base el número de la población italiana, superior á la de todas las demás agrupaciones extrangeras reunidas, y comparásemos esas casas, esas fábricas, esos establecimientos, con los que reunen los ingleses, los alemanes, los franceses, no ocuparían los italianos el lugar mas distinguído, y en conjunto, sin base alguna de comparación, habrían de cederles seguramente el lugar.

Pues bien, á nuestro juicio, además de las causas ya manifestadas, que explican el hecho hasta cierto punto, hay otra importante, evidente, innegable, la única que nos ha inducido á tocar este punto: es ella la desunión, la discordia, que ha debilitado y perjudicado siempre al elemento italiano del Río de la Plata. Cuando los capitales son insuficientes para emprender una obra, se buscan, se asocian, se auxilian mutuamente; pero ese apoyo mutuo es imposible, cuando las rivalidades, las ambiciones, las preocupaciones, las rencillas personales vienen á estorbar la realización de las buenas ideas, á interponer y mezclarse cada vez que hace mas falta la concordia para adoptar grandes resoluciones.

Citemos hechos.

***

No se necesitan esfuerzos de imaginación para demostrar la división á que hemos anteriormente aludido; está á la vista, se palpa diariamente, han podido observarla cuantos siguen de cerca nuestro movimiento social, puede comprobarla cualquiera que tenga ocasión de hablar

intimamente unas cuantas veces con varios de los italianos más ó ménos caracterizados de aquí.

Como sucede en Italia, solo las cuestiones patrióticas los unen, solo en el modo de apreciar las cosas de allende los mares concuerdan, solo en las circunstancias en que queda herido su amor propio y sus sentimientos de nacionalidad se entienden: fnera de esto, se dividen y subdividen en grupos que opinan y piensan generalmente según piensan y opinan los que componen la comisión directiva de esta ó la otra sociedad. Y si á este fraccionamiento del conjunto de la masa, digámoslo asi, se agrega la indiferencia ó el aislamiento en que se mantiene la parte mas culta, la que representa el saber y los capitales, indiferencia y aislamiento manifestados bien claramente cuando se trató del hospital italiano y de la cámara de comercio italiana, se comprenderá facilmente la dificultad da arribar á resoluciones que tiendan á evidenciar y poner en juego los poderosos elementos, las envidiables facultades que reune, según hemos visto, la colectividad italiana.

Son numerosas las sociedades italianas de la capital de la República; algunas prestan importantes servicios á la causa de la educación, otras practican con laudable esfuerzo fines benéficos; pero por halagador que esto sea, por mucho que hable en favor del espíritu de asociación, no es menos cierto que el número perjudica á su importancia, la cantidad á la calidad. El mismo espíritu se manifestara y en forma más imponente, si en vez de tantas sociedades solo hubiese unas cuantas que reuniesen el mismo ó mayor número de socios que aquellas reunen, y entonces, en vez de las obras, de las empresas que aisladamente emprende cada una, pudieran realizar otras que admirasen verdaderamente por su grandiosidad y esplendor.

Pero prescindiendo de esto ¿no se ha manifestado cien veces claramente la desunión en la prensa italiana? Fuera

de las cuestiones patrióticas ¿han estado alguna vez de acuerdo sobre un punto cualquiera de la vida italiana en este país los tres diarios italianos mas antignos?

Siempre ha habido alguno en discordia, y casos se han dado de atacarse é increparse mutuamente.

***

Antagonismos mal fundados, la eterna oposición de la clase obrera á la clase acomodada, del trabajador al patrón, impide la unión, dicen unos; la enfatuación de ignorantes enriquecidos, insufribles para los que, aún no teniendo riquezas, han recibido otra educación, imposibilita la cohesión y la concordia, dicen otros; una ambición desmesurada, un afán inconcebible é injustificable para desempeñar cargos, para figurar, distinguirse, sobresalir entre los demás, estorba, dicen muchos, la buena armonía, es una rémora para toda grande empresa que se intente. Gente que no sabe escribir con ortografía, que en otros tiempos se moría de hambre, que tiene tanta sobra de atrevimiento como falta de ilustración, quiere mandar, imponerse, influir, dirigir á los demás. La cuestión para muchos, dicen por fin otros, es ser presidentes, ó siquiera vocales, miembros en una palabra, de una comisión directiva, tengan ó no para ello títulos y capacidad suficientes; de aquí el número cada día creciente de las sociedades italianas.

Será efectivamente una de estas causas, ó todas ellas combinadas, lo que produce el hecho que señalamos: no podemos ni tenemos derecho á inmiscuirnos en asuntos de familia; pero, si podemos indicar como lo hemos hecho porque está á la vista, la resultante de esas disenciones que á nadie perjudican tanto como á los mismos que, teniendo interés en evitarlas, las fomentan y las promueven.

VI

LAS MUJERES

¿A quién no habrán llamado alguna vez la atención esas mujeres tostadas por el sol que atraviesan las calles de Buenos Aires con enormes fardos de ropa? ¿Quién no habrá tropezado en alguna parte con una mujer que parece una arpía, cuya presencia casi asusta, con su pelo desarreglado, sus forzudos brazos desnudos, su traje sencillísimo y poco esmerado, acompañada á veces de alguna niña simpática y bella, que será sin duda hija suya?

Pues esas mujeres fuertes, temibles, que trabajan sin cesar de la mañana á la noche, que viven miserablemente, que resisten el frío y el calor, el sol y la lluvia, esas mujeres son italianas. No darán idea alguna de belleza, porque han perdido, entre los trabajos y las privaciones, su fisonomía primitiva; pero permitirán preguntar si puede ser degenerada una raza que tiene tales mujeres, y formar juicio de lo que serán los hijos de tales madres.

Lu mujer italiana reune á la hermosura la fortaleza. Aquí en América no es posible formarse, respecto de las mujeres, una idea clara, precisa, de los verdaderos tipos italianos, porque suele venir, — y esto no lo decimos

nosotros sino dos escritores italianos, Mantegazza y Lorenzano,—lo peor, ó cuando ménos, el exceso de la población del campo, y en escaso número de las ciudades, por lo que concierne á la masa de la inmigración propiamente dicha, porque en cuanto á la mas culta se confunde fácilmente con la población argentina. Pero si se quiere juzgar por la muestra, no puede dudarse de su laboriosídad, de su sobriedad, de su energía, de su robustez, de su naturaleza privilegiada, cuyos rasgos de viveza é inteligencia puede un observador sorprenderlos hasta en las mujeres mas humildes, en esas que hablan una jerga indefinible, y que á no ser el traje se tomaran por hombres.

A mujeres de este temple dadles una educación mas esmerada, una ilustración condigna á su sexo, una figura ménos estropeada por el sol y las fatigas; y entónces en su regular estatura, en su aspecto magestuoso, en sus anchos hombros, en sus torneados brazos, en el color moreno-mate de su cútis, en sus lábios mas bién gruesos, en su naríz aguileña, en sus negros y brillantes ojos, bordados por largas pestañas y espesísimas cejas; en su frente ancha, en su cabello oscuro, en sus esculturales contornos, tendréis el tipo mas común de la mujer italiana, capaz ciertamente de enviar aún, como las antiguas matronas romanas, á sus hermanos y á sus hijos á morir por la patria.

Preciso es que sea grande el influjo de la mujer sobre la educación y los sentimientos de los hombres en Italia cuando á pesar de la miseria y de la población excesiva en algunas provincias, las sectas avanzadas no han podido hacer hasta ahora, no obstante las favorables circunstancias que á ello se han prestado, numerosos prosélitos.

Los lazos familiares no están, efectivamente, en Italia tan relajados como en Francia, diga lo que quiera el

general Trochu; y esto ès tanto mas de admirar, cuanto que los sentimientos religiosos han perdido allí mucho terreno hasta en la muger, que se ha dejado arrastrar por la corriente y que dominada también por la pasión de un patriotismo exaltado, no cree debe tener muchos tratos con los que empiezan por tachar de usurpación y latrocinio lo que más quiere y la enorgullece, su Italia libre y su capitalidad en Roma.

Y no hay exageración en esto; basta para persuadirse de ello consultar la historia de las jornadas de Milán en 1848, de la sublevación de Venecia, y recordar el entusiasmo con que se acogieron las tropas italianas por doquier se presentaban en 1860. Claro está que nos referimos á las mujeres de la clase media y de la clase alta; las del pueblo bajo y las del campo se encuentran en un estado lamentable de abyección é ignorancia; pero, según hemos visto, revelan dotes que aún las hacen superiores á las mujercs de la clase inferior de otros pueblos, haciendo concebir alhagüeñas esperanzas sobre la virilidad y la energia de las generaciones italianas que han de suceder á las actuales.



ARTES Y LETRAS ITALIANAS

EN LAS REPÚBLICAS DEL PLATA

La América no desmiente su orígen, ni las leyes de la naturaleza: hija legítima de la Europa, se nutre de ella, como el niño de la madre. A medida que avance en edad y se desarrollen sus fuerzas producirá por sí misma todos los elementos indispensables á la vida en todas las manifestaciones; mientras tanto, como el joven que no ha alcanzado la plenitud de sus facultades, pide á la familia de la cual ha nacido lo que le falta, lo que todavía no puede producir.

La vida de un pueblo, como la vida de un hombre, tiene sus períodos de aprendizaje y preparacíón, de trabajo y concentracíón, de madurez y originalidad.

En las artes y en las letras, en las ciencias y en la política, en todas las cosas grandes, duraderas, fecundas, no se vencen dificultades sin esfuerzos y sin fatigas, no se triunfa sin lucha, no se alcanza la meta sín derribar los obstáculos que obstruyen el camino. Y en las competencias y rivalidades eternas y crecientes de los pueblos y de las razas, no es posible trabajar útilmente ni luchar con éxito, ni triunfar ó alcanzar la meta, sinó á condición de aprovechar los materiales, los instrumentos, la obra de todas las edades y de todos los pueblos, combinando los elementos propios, con los ejemplos y las enseñanzas agenas.

Es la vicisitud eterna é inevitable que encadena las civilizaciones, los progresos, las culturas, como encadena los individuos, las familias, las sociedades, las naciones. Es ese encadenamiento que hace indagar cuanto aprovechó la Grecia de la civilización oriental, y Roma de la cultura gríega, y las artes y las letras italianas de la edad media y del renacimiento de la civilización antigua, y la cultura y los progresos modernos de las enseñanzas de todas las edades y de todos los pueblos.

Las mismas ciencias exactas que caracterizan nuestro siglo por sus infinitas aplicaciones, no harán ostentación de sus inventos maravillosos sin reconocer la ayuda y rendir justo homenaje á los inventos y á los esfuerzos de los hombres de ciencia de otras edades, desde Euclides á Galileo, desde Arquímedes á Flavio Gioia.

La civilización es naturalmente expansiva, se nutre de relación y comunicación. Aislad á un ser humano desde su nacimiento, y haréis de él un salvage: aislad un progreso, y destruiréis ó amenguaréis el estímulo, la emulación los beneficios que pueden traer un progreso mas grande. He ahí porque los pueblos de Asia y de Africa que no estuvieron en contacto con la Grecia, ni con Roma, ni con las repúblicas ítalianas de la edad-media, ni con ninguna de las naciones europeas modernas no progresaron, quedaron en un estado salvaje ó semi-bárbaro, aún los situados en la zona templada; he ahí porque, entre los pueblos de América, mas progresaron aquellos que mayores relaciones sostuvieron con los pueblos mas cultos de Europa.

Ya los Estados Unidos, después de un siglo de trabajo material, se aproximan cada día mas por medio de las ciencias, de la historia, de la poesía y de la novela á la edad de la reflexión y del trabajo intelectual. Los nombres de sus estadistas, de sus oradores, de sus hombres de ciencia, de sus escritores atraviesan ya el Atlántico y advierten á la vieja Europa que, concluido el periodo de acción,

empezará en el Nuevo Mundo un periodo de ideas. ¿Y quién puede adivinar ó calcular la altura á que llegarán aquellos pueblos si su mente se desarrolla en armonía con la fertilidad del suelo, la extensión desmesurada de los ríos, la elevación colosal de las montañas, la inmensidad de los horizontes, el imponente silencio de las soledades?

Por eso no puede dudarse de que algunos pueblos de Sud-América y especialmente la República Argentina, estén llamados á grandes destinos, porque no solo buscan y atraen desde Europa las masas de los trabajadores, que transforman el suelo, utilizan materias que permanecerían inertes, y cambian poco á poco, mezclándose, el caracter de los pueblos mismos, sinó que buscan, encomian y reconocen todo lo que varios de los distintos países de Europa, ya en un sentido, ya en otro, aún pueden alegar de superioridad sobre la América, y se sirven de ello sin escrúpulos, ni celos, ni vanas reticencias.

Se podrá decir que no hay un arte en América, pero será preciso decir que los negociantes en cosas artísticas, que los empresarios teatrales se enriquecen en las ciudades americanas; se podrá decir que no hay un arte, pero será preciso decir que los buenos cuadros obtienen en Nueva York precios jamás pagados en Europa por las grandes obras de los maestros mas célebres, y que los grandes artistas dramáticos y líricos reciben en Buenos Aires, en Río de Janeiro, en Washingtón, en Filadelfia, remuneraciones mas elevadas que en ninguna capital europea.

No hay un arte en América, porque los pueblos jóvenes deben atender á su desarrollo material, hacen demasiado trabajo mecánico para que les queden humor y tiempo que emplear en serios trabajos intelectuales.

Las artes, y generalmente también las letras, parecen exigir, para prosperar, períodos de reposo, no medran en

medio de los pueblos que tienen grandes preocupaciones internas ó externas.

Además el pasado de los americanos es triste, su historia nacional es de ayer, sus empresas no han adquirido todavía á través de los siglos aquella poesía, aquella aureola que tanto favorece las creaciones literarias y artísticas. En su juventud, los pueblos, como los hombres, tienen la impaciencia del porvenir, que les sonríe lleno de esperanzas y de promesas, estudian y trabajan, luchan y se robustecen hasta adquirir en los padecimientos, en las contrariedades, en los desengaños, el aplomo, la esperiencia, el saber, la firmeza que les permitirá en la edad viril producir las obras maestras, si han acumulado los medios indispensables y no les falta el ingenio, que es el alma de las creaciones intelectuales.

Pero si los americanos atienden ante todo á su consolidación, si se afanan por tener riquezas, como los jóvenes se afanan para prepararse una posición que les permita mas tarde secundar sus inclinaciones, seguir los impulsos del corazón y de la mente, tienen, sin embargo, muy despierto, muy vivo el sentimiento artístico.

Y eso naturalmente se explica. Tal vez en la vida humana ¿no es la juventud la época de los sueños, de los entusiasmos, de la poesía, del amor, la época en que, sin la amargura de los desengaños, sin las pasiones fomentadas mas tarde por las rivalidades, por las envidias, por las desgracias y por la competencia, se admira con sinceridad todo lo que de mas grande, bello, atrayente sublime existe en la naturaleza, en las artes, en las letras y en las ciencias? ¿Quién ama y aplaude con mas delirio que los jóvenes á los hombres dignos de admiración y de afecto por sus talentos y por sus obras?

Estos pueblos, jóvenes también, no están exentos de las virtudes y de los defectos que suelen acompañar la edad juvenil. Tal vez en algunos de ellos el clima,

el aislamiento y otras causas serán ménos favorables al desarrollo material é intelectual; pero en el Uruguay y en la República Argentina, donde las llanuras uniformes, silenciosas, monótonas, desiertas, se van lentamente transformando, como en los Estados Unidos, en otras tantas llanuras lombardas; donde no faltan las regiones irregulares y montañosas, que puedan inspirar á los artistas; donde se respiran las mismas brisas perfumadas que hacen de la Andalucía la región más poética de España y de las provincias de Nápoles la región mas pintoresca de Italia; donde el sentímiento de lo grande y de lo bello, característico en los habitantes, encuentra fáciles medios de expansión y satisfacción en las riquezas naturales, y donde aquel sentimiento crece y se perfecciona con el contacto de la población europea que se busca y se atrae, en estos países, decimos, el arte encuentra, como en Europa, admiradores fervorosos y sinceros, como tal vez encontrará mas tarde dignos y aplaudidos cultores.

***

Seguramente no todas las mas populosas y mas importantes ciudades europeas pueden enorgullecerse, como Buenos Aires, de haber visto desfilar en un período relativamente breve los mas grandes artistas dramáticos y líricos que desde hace años recorren el mundo cosechando oro, aplausos y simpatías.

Por aquí han pasado Salvini, Rossi, Calvo, Valero, Emanuel, esos artistas dramáticos que casi por manera sobrenatural se transfiguran en sus personificaciones varias, como si disfrutasen del poder que los antiguos atribuían á los dioses mitológicos, y representan á su beneplácito los caractéres mas opuestos, las pasiones mas encontradas, los sentimientos mas diversos, conmo-

viéndonos ó entusiasmándonos, haciéndonos reir ó llorar; aquí hemos visto á la Ristori, la Duse, la Sarah Bernhardt, esas mujeres nerviosas cuya vida es una agitación varia é inconstante, pero perpétua y que habiendo sorprendido el secreto de mover todos los afectos del alma y representar todos los matices del sentimiento, con la voz, con las miradas, con el gesto y con las actitudes, ora se nos aparecen iracundas y enfurecidas como las olas de un mar borrascoso, ora plácidas, tranquilas, amorosas, sentimentales, como las mañanas de primavera: aquí hemos oido á Gayarre, Tamagno, Stagno, Masini, Battistini, Kaschmann, Tamburlini, esos cantantes que tienen el corazón en la garganta y que, verdaderos fotófonos humanos, parecen haber logrado detener y apoderarse en el espacio de los ecos y sonidos mas simpáticos para luego repetirlos y distribuirlos, no muy generosamente por cierto, adonde les pluguiera; aquí, por fin, han cantado las sopranos Patti, Mariani, Durand, Borghi-Mamo, Theodorini, Pantaleoni y las contraltos Scalchi Lolli, Stahl, Biancolini, esas mujeres privilegiadas que parecen haber templado su voz en bosques poblados por mirlos y ruiseñores gigantescos, como Demóstenes templó la suya á orillas del mar, entre el ruido de las olas que se estrellaban contra los escollos de la playa.

Esto por no hablar mas que de algunos de los principales artistas, cuyos nombres acuden en este momento á nuestra memoria. Y ya no diremos nada de Sarasate, ese violinista insuperable que cuando toca parece desprenderse de su alma para transfundirla al instrumento, de cuyas cuerdas arranca suspiros, quejidos, carcajadas, expresiones de dolor ó de alegría, moduladas en sonido que condensan cuanto de mas suave, de mas melodioso, de mas dulce y conmovedor puede hallarse en la combinación infinita de las armonías; no diremos nada de los concertistas Thalberg, Gottschalk, Dengremont, porque

entónces tendríamos que hablar de los acreditados directores de orquesta Bassi y Furlotti, del arpista Lebano, de los violinistas Ismaël y Melani, del pianista francés Thibaud, de los pianistas italianos Del Ponte, Piazzini y Aromatari, del violoncelista Marenco y de otros que residen en Montevideo y Buenos Aires.

Entonces tendríamos que probar que no solo visitan las ciudades del Plata los primeros artistas dramáticos, los cantantes de mas renombre, sino que también vienen de vez en cuando á establecerse definitivamente algunos músicos que ya han cosechado aplausos allende los mares y que ya habían logrado merecer un puesto honroso en el mundo musical; entonces tendríamos que decir que no solo hay afición á la música, sino que empieza á cultivarse con éxito por artistas nacionales ó extranjeros ya incorporados á la vida nacional, y que el éxito que obtienen, los aplausos que se les tributan, la afición á los espectáculos líricos, el favor que van alcanzando los conciertos de la Sociedad del cuarteto y los que particularmente suelen celebrarse, hacen concebir fundadas esperanzas de que la música llegue á desarrollarse y alcance esplendor antes que las demás artes.

De los grandes artistas dramáticos italianos contemporáneos solo Virginia Marini, la insigne actriz que se distingue entre todas por su originalidad y realismo, no ha visitado todavía las Repúblicas del Plata!

Pregúntese á todos los artistas citados, en especial á los que han estado en América en los últimos años, su opinión sobre el público platense, y ellos dirán que es tan exigente, tan culto, tan severo, que aprecia y aquilata sus méritos como el de cualquier otra capital europea; pregúnteseles su opinión sobre la crítica y la prensa, y ellos dirán que, descartando una parte de ella asaz ligera y superficial, si no revela el culto exagerado de la forma que caracteriza á la critica española, la vivacidad,

la amenidad, el sentido estético peculiar á la italiana, la erudición y universalidad propias de la francesa, y la seriedad y profundidad de observación de la alemana, no deja de ser atinada en sus juicios, benévola en sus consejos, justiciera en sus fallos.

***

Si del campo de la música y del arte dramático pasamos al de las bellas artes, hallaremos un movimiento no insignificante de venta y adquisición de obras de algunos celebrados pintores, que, huyendo de la competencia ruinosa que la abundancia y oterta establecen en los mercados europeos, buscan auras mas propicias y bolsas ménos avaras para sus composiciones, debidamente apreciadas en Europa, pero no favorecidas con todo el apoyo material que los artistas desean ó necesitan. Sin duda ese movimiento es mucho menor que el de la música y de los espectáculos, porque los cuadros no son para todos los bolsillos, y porque la pintura, por causas que á todos se alcanzan, nunca puede abrazar un público tan vasto y tan heterogéneo; pero gracias al buen gusto de unos pocos aficionados y á la iniciativa de algunos industriales entendidos en cosas de arte, la importación de cuadros de buenos pintores aumenta cada día.

¿Saben todo esto en Italia? Lo saben indudablemente los artistas, puesto que con tanta facilidad desiertan los patrios lares, abandonan la familia, se alejan de las playas natías para ir allí donde el brillo deslumbrador del oro puede compensar generosamente el vacío del corazón, la ausencia de todo afecto.

Los artistas dramáticos y líricos que, como la natu raleza, tienen que ostentar ellos mismos sus cualidades, saben ó adivinan casi por instinto cuales son los lugares mas propicios á su ambición y á sus intereses, cómo las

abejas saben cuales son las flores que retienen la miel. Emigran, como las golondrinas y otros pájaros, de uno á otro país según la estación, siempre elevando el precio de sus notas, siempre acumulando oro y aplausos hasta saciarse ó quedar rendídos por los desengaños, por el desaliento, por la edad ó por el cansancio.

Pero si lo saben por conveniencia ó necesidad los artistas ¿lo sabe acaso en Italia, ya que á ella sola nos referiremos en adelante para no dar excesiva amplitud á este trabajo, la masa del público? ¿Lo sabe siquiera la gran mayoría de la prensa?

No lo saben, porque de vez en cuando las palabras de algunos hombres públicos, los escritos de algunos publicistas, los artículos de algunos periódicos revelan un total ó parcial desconocimiento, no solo de la vída americana, sinó del papel que desempeñan y de las funciones que ejercen las agrupaciones extrangeras en medio de los pueblos de América; no lo saben porque en su plausible campaña para estrechar los vínculos y aumentar las relaciones con estos países, en vez de tomar por base de sus consejos, por guía de sus relaciones á todos ó cada uno de esos pueblos con su vitalidad creciente y sus excelentes disposiciones para favorecer y secundar toda idea fecunda progresiva, civilizadora,, toman por base simplemente á la agrupación de su nacionalidad, es decir toman la parte por el todo, lo que puede dar pòco, por lo que puede dar mucho, dejándose aventajar por otros países como Francia, Inglaterra, Alemania, que no incurren en tal error; no lo saben, porque en vez de excitar á los comerciantes, á los industriales, á los productores, á los capitalistas, en vez de tender á que se conozcan, popularicen y coloquen en América los productos de las artes que hablan á todos de las bellezas de Italia, y de las dotes especiales de sus hijos, los productos de la inteligencia que da la medida de la capacidad de un pueblo, y los productos de la industria y

del suelo que dan la medida del trabajo y de la riqueza, en vez de hacer eso, solo excitan y acuden á los gobiernos cuya acción siempre tiene que ser limitada y deficiente, solo piden medidas aisladas de caracter casi exclusivamente moral,, cuyo resultado es dudoso y cuyos perjuicios son positivos porque irritan las fibras patrióticas de los naturales, que ayudarían gustosos, todo movimiento legítimo de aproximación, si se los tomase siempre por base de lo que se dice, se piensa, se escribe, se proyecta ó se desea en Italia con relación á estos países.

***

Apénas se empezó, hace algunos años, á estudiar y seguir el desenvolvimiento artístico, literario, científico, y aún podemos añadir industrial y político de Italia, se comprendió que no podía haber muerto el espíritu creador de la nación que ha sido, es y será siempre una academía viva para los artistas, que mayor contingente de genios ha dado al mundo, que echó las bases de la filosofía y de la ciencia moderna, que sostuvo en la edad media con sus inimitables productos el fausto de los reyes y la magnificencia de las córtes, que supo hábilmente aprovecharse en este siglo de los acontecimientos europeos para realizar sus aspiraciones nacionales.

Se ha comprendido que cuando un pueblo á través de tantas calamidades, humillaciones, guerras, dominaciones, flagelos, invasiones, iufluencias y desgracias de todo género ha conservado, como el pueblo italiano, su lengua, la pureza de su raza, su fisonomía característica, tiene que ser eternamente fecundo, tiene que gozar del privilegio de mantener siempre fresca y lozana alguna de las múltiples aptitudes en que puede desplegar su energía y actividad.

Cuando un pueblo puede reconocerse á sí mismo en

la atmósfera perfumada que respira, en las bellezas naturales que le rodean, en la brisa que orea su frente, en las armonías que acarician su oido, en los mares que bañan sus costas, en las montañas que deleitan su vista, en los ríos que juguetean en sus valles, en todo lo que da carácter artístico y poético á los paisages; cuando, además, puede estudiar su historia en sus monumentos, y reconocer, sonrojándose, sus glorias pasadas en las ruinas presentes; cuando puede hacer esto, aúnque su espíritu se hubiese adormecido y aletargado, tiene que despertarse uno ú otro día, sacudir la inercia, concentrar en un supremo esfuerzo las energías que le quedan y aplicarlas de una manera digna de su privilegiada inteligencia y de sus brillantes antecedentes.

Apénas se comprendió esto, y cuenta que no hace muchos años, estos pueblos dirigieron con placer curiosas miradas sobre la lejana península, y prestaron mayor atención al desarrollo del jóven reino, porque dígase lo que se quiera, ni las críticas parciales é injustas, ni los esfuerzos de los que tienen interés en denigrar, achicar ó desconocer las modernas manifestaciones del génio italiano, bastan á desvanecer el sentimiento de veneración que inspiran el nombre de Italia, el inmenso prestigio que le dan y la poderosa y simpática atracción que ejercen sus artes, su literatura, sus ruinas y sus monumentos, que evocan tantas sombras ilustres y tantos recuerdos solemnes.

Indudablemente el sucesivo aumento de la inmigración italiana á estos países ha influido en esa provechosa corriente intelectual y artística que venimos observando. Esos miles de artesanos, de obreros, de trabajadores, de campesinos que llegan todos los meses, generalmente huérfanos de todo alimento intelectual, rudos, torpes y recelosos en un principio, llevan, sin saberlo, consigo, como los animales y los productos del suelo, el gérmen,

el sabor, el pelaje de la tierra natía. Esos inmigrantes, con su capacidad, laboriosidad, aptitudes, inteligencia y hábitos económicos, apesar de todas las discusiones que sobre sus condiciones físicas y morales se han suscitado, á pesar de ciertas antipatías y de ciertas opiniones erróneaámente arraigadas, han hecho inconscientemente mas en favor de Italia que todos los publicistas, todos los periódicos y todos los gobiernos.

No puede, por eso, negarse la parte grandisima que en otro, sentido corresponde á la prensa y á la iniciativa particular. Esa corriente, ese movimiento que nos ocupa no hubiera sido ni tan importante, ni tan rapido, si los progresos realizados desde hace diez años por una parte de la prensa argentina, y los esfuerzos de la prensa italiana en el Río de la Plata no hubiesen permitido prestar mayor atención á las manifestaciones de la vida europea bajo todos sus aspectos, dándole aquel caracter de universalidad que va siendo peculiar á todos los adelantos y á todas las grandes instituciones.

Ultimamente la iniciativa particular ha venido á coadyuvar eficazmente la tarea.

Si la prensa ha dado á conocer las manifestaciones de la vida italiana y el desarrollo de su literatura, con la importación de cuadros iniciada, como lo hemos hecho constar, desde hace algun tiempo se ha llamado la atención sobre los méritos de la nueva pintura italiana y con algunas obras de Michetti, Favretto, Lancerotto, Gianfanti, Tommasi, Milesi, Cima, Mancini, Dall'Oca, Santoro, Carcano y otros, se han dado á conocer nombres completamente ignorados ó poco conocidos.

Todo esto evidencía naturalmente el bienestar, el desarrollo, los extraordinarios progresos materiales y morales del país, porque es indudable que sin ellos, ni la inmigración con la atmósfera que hace en favor de las regiones

de donde procede, ni la prensa con su propaganda, ni la iniciativa particular con sus atrevimientos y sus tentativas, hubieran bastado á dar vida á un mismo tiempo como se ha visto y se ha hecho constar repetidamente, á compañias hechas bajo la base de celebridades líricas como Masini, Tamagno, Stagno, y la Patti, á exposiciones artísticas, á varios conciertos y varias compañias dramáticas y de ópera bufa, sobrando, además, elementos para adquirir cuadros de conocidos maestros italianos, españoles y franceses.



La literatura italiana no sigue seguramente la marcha ascendente de la pintura y está muy lejos de suplantar el predominio ó adquirir é igualar siquiera la importancia, la consideración, el mérito, el favor que hace tanto tiempo y en todas partes se concede á la literatura francesa. Los libros franceses, verdaderos productos preparados para la exportación, todo lo invaden, todo lo inundan; los libros italianos hasta hace poco solo aparecían en las vidrieras de una ó dos librerías en medio de un montón de libros españoles y franceses, como si, avergonzados, no quisiesen mostrarse y deseasen mas esconderse que ponerse en evidencia.

¿Debe culparse de este abandono á los literatos ó al público? ¿Debe buscarse su orígen en la desviación del gusto ó en la postración, atraso é inferioridad de la literatura?

Máximo D'Azeglio, ocupándose del destino de los libros, decía que su aceptación ó abandono no se explica muchas veces con las reglas ordinarias; pero que cuando viven, se leen, se reimprimen, algo hay en ellos que llega al corazón y complace á la inteligencia, aúnque ese algo no sea un mérito literario.

En ese sentido, añadía, algo debe haber eu *Guerrin Meschino*, *Paris y Viena*, las *Mil y una noches*, los *Reales*

de Francia y *Bertoldo Bertoldino*, cuando desde hace tanto tiempo el bajo pueblo italiano los busca y los lee con avidez; en ese sentido fuerza es reconocer que en la literatura francesa, sobre todo en la novela, algo hay que la hace superior á la italiana.

Será una mayor profundidad de observación, que da la medida de la potencia intelectual de un escritor, como la exhuberancia de la vegetación da la medida de la feracidad del suelo; será una representación mas exacta de las escenas de la vida, de las pasiones, de los sentimientos, de los afectos que forman nuestro alimento moral, como la comida forma nuestro alimento material; será la explotación lícita ó ilícita de algunos errores, de algunos vicios, de algunas tendencias ó malas pasiones del momento en que cada uno se complace en reconocerse á sí mismo, como nos complacemos en buscar el parecido en los retratos; será el caracter de universalidad que le presta el ambiente cosmopolita donde busca sus materiales y que le da interés hasta en las regiones mas lejanas, como ciertas precauciones y ciertas cualidades ponen al hombre en condiciones de resistir donde quiera los climas mas inclementes y las temperaturas mas variadas; será, en fin, una mejor adaptación á las ideas y sentimientos predominantes, sean buenos ó malos; pero algo hay, aún que en menor cantidad cada día, en una parte de la literatura francesa, que no ha logrado ó no ha sabido hasta ahora adivinar y reproducir debidamente la italiana, y ese algo basta para amparar aquella parte grandísima de la literatura que nada tiene absolutamente.

La forma no basta por si sola para dar valor á las obras literarias, como no basta el hábito para caracterizar á un individuo. Cuando es bella y artística adquiere todo su valor si á ella corresponde el fondo. En caso contrario se parece á un edificio elegante, esbelto, hecho con todas las reglas del arte, pero que por lo endeble

de los materiales empleados, careciendo de solidez, se derrumba al empuje del primer ventisquero ó al peso de los primeros objetos que en él se coloquen.

No basta tampoco la cantidad para dar valor, acreditar imponer una literatura. Un inmenso campo, siquier no desprovisto por completo de vegetación, no puede á veces entretener nuestra vista y regalar nuestro olfato como un pequeño jardín, donde la belleza de las flores compite con la copia de los frutos. Un cuadro pequeño de un gran maestro puede valer mucho mas que todas las grandes telas de otros pintores.

No es la fecundidad la que falta en Italia; pero todos los volúmenes de poesías y novelas que se publican cada año en numerosas ciudades no bastarán á probar que la literatura está floreciente, ni á la altura que le corresponde.

Muchas otras causas que no es posible analizar aquí se relacionan indudablemente con esta cuestión de la importancia y mérito de cada literatura, así como con su estado próspero ó angustioso, con el mayor ó menor favor que obtiene, con la mayor ó menor protección que se le presta; pero, cuando casi todas las nuevas publicaciones que se hacen en un país significan un martirio para los editores y un desengaño para los autores; cuando no encuentran gran aceptación las obras de los ingenios más privilegiados, mientras se leen por todo un pueblo traducciones de obras extranjeras, ú obras nacionales tenidas de escaso mérito, no es posible dejar de reflexionar sobre el giro que los escritores han dado á sus talentos, y pensar si ese giro no será el mas oportuno ni el mas adecuado, dadas las condiciones morales y materiales de los que han de adquirir y utilizar los productos intelectuales que para ellos se van elaborando.

Cada sociedad, cada pueblo, cada nación tienen como cada individuo, pasiones, ilusiones, esperanzas, afectos, un

alma que siente, una mente que piensa, un corazón que ama ó aborrece, que goza ó que sufre. Por eso los pueblos, como los hombres, escogen y protegen las obras intelectuales que mas halagan sus pasiones, sus ilusiones, sus sentimientos, que reflejan mejor y mas ampliamente su estado moral y material, sus deseos y sus aspiraciones, que le dan, en fin, mas cantidad de sí mismo y de su vida; y en eso estriba el éxito de los escritores, de cuyos talentos depende el dar á sus obras, además del carácter de actualidad, la grandeza, la belleza, la profundidad, la forma, el estilo, aquellas cualidades que solas pueden impedir sean arrastradas por la corriente á la cloaca de los siglos, con el vulgo que gustó de ellas.

Si aún es difícil desarraigar los hábitos adquiridos por un pueblo, y que llegan á formar en él como una segunda naturaleza, ya no es difícil, con la prensa, con la rapidez de las comunicaciones, con las facilidades de propaganda, divulgar y acreditar el mérito de las obras literarias, como no es difícil acreditar la bondad y la baratura de los productos de la industria; y cuando á pesar de tales medios las obras no se aceptan, ni popularizan, ni ménos se imponen en su ambiente natural y en otros ambientes muy favorables, es que aúnque tengan méritos literarios sobresalientes, les falta el alma que agita ó conmueve, alegra ó entristece, entusiasma ó desalienta á las masas, á un pueblo entero, les falta la universalidad, el valor de actualidad, que puede interesar no solo al pueblo á que se refieren, sino también por simpatías, analogías y relaciones, á otros pueblos.

Pruébalo el éxito obtenido por Edmundo De Amicis, el más leido, el mas popular, el mas universalmente conocido de los escritores italianos. Su popularidad se debe tanto á la frescura y lozanía de su admirable estilo, como á la sencillez de sus sentimientos, al patriotismo que informa sus escritos, á las ideas nobles que se

encuentran en todas sus páginas, todo lo que parece un reflejo de los sentimientos y de la vida de una parte á lo menos del pueblo italiano, apercibido á sus nuevos destinos con los bríos, con la fé y con el entusiasmo con que se lanza al mundo y busca nuevos horizontes el joven que aún no conoce todas las miserias de la vida, ni ha sufrido las amarguras de las desilusiones y de los desengaños.

Y pruébalo mucho más el hecho de ser conocidos los nombres de otros muchos literatos cuyas obras, sin embargo, no se leen, porque careciendo de fuerza, de aliento, de verdad, el látigo de la crítica apénas las ha honrado con débiles chasquidos.



No es menester añadir más para que no pueda exigirse ni siquiera suponerse que la literatura italiana ha de encontrar aquí el favor que no encuentra en Italia, ni aún estableciendo las proporciones debidas.

La mayor parte de los italianos, instruidos ó analfabetos, que llegan á estos países tienen en los primerss años de su llegada, una preocupacion única, constante, absorbente, tenaz, la de acumular dinero, hacerse una posición que les permita ensanchar sus horizontes. Es una aspiración de todos los momentos, que los domina, que llega á ser el móvil de su existencia, que persiguen con todos los medios y con todas las fuerzas, trabajando, economizando, sacrificándose con una perseverancia que admira y sorprende á los naturales del país, á los hombres observadores y á aquellos extrangeros ménos capaces de tanta virtud y de tanta resistencia.

Cuando han logrado su objeto, muchos vuelven á Italia, muchos concentran tcda su atención en las empresas comerciales, industriales, agrícolas ó de otro género á que

se dedican para dar colocación á los capitales adquiridos y hacerlos rendir el mayor fruto posible, algunos ya entonces se interesan mas por los asuntos locales que por los de su patria, quedando así muy reducido el número de los que siguen el movimiento intelectual del país de origen.

Tal vez mayor es el número de los aficionados americanos, los cuales á pesar de alguno que otro desahogo de mal humor y alguna que otra errónea conceptuación respecto á los italianos que aquí viven, se sienten, sin embargo, irresistiblemente atraidos hácia Italia por el prestígio y la aureola que rodean su nombre, por las obras que ha realizado y las ideas fecundas que ha sembrado á través del tiempo, por todos los títulos que la hacen acreedora á la admiración, á la gratitud, á las simpatias de los pueblos; pero entre ellos tambien predominan los gustos y las corrientes de la literatura francesa, que no se decidirán á abandonar, á pesar de sus estravíos, mientras génios mas poderosos no les den obras que por el estilo, por observación profunda, por grandiosidad de concepción, por belleza artística, en fin, y mayor y mas exacta representación ó acumulación de vida moderna, aventajen las creaciones literarias francesas. Y cuenta que no hablamos de la literatura española, siempre en mejores condiciones de hacer competencia á las demás por poco que se levante y florezca.

Se han hecho progresos, sin embargo; si todavía la literatura italiana no encuentra gran aceptación, gracias á los adelantos de la prensa, síguese con interes su desenvolvimiento.

Antes un solo librero italiano de importancia tenía á su cargo la importación de libros, y por falta de rivalidad y estímulo ni siquiera se preocupaba de introducir las obras de colocación dudosa pero posible, prefiriendo al riesgo, la tranquilidad de las ganancias módicas y seguras; pero desde hace mas de dos años, al lado de Aloy Aloi han

abierto librerías italianas Sommaruga, Radici y otros que al traer nuevo espíritu industrial y nuevas iniciativas, han traido la competencia, esa gran enemiga de todo monopolio, tan necesaria para la generalización de los productos de la industria, como lo es la prensa para la generalización de las ideas. Los males parciales que á veces la competencia ocasiona, se compensan ampliamente con los beneficios generales que produce.

Gracias á esa competencia todas las obras nuevas que se publican en Italia aparecen un mes después en los escaparates de nuestros libreros. Allí las obras editadas por Perino, por Barbera, por los sucesores Lemonnier, por Zanichelli, por Sonzogno, por los hermanos Treves y por otros varios; allí también muchas obras científicas que no era posible encontrar antes, no obstante predominar aquí, como en otras partes, la opinión de que se hallan las ciencias en Italia en un estado envidiable de florecimiento y desarrollo, gozando de gran autoridad los nombres de Lombroso, Ferri, Cantani, Schiapparelli, Mancini y otros.

Añádase que ha aumentado considerablemente la circulación de las mas importantes revistas italianas, y de algunos diarios políticos; que las poesías de Carducci van obteniendo el mismo favor que los libros de Edmundo De Amicis, y lo obtendrían mayor si sus brillantes imágenes y sus pensamientos de alto vuelo no se envolviesen en una oscuridad erudita que las hace de difícil compresión, é impiden tengan carácter popular; añádase que los nombres de Farina, Verga, Capuana, Barrili, Serao, Castelnuovo, Guerrini, D'Annunzio, Fontana, Panzacchi, Nencioni y otros son conocidos á lo menos como los de Claretie, Belot, Guy de Maupassant, Delpit, Ohnet, Richebourg, aunque las obras de los primeros se lean poco ó no se lean; añádase todo esto y se comprenderá que el progreso es evidente, que solo falta que los hechos

respondan al interés y á la espectativa, solo falta que aparezcan las obras grandiosas é imponentes, y que la producción literaria en Italia sea menos abundante, pero mas sólida, mas digna de su pasado y mas merecedora de un gran porvenir.

Esperemos mientras tanto que esa corriente saludable de relaciones y de simpatias que se va estableciendo entre estas repúblicas y la Italia en la esfera intelectual no se detenga, ni entorpezca, ni desvíe; esperemos que aumente no solo en el campo intelectual sinó también en el campo material, ó sea industrial y comercial por identidad de aptitudes, afinidad de ideas, comunidad de aspiraciones é intereses.

Los artistas con sus facultades, que les dan el privilegio de unir, confundir en un solo sentimiento y hacer palpitar al unísono así a los que se odian como á los que se aman, así á los que simpatizan como á los que se aborrecen; los pintores con sus cuadros, que así como nos traen una parte del alma del artista parecen traer, disuelto en colores, un poco del aire que han respirado y casi nos hacen ver con los ojos de la realidad los paisages, las figuras, las escenas que han trasladado al lienzo; les literatos con sus creaciones, que nos revelan toda la vida y todas las manifestaciones de un pueblo y nos hacen interesar por una y otras; la industria con sus productos que impiden toda interrupción en las relaciones y mantienen siempre vivo entre los que los consumen el recuerdo de aquellos que los fabrican, como los regalos mantienen vivo el recuerdo entre los amigos y conocidos; el comercio con sus capitales que impulsan todos los progresos, como el vapor impulsa la locomotora; la inmigración con su trabajo, con su capacidad y sus aptitudes, que así crean riquezas como establecen relaciones y procuran simpatías: he ahí los elementos que pueden contribuir á que tan halagueño resultado se obtenga.

La prensa de Italia podría coadyuvar y facilitar mucho la tarea, si se preocupase un poco menos de la acción oficial y un poco mas de la iniciativa particular; si estudiase un poco mas estos paises para tener opiniones propias y no hablar siempre con opiniones prestadas; si se persuadiese que al tratar de las cosas de América comete un error crasísimo al tomar solo por base la colectividad italiana, que por su naturaleza tiene escasísima espansión exterior; si procurase no herir injustamente la susceptibilidad de estos estados; si reflexionase que toda cuestión y todo descuido resultan perjudiciales para la buena é indispensable armonía entre americanos é italianos; si fuese un poco mas escrupulosa en la publicación de escritos ó correspondencias en que se dan informes ó se hacen elogios cuyo caracter no puede apreciar; si pensasen, en fin, que no son pocos los que de aqui aprovechan la buena fé de los diarios italianos y su poco conocimiento de estos países para contraer méritos con los que mandan y por cualquier medio y en cualquier parte hacer elogios, por inmerecidos que sean, de los que pueden darles ó ayudarles á obtener un empleo, un auxilio, una protección ó una concesión cualquiera.

PATRIOTISMO DE LOS ITALIANOS FUERA DE ITALIA

¿Habeis visto alguna vez en los puertos de Génova ó de Nápoles zarpar un vapor lleno de emigrantes?

¡Ah! es un espectáculo triste, conmovedor, affigente. El navío, llenando la atmósfera de humo como si quisiese oscurecer el cielo en señal de duelo, lanza bufidos de caballo impaciente y rompe majestuosamente las olas con su hélice Sobre la cubierta se ve en el primer momento un hormiguero de cabezas, una confusión de hombres, mugeres, niños, jóvenes y viejos que se llaman, se buscan, se encuentran y se detienen; pero poco á poco, á dos, á tres, á cinco de fondo se colocan todos á lo largo de la barandilla, á babor y estribor del buque, muchos se suben á los puestos mas elevados, todos miran hacia tierra. En los muelles y sobre la playa se ve una muchedumbre espesa, compacta, que grita, saluda, agita numerosos pañuelos y sombreros, á los que responden desde el vapor otros pañuelos y otros sombreros. Unid con una linea imaginaria aquellos puntos negros y blancos que parecen suspendidos en el aire y tendréis la línea recta del amor y del dolor. Son madres que se separan de los hijos, hermanos de las hermanas, amantes de las esposas prometidas, amigos de los amigos. Diríase que no quieren rendirse á la realidad, que los unos no quieren creer que aquel inmenso buque pueda desaparecer en el mar y los otros que aquellas altas, conocidas y queridas montañas puedan desvanecerse entre las nieblas del horizonte.

Melancólicas armonías de lamentos, de llantos, de saludos desgarradores rodean y siguen al vapor que parte. Los mas valientes y escépticos se violentan á sí mismos para despedirse á gritos, ocultando y ahogando su dolor; muchos lloran; otros esconden la cara entre las manos, y por no parecer débiles, buscan una postura que les permita llorar sin ser vistos; los mas, con rostros contraidos, con ojos atónitos y entontecidos, callan y miran hácia tierra, pero su silencio es tétrico, sombrío, expresa dolor.

Aquella es la hora de las primeras reminicencias y del primer desengaño. Por primera vez, desde la salida del pueblecillo ó de la ciudad natal, después de las maldiciones contra el destino, después de los esfuerzos inútiles para encontrar trabajo ó mejorar su suerte, después de los firmes propósitos de volver ricos ó de no volver mas á aquella tierra maldita, donde creen no haber encontrado mas que sufrimientos y miserias, por primera vez empiezan á conocer el valor de lo que dejan atrás, empiezan á cambiar de opinión, á creer que en medio de todo no era tan mala la vida en aquellos lugares predilectos, donde cada piedra despertaba un recuerdo, donde todos los conocían, donde tenían tantos queridos amigos y compañeros de la juventud. Piensan entonces que también debe tener sus atractivos el dolor, empiezan á comprender que dejan el corazón allí donde tanto han sufrido, que mil cosas de aquel país, de aquella tierra por ellos maldecida, despertarán afectos en el corazón, recuerdos en la mente y que tal vez esos afectos y esos recuerdos no los dejarán tranquilos hasta que regresen ó mueran.

Y entonces por primera vez asoman á la mente las imágenes de las cosas y personas mas queridas que quedan en la patría; cada uno vé los lugares donde ha pasado las horas mas alegres y sufrido los dolores mas intensos de la vida; entra en la casa donde ha nacido, donde ha recogido entre amarguísimo llanto las ultimas palabras y los

ultimos consejos de los labios de la madre moribunda; pasa de la iglesia que frecuentaba los domingos á la plaza donde oía los conciertos, del río de aguas cristalinas y frescas, cantadas por los poetas, á la colina poblada de árboles y de casas; y se le representan mil cosas y lugares y personas que despiertan sentimientos antes no soñados. . . . ¡Oh! si pudiese verlo todo nuevamente por última vez. . . . . partiria mas contento!

¡ Ah ! si fuese posible leer en el corazón de cada uno en aquel instante; si se le pudiese decir que tal vez aquellas personas que le son mas queridas, aquel pueblecillo ó aquella ciudad donde ha nacido y crecido; aquella casa donde ha sufrido los primeros dolores y gozado las primeras alegrías; aquellos lugares que han sido testigos de las ansias de su primer amor y de las amarguras y desalientos de los primeros desengaños; aquel cementerio donde reposan los huesos de su madre querida, aquellos montes pintorescos tantas veces recorridos, aquel río, todo lo que en aquel momento suscita en él recuerdos y lágrimas, tal vez no volvería á verlo mas, cuantas voluntades vacilarían, cuantos firmes propósitos cederían, cuantos renunciarían al brillante porvenir que se habían prometido.



Dura poco, sin embargo, aquella manffestación de dolór, que en realidad, deducida la parte correspondiente á los afectos, á los sentimientos de la familia, es el primer homenaje que cada uno tributa inconcientemente á la patria, de la que creía poder alejarse facilmente para siempre. En ciertos momentos anómalos y extraordinarios de la vida, el hombre, si no está aislado, pasa con facilidad y rapidez de las lágrimas á la risa, del dolor á la alegría; y si puede desahogarse, si puede encontrar alivio ante el espectáculo de las desgracias agenas, tiende en seguida al contraste, se

contiene, se domina, se violenta á si mismo para adoptar una actitud diferente de los demás y aparecer superior.

Así, apenas el movimiento de los pañuelos y de los sombreros se desvanece en un último adiós, como mariposas que mueren volando, apenas la enorme masa blanca de los marmóreos edificios recostados sobre las vertientes de las alturas de Génova se cubre de sombras azuladas y cenicientas, apenas las primeras montañas de la costa de Liguria, con su vegetación, sus jardines, sus palacios y sus quintas innumerables se ocultan lejos entre las nieblas y ya por todas partes no se ve más que el horizonte lívido del mar inmenso, entonces si la tempestad y el oleaje, sacudiendo el buque, no traen en seguida con el mareo el segundo desengaño, la escena cambia, todo se transforma. Entonces los sueños róseos, la tierra prometida vuelven á servir de incentivo á las esperanzas, á las ilusiones; se recuerdan de nuevo los apuros pasados, las estrecheces padecidas, la carencia de trabajo, la miseria, las angustias, el hambre; y la patria vuelve á ser un lugar de dolor, y la Italia un país inhabitable, y solo se piensa en aquellas riquísimas regiones lejanas, donde abunda el trabajo, donde se gana facilmente el dinero.

Se oyen exclamaciones, se formulan propósitos:—Adios, bella Italia, tierra de pobreza y de bribones.—No sé porque he esperado tanto; porque no me he ido antes—Quisiera reventar ahora mismo si he de verme en la necesidad de volver.—Tampoco yo quiero volver más.

Algunos lanzan también maldiciones contra su país; todos declaran de una manera enérgica, irrevocable que volverán con dinero ó no volverán mas.

¿Pero, es cierto? ¿Espresan tan feas palabras sentimientos reales? ¿Pueden olvidar todos tan facilmente la patria?

No: es un desahogo momentáneo; se engañan sobre sus propios sentimientos. Todo italiano lleva la patria en el corazón, dijo hace años la Junta de estadística italiana; y

es cierto. Como en una gota de agua se encuentran todos los elementos esenciales al agua; como un suspiro de aire contiene toda la esencia de la atmósfera; en un italiano se encuentra la Italia.

***

El tiempo y la distancia, si engrandecen los recuerdos, también dejan ver claramente por medio de la reflexión cuanta parte han tenido la ligereza, la imprevisión, los errores, la pasión en los actos pasados, permitiendo formular sobre ellos juicios mas seguros y mas exactos. Como la ausencia pone á prueba el afecto de los amantes, para apreciar en lo que vale el propio país, es preciso perderlo.

Yo que he estudiado la vida de nuestros compatriotas en Francia, en España y en América; yo que desde los sucesos de Tunez he seguido paso á paso la triste odisea de nuestros trabajadores en Africa y en Francia; yo que he visto producirse sucesivamente en Sud-América manifestaciones, protestas, amenazas, polémicas, duelos por un concepto, por una frase, por una palabra, por un equívoco, por una simple interpretación desfavorable en algun sentido al nombre italiano, en vez de creer que olvidan la patría los que se ausentan de ella, he tenido que preguntarme varias veces si no era exagerada, si no podía calificarse de *chauvinisme* la extraordinaria susceptibilidad de nuestros compatriotas fuera de Italia. Pero me he representado en seguida nuestra vida nacional, serena, mesurada, pacífica, sin las pretensiones y el orgullo de nuestros vecinos de Occidente, ni las exageraciones continuas con que los españoles, como ha dicho De Amicis, se consuelan de las miserias presentes; y he creido que un pueblo ó una parte de él, no podía,

por el simple hecho de alejarse de la patria, cambiar de indole, de tendencias, de caracter.

No, no es *chauvinisme*: es el sentimiento de la propia dignidad y de la propia fuerza lo que hace susceptibles á los italianos fuera de Italia; es el desahogo, la explosión violenta de la cólera de un león antes herido y encadenado, que ahora se yergue libre y fuerte y no quiere permitir mas las chanzas, los desprecios, los insultos, las ofensas que desde hacía siglos se tenía la costumbre de inferir á la Italia y á los italianos; es una idea grande, inmensa del propio país, cuyas bellezas y cuya grandeza solo desde lejos se pueden apreciar en su justo valor.

Agricultores, jornaleros, obreros, artesanos sin instrucción, sin conocimiento alguno de las glorias italianas ni de los esplendores antíguos, crecidos, sin embargo, entre las ruinas, los monumentos y los paisages encantadores, tienen la intuición de aquellas glorias y de aquellos esplendores, y no encuentran en ningún lugar llanuras que puedan igualar las sonrientes y populosas llanuras lombardas, colínas y montañas que en sucesión interminable de vegetación exhuberante, de quintas, de palacios y de pueblos, ostenten los mil aspectos, las infinitas formas y combinaciones de los Apeninos, costas pintorescas como nuestras costas del Mediterráneo, ciudades mas bellas de las ciudades italianas, donde todas las edades se unen y todos los siglos han dejado vestigios, como para probar á los pueblos que la esencia de las cosas no muere nunca y que si el tiempo todo lo transforma, no destruye un solo átomo de todo lo que es útil y grande en el el universo, como no sea para producir y ocultar en la tierra la semilla que ha de producir algún día cosas mas grandes y mas fecundas.

Si el italiano que emigra, si el ítaliano que se encuentra en entranjero país conoce la historia política, literaria,

artística, antigua y moderna de su país, sus recuerdos son mas vivos, su amor mas profundo, el orgullo del orígen mas grande, el deseo del regreso invencible. Ni la Suiza con sus cascadas, con sus lagos azules, con sus montañas embellecidas por los recuerdos de Guillermo Tell, y de Cárlos el Temerario; ni la Alemania con sus castillos feudales y con sus leyendas que pueblan las orillas del Rín, del Danubio, del Mein, del Elba y del Oder de vírgenes de ojos azules y cabellos de oro; ni Francia con su actividad clamorosa, con sus ruidos ensordecedores, con su inmensa capital, con su pueblo vocinglero, que da en mil actos, en mil objetos, pruebas evidentes y palpables de su ligereza, de su volubilidad, de sus grandes concepciones y de sus ímpetus generosos; ni España con su poética Andalucía, con sus costumbres caballerescas, con sus monumentos árabes, con sus iglesias, su cielo, sus colinas, sus ríos y sus jardines, que tanto se parecen á los de Italia; ni menos Inglaterra con sus fábricas y sus nieblas, ni América con sus tierras vírgenes y sus llanuras inmensas, llenas de esperanzas y de promesas, pueden compensar, no compensan nunca para el italiano que conoce la historia, la separación ó la pérdida de aquella patria regada con la sangre de tantos héroes, de aquel país donde vagan las sombras de tantos mártires, donde los encantos de la naturaleza y la grandiosidad de los monumentos revelan mil secretos á los artistas, donde están escritos en las piedras los anales del género humano, donde el prestigio de los recuerdos y los misterios que se levantan de las ruinas infunden respeto y admiracion á los pueblos,

Si en los unos influyen mas que otra cosa los recuerdos del ambiente, de las ciudades llenas de aire y de luz, de los pueblecillos escondidos entre los valles ó suspendidos sobre las alturas, de las costumbres sencillas y patriarcales, en los otros influye, tal vez tanto como el amor á

la tierra natal, un alto sentimiento, un eminente concepto del orígen, cierto orgullo por pertenecer á la nación que ha dado al mundo la autoridad con sus césares, la libertad con sus repúblicas, la religión con sus pontífices, la cultura y la civilización con sus letras y sus artes. Además todos los italianos de este período han crecido entre los entusiasmos, las esperanzas, los sacrificios, los dolores, las lágrimas del renacimiento nacional. Niños, las primeras palabras que balbucearon fueron «patria, libertad, independencia;» jóvenes, vieron á los padres ahogar en el silencio de los hogares entristecidos, los dolores de las heridas, las impaciencias de los deseos, los desalientos, que les causaban las adversidades y las derrotas inesperadas, y entonces, no obstante los fáciles terrores juveniles, juraron odio implacable á los opresores; todos son sobrevivientes de las cinco jornadas de Milan, de las revoluciones y de las campañas desgraciadas, pero gloriosas y fecundas; todos recuerdan las persecuciones de los austriacos en Lombardía, las lágrimas de Venecia, los mártires caidos, las prisiones, los cadalsos, los destierros; todos han perdído el padre, el hermano, el amigo en Pastrengo, en Goito, en Novara, en las expediciones garibaldinas, en Palestro, en San Martino, en otras batallas; sus ídolos son Mazzini, Garibaldi, Victor Manuel y Cavour.

He allí las razones de la susceptibidad, á veces excesiva, de los italianos fuera de Italia; he allí como se explican las pendencias, las cuestiones frecuentes, las disputas, las polémicas, los duelos. Es la explosión, la irritación instantánea de un caracter que vuelve por su dignidad, durante tanto tiempo desconocida y pisoteada. Se tenía en casi todos los países tal costumbre de menospreciar á los italianos, estaban tan arraigadas ciertas preocupaciones y opiniones desfavorables, que en cada palabra dudosa, en cada frase descortés, se cree ver ó entrever el propósito de volver á

las mañas antíguas, lo que ya no se quiere permitir. Nunca se tiene fé en la acción tardía, lenta, ineficaz de los ministros diplomáticos; se quieren reparaciones prontas, inmediatas, como se quisiera siempre que se resolviesen con más energía, con mas altura, con mas dignidad para nuestro nombre en lo exterior las cuestiones que se agitan en Italia.

Tal vez se exajera demasiado en ciertos momentos el concepto patriótico, y convendría un poco más de calma, de serenidad, de prudencia; tal vez no es oportuno revolver fuera del país, como se ha hecho, el nombre de Italia, por una discusión artística, por la frase de un periodista sin autoridad y sin crédito, por una ligereza cualquiera; pero seguramente la exageración es preferible á la indiferencia.

Tal vez en las acciones, en la conducta, sucede luego que no todos los italianos expatriados honran ellos mismos á su país como lo quisieran honrado por los demás; tal vez ellos mismos tienen la culpa de que se formen y propalen ciertas opiniones entre el pueblo bajo, que juzga por las apariencias, por lo que cae bajo sus ojos, por las impresiones superficiales que recibe del aspecto, de las cualidades de un núcleo mayor ó menor de emigrantes; pero es un hecho que en general los italianos fuera de Italia, por encima de todos los defectos, por encima de todas las faltas, por encima de todos los intereses, por encima de todas las opiniones, ponen y quieren respetado el concepto de su patria. Las miserias sufridas, las maldiciones impremeditadas de otros días se olvidan; los sentimientos, los afectos desconocidos vuelven á surgir y prevalecen; el nombre de Italia se impone engrandecido por la distancia y por el prestigio de los recuerdos, de las bellezas, de los monumentos, de las esperanzas.

Divididos en las localidades donde su número es grande como en Buenos Aires, se entienden, se unen, se funden en

un solo pensamiento en las cuestiones patrióticas, ni más ni menos de lo que sucede en Italia.

He aquí porque apesar de sus aptitudes para toda clase de trabajo, apesar de la resistencia, la ingeniosidad, la facilidad de asimilación y las multiples circunstancias que hacen considerár á los italianos, especialmente del norte, como los emigrantes mas buscados, mas habiles, mas aptos en todo país, en todo clima, inspiran, sin embargo, mas desconfianza, se los cree demasiado susceptibles, no se tiene de ellos en todas partes la mejor opinión.

Y sin embargo muchos no vuelven; millares y millares se arraigan, se establecen en los países de su elección; pero es un hecho comprobado, indiscutible que hasta á los que por halagos de la fortuna, por relaciones de familia, por parentesco, por afectos, alegrías, atractivos, compensaciones que encuentran en otros paises, abandonan definitivamente la ídea del regreso, hasta á estos les queda como un castigo, un vago deseo, un vacio en el corazón, un malestar indefinible, algo que no saben esplicarse, que los atormenta constantemente, que no los deja en paz hasta la muerte.

No se nace dos veces en el mundo sobre dos tierras distintas; y como no se pueden tener dos madres, no se pueden tener dos patrias. Postraos sobre los sepulcros de nuestros grandes y de nuestros mártires, interrogad sus sombras y os dirán cual es la mayor de las desgracias, el mayor dolor que puede sufrir el hombre sobre la tierra: quién no tiene patria solo debe vivir para conquistarla; quién la ha perdído solo debe pensar en recuperarla.

EUROPA Y AMÉRICA

ANTAGONISMOS MAL ENTENDIDOS

GRINGOS Y GALLEGOS

Hay indudablemente una elocuencia aún no bastante estudiada ni comprendida en la naturaleza exterior de cada pueblo, como hay algo revelador en los movimientos exteriores de cada indivíduo. Dijérase que en la atmósfera de cada ciudad y de cada región existe, suspendida é impalpable, como la esencia de los sentimientos de sus habitantes, esencia que no perciben los que han nacido y crecido en medio de ella y con ella viven confundidos, pero que hiere el olfato escrutador de cuantos por primera vez la aspiran, á la manera que percibimos todos los olores y perfumes á que no estamos acostumbrados, y cuyo caracter adivinamos, aunque ignoremos su procedencia.

Así como las campiñas y sus sembrados, las huertas y sus cultivos, los jardines y sus flores revelan el adelanto ó el atraso de la agricultura, y las altas chimeneas, las columnas de humo, el repiqueteo de los martillos, el estridor de las máquinas, el ir y venir de los vehículos, el lujo de las tiendas, el número de los almacenes y depósitos anuncian la importancia de la industria y del comercio de una ciudad, de la misma manera el traje, el porte, los modales, la lengua, la entonación de la voz, todos los actos exterio-

res revelan á primera vista en su conjunto los sentimientos de un pueblo, su alegría ó su tristeza, su carácter, sus tendencias, sus vicios, sus pasiones, sus cualidades, bajo alguno de sus aspectos. Un viajero, por torpe que sea, no recorrerá las principales calles de Constantinopla, sin descubrir la apatía é indiferencia de los musulmanes, ni de París sin sufrir el contagio del caracter bullicioso y expansivo de los franceses, ni de Berlín sin admirar la gravedad alemana, ni de Lóndres sin echar de ver las aficiones comerciales de los ingleses, ni de cualquiera ciudad de Italia sin apercibirse de la afición de los italianos á lo aparatoso y de sus inclinaciones musicales, reveladas aúnque sea solo por los acordes de una banda, que por cualquier calle vaya atrayendo la atención sobre un estandarte de cualquiera sociedad.

Teniendo esto en cuenta y considerando que hay en el hombre cierto poder de adivinación, una especie de fatal acierto en los presentimientos sombríos, sobre todo en esos momentos críticos de la vida en que el pasado se condensa y refleja con tristes colores ante los ojos de la imaginación para hacer resaltar mas las desdichas del presente y servir de enseñanza para el porvenir, teniendo esto en cuenta, es facil explicarse como un extranjero, un inmigrante apenas desembarcado, sin tener, ni haber recibido informe alguno, incapaz todavía de orientarse por las calles de la población, antes aún de enterarse de si las condiciones materiales del país son las que se había imaginado, arraiga en su cabeza la idea de que ha penetrado en un ambiente para él poco favorable.

No conoce la lengua, no tiene el hábito de la observación, no sabe, tal vez, distinguir sus compatriotas de los nacionales, su inteligencia es torpe, su instrucción nula, no se dará cuenta de nada que no se relacione con sus necesidades, con la ocupación que busca y las ganancias que persigue; pero si en la calle, en una tienda, en cualquier

parte oye que un individuo lanza á otro uno de los gráficos epítetos: *gringo* ó *gallego,* sin saber lo que las palabras significan lo adivina, las interpreta en el peor sentido, y se dice mentalmente:

—Eso es para nosotros, los extranjeros: aquí no nos pueden ver.

Y debilitado aún su cuerpo por las fatigas é incomodidades del viaje, en medio de la tristeza que le infunde el aislamiento y la extrañeza de los primeros días de su llegada al país, en medio del desengaño y del abatimiento que sufre al no encontrar lo que creía, si, como sucede muchas veces, ha venido soñando en Jaujas y Eldorados, en medio de las inquietudes que experimenta por su colocación y la escasez de sus recursos, esa observación le impresiona desagradablemente, á tal punto que en vez de quedar reconocido hacia el país que le ofrece hospitalidad y trabajo, se cree con derecho á denostarle y maldecirle, se deja dominar, sin saber como, por exigencias injustificadas, y le parece que nada debe, que no se ha hecho por él lo que se debiera.

Lo mas extraño es que mas palpable se manifiesta el fenómeno, cuanta mayor ilustración tienen los inmigrantes.

Y esa impresión desagradable se arraiga con fuerza en el ánimo de los que vienen, y ya vuelvan á su patria ó se establezcan definitivamente en el país, no se desvanece sínó al cabo de muchos años, si es que se extingue alguna vez y no dura hasta la muerte.

Tanto han manoseado los escritores y la prensa en Europa la cuestión de *gringos* y *gallegos*, dando á estas palabras un valor y un alcance que no tienen, tanto se ha explotado y hablado del *odio á los extranjeros en América*, que pondremos una pica en Flandes si logramos demostrar con toda evidencia que en esto hace mucho papel la exageración, y á veces la mala fé, probando al mismo tiem-

po que el fenómeno es naturalísimo y que, con tener motivos fundados para manifestarse aquí con caracteres mas graves que en otras partes, ni siquiera reviste la importancia con que se produce, no solo en cada nación de Europa, sino en cada provincia de una misma nación.

***

En los pueblos de una misma raza, como entre los miembros de una misma familia, se manifiestan caracteres, pasiones, sentimientos y aún intereses opuestos; y esa oposición gradua ó diversifica las costumbres, el modo de obrar y de vivir, el mayor ó menor adelanto, las energías que se despliegan en todas las manifestaciones de su vida. Si no se concibe que haya en el mundo animal, y aún podríamos añadir en el vegetal, dos seres ó dos productos perfectamente iguales, menos puede concebirse que haya dos pueblos que vivan, piensen y obren de la misma manera.

Esto no impide que entre los pueblos de una misma raza, como entre los individuos de una misma familia, las afinidades de origen, de sangre, de lengua mantengan siempre sentimientos comunes, cierta afinidad de ideas, de tendencias, de aspiraciones, que sirven de lazo de unión, de centro de atracción mútua en todos los instantes en que no lo impidan el choque, siempre pasajero, que pueda originarse por aquellos de sus intereses, sentimientos, pasiones ó caracteres que se hayan manifestado en abierta oposición.

Como pueden enemistarse y aún maltratarse y herirse dos parientes, pueden enemistarse y destrozarse en lucha sangrienta dos pueblos; pero al cabo del tiempo, echando en olvido las ofensas, volverán á unirse y estrecharse.

Parecerá que un abismo se abre entre los americanos del norte y los ingleses, entre los americanos del sud y los

españoles, cuando en largas y terribles guerras defienden los unos su independencia, los otros su dominación, pero al cabo lo olvidarán todo para recordar solamente su origen común y emigrarán los ingleses á los Estados Unidos, los españoles á Sud-América; podrán los franceses, inspirándose en las ideas de Napoleón, burlarse de las aspiraciones de los italianos, considerar por mucho tiempo ilusorios y utópicos sus deseos, pero acabarán por ayudar con sus armas la independencia italiana; la prensa, los gobiernos y los escritores de los pueblos latinos de Europa podrán menospreciar las repúblicas sud-americanas, desacreditarlas, inventar toda clase de absurdos y exageraciones, pero no impedirán que á ellas se dirija la emigración latina, como se dirige á los Estados-Unidos la emigración teutónica y sajona; Austria será derrotada, desmembrada por la Prusia, pero bien pronto olvidará sus derrotas y se persuadirá de que no hay para ella alianza mas natural que la de Alemania; los italianos y los franceses, cediendo á susceptibilidades y sugestiones del momento y á la impetuosidad de su caracter, volverán á enemistarse como ahora, hasta parecer que se odian á muerte, pero habrán de unirse mas tarde para contener y resistir la tendencia secular de los pueblos del norte á bajar hacia el mediodia y llegar hasta las sonrientes y pintorescas costas del Mediterráneo y del Adriático.

Pero después de los lazos comunes, que solo incidentalmente pueden desmentirse, después de la poderosa é irresistible atracción que ejercen las afinidades de raza, de sangre, de lengua, manifiéstase con toda su fuerza el fenómeno de la variedad en la unidad; y por el choque de las pasiones, por la diversidad de las costumbres, por el diferente grado de capacidad, educación y civilización, por la oposición de caracteres, sentimientos é intereses, surgen á cada paso antagonismos, antipatías, enemistades entre una

y otra nación, una y otra provincia, una y otra ciudad, uno y otro indivíduo.

Y esas diferencias, cuando no trascienden á luchas, como sucede con frecuencia en las pequeñas aldeas de Europa, buscan su satisfacción y desahogo en los epítetos insultantes, en las criticas acerbas é injustas, en la ridiculización de los vicios y defectos y hasta de las virtudes y méritos de cada colectividad ó de cada indivíduo.

En este concepto encontramos dentro de las mismas naciones que pretenden explotar los supuestos antagonismos americanos, ejemplos que se escapan á toda comparación.

Para no herir susceptibilidades, podemos limitarnos á preguntar como se tratan, con que epítetos se califican, que sentimientos se profesan, en qué armonia viven los catalanes y los castellanos, por ejemplo, los andaluces y los gallegos, los lombardos y los napolitanos, los españoles y los portugueses, los ingleses y los irlandeses, y así sucesívamente.

No hablemos de Alemania, ni de Austria—Hungria: allí la cosa tiene raices mas hondas y reviste caracteres mas graves.

Pues si esto sucede dentro de cada nacionalidad ¿qué de extraño suceda donde se agrupan en considerable número gentes de diversas nacionalidades, estableciendo lógicamente y por todos conceptos mayores diferencias entre la población nacional y la que procede de lejanas regiones y de otros pueblos?

En todos los países donde afluye una numerosa inmigración, donde quiera que se mezcla á la población nacional una numerosa población extranjera, con tendencias tanto mas diversas cuanto menos homogénea, nacen, especialmente en el vulgo de una y otra, calificaciones, juicios, sentimienttos á veces justos, á veces errón eos acerca de sus respectivas cualidades y modo de ser, exage-

rándose á medida que los dichos corren y las opiniones se extienden, hasta que la educación, la evidencia de los hechos ó circunstancias especiales abren paso á juicios y sentimíentos nuevos ó aproximan y confunden en uno solo los antíguos.

Pero afírmase con toda convicción que en los países cultos de Europa no se ponen epítetos á los extranjeros, no se les solicita para luego criticarlos y recelar de ellos, no se les profesan sentimientos poco benevolos, tratándoseles con mayor deferencia y mayores consideraciones que á los mismos nacionales.

Hemos viajado y observado mucho y podemos hablar en esto con pleno conocimiento de causa. Considerado el hecho individualmente, refiriéndose, cuando se habla de extranjeros, á los viajeros que recorren países extraños y que en vez de ir á buscar y llevarse dinero, van á dejarlo, la afirmación es exacta. Ni en Francia, ni en Italia, ni en España, ni en otra parte se preocupan de los extranjeros y aun puede decirse que los tratan con amabilidad, los agasajan, según el grado de cultura de cada pueblo, ó el provecho que de ellos crean poder sacar las pocas gentes que les presten servicios.

De esa manera pasan desapercibidos, pueden confundirse por el tiempo que quieran con los habitantes de la región que visitan.

Pero si pretende aplicarse á la emigración propiamente dicha, á numerosas agrupaciones que se trasladan de uno á otro país con un fin especulativo, persiguiendo un propósito determinado, la afirmación es falsa.

En este concepto los pueblos de Europa nos ofrecen ejemplos terribles de rivalidades, antagonismos, choques, explosiones de odio que solo podrían hallar términos de comparación en las barbaries de otros tiempos.

No es necesario entrar en detalles, ni entretenerse en descripciones espeluznantes; basta recordar hechos cuya

gravedad y cuyo recuerdo, por lo reciente, están en la memoria de todos. Las peleas entre los obreros italianos y franceses en Marsella, la expulsión de los primeros de algunas minas y de algunos establecimientos, los choques aislados pero frecuentes que siguen produciéndose entre unos y otros, la desgarradora peregrinación de los judíos á través de las regiones alemanas y de las estepas de la Rusia, los polacos arrebatados á sus lares y desapiadadamente expulsados del lugar de su nacimiento por los alemanes, los chinos en California, atestiguan claramente que en todo país donde acuden numerosas gentes extrañas á buscar trabajo y ganancias suelen nacer rivalidades y rencores que se manifiestan en Europa con caracteres de gravedad desconocidos en Sud-América.

Y ya no hablaremos, por tratarse de pueblos semi-bárbaros, de las tragedias entre árabes y españoles en Saida, de las represalias entre árabes, franceses é italianos en Argelia y Túnez, de las matanzas que ensangrentan á cada paso las ciudades de la Turquía europea.

Los obreros franceses han pedido se imponga un impuesto de diez por ciento sobre los salarios á los estranjeros que trabajen en Francia y han acabado por solicitar su expulsión. En los Estados Unidos, los cuales por haberse impuesto con su esplendor y sus progresos han logrado acallar la malevolencia y esconder sus numerosos defectos entre los pliegues de sus adelantos, los nacionales y los estranjeros se aplican calificativos de que no tenemos aqui ejemplos, se juzgan mútuamente con exageración, se profesan sentimientos que distan mucho de ser cordiales; pero siendo, como hemos visto, este fenómeno de poca importancia, no impide que la inmigración acuda sin cesar y todos concurran al progreso común, hasta formar poco á poco un todo homogéneo, como las sustancias que se emplean en la fabricación de algunos productos, que respondiendo, al parecer, á fines diversos en la naturaleza, se reunen por

la ley de la afinidad y de la cohesión, para constituir nuevos elementos que la humanidad aprovecha para su bienestar y crecimiento.

No sabemos, pues, con que derecho tanto se habla, se revuelve, se explota en Europa la cuestión de las relaciones entre nacionales y extranjeros en estos países, y como pueden los escritores y la prensa, si no es por ignorancia ó mala fé, traer y llevar á cada paso el *supuesto* odio, sin darse cuenta de lo que sucede á su alrededor, en países cuya civilización y cultura tanto se ensalzan, ó en sus mismas casas, á sus mismas puertas, dentro de cada provincia, de cada ciudad ó de cada aldea.

Pero ¿existen verdaderamente en la República Argentina sentimientos hostiles, antagonismos peligrosos entre los nacionales y los extranjeros, capaces de traer medidas extremas y conflictos sérios como en Europa?

No; lo que existe son despechos, irritaciones nacidas de falsos supuestos, de hechos aislados, de errores y preocupaciones, que vamos á examinar brevemente.



Pasemos por alto la cuestión de los epítetos que tiene escasísima importancia.

Las palabras *gringo* y *gallego*, que ofende el amor propio y tan mal suenan en los oidos de los extranjeros, no tienen siempre el valor insultante, injurioso y despreciativo que generalmente se les atribuye. Su uso se ahorra en lo posible, es cada día menor entre las gentes ilustradas, y el pueblo bajo las pronuncia con indiferencia, llamando *gallegos* á los españoles de toda procedencia, y *gringos* á los extranjeros de otras nacionalidades y especialmente á los italianos.

Fuera mejor, sin duda, que no existiesen tales términos; pero también fuera mejor que el vulgo no salpicase su conversación con dicharachos y exclamaciones de mal

género y esto no puede evitarse sino á fuerza de tiempo y llevando la educación y la cultura hasta las últimas capas sociales.

Poco á poco esos calificativos caerán en desuso hasta olvidarse por completo. En España apenas se pronuncia ya la palabra *gavacho*, que se aplicó á los franceses durante la guerra de la independencia española y que estuvo en voga durante muchos años. Aquí, por otra parte, y esto prueba mas que todo nuestros asertos, no es raro oir á los mismos extranjeros de larga fecha residentes en el país calificar de *gringos* á sus compatriotas.

Son otras las causas que producen cierta irritación y establecen diferencias que sin turbar nunca las excelentes relaciones que se sostienen, impresionan en seguida desfavorablemente á todo recién llegado y han podido ser explotadas en Europa hasta arraigarse la convicción de que solo la necesidad y la conveniencia inducían á los argentinos á tolerar la inmigración y que se trataba de verdaderos sentimientos de ódio.

Estas causas, que no pueden alegar en su defensa los europeos por los hechos análogos que ocurren allende los mares, consisten en las exageradas pretensiones de algunos extranjeros, en el desfavorable y ofensivo concepto de inferioridad que suelen abrigar y manifiestan respecto de los naturales, en su creencia de que son superiores á estos bajo todos aspectos, en los juicios falsos, denigrantes, exagerados, injustos que aparecen con frecuencia en libros y periódicos europeos, en el menosprecio con que se habla en Europa de los países sud-americanos, en la opinión predominante en el vulgo, en la clase menos ilustrada del pueblo argentino, de que los inmigrantes vienen á explotarle y que podría muy bien pasarse sin ellos. Agréguense algunas diferencias de lengua, caracter y costumbres, la diversidad de aptitudes y capacidad para el trabajo y las ocupaciones industriales y agrícolas, la sed de ganancia

y la virtud del ahorro en los unos, la indiferencia y las inclinaciones al derroche en los otros, y será facil explicarse como puede formarse una atmósfera, que prestando á todos sus elementos vitales, puede producir muy diferentes efectos.

Como se vé, casi todo deriva de falsas concepciones y suposiciones, y todo irá desvaneciéndose á medida que la verdad se abra paso y la razon se imponga; pero aún ahora dista mucho esto de revestír el caracter que generalmente se le atribuye, y nada se ha visto aquí que pueda compararse con lo sucedido en Europa.

Pasará tiempo, porque no es facil desarraigar sentimientos, costumbres, opiniones que toman carta de naturaleza entre los pueblos.

Los *yanquees* supieron vencer la exclavitud en los campos de batalla y aún no han sabido vencerse á sí mismos y desterrar sus preocupaciones, sus ideas, sobre la inferioridad de los negros, el menosprecio con que los tratan; pero básteles saber á los que exageran y pretenden explotar la cuestión de las relaciones entre nacionales y extranjeros, que al cabo de tantos años de numerosa inmigración, ni se ha expulsado á un obrero, ni se han pedido medidas protectoras, ni se ha tratado de restringir derechos no otorgados en parte alguna, ni se han cometido atropellos sobre colectividades enteras, ni se ha dejado de trabajar por la satisfacción de un deseo vivísimo, mas grande á medida que son mayores los progresos del país: él deseo de que aumente cada vez mas la inmigración, y vengan á prestar el concurso de su laboriosidad y á confundirse con la vida nacional esos extranjeros que tan poco tardan en identíficarse con el pueblo argentino, y en radicar en el país sus afanes del presente y el porvenir de sus hijos.

INMIGRACION INTELECTUAL

No hay solo exceso de trabajadores en Europa; no falta ó escasea solo la ocupación para los que se dedican á faenas manuales; la miseria y la penuria no existen solo en los hogares de los obreros y de los labradores; agobian también á otra clase menor en número, pero inmensamente mayor en desdichas, cuyas penalidades son menos conocidas, porque menos estudiadas y menos manifiestas, pero mucho mas dolorosas, porque los que las sufren: mientras desfallecen bajo el peso de los padecimientos morales y físicos, tienen que ocultarlas bajo el disfraz engañoso de un bienestar relativo.

Los progresos mal aplicados, la cultura mal entendida ofrecen también sus inconvenientes, y entre los mas graves figura indudablemente el erróneo aprovechamiento de la enseñanza, la imprevisión ó ligereza con que se procede en todo cuanto se relaciona con el porvenir de los jóvenes.

Cuando á mediados del siglo empezaron á rivalizar las naciones de Europa para sobrepujarse en la difusión de la enseñanza, no rivalizaron menos los padres en hacer emprender carreras liberales á sus hijos, en apartarlos del campo y del taller, en hacerlos instruir lo mayormente posible, sin darles oficio alguno, sin preocuparse de lo que sería de ellos más tarde, y de si tendrían ó no

recursos para costear sus gastos hasta el fin de una carrera, y aún mucho tiempo después si fuese necesario.

La experiencia irá enseñando los medios mas adecuados para evitar errores que hoy siguen produciendo gravísimos daños, y quizás llegue día en que todos se convenzan de que la mayor ilustración no es incompatible con cualquier clase de trabajo; pero es lo cierto que mientras por una parte el excesivo número de los que se han dedicado á las carreras profesionales ha llenado las poblaciones europeas de médicos sin enfermos y de abogados sin pleitos, que hacen concurrencia á los empleos de treinta nacionales mensuales, por otra parte la aberración de los padres de familia ha ido creando en cada país una falange numerosísima de jóvenes sin carrera, pero con estudios bastantes para desdeñar el trabajo, inútiles para su patria, peticionantes perpétuos y perpétuamente desgraciados, sin mas salvación ni mas horizonte delante de sí que el presupuesto de cada país.

De aquí la empleomanía, verdadera llaga que corroe las entrañas de las antiguas naciones y hasta dificulta y entorpece su desarrollo político; de aquí el exceso de hombres de carrera, de aspirantes á empleos, de escribientes, que una vez apurados todos sus recursos, cuando ya no pueden ocultar el hambre que los persigue, creyendo que en su país se deshonrarían emprendiendo un negocio ó dededicándose á un trabajo cualquiera, se lanzan por esos mundos quejándose de su país y de su suerte, dispuestos á todo aúnque incapaces de nada, y en realidad con la cabeza llena de ilusiones, soñando volver muy pronto con un tesoro para confundir á los envidiosos que en la ciudad ó en el pueblo de su origen se burlaban de su pobreza.

El fenómeno es raro y no es fácil esplicárselo: pero es lo cierto que ideas mas exageradas y conceptos mas falsos tienen del país á que se dirigen, supongamos á la

República Argentina, las personas de alguna ilustración, que los pobres inmigrantes analfabetos, que por pri mera vez se alejan llorando del campanario de su apartada aldea.

Será, quizás, porque los unos vienen sin haber leído nada,sin haber recibido informes, sin tener ideas preconcebidas, mientras los otros han leido las descripciones exageradas de algunos libros, los artículos y las opiniones denigrantes de algunos periódicos, han recibido los informes que hace circular el gobierno argentino, y que, como siempre, van donde no deben, si es que van á alguna parte, es decir, llegan á las manos de aquellos que no deben recibirlos y que se debería tener interés en que no los recibieran. De todas maneras aúnque esos ú otros informes son precisos, esas gentes que no los creen por su procedencia ó porqué no concuerdan con los de otras publicaciones, ó porque ya tenían otras ideas dintintas, es lo cierto, que dejan correr su imaginación, los comentan á su antojo, traen ideas completamente reñidas con la verdad y la realidad, y lo que es peor basan sobre ellas, á pesar de su disposición á todo, sus cálculos y sus proyectos.

Sean esas ú otras causas, que para indagarlas todas sería preciso hacer un estudio qne ahora no interesa, ello es, que las gentes ilustradas llegan con ilusiones que no turban el sueño de los verdaderos inmigrantes, y esto hace que sean mayores sus desengaños, mas grande la antipatía que luego cobran á un país, que ha tenido la desgracia de no estar hecho como á ellos les plugo imaginárselo y que ha cometido la torpeza de no procurarles el tesoro que necesitaban y anhelaban.

Si se tratase de escoger entre la inmigración alfabeta ó analfabeta igualmente útil para el trabajo; la elección no podía ser dudosa; pero si se tratase de escoger entre la inmigración analfabeta útil para el trabajo y la inmigración

literata á que me refiero en los párrafos anteriones, escogería la primera.

Estoy muy lejos de creer que todos los hombres de letras que se echan por el mundo con el plausible propósito de mejorar ó cambiar su suerte, son aventureros á lo Quijote, con antecedentes dudosos, facultades escasas, fuerzas y energías insuficientes para luchar en su país ó en cualquier otro de Europa: no creo eso, porque esa creencia sería una negación de la historia humana, que nos muestra como circunstancias incidentales, pequeñas causas, han revelado á veces la existencia de genios desconocidos ó dádoles rumbos diametralmente opuestos, permitiendo suponer que otros muchos genios habrán permanecido ignorados por no encontrar en el curso de su vida la combinación, la ayuda de esas pequeñas causas é incidencias.

Los jóvenes, sobre todo, aún muchos de los que sienten arder en su cerebro el fuego de las ideas creadoras, dudan, vacilan, ensayan, se extravían, van errantes, escudriñan, como el marino sin brújula, el horizonte, buscando la estrella que los guíe, y no la hallan, corren de un lado para otro impacientes y dominados por un malestar indefinible, describen, como los insectos alrededor de la luz que los atrae, como la abeja alrededor de las flores que busca, largos rodeos alrededor de su verdadero centro de atracción hasta sucumbir ó encontrarle y erguirse en él con un vigor que sus antecedentes y su vida anterior no habrían permitido sospechar.

Muchos y elocuentes ejemplos podría presentar; pero básteme recordar que el brillante literato Piero Maroncelli, el infortunado amigo de Silvio Pellico, por las vicisitudes de su vida abondonó las letras y murió en Nueva York dando lecciones de música; que Garibaldi no fué mas que un distinguido oficial, un heróico aventurero y un negociante aventurero también, hasta su vejez,

antes de ser el héroe de la independencia italiana: que Alberto Mario y Clémenceau dieron lecciones en los Estados Unidos para ganarse el sustento; y sin ir mas lejos hallaríamos en las Repúblicas del Plata ejemplos que darían fuerza á nuestra observación.

Pero estas son excepciones que no desvirtúan gran cosa los efectos de la regla; y la regla puede establecerse diciendo que la inmigración intelectual no es profícua en primer lugar para los inmigrantes mismos, y en segundo lugar para el país que la recibe, porque suele tener poca ó ninguna aplicación en él.

Inútil es demostrar que no obstante los firmes propósitos que habían hecho de «hacer de todo», sin tener los hábitos del trabajo ni el cuerpo hecho á resistir las fatigas, lo primero que buscan es un empleo; y si no lo encuentran, como suele suceder, á pesar de mil súplicas y humillaciones, se amoldan por fuerza y como último y perentorio recurso á trabajar, buscando las ocupaciones menos pesadas y menos gravosas. He visto á condes y marqueses, verdaderos ó postizos, convertidos en soldados enganchados, en sirvientes, en mozos de café y en peones de cocina, causando á un tiempo risa y compasión á aquellos á quienes pretendían interesar y conmover por su aflictiva situación presente, con recordar esplendores pasados y títulos nobiliarios, que cometían la torpeza de no apearse al llegar á estos países poco amigos de títulos, y sobre todo al tener la seguridad de que resultarían como un escarnio de su miseria y de su desgracia.

Los sufrimientos de los que habiendo hecho algunos estudios y pasado su vida en ocupaciones sedentarias, tienen que dedicarse de improviso á rudas faenas manuales, son indescriptibles. Poco son los que se resignan y afrontan con entereza las persecuciones de su hado adverso; los mas fuertes resisten hasta reunir una pequeña suma

y con ella, ó aprovechando cualquiera otra circunstancia favorable, dan otro rumbo á sus ideas y á su porvenir, emprenden negocios, hacen lo que en su patria consideraban desdoroso, y á estos menos mal, porque al fin y al cabo llegan á ser útiles á sí mismos y á los demás, y no quedará de sus errores mas que el recuerdo de las penalidades por ellos mismos sufridas. Pero muchos acaban por regresar, maldiciendo, criticando, odiando al país que no ha sabido enriquecerlos, hacen mala atmósfera en Europa y perjudican á países cuyo caracter, necesidades y modo de ser no han comprendido.

Pero supongamos que la suerte les es favorable, que encuentran ocupaciones mas adecuadas á su educación y antecedentes y logran pescar un empleo público ó particular, cosa algo difícil, si se atiende á que en cuanto á aficiones empleómanas y carreras profesionales, á lo menos de derecho, no tardará mucho este país en alcanzar á los países mas antíguos, y mas difícil aún si los que llegan ignoran la lengua, como les sucede á casi todos los que no son españoles: no por eso serán menores los perjuicios.

Ante todo aumentarán la falange ya numerosa de los postulantes, de los presupuestívoros, de los pretendientes á empleos, es decir de los que están reñidos con la viril actividad que caracteriza estos tiempos, darán el menor producto posible de su capacidad y aptitudes, prefiriendo al movimiento progresivo, al trabajo constante y fecundo, las dulzuras del *dolce far niente* ó del trabajo cómodo, y facil. Luego esto no realizará tampoco sus ilusiones, no compensará sus desengaños, ni la ausencia de la patria, de las personas y de los lugares en que depositaron sus afectos, por mas que hubiesen creido en un momento de desesperación poder olvidarlo todo.

Es un hecho innegable que mejor se aclimatan en país extraño los trabajadores, que los hombres de poca ó mucha ilustración. Los primeros, por lo común, no conocen la

historia, las glorias, las bellezas de su patria, y mas que á ellas están pegados á sus costumbres, á los lugares donde han crecido, al campo que han cultivado, á las personas que han tratado toda la vida, á los instrumentos que han manejado; hay algo en ellos de las aficiones del gato.

Si se ausentan con sus familias lloran y lamentan la pérdida de todo aquello que constituía su pequeño mundo, su pequeño horizonte, fuera del cual no había para ellos nada bueno, ni les importaba lo que ocurriera; pero si en otra parte y en mejores condiciones encuentran todo lo que puede compensarlos de la pérdida que han sufrido cobrarán el mismo afecto á las personas que los han acompañado en su infortunio y con ellos sucesivamente han mejorado de suerte, á la casa que ellos mismos se han levantado, al campo que han regado con el sudor de su frente, al taller que han visto mejorar día á día, á los lugares que les han sido mas propicios, y donde si mucho han trabajado, lo han hecho con placer por el mayor rendimiento que obtenían. No olvidan su antigua tierra y siempre les queda cierto vago deseo de volver á ella; pero ya sin propósitos decididos de realizar tal deseo y en el fondo contentos y resignados con su nueva residencia y su nueva patria.

No sucede lo mismo con los que tienen poca ó mucha educación é instrucción; en estos están mas arraigados los mismos afectos que en aquellos, y además conocen la historia de su país, se han entusiasmado con sus glorias, sus bellezas sus grandes hombres, se han encarnado con el espíritu y las corrientes predominantes en la época en que han vivido, y en vez de olvidarle, como se proponian y creían poder hacerlo cuando la desesperación ofuscaba su entendimiento, agrándanse con la distancia los afectos y los sentimientos que, sin saberlo, abrigaban y poseían, no encuentran nada bueno fuera de su patria, y como tienen mayor capacidad para observar y conocen lo que aque-

llos ignoran, toman á cada momento sus instituciones como término de comparación para denigrar ó demostrar el atraso de las de otros países, convirtiendose en críticos perpétuos, que naturalmente irritan á los que no quisieran ser denigrados, ni postergados.

Con fortuna ó sin ella, acaban por regresar la mayor parte de ellos; y á pesar de encontrarse en mejor aptitud para hacer justicia al país que los ha hospedado, no son los que mas suelen favorecerle en sus juicios.

Desde luego, no entiendo incluir en esta clase de inmigración intelectual á la que á la instrucción reune las experienciay las aptitudes industriales ó viene con fines prácticos, positivos, con pleno conocimiento del nuevo ambiente, sin ilusiones, con fondos ó medios para dedicarse á expeculaciones y explotaciones industriales, comerciales ó agrícolas. Esta inmigración, arraiguese ó no en el país, será siempre la mejor, será la inmigración por excelencia.

Por lo que concierne á la República Argentina, no puede decirse que la inmigración intelectual aventurera haya asumido proporciones que deban causar alarma.

He visto, sí, á condes, barones, marqueses, dedicados á las ocupaciones mas bajas, desempeñando humildísimos empleos y excitando con su petulancia y sus títulos las burlas de sus mismos compatriotas, porque la prudencia y el mas vulgar buen sentido aconsejarían ocultar y no ostentar en tales trances, honores que estorban y resultan un escarnio.

He visto á comisionados de los gobiernos, viajeros, hombres de ciencia y literatos, venir, al parecer, con grandes propósitos, con elevadísimas misiones, y de la noche á la mañana convertirse en inmigrantes industriosos, en aduladores de los que mandan, para explotar la facilidad con que estos suelen administrar y repartir lo que no es suyo, y acabar por pedir empleos, concesiones de tierras, de

empresas, de cualquier cosa que pudiera procurarles alguna ganancia.

He visto á jóvenes inteligentes, que han hecho fortuna elogiando á los poderosos, arrimándose siempre al sol que mas alumbra, retractándose y cambiando de opinión cuantas veces lo han juzgado conveniente á su bolsa, lo cual no ha sido un obstáculo para que se hablase después de su respetabilidad y consecuencia, ni para que algunos tomasen en cuenta sus opiniones como si se tratase de personas de alta autoridad moral. He visto á hombres ilustrados, que habían ocupado,—según ellos,—importantes puestos y posiciones en su patría, y que venían ostentando méritos y condecoraciones, desmentir con su capacidad y su conducta el favorable concepto que de ellos se concibiera y resultar luego, por informes de compatriotas, que eran en su país unos seres desvalidos, á los que la misería, las deudas ó alguna causa criminal habían obligado á huir.

He visto, por fin, á hombres de todas las edades y condiciones, sin carrera ó con algunos estudios, arrojados por las propias ilusiones ó por los furiosos embates del destino sobre estas playas, donde en vez de encontrar el anhelado y necesario reposo, han tenido que emprender una nueva y para ellos mas dolorosa lucha, amoldarse á trabajos que abatían su ánimo y quebrantaban sus débiles fuerzas, aguzar su ingenio en lo que les era desconocido, después de recorrer toda la escala humillante y desesperante de las recomendaciones, ó cometer bajezas y adulaciones que repugnaban, quizás, á su caracter y hacían contraste con sus antecedentes.

Y aúnque no lo he visto, supongo cuantos dolores se habrán sufrido en la sombra, cuantas luchas se habrán empeñado, cuantas lágrimas se habrán vertido por los que sin menor inteligencia, ni menor preparación que los otros, han venido oscuramente, sin traer siquiera el talismán ilusorio de una carta de recomendación, y se han confun-

dido con la febril é inmensa vida de las masas, donde las desdichas individuales no son mas que partículas de un gran cuerpo que no logra imponerse á la atención general, sino cuando por su fuerza y desarrollo puede amenazar á los demás, como los pequeños insectos no llaman la atención del labrador hasta que se convierten en plagas devastadoras de las cosechas.

Esos inmigrantes llevan en sí mismos la expiación de sus faltas. Tal inmigración que no acrecienta el capital del trabajo y que va siendo cada día mas considerable, resulta esteril y muchas veces perjudicial, no al país que la recibe, que al fin y al cabo obligándola al trabajo viene á á ser beneficiado, sino en primer lugar á los inmigrantes mismos y después á la inmigración verdadera, cuya laboriosidad y buen concepto sufren menoscabo por los acto y bajezas que aquellos cometen y por los espectáculos poco edificantes que dan para vivir de cualquier modo sin doblegarse á faenas para las cuales no tienen resistencia ni aptitudes.



EUROPA Y AMÉRICA

I

ERRORES, OPINIONES, CONTRASTES

Algunos pueblos y estados de América, nuevos astros que brillan con luz vivísima y propia en el mundo civilizado, llaman desde hace años la atención de la Europa y son objeto de estudio y curiosidad, cuando no de inquietudes y preocupaciones.

Cantan los poetas la grandeza de los paisajes americanos y la imponente magestad de la naturaleza; reseñan los historiadores las hazañas homéricas mas dignas de ser cantadas é inmortalizadas en maravillosas epopeyas que la guerra de Troya, la fundación de Roma, las empresas de los cruzados y la navegación en el mar de las Indias; recorren los viajeros-literatos una y otra región en busca de impresiones nuevas, de costumbres originales y raras que den á sus cuadros el aliciente y la variedad que ya no encuentran en las escenas del mundo antiguo, mil veces reproducidas y representadas bajo todas las formas imaginables por mil escritores de inspiración y de talento; asómbranse los estadistas y los políticos, viendo resolverse naturalmente la cuestion discutidísima y complicada de las formas de gobierno, á una con otros problemas árduos, que tanto

preocupan á los hombres mas eminentes; observan los filósofos las evoluciones y los progresos para averiguar las leyes á que obedecen y descubrir el contingente de luz que pueden traer al difícil estudio y á la mas aún difícil explicación de los fenómenos sociales; y miran con recelo los productores y los industriales europeos el crecimiento asombroso de la producción americana, previendo ya, á la vista de los barcos que arriban á sus puertos cargados de mercaderías, y al anuncio de las explotaciones, cuya magnitud les asombra, que no solo irán perdiendo paulatinamente un importantísimo mercado de exportación y de consumo, sino que habrán de sufrir las consecuencias ruinosas de una competencia insostenible.

Es una preocupación general que tiene su origen, no ya en las descripciones pintorescas ó fantásticas que se han hecho sobre la inmensidad de las llanuras, la grandiosidad de los ríos, la elevación colosal de las montañas, los bosques extensos poblados por animales de rara ó desconocida especie, ni en las noticias exageradas ó falsas que se han propalado sobre la insalubridad de los climas, el atraso de los habitantes, y sus extrañas costumbres, y sus perversos instintos, y sus luchas y rivalidades incesantes, sino que deriva de las noticias verídicas de los campos que se cultivan, de las fábricas que se levantan, de las industrias que se fundan, de los inventos que se hacen, de los progresos que se realizan, de las ciudades que se improvisan y de la población que se multiplica.

Ya no son las descripciones de los *touristes* ó las relaciones de los literatos y hombres estudiosos, siempre mas ó menos parciales, las que atraviesan el Atlántico para dar á la Europa una idea todavía incompleta de la vida americana; son los productos del suelo y de la industria, esos libros vivos del trabajo, de la riqueza y de la actividad de los pueblos; es la fama de los estadistas, de los oradores, de los literatos, de los hombres de ciencia; es el mismo eco



estruendoso de aquella vida, llena de contrastes y contradicciones, lo que llega todos los días á los puertos europeos aprisionado en las hojas de la prensa periódica, que así vulgariza las ideas, como sirve de vehículo á los hechos; son los informes minuciosos y exactos de todas las manifestaciones individuales y colectivas, que se propalan con la rapidez que permiten los adelantos modernos.

Así no es de extrañar que los libros se sucedan á los libros y los folletos á los folletos; pero como no suele tenerse en cuenta la diversidad del ambiente y quiere aplicarse á sociedades nacientes el mismo criterio con que se juzgan las sociedades antiguas, los errores se suceden á los errores y las exageraciones á las exageraciones.

Nada mas difícil que formular juicios sobre algunos pueblos americanos, cuyo desarrollo y cuyos progresos parecen una negación ó una excepción de las leyes con que se explica el desenvolvimienro de otros pueblos.

Breve el pasado, instable é incierto el presente, necesítase una rara penetración para adivinar el porvenir á través del inmenso trabajo, del extraordinario movimiento con que se elaboran y preparan, frecuentemente por medios torcidos, en forma extraña é inexplicable, los elementos que han de dar á ese porvenir esplendor y solidez.

En Europa no es difícil hallar una explicación lógica de todos los hechos aplicando sabiamente las numerosas enseñanzas de lo pasado y observando y estudiando las claras y bien definidas manifestaciones del presente. Historía, costumbres, ambiente, monumentos, carácter y tendencias de los pueblos, todo facilita esa explicación, y da indicios seguros para formular acertados juicios.

Miles de estátuas y monumentos, millones de cuadros y columnas, á una con la naturaleza mas pintoresca y los paisajes mas encantadores que hayan podido ensalzar los poetas y representar los artistas, explican el florecimiento de las artes en Italia, así como su literatura, su historía y el

diverso origen de las poblaciones explican su juventud eterna, el vigor de ese pueblo, dos veces caido, al parecer, mortalmente, y por tercera vez levantado con nuevas fuerzas y nuevos bríos; por el genio de la filosofía y los rasgos característicos de la raza se explican la nueva vida y el nuevo esplendor de Alemania; por la universalidad de su literatura, por la influencia benéfica de sus revoluciones, por la amalgama de su caracter, por las grandiosas generaciones de talentos que la han ilustrado y por el mismo espíritu, ligero, versatil, voluble de sus poblaciones, se explican los rápidos cambios, los sacudimientos, los errores, los desengaños, las crísis y las exageraciones de la Francia contemporánea; por el genio de la libertad y los adelantos y el desarrollo de la industría se explica la prosperidad de Inglaterra y la perdurabilidad de su poderío; por los errores de las dinastías decrépitas, por su idealismo reñido con el positivismo utilitario y práctico de estos tiempos, se explican el decaimiento y la relativa postración de España; y hasta se explica el atraso de la Rusia por su situación, por la influencia secular de los poderes despóticos, por el espíritu militar de las poblaciones intencionalmente sostenido y fomentado por los czares; se explica la decadencia de Turquía y de muchos pueblos asiáticos y europeos por la enervación de razas vigorosas, por la intransigencia de las religiones ó por las escasas relaciones con los grandes é inextinguibles focos de la civilización: pero ¿como explicar el desarrollo rápido de algunos pueblos americanos y el atraso de algunos otros? ¿Qué hechos, qué signos, qué indicios pueden justificar su estado presente, ni servir de base para discurrir sobre sus futuros destinos?

No ciertamente su historia, que iniciándose entre los fulgores y las grandezas del heroismo y decayendo después entre las tinieblas y los horrores de las guerras civiles no ofrece todavía esa continuídad de sucesos que

permiten juzgar de las debilidades ó energías, tendencias ó aspiraciones de una raza ó de un pueblo; no ciertamente su naturaleza, cuyos bosques vírgenes y cuyas despobladas y uniformes llanuras lo mismo podrían tomarse por inmensos sudarios que cubren las cenizas de grandes pueblos extinguidos, como las llanuras asiáticas, que por tierras privilegiadas, de las cuales un poder invisible parece haber apartado todo peligro y todo obstáculo para que acudan sin temor los pueblos á cultivarlas y habitarlas; no ciertamente sus tradiciones, que no existen, ni sus costumbres, que no están hechas, ni la organización, ni el modo de ser actual de cada nación, en pugna con sus antecedentes y sus leyes, ni las manifestaciones todas de su vida, llena de contradicciones y contrastes, de progresos que admiran y de procederes que sorprenden.

Es preciso, para orientarse en medio de ese caos, para explicar con acierto los sucesos presentes y formular sobre el futuro juicios que los hechos reales no desmientan á cada paso, no atenerse á las apariencias y á los resultados, sinó examinar cada cosa separadamente, observar y sacar provecho hasta de lo mas insignificante, deducir los razonamientos, no del conjunto de la vida de cada pueblo sino de cada una de las manifestaciones que concurren á formar esa vida, para explicar con los excesos y las claridades de la una las deficiencias y las oscuridades que se notan en la otra. Es preciso fijarse en los hechos aislados, utilizar y combinar los elementos dispersos como el industrial que llega á formar un solo producto con la mezcla y combinación de mil productos diferentes, ó el sabio que observando la oscilación de una lámpara, la caida de una manzana, ú otros fenómenos inútiles y estériles para los demás, descubre las verdades eternas y sorprende el secreto de los grandes inventos.

Y esa observación minuciosa no es posible sin un conocimiento exacto de todos los resortes que entran en

el movimiento, en la vida, en las manifestaciones diarias de cada sociedad ó de cada pueblo, como no es posible manejar una máquina sin conocer por completo su mecanismo.

Todos los sucesos, todas las acciones humanas, sean individuales ó colectivas, ejercen una influencia directa que todos fácilmente comprenden y se explican, y una influencia indirecta, sujeta á interpretaciones varias, porque no se explica sin indagaciones ó estudios que pueden ser mas ó menos acertados, mas ó menos profundos. Hay en todos los hechos una parte clarísima y perceptible á simple vista, y una parte oscura, confusa, que aún los hombres mas inteligentes solo alcanzan á ver en determinados momentos, tras largas y pacienzudas observaciones y con el auxilio de circunstancias determinadas.

Esa influencia indirecta y esa parte comunmente invisible de las cosas humanas constituyen lo que podríamos llamar la esencia de las cosas mismas, ese algo que flota en la atmósfera de cada país y que no se adquiere en lecturas y en estudios, y mucho menos en breves y rápidos viajes, en los que apenas si es posible compensar la poca intensidad de las observaciones con su abundancia y variedad. En los viajes todo pasa como en visiones risueñas, todo suele aparecer vago, indeciso, fantástico, poético, como los árboles, las plantas, las casas, los objetos, los animales y las personas que aparecen á lo largo de una vía férrea y que se contemplan desde un tren que pasa á su lado como una flecha. Hé aquí porque muchos libros de viajes gustan y deleitan, pero no persuaden ni enseñan.

Esa esencia de las cosas es preciso absorberla en el ambiente mismo donde se cierne. Para penetrar ciertos detalles de la vida de un hombre ó de la vida de un pueblo es preciso mezclarse, confundirse con esa vida,

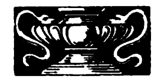
sorprenderla, observarla, estudiarla de cerca en todos los momentos en que puede presentarse bajo un aspecto diferente.

Esto explica como hombres de preclaro entendimiento, hablando de países extraños, aún después de haberlos recorrido, incurren frecuentemente en errores, de detalle si se quiere, pero errores al fin, en que no incurriría ningún palurdo nacido ó crecido en el país mismo; y esto explica los errores y las exageraciones en que incurren los publicistas europeos respecto de América, según decimos anteriormente.

Si á tales consideraciones se agrega el funesto empeño en que persisten muchos de aplicar á sociedades nuevas y con organismos especiales las ideas adquiridas en un medio social completamente distinto, ya no podrá extrañarse que hayan resultado y resulten á cada momento burlados cálculos tenidos por exactos y desmentidos anuncios y pronósticos que parecían infalibles.

Se dijo hace muchos años que la América no tardaría en cubrirse de imperios y monarquías, y la forma republicana se ha consolidado y arraigado en los dos continentes, con excepción del Brasil, encarnándose la idea de su bondad en la conciencia de los pueblos, á pesar de los tiranuelos que, hollando todas las libertades, parecían empeñados en hacer creer lo contrario; se pronosticó el rompimiento de la Union Norte-americana á causa de la guerra de secesión, se profetizaron mil calamidades por los gastos inmensos y los sacrificios enormes de aquella guerra, y la unión se mantuvo, y causó universal asombro la facilidad con que se borraron los rastros de la guerra y la rapidez con que avanzó la gran república en el camino de su prosperidad y desarrollo; se anunció al estallar la guerra de Méjico, la derrota de los republicanos y el establecimiento seguro de un imperio en aquel país, y Maximiliano descontó en el cadalso su creencia en error tan

funestísimo y la república mejicana, aúnque no tan enérgica y valerosa en las luchas de la paz como en los combates de la guerra, se va paulatinamente rehaciendo de los perjuicios traidos por aquella campaña tan vergonzosa para los reyes.



II

ASPECTOS PESIMISTAS DE LA VIDA AMERICANA

No se explica, no, con el criterio formado en el continente de los poderes históricos, donde tanto influye el pasado, la vida de las naciones de América, donde es preciso mirar, sobre todo, al porvenir y contar con él. Imposible formular juicios certeros é imparciales en las cosas cuando se quiere sugetarlas á un criterio preconcebido.

Aún los que á las ideas recibidas á la sombra de antíguas é imponentes ruinas hemos inoculado la sávia fecunda de nuevas y mas libres ideas; aún los que hemos podido ensanchar en largos viajes los horizontes de nuestra mente y reconocer lo perjudicial de ciertas opiniones y de ciertas creencias; aún los que nos creemos libres de influencias determinadas y en condición, por consiguiente, de apreciar los hechos é inquirir, hasta donde nuestra capacidad lo permite, su verdadera filosofía, solemos, tras larga residencia y atenta observación en este vasto escenario del Nuevo Mundo, sufrir decepciones y desengaños.

A raiz de una revolución desgraciada, cuando vencidos los mayores obtáculos, amordazada la prensa, atemorizados los enemigos, regimentadas, como peloton de reclutas, las cámaras, numeroso y propicio el ejército, desalentados

los opositores, aniquilado el país, todo parecía sonreir á Maximo Santos, no habríamos ciertamente previsto, ni aún despues del atentado, que había de abandonar su puesto por enfermedad, por temor ó por astucia, como él mismo no pudo prever que sus artimañas, sus ficciones y sus veleidades liberales, estudiadas, sin duda, para perpetuarse mejor en el poder, habían de convertirse en ara expiatoria de sus crímenes, como la guerra de 1870, apresurada para afrontar y desvanecer los inminentes peligros de una crisis política, fué la tumba del poder napoleónico.

Y mucho menos habríamos previsto que el mismo que había sido y habíamos considerado como el general Germánico de ese nuevo y pequeño Tiberio, anteponiendo como el antiguo Bruto, la voz de la conciencia á la voz de la amistad, se encargaría de infligir el debido castigo al que había hollado los derechos y las libertades del pueblo, se encargaría de hacer á este pueblo justicia, esa justicia que llega tarde á veces, pero siempre llega para los gobernantes que olvidan sus deberes y consideran á los pueblos como rebaños, cuyas necesidades y quejas deben aquietarse con tropas y bayonetas, como se aquietan y encarrilan con perros y cayados las ovejas.

Los que elevados por las circunstancias, por aberraciones momentáneas de las masas ó por malas artes á la gobernación de los pueblos, siembran á su paso por los altos puestos maldiciones, dolores ú odios, si no cambian á tiempo y no procuran hacer olvidar su maldad y sus faltas, solo odios, dolores, y maldiciones recogen.

No habríamos previsto todo esto, y ahora mismo cuéstanos trabajo creer que no sea ficticio el extraordinario movimiento de capitales, empresas y ganancias fabulosas que desde hace dos ó tres años se observa en la República Argentina. Parécenos difícil que las especulaciones bursátiles y bancarias, la ligereza de los gobernantes,

los pocos escrúpulos de muchos hombres públicos, las fortunas improvisadas, como por arte de magia, sin que se vea el esfuerzo laborioso ó la ruina de otras fortunas que puedan justificarlas, la propiedad raíz doblando ó quintuplicando sus precios de la noche á la mañana dentro y fuera de los lugares poblados, los ferrocarriles buscando los desiertos, las empresas todas repartiendo dividendos y decantando ganancias que podrían figurar en novelas; todos estos y otros fenómenos que se observan, parécenos dificil no hayan de traer una crisis profunda, que al encauzar y encerrar de golpe en límites mas equitativos todo ese movimiento, deje á todos maltrechos, como deja el río, cuando se retira á su lecho después de un desborde, anegados los campos, destruidas las mieses, en ruina las viviendas, derribados los árboles.

Acostumbrados á ver en Europa como se procede en todo lentamente, como no se adelanta un pié sin tener una base segura de apoyo para el otro, como no se producen ó á lo menos se combaten y se evitan en lo posible las transiciones bruscas, nos resistimos á creer en la solidez de esos movimientos que por la rapidez y magnitud de su desarrollo parecen anunciar desequilibrios entre algunas fuerzas sociales, como nos resistiríamos á creer que de repente un niño pueda convertirse en hombre ó un arbusto en arbol.

Quedámonos asombrados, á veces, observando como las noticias y los rumores mas graves apenas causan en las bolsas de los países directamente interesados un quebranto de uno ó dos por ciento en los fondos públicos, mientras las mismas noticias y rumores causan en las bolsas de los países americanos, donde apenas si puede alcanzar á veces la influencia de los hechos que las noticias denuncian, un quebranto de siete y ocho por ciento.

Y sin embargo esa crísis temida y anunciada, la esperan

inútilmente desde hace dos años y tal vez seguirán esperándola aún por mucho tiempo hasta desengañarse y rendirse á la realidad, los menos confiados y los poco expertos en las cosas y en el modo de ser de los países americanos.

Si hubiésemos de aplicar á estos el criterio con que se aprecian generalmente las manifestaciones todas de la vida europea, desesperaríamos de su porvenir, en el que tenemos, por lo contrario, toda la fé y toda la confianza.

Porque, realmente, ¿qué se observa en todas las naciones americanas, sin excepción puede decirse,—consideradas desde un punto de vista especial, en alguno de sus aspectos?

Achicamiento incomprensible de todos los hombres que llegan á los primeros puestos; presidentes que se arrogan los mismos poderes omnímodos de los monarcas; gobiernos sin escrúpulos y hombres sin caracter ni amor propio, que invierten las reglas de la moral, menosprecian públicamente al pueblo y no temen venderse por treinta dineros, como Judas; mayorías serviles en los parlamentos, merecedoras de la calificación que infirió Bonaparte al consejo de los Quinientos y Cromwell á los parlamentos ingleses de su época; afán desmesurado de riquezas adquiridas á toda costa y por todos los medios; aumento incesante y asustador de las deudas nacionales; negociaciones financieras y celebración de contratos en que algunos estados hacen cesión vergonzosa de grandes intereses y suscriben vinculaciones abusivas é ilícitas de sagrados derechos, mientras otros dan prueba, á lo menos, de escasa previsión ó ligereza; elecciones hechas, no al amparo de los derechos del ciudadano, sinó al amparo de las bayonetas; el militarismo en naciones de escaso ejército influyendo en la política mucho mas que en las naciones armadas hasta los dientes: esto es lo

que se observa ya en una, ya en otra de las naciones del Centro ó de Sud-América.

Agréguese, como coronación de todo esto, un relajamiento inconcebible en las ideas, en las acciones que hace tachar la honradez y la consecuencia, de ridiculeces y cosas fútiles como en las sociedades corrompidas; agréguese la falta de fé, de entusiasmo, de nobles aspiraciones, de grandes alientos, de elevados ideales, falta extraña en pueblos entrados ayer en la vida; agréguese el poco estímulo para merecer bien de la patria y acreditarse en la opinión por medio del sacrificio y de las grandes virtudes, que tanto estimaban aquellos intachables varones que ilustraron las primeras épocas de Grecia y Roma y aún de algunas repúblicas americanas y de algunas naciones europeas modernas; agréguese que los próceres ilustres aún vivientes están arrinconados en algunos países como antiguallas ó curiosidades de museo: agréguese que los hombres sin talentos y sin méritos son elevados á la altura de grandes hombres y como tales adulados; agréguese en fin que los presidentes de las repúblicas, ya sea consecuencia, ya sea explotación de ese estado de cosas, ya sea — y esto es mas seguro, como también mas culpable y mas ruín— que aprovechando los elementos y las influencias de su situación, contribuyan á ese estado, lo fomenten y procuren sostenerlo, designándose unos á otros, haciendo elecciones por pura fórmula, como en la edad media, en las épocas en que las monarquías aún no eran completamente hereditarias, designaban los monarcas de Aragon, de Suecia y de otros países á sus sucesores; agréguese todo esto y se verá que no es muy halagüeño el cuadro que presenta la vida americana, considerada en algunos de sus aspectos.

Las constituciones liberalísimas que se ha dado cada país, desempeñan el mismo papel que esos grandes códigos y libros antiguos, que todo lo dicen para los que necesitan

probar algo ó creen honrarse sugetándose á sus preceptos, y de nada sirven para la gran mayoría. Letra muerta cuando estorban á los que han de cumplirla—y suelen estorbar con frecuencia—acuden á ella los mismos gobernantes cuando quieren hacer méritos ó probrar algo que no entra en sus propósitos permitir ó conceder. En vez de luz permanente y vivificante que debiera iluminar siempre la política de cada pueblo, se parecen así las constituciones á esos fuegos de artificios que brillan en el aire y desaparecen, ó bien á esas iluminaciones aparatosas que se hacen en ciertas circunstancias y solo duran algunas horas.

Y así como las constituciones liberales no estorban á los gobiernos poco escrupulosos, ni impiden los abusos, la forma republicana no impide las dictaduras disfrazadas, y las tiranias encubiertas, que guardando ciertas formas, respetando ciertas libertades y ajustándose en ciertas cosas á los preceptos legales, dilapidan suavemente á los pueblos y son tan perjudiciales ó acaso mas que las dictaduras y tiranías declaradas, que si bien hacen mayor daño provocan con sus procedimientos mas rápidas, mas tenaces y mas invencibles resistencias.

En la misma gran república norte-americana, tan decantada por los publicistas todos de ambos mundos ¿no vemos acaso una corrupción solo comparable por su magnitud á la inmensidad del país que la cobija?

¿No vemos un positivismo exagerado que excluye toda pasión noble y generosa, un egoismo que se burla de los mejores sentimientos, autoridades venales que se ofrecen al mejor postor, ciudadanos que ponen á subasta sus votos, legislaturas nacionales irritadas por la honradez y la probidad del primer magistrado? ¿No vemos por doquier vicios, corrupción, lujo desenfrenado, pasiones sórdidas, intereses bastardos, preocupaciones de raza y

de castas, masas obreras que protestan y millonarios que derrochan locamente?

Pero en cambio, ¿qué se observa mirando las cosas desde otro punto de vista y bajo otro aspecto?

El cuadro es completamente distinto, y merece ser bosquejado en capítulo á parte.



III

ASPECTOS OPTIMISTAS

¡Cuan grata impresión se recibe al espaciar la vista por el cielo sin nubes! ¡Cuantas bellezas presenta, cuantas esperanzas infunde la vida, si puede contemplarse sin las llagas y las miserias que la afean!

Un aire purísimo y fresco sopla por encima de los focos infecciosos anidados en algunas instituciones y en algunos hombres y nos permite respirar mas libremente, destruyendo en parte los funestos efectos de los efluvios miasmáticos que de aquellos focos emanan. Es el aire fortificante del trabajo y de la libertad. El nos invita á dirigir nuestro alrededor miradas mas alegres y mas tranquilas.

Los mismos que se hallan bien entre los miasmas, como los gusanos entre la podredumbre, necesitan de vez en cuando saturarse de ese aire para prolongar su existencia, necesitan refrescar sus pulmones con un oxígeno mas puro. Algún día irritándose y soplando mas fuerte, ese viento bienhechor arrebatará en su corriente todos los miasmas, no dejará rastros de los focos infecciosos; mientras tanto, su influencia saludable es grande y manifiesta.

Al lado de los gobiernos que derrochan, vemos los

pueblos que producen; al lado de los hombres que adulan, los hombres que levantan su frente; al lado de las medianías infatuadas, los patricios, ilustres que en el gobierno como Cleveland, ó fuera de él, como Mitre, aún arrancan aplausos y despiertan entusiasmos con sus actos ó sus palabras; al lado de la corrupción moral, que aniquila los sentimientos y solo persigue las riquezas y los placeres, el trabajo honrado que labra su porvenir por medio de la constancia, del ahorro y de la virtud.

Se suprimen algunas líbertades, pero la influencia benéfica de algunas otras que totalmente se tienen que respetar basta para resistir y atenuar los perniciosos efectos de aquella supresión; gastan los gobiernos sin previsión y administran sin acierto, pero son tan grandes los recursos y la vitalidad de algunos países que pueden resistir, en una medida muy amplia, los despilfarros y los errrores.

En las mismas repúblicas donde el sistema federal de gobierno viene á ser en la práctica unitario, porque los presidentes se designan unos á otros preparándose mutuamente el triunfo; aún allí donde se ínfringen leyes y se violan derechos, hay libertad de prensa, de reunión, de palabra, libertad en todos los actos civiles; y si bien esta libertad solo produce todos sus frutos cuando se completa con la libertad política, aún sin esta los produce bastantes para permitir el desarrollo y la expansión de las múltiples fuerzas que obran en el seno de cada pueblo.

Como en cada nación de Europa, hay en cada nación americana un limitado número de gentes que cifran toda su ambición en vivir del erario, ocupar los puestos públicos, enriquecerse sin trabajo; pero al lado de esa minoría tan duramente calificada por Zola, está la gran mayoría que produce, elabora, transforma, la gran masa que constituye la verdadera fuerza de cada país y que no se ocupa de los poderes públicos, está generalmente

divorciada de ellos y los tolera mientras no atropellen con todas las conveniencias, y no ultrapasen ciertos límites.

Son los pocos imponiéndose á los muchos, que dejan hacer porque ocupaciones mas urgentes é intereses mas premiosos reclaman su atención: los primeros toman esa actitud, esa indiferencia, por asentimiento ó temor, y olvidando que juegan con fuego, pasan de uno á otro abuso, hasta que los sorprenda un estallido, un cataclisma, una protesta unánime é irresistible.

En América, mas aún que en Europa, obsérvase ese divorcio entre los políticos que intrigan y explotan y el pueblo que trabaja y produce.

La agricultura, las industrias, el comercio, puestos, no por los gobiernos, sinó por las grandes riquezas naturales de cada país, en condiciones favorables de explotación, desarrollo y resistencia, reclaman todos los esfuerzos y absorben toda la atención de los industriales y productores, y sobre todo de la nueva población, que solo aspira á mejorar su suerte, y acumular dinero, y para lograrlo de nada se preocupa como no sea de trabajar, y trabajar sin descanso, con el mismo afán con que busca el naturalista especies raras ó desconocidas en el reino animal ó vegetal.

Lo cierto es que los Estados Unidos, á pesar de cierta corrupción y relajación moral han realizado y realizan asombrosos progresos materiales, de que no hay ejemplo en la historia, admirando al mundo y dejando atónitos á los pensadores mas profundos; lo cierto es que esos progresos, también se realizan en otros países americanos; lo cierto es que la forma republicana se mantiene á pesar de las dictaduras prolongadas y de las ambiciones desmedidas, en todos los países que la han adoptado; lo cierto es que en América encuentran cabida innumerables elementos sobrantes, inútiles ó perjudiciales en Europa.

Así mientras por un lado encontramos vicios, abusos, violaciones, atrasos, apuros económicos, gobiernos autoritarios, por otro lado nos salen al paso las virtudes, la honradez, la rectitud, las libertades, los progresos, la tolerancia.

Y esto en cada país, no ya en las manifestaciones individuales ó aisladas, que entonces estaría en lo humano y nada tendría de notable, sino en los actos y en las manifestaciones mas importantes de la vida colectiva.

Por doquier prosperidades y estrecheces, impulsos generosos y prematuros desalientos: por doquier las virtudes de los pueblos nacientes y los vicios de los pueblos antíguos: por doquier contrastes, confusiones, antinomias.

¿En qué consiste esto? ¿Acaso no obedece á ley ninguna el desarrollo de los pueblos americanos? ¿Acaso no existen hechos anteriores ó causas actuales que expliquen tan opuestos fenómenos?

No es posible: si en la naturaleza que nos rodea no se mueve el átomo mas imperceptible, ni se realiza la transformación mas insignificante, sin obedecer á un principio que la ciencia define; si en el mismo individuo aislado no hay acción que no se explique por una necesidad, una pasión ó un sentimiento, no puede creerse que se produzcan al azar los actos colectivos, las grandes manifestaciones sociales.

El clima, la situación geográfica, las riquezas naturales influyen en el desarrollo de cada pueblo, indican el puesto que debe ocupar entre los demás, y señalan, confusamente á veces, pero siempre de una manera perceptible el rumbo que debe seguir para cumplir sus destinos.

Si así no fuese, explíquese porqué la emigración europea, en vez de dirigirse desde un principio casi en su totalidad y expontaneamente á los Estados Unidos en la América del Norte y á las repúblicas del Plata en la América del Sud, no ha escogido otros territorios no menos

feraces y no menos extensos en ambos continentes; explíquese porque es tan lento el progreso y tan escasa la inmigración en los países americanos comprendidos en la zona tórrida; explíquese porque entre los países de la zona templada han prosperado primero los Estados Unidos mas próximos al gran foco de la civilización universal, á la vieja Europa; esplíquese porqué esa prosperidad ha sido mas rápida é infinitamente mayor en la nación que, además de recibir numerosa inmigración, traía su origen de una raza mas activa y emprendedora y de un pueblo que había destruido antes que ninguno las preocupaciones de castas y los privilegios, para sustituirlo sólidamente con una constitución en la que la igualdad de los derechos y los sagrados y fecundos principíos de libertad estaban consignados y reconocidos; explíquese, en fin, la enorme diferencia que existe entre uno y otro país de la misma zona templada y aún de la misma latitud y entre una y otra región de un mismo país,, según sus recursos ó sus mayores ó menores relaciones con los grandes centros civilizados.

Bien es verdad que el clima, la situación geográfica y las riquezas naturales pueden explicar el desarrollo, la vida material de un pueblo; mas no siempre, ni totalmente la vida moral y mucho meños la vida política.

Aquellos son elementos, digámoslo así, exteriores que influyen según su magnitud é importancia, como influyen la condición social y las rentas en la manera de vivir de un hombre. El desarrollo material de un pueblo es indiferentemente y según mas convenga centrípeto ó centrífugo, porque necesita para prosperar de elementos materiales también, como la población ó el consumo interior y la exportación ó, el consumo exterior. Y esos elcmentos los acepta donde se presentan, vengan de donde vengan. En tal sentido el comercio, las industrias, la agricultura, las riquezas materiales ejercen, en una esfera limitada y casi

definida, una acción y una influencia mas bien pasivas que activas.

Se enlazan, es cierto, con las demás instituciones de la sociedad y del estado, porque todo se enlaza en la vida, desde el invisible mícrobio que penetra en nuestro organismo y lo corrompe, obligándonos á sostener terribles combates para defendernos de sus acechanzas, hasta la inmensidad del astro, que refleja su luz sobre los planetas y los arrastra eternamente á su alrededor.

Las instituciones y los procedimientos políticos pueden, segun su naturaleza, facilitar ó poner obstáculos al desarrollo de las fuerzas vivas de un país y al fin y al cabo llegan á ser para este cuestion de vida ó muerte; pero esas fuerzas mas bien que imponer condiciones las sufren, y si las imponen es de una manera indirecta.

El modo de ser político y social de un país no se explica con el simple estudio ó conocimiento de sus recursos materiales, como la noticia de las riquezas y del prominente lugar que ocupa un individuo entre la mas encopetada aristocracia, no nos dice nada respecto á su capacidad y sus talentos. Estos y no las riquezas son, sin embargo, los que dan la medida de lo que vale un hombre, del aprecio que merece y del rango que debe ocupar, aúnque corran todavía como moneda corriente entre las sociedades mucho oropel y muchos artificios.

De la misma manera los actos todos de la vida política y de la vida moral constituyen las fuerzas verdaderas y y esencialmente activas de un pueblo, las que influyen de una manera directa en sus destinos. Todo en la política se forja y todo de la política se nutre, ha dícho un estadista; y otro estadista ha afirmado: «Dadme una buena política y os daré una buena hacienda.»

Si el desarrollo y los progresos materiales de un pueblo no dependieran en gran parte de sus instituciones políticas y de sus condiciones morales, no se explicaría la

postración de España al lado de la Francia, el atraso de Grecia, Turquía y Rusia al lado de Austria, Alemania é Italia.

Alguién deducirá, por lo que á la República Argentina se refiere, que siendo grandes los progresos, excelente ha debido ser la política; veremos esto mas adelante: conste aquí solo que excelentes son las instituciones.

Mientras tanto sabemos que los progresos materiales, no explican por si solos la vida política, ni los sentimientos, ni las condiciones morales de un pueblo: esa explicación debe buscarse en otras causas, en la historia, en la raza, y mas que todo en la composición de las poblaciones, en la capacidad, en el carácter, en las cualidades, en el modo de ser actual de los habitantes, tomados en conjunto ó por grandes agrupaciones; debe buscarse en las influencias extrañas y en las ideas nacidas en el choque, en la fusión, ó en la simple coexistencia de los múltiples y variados elementos que se han reunido en algunas naciones americanas.

Debemos averiguar algunas de estas causas para explicar algunos de los contrastes que hemos expuesto en este y en el anterior artículo.



IV

PERÍODOS DE LUCHA Y PREPARACIÓN—EXCEPCIONES

Intensos dolores han de sufrir los pueblos para curar las llagas y las dolencias que turban y acechan su felicidad como las fieras la presa y las aves de rapiña al inocente cordero quc pace,—olvidado del pastor,—por los prados. Grandes desdichas padecen antes de adquirir la experiencia que necesitan para ejercer libremente y en justa medida sus derechos, para imponerse á los que esos derechos intentan violar y explotar en provecho propio. Son numerosos los obstáculos que han de vencer, las crísis pavorosas que han de atravesar antes de encontrar el camino directo de su prosperidad y de su desarrollo.

Tan profundos son á veces los dolores, tan grandes las desdichas, tan invencibles los obstáculos y tan tremendas las crísis que algunos pueblos se detienen ó retroceden antes de cumplir los destinos que les parecían reservados.

América se halla actualmente en ese período de lucha, de organización, de fusión, que precede al período de homogeneidad, de solidez, indispensables para alcanzar la plenitud de sus facultades y dar aplicación á todas sus fuerzas. Ofrecen sus pueblos el espectáculo incoherente é informe de esas materias que en la industria, debiendo por mezclas y elaboraciones sucesivas formar un solo producto, apenas han pasado por las primeras operaciones. La misma inmigra-

ción extranjera, las mismas numerosas agrupaciones de diversas nacionalidades que en América se reunen y se mezclan, dan á los dos continentes el aspecto de dos ollas inmensas donde hierven y se funden los elementos varios en ellos acumulados, hasta que formarán una masa humana homogénea, que tendrán las mismas pasiones, palpitará con los mismos sentimientos, perseguirá los mismos fines y se moverá á impulsos de las mismas aspiraciones.

Creemos que, en realidad, el ministerio de América en el mundo no ha empezado todavía. No vienen á la vida histórica dos continentes tan grandiosos, mas favorecidos por la naturaleza que los demás continentes conocidos, para agostarse en su perfumada cuna, para tener la vida efímera de un día, como creen algunos, que ya anuncian su aniquilamiento fijándose en lo que consideran indicios de sociedades decrépitas y que no son mas que excesos, errores, exageraciones, inexperiencias de pueblos jóvenes.

La civilización va marchando de oriente á occidente é imponiendo sucesivamente á cada pueblo de la zona templada una misión que cumplir: pasó de Asia y de Egipto á Grecia, de Grecia á Roma, de Roma al resto de Europa; echaron los imperios asiáticos, los fenicios, los egipcios los primeros cimientos de la industria, del comercio, de las ciencias: dulcificó la Crecia con las artes y las letras la rudeza de las costumbres y la fiereza de los sentimientos: divulgó Roma con sus armas el principio de autoridad, dió al mundo una religión, acumuló en sus contornos y dentro de sus murallas, para enseñanza de los venideros, cuanto de mas grande había creado la civilización antígua: tuvieron alternativamente las naciones modernas su época de esplendor y de influencia, Italia con sus artes y sus letras, España con sus empresa marítimas y terrestres, Inglaterra con sus instituciones, Alemania con su filosofía, Francia con sus revoluciones: tócale su turno á la América.

De las tierras vírgenes, henchidas de sávia, de las monta-

ñas que guardan tesoros, de los ríos caudalosos que facilitan las comunicaciones, ha de salir algo que ya no pueden dar las tierras agostadas del mundo antiguo; del seno de algunas naciones y de algunos pueblos han de brotar las ideas luminosas que irradiarán su luz hasta los puntos mas lejanos del planeta.

Pero eso no sucederá mientras esas naciones y esos pueblos no alcancen la edad de la madurez y de la reflexión. No se destaca ni impone el árbol, aunque pertenezca á las especies que la historia natural califica con el nombre de exógenas, cuando por insuficiente desarrollo aún se confunde con las pequeñas plantas que lo rodean; no perfuman las flores los jardines, sinó cuando tienen bien abiertos sus botones; no produce la tierra todo su rendimiento sinó cuando abre surcos profundos el arado y le presta sus cuidados el labrador.

Es posible que algunos países, no dando acertado empleo á sus recursos, no preocupándose del trabajo ó equivocando los medios, sufran terriblemente las consecuencias de su inercia ó de sus errores, hasta el punto de paralizar su desarrollo; es posible que algunas naciones sugetas á la influencia perniciosa de causas naturales difíciles de destruir, ó de causas artificiales derivadas de su conducta ó de sus actos, no se levanten jamás, como á veces se queda raquítico el árbol de las especies mas grandes, ó se secan, azotados por el vendabal, los botones que prometían hermosísimas flores; pero nunca sucede esto en los países donde hay exhuberancia de vigor y de sávia, como lo prueba, á pesar de todos los contratiempos, el desarrollo que se ha producido en las mejores regiones de Norte y Sud-América.

Lo que muere vuelve á nacer; lo que no saben hacer los unos vienen á hacerlo los otros. Una mente providencial parece encargarse de ir acumulando fuerza humana allí donde puede encontrar mas provechosa aplicación.

El error de las apreciaciones de muchos publicistas deriva del empeño en deducir sus observaciones directamente de los hechos, juzgados por su forma exterior, sin penetrar su esencia. Se toman esos hechos como ocurren, pero sin preocuparse de averiguar porque ocurren en esa forma, ni investigar las causas á que obedecen. Así Laboulaye, que sin embargo había estudiado mucho los Estados-Unidos, discutía largamente sobre industria, agricultura, trabajo, religión, progresos materiales; pero no se preocupaba bastante de la influencia de los extranjeros sobre los naturales, ni de la influencia de las riquezas prontamente adquiridas sobre los sentimientos, entonando himnos á la moral, al puritanísmo que bien pronto vino á desmentir la realidad; así Castelar en sus frecuentes escritos sobre las repúblicas americanas, preocupándose mas de las instituciones que de sus resultados y de la manera con que se interpretan y aplican, anuncia con frecuencia prosperidades y bienandanzas que los hechos no confirman ó que se producen en forma muy opuesta á todos los cálculos y todas las previsiones.

A nuestro juicio, para explicar el modo de ser actual de los principales pueblos americanos debe tenerse en cuenta la edad y las condiciones y cualidades intrínsecas de los pueblos mismos, y examinar la influencia que sobre ellos han ejercido la civilización moderna y la inmigración europea.

El estudio de estos dos puntos nos dará la clave de los contrastes y contradicciones que hemos observado, y nos permitirá repetir lo que hace poco decíamos, á saber, que la misión de América en el mundo no ha empezado todavía.

***

No comprendemos el empeño de los europeos en prescindir de sí mismos y de los elementos que aquí

envían cuando formulan juicios sobre América, ni el empeño de los americanos en evitar casi intencionalmente todo estudio sobre el influjo y el papel de los europeos dentro de su sociabilidad y de su vida.

Día llegará, y no está muy lejano para Norte América, en que la densidad de la población inducirá á cerrar las puertas á la inmigración extranjera, ó mas probablemente cesará esta por sí misma siguiendo otros derroteros; los elementos diversos que hoy actúan en cada región se uniformarán, desaparecerá todo rastro de nacionalidades, tal vez se fraccionarán los estados y no será posible explicar perfectamente el esplendor ó atraso de cada uno, las dotes peculiares de cada pueblo en uno ó varios de los ramos de la actividad y del saber humano, sin conocer la raza que mas contingente ha prestado á su formación, ni los elementos que en ella han influido.

Los venideros lamentarán ese descuido, y sin duda examinando historias, registrando memorias y hojeando colecciones de periódicos averiguarán el número y las condiciones de la población venida de cada país europeo, inquirirán en que cantidad y en que forma se incorporó á la vida nacional, como aún averiguan los historiadores cuantos eran los bárbaros que bajaron del norte para destruir el imperio romano y la decadente civilización antígua.

Las inmigraciones modernas han obedecido á impulsos y producido efectos precisamente opuestos á los de las invasiones antiguas. Los bárbaros iban á destruir, los inmigrantes han venido á crear; los unos llevaban las armas de la guerra y de la muerte, los otros de la vida y del trabajo; los primeros procedían de países sin civilización y se dirigían á países que la tenían, aúnque corrompida, y los segundos han procedido de países de civilización muy adelantada, aúnque no exenta de llagas, y se han dirigido á países de civilización incipiente, á lo menos desde el punto de vista del desarrollo material.

Pues bien, ¿qué influencia ha ejercido la inmigración europea sobre los pueblos americanos?

Antes de contestar permítasenos una digresión. Cuando hablamos de pueblos y países americanos no entendemos hablar de todos los pueblos ó paises de América. El simple hecho de referirnos á la inmigración en grande escala ya significa una distinción, pues no todos los países la reciben, á lo menos en cantidades que puedan ejercer influencias. Pero para mayor claridad haremos constar que solo nos referimos á los pueblos situados en las zonas templadas del norte y del sud. Aún entre estos sería preciso distinguir los que se hallan mas cerca de los trópicos, donde el clima enardece las pasiones y debilita los organismos, de los que se hallan mas cerca de los círculos polares, donde las mayores necesidades aguzan la inteligencia y la temperatura mantiene y renueva constantemente las energías.

Admitimos las excepciones, pero no tenemos fé en su eficacia y duración. La historia toda, así del mundo antiguo como del mundo moderno, prueba de una manera elocuente ese poder, nunca desmentido, de los climas. El Egipto situado entre dos mares, cuyas brisas templaban el ardor de los vientos inflamados del sud y del oeste, fecundado por un río caudaloso, pudo desarrollarse y prosperar en los tiempos antíguos, cuando tal vez, como opinan algunos, era un mar el desierto y era el clima mas benigno; pero cayó al fin para no volver á levantarse. Cartago, enriquecida por el comercio y por el tráfico, pudo brillar un día; pero desapareció muy pronto, cual meteoro luminoso que se desvanece en el cielo, destruida por la fuerza creciente é irresistible de las legiones romanas. Los árabes, con el empuje de los pueblos nuevos y la confianza que da el fanatismo religioso, conservaron por algunos siglos su vigor, sobretodo mientras permanecieron en el norte; pero decayeron al fin consumidos por sus fogosas pasiones.

Y cuenta que esos pueblos están comprendidos en la zona templada, muy lejos aún de las regiones tropicales; pueblos que á pesar de su vecindad con Europa permanecen hace siglos en un estado lamentable de atraso y envilecimiento.

Ni una sola chispa de luz ha brotado en el transcurso de los siglos de todo el resto de ese inmenso continente africano; y cuando vemos el funesto empeño de los gobiernos europeos en hacer sacrificios para establecer factorías, fundar ciudades, obtener posesiones, ensanchar y difundir la civilización en las costas y en el centro de Africa, no sabemos si admirar más su ceguedad ó los esfuerzos y la constancia que emplean para realizar sus ilusorios propósitos.

Cierto que en muy distintas condiciones se encuentran la mayor parte de los países tropicales de América.

No pueden olvidarse las provincias meridionales del Brasil, los numerosos ríos que fertilizan las tierras, las extensas costas y los hondos valles que templan el rigor de los rayos solares en el vasto imperio; no pueden olvidarse, ni las infinitas quebradas y los hermosos valles de Bolivia, ni las regiones interiores del Perú, ni los extensos y sombríos bosques del Ecuador, ni las mesetas de Colombia, ni los climas varios de Venezuela y de las repúblicas de Centro América, ni el desarrollo de Cuba; pero, aún así puede dudarse de que se levanten y florezcan hasta el punto de igualar y competir con los demás países del norte y del sud.

Lo cierto es que los europeos no se dirigen á esos países, como no se dirigen al Africa; lo cierto es que las fiebres diezman á los trabajadores en Panamá, como diezman á los soldados españoles en Cuba.

Sin duda puede suceder que algunas de aquellas naciones, lo mismo que algunos pueblos de Africa, alcancen en ciertos períodos con una rapidez que tal vez asombre, un

esplendor y una fuerza que confunda y desbarate todas las previsiones; pero no será menos rápida la caida. Todo en en los países cálidos, crece y se desarrolla con rapidez, como la vegetación; pero todo tiene como esta, á causa de la temperatura ó de las lluvias, lamentables intermitencias. Se concibe con facilidad, pero á causa del calor que impide la meditación concentrada, se cae pronto en el entorpecimiento y en la indolencia.

Una generación vigorosa, una vasta inmigración venida del mejor pueblo europeo pueden resistir las influencias del clima y realizar milagros en breve tiempo; pero las generaciones que sucedan no serán igualmente fuertes para resistir aquellas influencias.

Los adelantos modernos proporcionan también medios, sinó para triunfar, para luchar con ventaja contra los calores tropicales; pero no puede todo un pueblo y menos la parte que mas interviene en la obra de progreso y desarrollo de cada país, valerse de tales medios, siempre inseguros y siempre expuestos á faltar en la hora mas precisa.

No es, pues, necesario, hagamos constar á cuales pueblos nos referimos cuando hablamos de los pueblos de América; veamos la influencia ejercida sobre esos pueblos por la inmigración europea.



V

CRUZADOS DEL SIGLO XIX – INFLUENCIA MATERIAL

Paso á los héroes del trabajo, á los cruzados del siglo XIX. Sus armas no son lanzas que matan y destruyen, sinó máquinas que crean y trasforman ; sus trofeos no son restos mutilados de ejercitos vencidos y ciudades arrasadas, sinó productos brillantes del suelo y de la industria.

Los pueblos les tienden los brazos, los aplauden y agasajan, la naturaleza se adorna con sus colores mas bellos. Parecen nuevos Mesías que llegan á una nueva tierra de promisión.

La fé, la esperanza, el valor redoblan sus fuerzaz y los incitan al combate como á los cruzados del año mil; pero no al combate que aniquila y destruye, sinó al combate que abre nuevos senos á las virtudes creadoras del trabajo.

Todo cede y se trasforma á su paso: surgen como por encanto en las costas y en los ríos los buques, en los puertos el comercio, en las ciudades las industrias, en las campiñas desiertas las ciudades y los pueblos, en los campos incultos las doradas espigas: en forma de valiosos productos arrojan tesoros las tierras, como arrojan lava los volcanes.

Ved cuan grande es la alegría de los pueblos generosos que los acogen, de los antíguos moradores: no la experi-

menta mayor la población encerrada en un círculo de hierro por enemigo poderoso y reducida á los últimos trances, cuando ve llegar las numerosas falanges del ejér. cito libertador.

Ya no desconfían, ya no temen, ya se sienten seguros; ya no hay obstáculos que no puedan derribarse, dificultades que no puedan vencerse, empresas que no puedan acometerse. ¿No está ahí para todo el incansable y numeroso ejército del trabajo, cuyas filas engruesan y se renuevan sin cesar con nuevas legiones? ¿No están las tierras casi sin límites que pueden cultivarse y poblarse, no están los ganados innumerables que pueden venderse y aprovecharse, no están las minas que no se sabe lo que encierran, pero que pueden tener ocultos en sus entrañas inagotables tesoros?

Una impaciencia, un afán irresistible de transformación, de renovación, de progreso, de cosas nuevas se apodera de esos pueblos: dijérase que de largo tiempo esperaban el feliz advenimiento, que la tardanza los consumía, que en la ruda tarea ya por ellos iniciada de aplicar y asimilarse los adelantos de estos tiempos y echar los cimientos de su porvenir, la realidad no respondía á sus vivísimos anhelos, los desesperaba la lentitud, querían mas, mucho mas, hiciéralo quién lo hiciera, no importa la forma, siempre que fuese con rapidez.

El joven, de suyo dispuesto al entusiasmo y á la exageración, que ve de repente como asumen formas tangibles los ensueños que en su misma exaltada fantasía no osaba emplazar sinó para una época muy remota; el hombre que arrastraba entre estrecheces y privaciones penosísima existencia y que se ve de repente poseedor de inesperados y cuantiosos bienes, no se entregan á expansiones mas entusiastas, no conciben mas proyectos, no adquieren mayor fé en sí mismos, en sus fuerzas, en sus destinos.

No les habléis del pasado, no habléis de tristezas y des-

gracias á los que rebosan de alegría y se extasían en medio de los perfumes y de los colores vivísimos de la primavera de la vida; no les habléis de posibles contratiempos y de probables obstáculos. ¿Qué joven de robusta constitución no resiste cualquier pequeña enfermedad que se atreva con su salud?

Habladles del presente, que atrae con tanto ruido ensordecedor de máquinas, de fábricas, de martilleo, de carretas, de gentes que derriban y edifican, destruyen y producen, elaboran y transforman, trabajan y ganan; habladles sobre todo del porvenir que ha de ser mejor y mas imponente, porque ofrecerá en conjunto los resultados de ese gran movimiento que ahora solo se percibe en detalle.

Todo les parece fácil; la confianza y el entusiasmo no les permiten detenerse en análisis, ni percibir claramente las reglas ni las medidas de cada cosa. Se inclinan á la exageración; pero los hechos la justifican. Asoman á veces nubes oscuras y amenazadoras en horizonte tan risueño; á veces, el audaz trabajador ve con recelo que á lo lejos, en su camino, se levantan obstáculos y le amenazan peligros; pero la obra adelanta, la transformación continúa, el desarrollo no cesa.

¿Se necesita mas para reconocer una de las influencias, que llamaremos material y que es también la mas importante, de la inmigración europea? Esa obra de progreso y transformación es suya, en gran parte; compárese el desarrollo de los pueblos que la han recibido en mayores proporciones, como los Estados Unidos y la República Argentina, con los demás de América.

¡Ah! pero el trabajo es lucha; la lucha supone esfuerzos, padecimientos, sacrificios; y estos no se resisten ni se afrontan sin aptitudes y cualidades especiales, y sobre todo sin ser impelidos por premiosas, por imprescindibles necesidades. Lo que tanto cuesta obtener se aprecia mucho,

á veces con exageración: el afan de lucro, la sed enextinguible de riquezas despiertan el egoismo.

Por otra parte los sentimientos, los afectos, las ideas, los hábitos, las costumbres de un individuo y sobre todo de una colectividad, no se desprenden con facilidad del ambiente en que se han formado, pueden más que el trabajo material y el afán de las riquezas, no cambian ni se transforman de improviso por muchos que sean los obstáculos y las influencias que se oponen á su expansión y manifestación; y si al fin cambian ó se modifican no es sin exigir concesiones y transacciones, no es sin hacer penetrar en su nuevo modo de ser, en su nueva vida una parte del espíritu, de la esencia, de todo lo que constituía su antígua vida. Todo en la naturalezá procede por evoluciones sucesivas y no por cambios repentinos: tienen muchas cosas del mundo material, propiedades de asímilación y propiedades de autonomía: por las primeras pueden aceptar y adaptarse á las imposiciones é influencias que reciben fuera del ambiente propio y natural; pero las segundas no ceden sin imponer á su vez condiciones y ejercer influencias.

Así, pues, de un lado vemos en los países americanos á la inmigración europea con sus aptitudes, con su laboriosidad, con su afán de riquezas, con sus recuerdos, sus afectos, sus sentimientos, sus ideas, y sus costnmbres que quisieran, sinó imponerse, seguramente conservarse y resistir la absorción que ejercen los nuevos elementos en cuyo contacto viven; y de otro lado tenemos á los pueblos nativos, empeñados en asimilarse los grupos diversos que periódicamente acuden de todos los países de la tierra, pero modificándose y sufriendo ellos mismos inconcientemente las influencias varias que ejercen los progresos materiales, las riquezas aumentadas y acumuladas sin grandes esfuerzos de su parte, y las mayores relaciones con otras gentes y otras civilizaciones.

Y en este trabajo de absorción mútua y de asimilación, por el cual se va modificando poco á poco el caracter y la vida de cada pueblo, hay que reconocer otra de las poderosas influencias de la inmigración en Amériea: la influencia moral.

Influencia material é influencia moral: alrededor de estos dos puntos girarán los estudios de los que quieran averiguar el papel que han desempeñado y la parte que ha correspondido á los europeos en el rápido y brillante desarrollo de algunos países americanos.

La primera influencia ya es palpable y manifiesta; la segunda, mas lenta y mas difícil, aún no puede apreciarse en toda su magnitud.

Pero la influencia material basta por sí sola para obligar la gratitud de las actuales y de las futuras generaciones.

El nombre de Roma se impone mas á nuestra imaginación por sus ruinas y por las obras y monumentos grandiosos que han resístido las iras de los hombres y la acción destructora del tiempo, que por el ascendiente que le dan sus antiguos escritores, sus heróicas hazañas y las ideas y enseñanzas que nos ha trasmitido con sus instituciones. Sus restos materiales nos hablan mas de la grandeza del pueblo-rey que todas las historias y todas las obras de sus grandes literatos y pensadores.

Siendo pacífica, creadora, civilizadora la obra de la inmigración europea en América, como fué hostil y destructora la de los bárbaros en Roma, los venideros medirán su importancia y sus efectos por las nuevas poblaciones fundadas, por los ferro-carriles construidos, por las industrias desarrolladas, por las tierras conquistadas al arado, por el trabajo material desplegado en esta época.

Esa obra, naturalmente, no ha tenido ni podía tener las mismas proporciones en todos los pueblos. En el

norte una raza mas emprendedora y con mas aptitudes industriales pudo iniciar antes y establecer por sí sobre mas anchas y mas sólidas bases el edificio de su prosperidad y de su vida nacional, apresurado luego en su construcción por acertados gobiernos, por el patriotismo de los hombres públicos y por el eficaz auxilio prestado por una inmigración mas numerosa, pues hasta ha favorecido á los Estados Unidos, no solo la proximidad á Europa, sinó el hecho de ofrecer afinidades de lengua y de raza con pueblos que, como el alemán y el inglés, mayor contingente han dado en este siglo á la emigración.

En Sud América, en cambio, una raza mas soñadora, como tronco de ese pueblo español «amigo de la guerra y enemigo del trabajo», según ha dicho Castelar, una raza menos emprendedora y con menores aptitudes industriales, enamorada todavía de ideales ya reñidos con el positivismo de estos tiempos; en Sud América las discordias civiles, los malos gobiernos, la escasez de hombres capaces y de carácter, la distancia, las afinidades con la raza latina que proporcionaba escasa emigración y no toda de los puntos donde habían penetrado primero las ideas y las manifestaciones de la vida moderna, todo contribuyó á retardar y encerrar en mas estrechos límites el movimiento de progreso y desarrollo.

Pero las naciones, como los hombres, están sugetas á las desigualdades que caracterizan todas las manifestaciones de la vida humana, nacen y crecen en condiciones diferentes, sin medida de tiempo, ni uniformidad en los recursos que utilizan ó en los medios que emplean.

No por alcanzar los pueblos más lentamente y con menor empuje la plenitud de su desarrollo dejan de ejercer entre los demás una influencia, á veces mas decisiva, ni de hacer un papel glorioso, ni de adquirir menores tí-

tulos á la gratitud de las generaciones, ni de cumplir en el mundo una misión quizás mas duradera y más fecunda. La pequeña Grecia, con su cultura aparecerá mas grande y se inpondrá más á los venideros que los vastos imperios de Oriente con sus industrias y su comercio. Un pequeño territorio del Lazio llenará el mundo con su nombre ofuscando los nombres de todos los antiguos pueblos. Italia y Alemania, no por llegar últimas al consorcio de las poderosas naciones modernas, harán un papel menos brillante.

Tal podría suceder, por ejemplo, con algunos pueblos sud americanos, frente á frente de los Estados-Unidos.

Por eso, tratándose del desarrollo de aquellos pueblos no pretendemos ni es siquiera posible, sentar verdades ni hacer observaciones de un valor absoluto, sinó simplemente relativo. Ese desarrollo, ya desde el punto de vista material, ya desde el punto de vista intelectual y moral, se enlaza, ya lo hemos dicho, con la situación geográfica, con el clima, con la tipografia del suelo, con las riquezas naturales y sobre todo con el carácter y las aptitudes de los habitantes, lo cual nos llevaría al dificil y controvertido estudio de las razas, que solo parcialmente y por incidencia entendemos bosquejar rápidamente antes de poner fin á estos estudios.

Imposible comprender de una mirada, por extensa y penetrante que sea, las ramificaciones múltiples y los detalles numerosos de las grandes cuestiones políticas, económicas y sociales, como es imposible cuando se contempla un paisaje, aún desde el punto más elevado y mejor escogido, percibir la configuración y la razón de ser de todas las pequeñas cosas que contribuyen con algo á la composición y á los encantos de aquella armónica variedad, ni ver los insectos, las yerbas, los arbustos y el hilo de agua, escondidos entre las plantas y los

árboles; y que tanto influyen, sín embargo, en la vegetación.

Pero todas las cosas, además de su carácter y formas peculiares presentan, al fundirse y combinarse con cuanto las rodea, aspectos generales que facilitan los juicios y las impresiones; y así como una simple ojeada nos permite formar una idea sobre los atractivos, la variedad y la belleza de un paísaje en su conjunto, el estudio de algunos fenómenos generales y de algunas manifestaciones colectivas nos permite formular ideas y juicios sobre la vida de los pueblos americanos, y hallar la razón de ser de los contrastes que en ella se observan.

Establézcase la proporción que se quiera, discúrrase hasta lo infinito sobre las razas y los caracteres que las distinguen, no por eso podrá negarse que la inmigración, desde el punto de vista material, ha producido más ó menos los mismos resultados en la América del Norte que en la América del Sud: ha poblado las regiones desiertas, ha transformado los eriales en cultivos, ensanchado las poblaciones antiguas, fundado otras nuevas, creando, destruyendo, explotando, imprimiendo extraordinario impulso á la agricultura, á las industrias, al comercio.

¿ Ha sido igualmente benéfica y fecunda la influencia moral ejercida por la inmigración sobre los pueblos de América?

Conviene examinar brevemente este punto.



VI

INFLUENCIA MORAL DE LA INMIGRACION

EXAGERACIONES PERJUDICIALES

No tenemos solamente un cuerpo que se alimenta y trabaja, un cerebro que piensa: tenemos un alma que siente, y un corazón que ama ó aborrece, que goza ó que sufre.

La luz de las ideas brilla esplendorosa sobre nuestra frente; necesita nutrirse el espíritu de ilusiones y esperanzas, de pasiones y sentimientos, como necesita nutrirse de manjares el cuerpo.

Las cosas humanas sin pensamientos que las animen, serían como geroglíficos sin intérpretes. Sentimos los dolores y los goces morales mas intensamente que los sufrimientos y los goces materiales; y creeríamos que la vida no vale la pena de ser vivida si se redujese á un desarrollo y una producción inconscientes, como en las plantas, y á un trabajo mecánico que de poco nos elevaría sobre las máquinas y los seres irracionales.

Todo lo esclarece y vivifica el espíritu. Por eso se enlazan todas las cosas humanas como unidas por hilos invisibles; por eso hay sentimientos que hacen palpitar por igual á todo un pueblo, como si se tratase de un solo indi-

viduo; por eso casi tienen todas las cosa un significado que las une á la materia y una interpretación que las une al espíritu; por eso todas nuestras acciones, además de los efectos y resultados inmediatos,—los únicos que á veces creemos perseguir,—tienen efectos y resultados lejanos que se enlazan con nuestras aspiraciones y nuestras esperanzas.

Las mariposas que revolotean por los campos, las flores que perfuman los jardines, los pájaros que gorgean sobre los árboles no nos recuerdan simplemente el nombre ó el lugar que la zoología y la bótanica les asignan, sinó que evocan risueñas imágenes, nos procuran dulces emociones, nos traen á la mente las inspiraciones y las sublimes concepciones de los grandes poetas. Nos perdemos por las campiñas accidentadas y pintorescas pensando, más que en los vegetales, y en las frutas que producen, en la armonía de los colores y en las sorprendentes combinaciones que presentan.

Las masas de trabajadores que crean industrias, roturan campos y pueblan desiertos, creyéndose impulsadas únicamente por necesidades materiales, llevan, sin saberlo, el empuje de una gran idea: la idea de la civilización y del progreso.

Así la inmigración, además de sus aptitudes para el trabajo, ademas de los móviles que la unen estrechamente á la materia, haciéndola aplicar su vigor, capacidad, iniciativa, resistencia á cuanto se relaciona con los medios de hacer y acumular dinero, lleva costumbres, tradiciones, caracter, sentimientos, pasiones, tendencias, cualidades morales, todo lo que constituye la vida del espíritu, todo lo que eleva ó envilece, dignifica ó rebaja á los hombres, llevándolos á la virtud ó al vicio, al heroismo ó á la bajeza al sacrificio ó á la humillación.

Todo eso que se hereda al nacer, porque se une íntimamente con la cuestión de la raza, que se va formando poco

á poco y echando en cada uno de nosotros profundísimas raices á influjo de la naturaleza que nos rodea, de la familia que nos cría, de la sociedad que nos educa, del estado que nos gobierna; todo eso no se ahoga, no se pierde, no se cambia jamás por completo, por muchas propiedades de asimilación que se tengan, ó si cambía á influjo del tiempo, de las circunstancias, de las relaciones múltiples que dilatan la vida, no es sin sostener luchas, sin oponer resistencías, sin transfundir ó imponer, como ya lo hemos dicho anteriormente, algo de su esencia á los nuevos elementos que vienen á subrogar los elementos antíguos. Y eso es lo que constituye la influencia moral.

En los países donde la inmigración es escasa y pasajera, como en los europeos, no se advierte, por lo insignificante, su influencia, ó tal vez no ejerce ninguna. Los extranjeros se confunden y se pierden en la gran masa de la población, como se pierde una navecilla en la inmensidad del océano. Así como no es posible descubrir la presencia de los ingredientes extraños que entran en ínfimas cantidades en los alimentos y en las bebidas; como no bastan algunos criminales para calificar una sociedad honrada, ni algunos cobardes para deshonrar todo un ejército de valientes, no pueden algunos miles de personas errantes y sin rumbo influir sobre varios millones de personas estables y con tendencias fijas. Pero cuando la inmigración es considerable; cuando al lado de las poblaciones antiguas se levantan y prosperan nuevas poblaciones con elementos completamente distintos; cuando un país ofrece á las gentes de otros países especiales condiciones de existencia que hacen la transición insensible; cuando los extranjeros se reunen y forman núcleos numerosos que sin tropezar con grandes obstáculos, viven, piensan, hablan y obran como en su propio país, desprendiéndose lo menos posible de sus caracteres peculiares; cuando en medio de un pueblo se forman grupos importantísimos, que luchan con ventaja para

conservar su antígua, su primitiva fisonomía, grupos que revelan su presencia por sus aspectos y que se distinguen unos de otros, como se distinguen nnas de otras las ciudades; cuando tales circunstancias concurren, por mucho que la inmigración ahogue el alma y, como veremos, la ahoga en la mayor medida posible, tiene que influir sobre las ideas, las costumbres, el caracter de los pueblos que la acogen.

Atribuimos excepcional importancia á esa influencia, menos visible, menos aparatosa que la influencia material, pero no menos importante, ni menos decisiva. Ella tiene sobre la economía de los pueblos el mismo poder que el aire, invisible é impalpable también, tiene sobre la economía del indivíduo: si saludable y puro, vivifica y robustece los organismos; pero si cargado de miasmas, corrompe, envenena y mata lentamente.

El desarrollo material es palpable, se distingue por la rapidez de sus efectos, se enlaza sobre todo con lo porvenir, que puede asegurar ó comprometer.

Préstase en estos tiempos de egoista positivismo extraordinaria atención á cuanto se relaciona con los intereses materiales y á penas si preocupan de vez en cuando las manifestaciones morales. Los pueblos, como el hombre, no piensan hasta el borde de la tumba, que la materia es caduca y que hay algo superior á ella, el espíritu, que tanto más los hace capaces de grandes obras, les mantiene su vigor y los eleva en la historia cuanto es más puro y más culto.

La solidez y la duracion de las manifestaciones materiales de los pueblos guardan estrecha relación con su estado moral. No sería exagerado decir que la vida moral de un pueblo está á su desarrollo material como el alma está al cuerpo en el hombre.

En ciertos períodos de tales medios se dispone y tantos elementos de operósidad se acumulan que los progresos

materiales se atropellan hasta pasmar á sus autores; pero no producen todos sus frutos, ó se esterilizan estos en parte si las sociedades no están templadas para resistir y vencer los obstáculos ó contratiempos que pueden surgir, y no tienen la reflexión y madurez que exigen las complicaciones que derivan del aumento de la población y de la riqueza.

Pero nada mas difícil que definir el grado de influencia que ejercen unos sobre otros los pueblos.

Esa dificultad sube de punto cuando se trata de la inmigración. Entónces la influencia siempre es mútua; pero ¿cómo establecer la medida en que los nuevos llegados influyen sobre los naturales y estos sobre aquellos? ¿Como averiguar en qué ceden y transigen los unos y qué abandonan y admiten los otros?

A primera vista parece que la mejor parte debiera corresponder al mayor número; pero la historia demuestra que pequeñas colonias dejaron antiguamente más rastros de su existencia que muchas naciones populosas. En general puede decirse que tanto mayor es la influencia de un pueblo sobre otro, cuanto mayor es su civilización, y que tanto menos son influidos los pueblos cuanto más adelantados se hallan.

Por eso en la edad media, los árabes, aúnque expulsados al fin de todas partes, han dejado por doquier una parte de su espíritu y de su vida; por eso las civilizaciones de Grecia y Roma se han ramificado á través de los siglos hasta el nacimiento de la civilización moderna.

Pero no puede confundirse la influencia directa de la cultura de un pueblo sobre la de otro pueblo, con la influencia directa de las masas humanas que se ponen en contacto, tienden á absorverse mutuamente y al fin se asimilan y confunden. La primera es permanente y la ejercen por turno los países mas adelantados ó varios á un tiempo, en uno ó algunos de los ramos del saber humano;

la segunda es temporaria y solo se produce en determinados países con el concurso de peculiares y favorables circunstancias.

Concurren en una y otra causas diversas que las determinan y gradúan, apresuran ó retardan; por eso tal pueblo que se halla mas adelantado en ciencias, ó en industrias, ó en artes, apenas influye en unas partes é impone, en cambio, su espíritu en otras ; por eso pequeños núcleos de inmigrantes dejan á veces mas rastros de su presencia en un país que otros mas numerosos.

Pero como enseña á todos los pueblos la historia, presenta analogías en todas partes la inmigración, si procede de razas vigorosas y de pueblos adelantados en civilización.

Arrojada de los patrios lares por una misma causa, por la miseria, buscando por doquier una misma aplicación, el trabajo, guíada por el vivísimo anhelo de hacer ahorros y mejorar de posición, pidiendo hospitalidad á pueblos que la atraen con los mismos propósitos, su influencia moral, como su influencia material, sean cualesquiera las formas que asume en la realidad, ofrece en sus líneas generales datos bastantes para juzgar de sus efectos y resultados.

Es verdad que en América aún es difícil de apreciar y deslindar esa influencia, porque apenas hace treinta años que la emigración europea acude en proporciones considerables, gracias á la rapidez de las comunicaciones; pero si tienen su explicación lógica los cambios, las evoluciones que se observan en el espíritu de una sociedad ó de un pueblo, si los fenómenos sociales nunca se producen al azar y obedecen á causas ocnltas ó manifiestas, no se explicarían sin la presencia y la intervención de las masas europeas los cambios las modificaciones que en ese período de treinta años ha sufrido la vida moral, así como la vida material de algunas naciones americanas.

¿De qué deriva, sinó, esa confianza ilimitada, esa natural exageración de algunos pueblos? ¿De qué deriva, sinó

del grandioso espectáculo que ofrece el movimiento y desarrollo de cada uno debido en gran parte al trabajo material de la inmigración ?

No hay en el diccionario adjetivos que basten para ensalzar ese movimiento; todo es para ellos grandioso, inmenso, colosal, asombroso; no hay recelos, ni temores, ni obstáculos; todo es posible. No se piensa, ni se quieren prever los tropiezos y las dificultades inherentes á todas las obras humanas; si sobrevienen, habrá elementos sobrados para vencerlas.

No tiene mas confianza el jóven que no ha sufrido desengaños, que no ha pasado por los trances mas duros de la vida; cree en sus ilusiones como cree en los hechos mas reales; la exhuberancia de sus fuerzas presta á los ensueños de su fantasía los colores de la realidad. Será rico, afortunado, feliz, llegará al pináculo de la gloria; y cuando, como en esos pueblos jóvenes la realidad por obra de los naturales, pero mucho también por obra de los europeos, supera todos los ensueños, no es la inexperiencia la que puede inspirar recelos y contener los arrebatos.

Esto, que sucede también en los Estados Unidos, no sucede generalmente en Europa, porque la escasez de los elementos, las mayores dificultades que tienen que vencerse para realizar los progresos imponen mayor reflexión, infunden temores, siembran á través del tiempo desconfianzas que quitan valor al presente y hacen dudar de lo porvenir.

Es un defecto indudablemente esa exageración, esa fé ciega que no cuenta con la instabilidad de las cosas humanas, que no previendo los obstáculos y los tropiezos, tampoco evita, como podría, los perjuicios que su repentina é inesperada aparición ocasiona; que tiende, como el castellano viejo de Larra, á poner en las nubes, á dar excesivo valor é importancia á lo que es propio, exponién-

dose en la hora menos prevista á quedar burlada por los que sin ruido y sin estar nunca satisfechos de sí mismos, realizan mayor suma de adelantos; pero es lo que suele llamarse un hermoso defecto.

La fé, la seguridad, la confianza en las propias fuerzas, en los propios destinos, constituyen por sí una garantía de éxito. El ejército que no duda de la victoria, ya tiene ganada la mitad de la batalla; por eso lo primero que se trata de imbuir á las tropas es la idea de la poquedad del enemigo y de lo irresistible de la propia fuerza.

A medida que las riquezas se exploten y las regiones se pueblen aumentarán las dificultades y los obstáculos y entónces disminuirán los bríos, se estudiarán los medios para adelantar, no atropelladamente y por cualquier camino, sinó de la manera mas estable, mas sólida, mas ventajosa.

Esa exageración y esa confianza, por otra parte, solo de una manera indirecta se enlazan con la inmigración europea por su trabajo, por su obra material; algo mas importante es la influencia moral que los europeos, por su presencia y su manera de ser, han ejercido directamente sobre algunos pueblos americanos.



VII

NUEVAS INFLUENCIAS — EGOISMO Y EXCEPTICISMO

¡Ah, cuán triste es la vida, cuando no la alienta el fuego de las nobles pasiones, cuando el alma, sin sentimientos que la agiten, ni impulsos sublimes que la eleven, se siente aprisionada en el cuerpo humano, como un criminal en su cárcel!

Flor sin aroma es la mujer si los afectos no adornan ni realzan sus encantos; víctima expiatoria del universo sería el hombre, si no le fuera dado experimentar esas sensaciones, esos misteriosos sacudimientos que lo distinguen entre todos los seres y todas las cosas. Pobre sociedad, la que no experimenta esos puros entusiasmos que las nobles acciones despiertan, esas justas indignaciones que los malos procederes suscitan; que no siente la electricidad de las grandes ideas, que sobre los intereses materiales, que excluyen, no pone los intereses morales que unen.

Pero no culpéis al infeliz trabajador, si se aisla en su choza como la ostra en su concha; no culpéis al pobre inmigrante si sacrifica su vida moral á su vida material, la humanidad entera á sus jornales y á sus ganancias.

Sus sentimientos se han gastado, como herramientas usadas, á fuerza de privaciones y padecimientos. ¿No

véis como lucha para encontrar un átomo de espacio y un poco de aire puro que la tierra, á pesar de su inmensidad, parecía negarle hasta ahora? ¿No véis que el sudor que vierte pesa mas que la moneda de oro que ahorra?

No le habléis del alma, que abandonaría gustoso, como una carga que estorba; no le habléis de patria, sentimientos, afectos, porque lo ha arrinconado todo en el lugar mas recóndito de su corazón, como tesoro que, no pudiendo enagenarse, se encierra bajo llave y se esconde en los sitios mas retirados y oscuros.

El también tenía una patria, pero no encontraba en ella lo que encuentran las plantas en la tierra,—sávia con que nutrirse; él también tenía sentimientos, pero sus necesidades y su miseria, desalentándolo y entristeciéndolo, le impedían manifestarlos; él también tenía afectos, amaba la familia, la sociedad, los amigos, los lugares donde habían transcurrido tantos años de su vida, y todo, todo le ha sido arrebatado en un instante por la ley inexorable de la existencia, que lo expulsaba del hogar paterno, como hoja deleznable que el viento del otoño arranca del árbol, al cual va faltando el calor que le dá vida.

Solo los arneses del trabajo, inseparables compañeros, no le han abandonado; solo el vigor de su cuerpo ha triunfado, como un escarnio, sobre los dolores de su alma.

No le exijáis entusiasmos, no le habléis de nada que no tenga relación con su trabajo y el aumento de sus ganancias: las privaciones, los padecimientos le han hecho caer en el escepticismo. La miseria le ha lanzado á través de los mares, le ha obligado á fijar su vista en nuevos horizontes: solo en el alivio de la miseria ve los medios de recuperar lo que ha perdido, de obtener lo que ha deseado.

La necesidad envilece. Es preciso haber sentido el aguijón del hambre, haber sostenido esa lucha interior en-

tre el sér moral que resiste toda humillación de su carácter, de su dignidad, y el sér material que no reconoce escrúpulos, que todo la atropella, para comprender hasta qué punto puede abatirse y degradarse, aunque solo sea momentáneamente, el hombre mejor preparado para los trances de la vida. Y el indigente, el inmigrante, expuesto á esos embates sin medios morales de resistencia, no lucha, deja que la materia triunfe sobre el espíritu, cede al instinto de la propia conservación, é impulsado por él, y auxiliado y favorecido con su mayor ó menor inteligencia, con la mayor ó menor robustez de su cuerpo, que le dan aptitudes para el trabajo, va á buscar donde puede encontrarlo, lo que le falta, lo que necesita, lo que le permitirá rehabilitarse, ennoblecerse.

Es verdad que las nuevas tierras le han proporcionado generosas el trabajo que no hallaba, el pan de que carecía; pero se encuentra bajo la impresión de los dolores sufridos, se encuentra en una atmósfera que le inspira temores y desconfianzas. Esperad, que muchas cualidades buenas le quedan, aunque viva desligado de cuanto le rodea, aunque haya sacrificado el alma al cuerpo, el espíritu á la materia.

Le queda su despejada inteligencia, facultad que no evita los cambios en nuestro sér, que se amolda á la voluntad, que puede ser fría ó indíferente, viva ó apasionada como las miradas de nuestros ojos, pero que facilita siempre con sus pensamientos y sus apreciaciones el mejoramiento de la vida moral, el triunfo de lo justo sobre lo injusto, de los sentimientos elevados sobre las bajas pasiones y los innobles apetitos; le quedan sus aptitudes y su resistencia para el trabajo, su sobriedad, sus hábitos de ahorro, que revelan una saludable tendencia hácia una vida mejor y mas digna y son una promesa y una garantía para lo porvenir.

Esperad para exigirle un poco menos de apego á la

materia y un poco mas de afecto para los hombres y las cosas que le rodean; un poco menos de exclusivismo, de aislamiento, de egoismo y un poco mas de interés por la sociedad, por las instituciones, por todo lo que constituye la vida del país que lo cobija y del pueblo que lo ampara, esperad á que se desvanezca el recuerdo de los apuros recientes, del hambre padecida, de las angustias y de los dolores sufridos al abandonar la patria, la familia, los amigos, los lugares de la infancia y de la juventud, todo lo que aún podia darle algún alivio en medio de sus pesares y de su miseria; esperad que la gratitud, los afectos,, los intereses, la familia, las relaciones y las expansiones sociales lo hagan solidario con su nueva patria, lo unan tan estrechamente á ella como el árbol á la tierra que le ha nutrido con su sávia.

No culpéis al pobre inmigrante por su egoismo, por su apego al vil metal, aúnque ese apego lo suma en perjudicial indiferencia y ahogue todo entusiasmo; culpad mas bien á la sociedad moderna, facilmente inclinada á rendir culto, prestar ferviente adoración al vellocino de oro; culpad á los que sin causas tan justificadas, han caido bajo otra forma en los mismos males, se han dejado influir y arrastrar por tan perniciosa corriente.

Esto es lo que, en parte, ha sucedído en América. En los Estados Unidos como en las Repúblicas del Plata, donde, si había muchos elementos sanos, había muchos también defectuosos, la inmigración europea, mas bien que ser influida moralmente, ha influido á pesar suyo.

Se adoptaron los gustos europeos, sin preferencias determinadas; la vida, las costumbres, los sentimientos y hasta las ideas dejaron de tener una fisonomía propia y nacional para formar una mezcla en cuya composición han entrado diversamente varios de los pueblos mas cultos de Europa. Mientras los grupos de las diferentes nacionalidades luchaban y luchan dentro de cada país americano, sin

excluir á los Estados Unidos, para conservar su modo de ser característico, los naturales eran, sin quererlo, influidos por esas diversas manifestaciones que en medio de ellos se producían. Así ellos mismos, cediendo, iniciaron el trabajo de asimilación y de fusión que poco á poco ha de ir confundiendo en cada pueblo las gradaciones y formando un todo uniforme en armonia con las condiciones varias de cada país.

Tal vez á ellos les correspondía, por ser su vida la mas apartada por todos conceptos de la vida europea. Los pueblos son eclécticos en sus gustos, cuya satisfacción facilitan la cultura, el progreso, la civilización, que no admiten limitaciones, ni reconocen fronteras, asumiendo por eso un carácter cada vez mas consmopolita.

Esto indudablemente ha sido un bien; pero no lo ha sido el que el espíritu mercantil, utilitario, egoista de la inmigración invadiera una parte de los pueblos que la acogían.

En efecto, el espectáculo de esas gentes que persiguen el dinero con mas ceguedad é insistencia que no persigue el jóven á la niña de su corazón, que concentran y dedican todas sus fuerzas al próposító de labrarse una posicion, que llevan hasta el sacrificio el afán de enriquecerse, que se desligan de todo lo que al logro de aquel próposito no concurre, que subordinan á su personal interés é insaciable codicia la patria, la familia, los sentimientos, los afectos, acabó por arrastrar esa parte escéptica de la población que en todos los países, en América como en Europa, se inclina á creer que nada hay de positivo y verdadero en el mundo mas que la satisfacción de los goces materiales del momento.

De aquí las fortunas improvisadas, las especulaciones lícitas é ilícitas; de aquí ese núcleo numeroso de hombres que en el norte como en el sud han llegado á considerar los puestos públicos, los servicios que eran llamados á

prestar á sus conciudadanos, no como un medío de distinguirse y adquirir títulos al aprecio público, sino como un medio para enriquecerse y ahogar en oro los impulsos del corazón, los escrúpulos de la conciencia. Al ideal de la grandeza de la patría, al noble orgullo de la honradez, al estímulo del aplauso y del elogio por las grandes acciones, al noble deseo de acreditar su nombre, subentró un deseo ruín de adquirir riquezas á toda costa, por cualquier medio, lo mas rápidamente posible; y como ese deseo no nacía de amarguras pasadas, ni era atribulado por temores futuros, ni iba acompañado del espíritu emprendedor, de la previsión, de las aptitudes características en los europeos, se quisieron obtener las riquezas, no con el trabajo, sino á costa de los trabajadores, no por las propias é individuales iniciativas, sinó en los puestos públicos á costa de las iniciativas agenas.

Como no sintieron la necesidad de evitar el regreso de males que no habían sufrido, ni tenían esas cualidades que son congénitas con la raza y que por eso lleva consigo la buena inmigración, no se preocuparon del porvenir, persiguieron, como aquella, las riquezas, no para hacerlas reproductivas y darlas con su ingenio acertado empleo y aplicación, sino para gozarlas. De aquí los derroches del presente, hasta en algunos gobiernos; de aquí los obstáculos y las dificultades que van surgiendo á medida que los actos del pasado van produciendo sus efectos, y revelando los errores que se cometieron y la escasa previsión que se tuvo al iniciarlos.

En los Estados-Unidos el mal fué menor, porque cuando empezó la inmigración en las colosales proporciones que todos conocen, la obra estaba muy adelantada, y una gran parte de la población tenía las mismas dotes emprendedoras y las mismas aptitudes, y aún mas si cabe, que los europeos, pudiendo seguir el impulso que estos imprimían á todos los ramos del trabajo y ayudar y acelerar el desarro-

llo y los progresos materiales hasta darle proporciones que han asombrado y aún asombran al mundo.

Los pueblos del sud, en cambio, como troncos de una raza no menos viril, ni menos inteligente, pero sin duda mas soñadora, menos práctica, menos industrial, casi vieron en el concurso de la inmigración un medio para abandonar tareas y esfuerzos poco adecuados á sus inclinaciones.

La industria, la agricultura, el comercio, fueron concentrándose en manos de los nuevos moradores, mientras una gran parte de los moradores antiguos buscaba su medro y prosperidad en el gobierno, en la política, en las profesiones liberales.

Pero sean cualesquiera las diferencias que puedan señalarse en el desenvolvimiento de cada pueblo, es nnegable que, en el norte como en el sud, ha influido el espectáculo de esas masas humanas que llevan mas fuerza material que ideas morales, mas energías que sentimientos, mas avidez que justas necesidades. Manifiéstase esa infiuencia en el norte por la corrupción, por las autoridades venales, por las cámaras que se irritan contra un presidente honrado que pone vetos á los gastos como se ponen diques á los ríos que se desbordan, por el lujo, por los derroches, por ciertas tendencias que revelan sentimientos pervertidos; y manifiéstase en el sud por la especulación, por el deroche de la hacienda pública, por los negocios dudosos, por las concesiones sopechosas, por las frecuentes y elevadas remuneraciones personales, por los homenages que se prestan á hombres sin mérito que ocupan altos puestos, por la inconsecuencia en política, por la despreocupación y pocos escrúpulos de los gobernantes, por el hecho de anteponerse á los ideales y á los nobles sentimientos, los propios intereses y la propia conveniencia.

En una como en otra parte esto ha permitido se for-

maran colosales fortunas y, en vez de subdividirse, se concentrara la propiedad en pocas manos, mal gravísimo que en Norte América empieza á producir desastrosas consecuencias. Pero en los Estados Unidos la influencia no alcanzó á las altas esferas del gobierno, y la mayor educación política del pueblo no permitió llegaran hombres descreidos, poco escrupulosos ó poco aptos á la presidencia, á los ministerios, á las gobernaciones; mientras en el sud, salvo rarísimas excepciones, pudieron llegar hasta la primera magistratura hombres perversos por sus instintos, ó sin talento ni carácter suficiente para resistir toda influencia, ni apercibirse de los males que toleraban ó fomentaban, aunque fuese inconcientemente.

No ha sido, pues, tan favorable la influencia moral de la inmigración; se ha tomado su egoismo, sin tener, como los extranjeros é inmigrantes, motivos que en cierto modo aquel egoismo disculpen, justifiquen ó atenúen; se han perseguido con el mismo afán y con la misma sed inextinguible las riquezas, pero sin tener en cuenta los diversos medios que para ello se empleaban, ni adquirir las dotes que permitieran dar á los bienes adquiridos la mas provechosa aplicación.

Agréguese que la inmigración, tan poderosa como fuerza material é intelectual, tan débil é indiferente como fuerza moral, ha dificultado la acción política de algunas regiones, amortiguando los entusiasmos, como las heladas tardías destruyen los primeros brotes de las plantas. Desligados de los intereses generales del país, conservadores por excelencia, poco dispuestos á hacer sacrificios por cosas que no concurriesen á su trabajo y á sus ganancias, no preocupándose del porvenir en la creencia de que, cuando los males sobrevinieran habrían realizado sus propósitos y alejádose del país, los europeos han constituido una masa humana inclinada á favorecer á todos los gobiernos que garantiesen el órden y las transacciones

comerciales, fuese cualquiera su gestión politica y hasta administrativa. Veían con impasibilidad los abusos, las violaciones, las inmoralidades; no ignoraban que podrían ser con el tiempo desastrosas ó perjudiciales para todos los ramos de la producción y del trabajo, pero halagábanse con la idea de que no les alcanzarían sus efectos y, de todos modos, no veían en sí mismos, por su especial situación, los medios de evitar aquellos males sin exponerse, con su resistencia, á males peores.

Los naturales sintieron el frio de esa indiferencia sobre su corazón, como sienten el desaliento de sus jefes los soldados, y esto en algunos puntos de escasa población dió poder al militarismo, facilitó el encumbramiento de las minorías turbulentas, de los explotadores, de todos los que no pudiendo elevarse por sus méritos, se elevan como pueden, aprovechando todas las circunstancias, todos los elementos que el azar pone á su alcance.

No tiene, sin embargo, la inmigración en esa carencia de entusiasmos y en esa perdurabilidad de malos gobiernos en algunos países, la parte importante y hasta decisiva que algunos pretenden atribuirle; porque sería preciso probar entónces á que causas obedecen los mismos fenómenos en aquellas provincias y estados en que la inmigración ha sido insignificante ó nula.

Esperemos, sin embargo: si á través del tiempo se conserva la fisonomía característica de una raza; si se reproducen, aún trás largas crisis, los rasgos típicos de un pueblo, las dos razas predominantes en Europa y los pueblos que las representan, han sido siempre las razas y los pueblos de los grandes ideales y de los grandes entusiasmos. Si el egoismo ha de triunfar alguna vez sobre los sentimientos que mas elevan y el mercantilismo prevalecer sobre los impulsos generosos que mas ennoblecen y dignifican, no es de la raza ni de los pueblos latinos de quienes temeríamos una degeneración.

Los hijos heredarán las cualidades de los padres, la energía, la robustez, la resistencia, la capacidad, la previsión, el espíritu emprendedor, los hábitos económicos, las aptitudes para el trabajo; pero no sentírán como aquellos, el vacío en el alma, no habrán sufrido las torturas morales que derivan de la lucha terrible contra la miseria, del abandono del hogar paterno, de la patria, viva para los recuerdos, muerta para los afectos. Aleccionados por la misma existencia y el mismo martirio de sus padres de cuan grande es el amor que se tiene á la tierra donde se ha nacido y se ha pasado la primera y mejor parte de la vida, ligados por los intereses y sentimientos á la sociedad y al pueblo en cuyo seno han crecido, sentirán tanto como los naturales la necesidad de hacerse dignos de su orígen, desearán ardientemente la grandeza de su patria, y no ahorrarán esfuerzos ni sacrificios para lograrla.

Los europeos, sin embargo, no han intervenido hasta ahora directamente en la política de los pueblos americanos.

En el norte, los irlandeses y los alemanes pugnan hace años inútilmente para llevar álguno de sus hijos á la presidencia y hasta creemos que á las gobernaciones; en el sud, no han ejercido influencia alguna, aún en los asuntos que mas directamente les interesaban.

Alguna concesión se ha consignado en las constituciones y en las leyes, como se ha establecido la igualdad entre los blancos y los negros en Norte-América; pero su goce y su reconocimiento no han entrado en las costumbres ni en los hechos.

Ahora bien, ¿de qué dependen las diferencias radicales que existen entre la marcha política de los Estados Unidos y la de casi todas las demás republicas americanas?

Es lo que, antes de concluir, procuraremos investigar y explicar en el siguiente artículo.

VIII

EDUCACIÓN POLÍTICA, HOMBRES É INSTITUCIONES.

No se improvisa la educación política de un pueblo, por grandes que sean sus aptitudes, como no se improvisa la educación de un hombre, por grandes que sean sus talentos; no bastan el saber ni el ejemplo para dar el acierto y la previsión en los actos, la conciencia, y con ella el mejor empleo de la propia capacidad, de los propios derechos, de las propias fuerzas: se necesita el aplomo, la reflexión, la experiencia que dan la edad, los sacrificios, los desengaños, los escarmientos.

Siglos de luchas, de oscilaciones y de pruebas pasan á veces los pueblos antes de fijarse en el punto mismo en que los aguardaba el reposo, como años de tentativas, contratiempos y desilusiones pasan los hombres antes de encontrar el camino que mas á su intereses conviene y con sus dotes armoniza, antes de conocer las realidades y acechanzas de la vida.

¡Cuán raros son los pueblos que alcanzan sus libertades y su prosperidad sin sostener luchas, sin tropezar con obstáculos, sin sufrir terribles y reiterados sacudimientos, y cuán raros son los hombres que se adivinan á si mismos desde edad muy temprana y sin vacilaciones, ni desfallecimientos labran su gloria y su porvenir desde un principio,

hacen converger y concurrir en seguida todas sus aptitudes y todos sus esfuerzos hacia un punto solo, hacia un solo propósito!

Inglaterra y los Estados Unidos sería siempre una excepción entre los pueblos modernos, como Rafael y Mozart serán una excepción entre los genios.

Las cosas del espíritu, la vida del corazón, todo lo que se enlaza con los sentimientos, con los afectos, con las pasiones, tiene en cada pueblo como en cada hombre un caracter propio, necesita nacer y desarrollarse espontaneamente en cada uno, procede mas por impulsos que por cálculo, no se cambia ó modifica de repente, sinó por influencias y evoluciones sucesivas, determinadas por realidades, enseñanzas y desengaños que llegan por fin á persuadir, pero que nada ni nadie habria podido imponer, ni hacer creer en otros tiempos.

No descuidéis la educación, que ella al fin y al cabo apresura la experiencia, destruye los gérmenes del mal que luchan por prevalecer en el hombre, como el jardinero destruye las yerbas malignas que pugnan por crecer entre las flores; no descuidéis, la educación, por que por medio de ella se cultivan y aprovechan todos los elementos sanos y útiles que hay en cada individuo y poco á poco en cada sociedad y en cada pueblo. Solo arbustos y espinas dá el campo mas fertil, si la mano robusta del labrador inteligente no abre surcos en el, y no echa buenas y abundantes semillas.

No descuidéis la educación; pero no olvidéis que así como en el orden vegetal no se recogen frutos sin sembrar primero y esperar y cuidar el desarrollo de las plantas después en el orden social no prevalecen las ideas y los sistemas, no se cambia el modo de obrar y pensar sinó tras largos esfuerzos, tras innumerables sacrificios.

Por eso el saber, los ejemplos, las enseñanzas, las teorías tienen influencia escasa y limitado valor, cuando los hechos

y la experiencia no los acreditan por manera innegable; por eso lo que aprende el niño, encuentra escasa aplicación y aprovechamiento en el jóven y no produce todos sus efectos y todos sus frutos hasta la edad madura.

Tiene tal fuerza el corazón, ese motor del espíritu, que no modera sus impulsos, ni enfrena sus movimientos, sino cuando la realidad le rinde con sus evidencias.

Ni los pueblos, ni los hombres escarmientan en cabeza agena.

¿Acaso el jóven no tiene sobre el amor mas nociones y mas enseñanzas que los viejos? ¿Acaso no acaba de leer los centenares de volúmenes que del amor hablan y del amor se ocupan? Pero id á decirle á un jóven enamorado que aquella pasión tan viva que arde en su corazón se apagará mas tarde, como la mecha de una lámpara sin aceite; id á decirle que la hermosa niña que adora llegará á serle indiferente algún día y que ella le olvidará y le hará traición; id á decirle eso y en vez de creer que habláis por experiencia, os escuchará con una sonrisa de compasión, os tendrá lástima, considerandoos como un pobre hombre á quién la edad ha debilitado la memoria y secado todas las fibras del corazón, ya incapaz, no solo de disfrutar, sinó de comprender las dulzuras y la poesía de la vida.

La política, y sobre todo la política democrática, así como lo es todo para un pueblo, necesita del concurso de todas sus facultades: en ella no revela solamente su inteligencia y su educación, sino también sus afectos, sus pasiones, sus sentimientos.

En la política se manifiesta todo el espíritu de un pueblo. Ideal y realidad á un tiempo, como el amor, no necesita menos del corazón que de la razón y de la inteligencia. Por eso mientras la edad y los desengaños no contienen los arrebatos de aquel, y la esperiencia la educación y el saber no evidencian los errores del pasado y no dan el pleno dominio del presente y las vistas seguras del porvenir, no

ejercen los pueblos con acierto sus derechos; por eso es tan dificil llegar á obtener una buena política, como es difícil arraigar, propalar, acreditar todo lo que necesita del concurso de las masas.

Puede un pueblo tener una literatura brillante y un arte espléndido, aún en tiempos de postración y decadencia, como Roma durante el imperio, é Italia durante las dominaciones extranjeras, porque ningún país ha recibido el privilegio del genio, y la literatura y el arte nacen del esfuerzo y de la capacidad individual, que se concentra y se aisla, reflejando siempre, sin embargo, el ambiente en que se forma y desarrolla; puede un pueblo tener comercio é industrias florecientes, extraordinarias riquezas, porque unas y otras dependen de las condiciones de cada país, de su situación de sus recursos naturales, nacen también del esfuerzo indi, vidual, extendiéndose gradualmente hasta producir efectos colectivos, y porque requieren únicamente dotes de inteligencia y aptitudes y cualidades indiferentes é impasibles, que no exigen el concurso de los afectos, de los sentimientos, del corazón; puede tener un pueblo todo eso y no tener una buena política, cuyo éxito depende sobre todo del esfuerzo colectivo.

Los hombres y los pueblos se asimilan fácilmente la parte material, exterior, digamoslo así, de la existencia, pero se resisten á modificar cuanto atañe á su parte moral, deal, interior, á su espíritu en una palabra.

Por eso pasan fácilmente de uno á otro país civilizado, y obtienen inmediata y provechosa aplicación los inventos, los progresos materiales, todo lo que ofrece ventajas tangibles y positivas, todo lo que tiende á simplificar el trabajo, hacer cómoda, brillante y agradable la vida; pero no pasan fácilmente las ideas, que desvanecen los errores, ni los sentimientos que regulan las pasiones.

Como no puede triunfar una teoría, un dogma, una creencia, un principio sin derribar otra teoría, otro dogma

otra creencia y otro principio ya arraigados en la conciencia general, para que se encarnen las ideas en las masas hay que vencer, resistencias y preocupaciones, abatir obstáculos, luchar contra la influencia del pasado y la perfidia y las asechanzas de los que siempre intentan explotar las debilidades, la ignorancia, las malas pasiones las muchedumbres, en cuyo seno se condensan y funden así las virtudes y méritos, como los vicios y defectos individuales, para luego manifestarse como en resúmen y esencia, en los actos colectivos, formando lo que suele llamarse espíritu público.

Por eso, verdades, creencias, principios, ideales que han brillado en la mente inspirada de los grandes pensadores, que han sido revelados al mundo por los hombres de genio, han tardado siglos en pasar á la conciencia pública.

Nada grande, fecundo, ha triunfado en la esfera del espíritu sin provocar resistencias, sin imponer sacrificios. Todo ideal, como toda creencia, ha tenido sus apóstoles y sus mártires,

Ni un solo pueblo llega á su apogéo, alcanza su mayor prosperidad, el pleno dominio de sí mismo y el libre ejercicio de todos sus derechos sin padecer dolores, sin regar con lágrimas y sangre la tierra, como no llega ningún hombre á su edad madura sin padecer desilusiones y desengaños.

Grecia y Roma hubieron de sufrir reyes, dictadores tiranos, antes de llegar al siglo de Pericles y de los Escipiones; no ménos de cuatro siglos de servidumbre y opresión, la sangre y los martírios de miles de patriotas necesitó el pueblo italiano para formarse un concepto claro de su situación, comprender su fuerza, vencer las preocupaciones y las influencias del pasado, tener un solo propósito, y una sola aspiración, hacer suyas las ideas y nutrir los sentimientos, que ya había proclamado Dante y perseguido Maquiavelo; trás un siglo de acciones

y reacciones, de sacrificios y ensayos, Francia no ha logrado todavía establecer de una manera sólida y definitiva su organización política y hacer prácticos los principios que informaron su primera revolución : no sin terribles días de pruebas y de angustias llegaron otras naciones europeas al planteamiento dol régimen constitucional, al goce limitado de sus derechos políticos.

Los pueblos de América como algunos pueblos de Europa, se hallan todavía en esos períodos críticos el que es preciso expíar errores de lo pasado ó descontar goces de lo porvenir, períodos en que derribando obstáculos y venciendo resístencias hay que adquirir la preparación necesaria para ejercer con acierto lòs derechos, hay que merecer con padecimientos,—como merece el soldado con hazañas sus recompensas,—las ventajas y los bienes que se obtienen de una sabia política, del disfrute de todas las libertades.

Tuvieron los pueblos americanos su época privilegiada en el período de su emancipación, porque la idea de la patria es la primera que se arraiga en un pueblo, como es la primera que se arraiga en el hombre, llevándolo al heroismo, y porque no faltan en los pueblos vigorosos, como no faltan en los hombres inteligentes, esos momentos sublimes de clara intuición en que se descubren los abismos del pasado y se vislumbran los horizontes del porvenir, momentos de supremas resoluciones y de arranques generosos en que todas las energías se concentran y todas las voluntades se aunan, no faltando nunca los hombres superiores que aprovechando y condensando, como el rayo en la atmósfera, la electricidad de aquellos momentos, que son años en la vida de un pueblo, los personifican, vienen á ser como su expresión, y su síntesis; pero no tenían ni podían tener educación política, porque la política no se hace solamente con el corazón,

como se hace la patría: necesita también de la inteligencia.

No la tenían ni pudieron adquirirla después, porque, sin contar los tiranos, los caciques, las luchas exteriores y las luchas civiles, son lentos los progresos morales y se amortiguan las energías en pueblos de escasa población, diseminada en territorios inmensos, donde son difíciles las comunicaciones, las intéligencias, la cohesión, el cambio de impresiones, la combinación de esfuerzos.

Nada ha facilitado y favorecido la vida política de los pueblos de la América española. Por una parte debían su orígen á la nación europea donde menos progresos habían hecho las ideas políticas modernas, y que, no interviniendo ella misma en su propio gobierno, sugeta á un régimen absoluto, privada por completo de su soberanía que había pasado entera á manos de los monarcas y de sus ministros, mal podía practicar en sus colonias sistemas que acostumbrasen á los pueblos á intervenir en la cosa pública, ni otorgar derechos que ella misma no disfrutaba, ni infundir enseñanzas ó imbuir ideas que no conocía; y en efecto esa misma nación tardó mas de medio siglo y necesitó una terrible revolución para entrar en el concierto de los pueblos constitucionales y aún hoy mismo no ha concluido la lucha empeñada para arrebatar á los poderes históricos y á los gobiernos sin conciencia los derechos, las libertades, la parte de soberanía que injustamente se le niega.

Por otra parte no han tenido los pueblos de la América española la suerte de ver elevarse, como en otros pueblos antiguos y modernos, esa série de hombres superiores que tan útiles suelen ser en los primeros períodos de la vida agitada é inexperta de un pueblo, esos patriotas que con su conducta, con sus obras, con la evidencia innegable de los resultados que obtienen, educan el espíritu de las masas, acreditan la bondad de una idea, de un sistema, de un procedimiento con mas fuerza, con mas convicción que si

fuesen aprendidos en libros ó admitidos por juicios de la razón y lecciones de la experiencia.

He aquí como se explica fácil y naturalmente la diferencia que existe entre la vida política de los Estados Unidos y la de las demás repúblicas americanas, diferencia tantas veces citada como argumento de ataque y demostración, pero no siempre con razón ni con justicia.

Los Estados Unidos habían vivido en contacto y debían su origen á la nación que primera había limitado el poder omnímodo de los reyes, disfrutado libertades, educádose para la vida política; ellos mismos tenían un simulacro de gobierno autónomo, estaban acostumbrados al disfrute de una parte de sus derechos, y una serie de presidentes como Washingtón, Adams, Jefferson, Madisón, Monroe, Jacksón, etc., acabó por hacer comprender á los pueblos cuanto les interesa y cuanta influencia tiene en sus destinos la elección de sus mandatarios.

Cuando empezó la inmigración en proporciones colosales, los Estados Unidos ya estaban en condición de dar en vez de recibir lecciones. Los europeos, por otra parte no han influido, ni estaban en condiciones de influir directamente en la política de ningún país americano. Procedentes en su mayor parte de pueblos monárquicos donde tanto culto se rinde á la tradición, y á las formas, donde todo, hasta las libertades, reviste cierto caracter de órden, disciplina y severidad militar, donde las atribuciones, los derechos y los actos de cada cual, desde el rey ó el presidente hasta el último ciudadano, están definidos, tanto como por las leyes, por ciertos escrúpulos, temores y limitaciones de caracter móral que casi todos admiten y cuyo olvido la opinión pública no tolera, los europeos, decimos, venían con un espíritu completamente distinto, y les disgustaba el espectáculo de pueblos que vivían á la buena de Dios, que no tenían tradiciones, ni respetaban fórmulas, ni reconocían cortapisas, ni admitían limitaciones; pueblos que disfru-

taban ó pedían libertades tan ilimitadas como sus llanuras, y quitaban á todo, cual corresponde en verdadera democracia, esa parte convencional que en Europa respetan hasta los hombres y los pueblos mas democráticos.

Y hé aquí como se explica por el contraste y la diversidad de espíritu otro fenómeno muy común que hemos podido comprobar escuchando numerosas y distintas opiniones, y que no solo se produce en las repúblicas de la América latina, sino tambien en los Estados-Unidos: nos referimos á la desfavorable impresión que causa generalmente en los europeos la vida política de los pueblos americanos.

Pero por lo mismo que la democracia ha nacido como en terreno propio y favorable en América, no puede prosperar ni rendir todos sus frutos sin un gran tino y una gran preparación por parte de los que han de cultivarla y aprovechar sus beneficios.

Libres de las influencias de lo pasado, los americanos en cierto sentido han progresado mas que los europeos, porque han resuelto casi de una manera definitiva la cuestión de la forma de gobierno, que tantos choques, luchas, revoluciones aún ha de acarrear á los pueblos de Europa; pero exceptuando los Estados Unidos, se han quedado regazados en el sentido de conocer su fuerza y hacerla valer y emplear con tino. Han tenido escasez de hombres superiores é integérrimos y de buenos gobiernos, que facilitan y forman la educación politica de un pueblo, como los maestros y los libros forman la educación de un hombre; por eso como el hombre pobre é infeliz, pero llamado á grandes destinos, adquiere la instrucción y experiencia necesarias en medio de los vendabales de la vida, los pueblos, contrariados por los que debían favorecerlos, forman su educación política á fuerza de sacrificios y de escarmientos.

Aquella teoría de un estadista de que los hombres for-

man las instituciones, la tenemos por verdadera en los primeros tiempos de la vida de un pueblo, así como tenemos por cierto que las instituciones forman los hombres una vez transcurrido el período de preparación y de prueba

Indudablemente, ningún pueblo renunciaría á sus derechos si no se los arrebatasen, ni conspiraría expontáneamente contra sus intereses, si fuerzas é influencias que son perniciosas, pero que procuran aparecer y llegan á tenerse por benéficas, no obrasen sobre él y no triunfasen.

Cítanse fruecuentemente en el sud algunas presidencias que desgraciadamente por lo raras no es necesario nombrar; pero esas presidencias no hacen mas que probar nuestros argumentos. Los hombres que estuvieron á su frente figuran en la série de los que, segun hemos dicho, necesitan los pueblos en las primeras épocas de su vida para adquirir la preparación y solidez necesarias. Nada les impedía, sin embargo, abusar del poder, coartar la libertad electoral, designar á sus sucesores: hubieran hallado entonces mayores facilidades que no hallaron los presidentes que siguieron. No lo hicieron, y los pueblos, que nunca obran mal sin motivo, aprovecharon sus libertades, hicieron valer tranquilamente sus derechos.

Si durante tres ó cuatro presidencias se hubiese observado en cada país la misma conducta y seguido los mismos procedimientos, es probable que hoy ya no sería tan fácil hallar electores que obedecen á los caciques, caciques que obedecen á los gobernadores, gobernadores sujetos á los presidentes, y presidentes que mandan en las provincias y rijen la cosa pública según conviene á sus personales ambiciones é intereses, ó á los de sus amigos; pero faltaron los hombres y por eso en los últimos lustros, apesar de los progresos materiales, de la facilidad de las comunicaciones, del desarrollo de la cultura, políticamente, en vez de avanzar, se ha retrocedido.

Porque, lo repetimos, en política como en moral, como en las costumbres, como en todo lo que tiene el privilegio de agitar, conmover, interesar las pasiones, los sentimientos, el espíritu del hombre, no basta conocer la bondad de una idea, de un sistema, para practicarlos y estar persuadidos de las ventajas que resultan de su aplicación: es preciso incorporarlos á la vida de todos y cada uno, formar el hábito de su ejercicio, darles la fuerza irresistible con que nos dominan las pasiones, los sentimientos, hacerlos entrar en la corriente de la opinión, que cuando es poderosa y acertada lleva tras de sí, como los grandes ríos, las pequeñas corrientes que quisieran contrarestarla ó torcer su curso.

Cuando eso se logra, la soberanía de un pueblo puede sufrir algunas crísis; pero serán pasajeras mientras no empiece el período de su decadencia. Pero eso no se logra sin lecciones y sin experiencia, que no tienen ni han recibido las repúblicas de la América española.

Cuando escasean los hombres superiores y escojidos que con la clara percepción del presente y la profunda intuición del porvenir apresuran, tal vez mas que el progreso material, el progreso moral, los gobiernos y los hombres políticos suelen ser un reflejo exacto del ambiente en que obran. Y no es ciertamente muy halagüeño el reflejo que proyectan los hombres que actúan en la política activa de los países de la América del Centro y del Sud.

Una prueba evidente de que no está formado con solidez el espiritu público que facilita y marca rumbos á la vida política, se encuentra en el hecho de que se toleran y aplauden, á veces hasta por los hombres mejor preparados, actos y procedimientos que, sean cualesquiera el propósito que los inspira, el resultado que producen y el concepto que merecen, son en muchos casos flagrantes violaciones de la constitución y de las leyes. Estas son

claras, y sin embargo los gobernantes vacilan, tienen arranques atrevidos y temores inexplicables, avanzan demasiado en unas cosas y retroceden lamentablemente en otras, obran por impulsos inconstantes, por influencias, por excitaciones, no como aquel que tiene un rumbo trazado y desde el punto de partida ve la meta, el punto final de su viaje, sinó como aquel que vá á cualquier parte y por cualquier camino, generalmente por el menos recto y por el menos conveniente.

Hasta los dictadores, con sus escasas dotes, con su proceder variable y sus arranques generosos, reflejan la atmósfera incoherente en que se agitan y á cuyo favor se mantienen.

La escasa y defectuosa preparación del ambiente no implica incapacidad individual, ni escasez de grandes inteligencias, aunque sí escasez de grandes hombres políticos: Italia tuvo mayor número de genios cuando estaba fraccionada, oprimida, deshecha.

Prueba solamente que las energías individuales no se han fundido, ó sí se quiere aplicar la teoria á las épocas de decadencia, se han disgregado hasta el punto de no producir los efectos y beneficios que siempre se obtienen de los esfuerzos colectivos; prueba que las mejores ideas, las buenas prácticas de gobierno, el uso mas acertado de los derechos y de las libertades podrán ser conocidos y deseados, pero no han entrado en la vida pública, en los hábitos de la masa, no han adquirido ese ascendente, ese prestigio, ese poder, ese carácter, que da fuerza para resistir las influencias y las acechanzas.

Hé aquí porque á veces las constituciones, leyes é instituciones que dan excelentes resultados en unas partes, los producen muy limitados en otras, aúnque se copien literalmente. Con ellas no ha podido copiarse, trasladarse el espíritu que las anima, que las favorece, que las sostiene; y así mientras en un lado son elemento indispensable de

vida, en otro vienen á ser un fruto exógeno indiferente, que tiene menos poder en la vida del pueblo que la mas insignificante de sus costumbres

Por eso es preciso formar, educar el espíritu público, por medio de la instrucción, de la cultura y del ejemplo; por eso hay que elevar altares en los corazones á los grandes ideales, á los eternos principios de la moral y de la justicia, interesar en su defensa los sentimientos para que lleguen á considerarse no menos inviolables ni ménos sagrados que nuestro honor, que nuestra familia, que nuestra patria; por eso es preciso procurar que los buenos hábitos políticos adquieran en cada uno la fuerza incontrastable de lo imprescindible, de lo que arrastra ó se impone, como las pasiones y los afectos, ya que ni los hombres mas instruidos y mejor preparados saben anteponer los intereses generales á los intereses particulares, ni alcanzar la relación que existe entre los efectos inmediatos y los efectos lejanos de de un acto político, ni calcular que las pequeñas ventajas del momento que aprovecharán á uno solo ó a unos pocos, se trocarán en graves perjuicios para todos mas tarde. Es preciso hacer entrar las prácticas democráticas en las costumbres, en la atmósfera, en la esencia de la vida de cada pueblo, ya que será difícil, por no decir imposible, que el oscuro elector que va á depositar con indiferencia su papeleta en la urna y tan facilmente se deja persuadir y torcer por cualquier protector, amigo ó conocido, llegue á calcular algún día la importancia, toda la influencia que acto tan sencillo ha de tener con el tiempo sobre su propia suerte, sobre la suerte de sus conciudadanos, sobre los destinos de su patria.

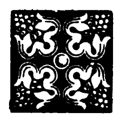
¡Ah! cuantos males se evitarían si todos los ciudadanos llegasen á comprender, á darse cuenta de las relaciones, de las ramificaciones incalculables que tiene el voto que ceden por cualquier cosa, en favor de cualquier persona; si reconociesen que de su uso depende su porvenir, el

de los hijos que adoran, de las tierras que labran, de la sociedad que los ampara, de las instituciones que los protegen, del pueblo que aprecian y de la patria que aman.

Ese sano espíritu, esas corrientes saludables, los hombres con el ejemplo y los hechos con sus resultados, pueden apresurarlas y facilitarlas. Cuando así no sucede, su formación es mas lenta, porque se hace á costa de los intereseslastimados que, siempre luchando, llegan á veces hasta el borde del abismo, pero al fin triunfan en un esfuerzo supremo y desesperado.

Tal es el caso de casi todas las repúblicas de la América española.

Por eso no se fustigarán nunca bastante á esos presidentes, esos gobiernos, esos representantes que nombrados para dar libertades las quitan, para respetar derechos los violan, para enderezar haciendas las arruinan, para enaltecer sentimientos los rebajan, para desvanecer opiniones desfavorables arraigadas entre otros pueblos las acreditan mas cada día, para ser modelos de honradez, de patriotismo, de carácter, de virtudes cívicas, y tachan en cambio á los que esas dotes poseen de anticuados, de ilusos que viven fuera de su ambiente y de su tiempo.



IX

TEMORES Y ESPERANZAS—NACIONALIZACIÓN DE LOS EXTRANGEROS—CONCLUSIÓN

Si las mismas ciencias exactas que regulan fuerzas tan sumisas como las fuerzas fatales de la materia, rara vez llegan á la aplicacion precisa y completa de todos sus cálculos y de todos sus principios, si admiten y sufren contradicciones y objeciones muchas de sus verdades, reglas, teorías y fórmulas, es fácil suponer cuanto mas no sucederá eso con cuestiones tan controvertidas é inevidentes como las cuestiones políticas y sociales y con problemas tan oscuros y enmarañados como los que se relacionan con la vida y el desarrollo de las sociedades en sus diferentes manifestaciones.

Tienen todas las cosas su orígen, todos los efectos sus causas, todos los hechos su explicación más ó ménos lógica; pueden trazarse las líneas generales de las cosas de la vida, como puede abarcarse de una mirada un horizonte, un panorama, un paisaje: pero no es posible comprender todos los incidentes y detalles con ellas intimamente ligados y que aislados nada significan, pero que en conjunto influyen sobre el modo de ser de las cosas mismas, las modifican ó las completan.

Nada en la naturaleza humana se presenta con carácter

sencillo, definido, preciso, porque nada se desarrolla en condiciones perfectamente idénticas. Así como no se encuentran dos hombres iguales en un todo, no se encuentran dos pueblos que cuenten con iguales recursos, ni con los mismos elementos, ni que sigan, por muchas que sean sus analogías y semejanzas, el mismo camino.

En el hombre mismo, cuando después de largo trato, creeréis interpretar sus sentimientos, conocer su carácter, aún tendréis que averiguar para que tal conocimiento sea completo, sus costumbres íntimas, su vida en el hogar; los vicios y defectos que oculta, las virtudes que no ostenta.

Por eso, después de observar algunos aspectos generales de la vida americana, aún tendríamos que averiguar en qué medida la religion, las formas de gobierno, el clima, la naturaleza material, la fisología de cada pueblo han contribuido á su diferente desarrollo, á formar los contrastes, los fenómenos que hemos señalado y en parte esplicado; pero esto daría á nuestro trabajo proporciones excesivas.

No es necesario, por otra parte: ese nuevo exámen no haría mas que ampliar y comprobar nuestras observaciones.

La vida de un pueblo se juzga por sus manifestaciones mas importantes, como se juzga un hombre por sus rasgos mas característicos, y un cuadro por sus principales figuras.

Tal es en la vida de las sociedades el encadenamiento de todas las cosas y de todos los hechos que es preciso, para no incurrir en contradicciones ó confusiones, limitar los estudios á las líneas generales, á los puntos mas salientes.

Lanzando, al llegar al término de nuestro trabajos una última y escudriñadora mirada á nuestro alrededor, vemos á los pueblos adquiriendo la experiencia á propia,

expensas, mereciendo con padecimientos y sacrificios las libertades, el bienestar que por derecho y por su suerte les corresponden; vemos aquí y allá sobre nuestras cabezas, bajo el cielo resplandeciente, nubes oscuras que lo mismo pueden resolverse en terrible y dest uctora tempestad, que ser barridas por un viento benéfico y oportuno.

Pero la vista se aparta inquieta é indignada de ese espectáculo y, como el triste viajero del desierto, se fija en un punto lejano, donde todo brilla con el verde color de la felicidad y de la esperanza y donde, como en la vida prometida á los inocentes y á los buenos, hallarán todas las culpas su expiación y todos los trabajos y penalidades su premio.

Crísis mas ó menos intensas, mas ó menos duraderas afligirán todavía á Méjico y á las repúblicas sud-americanas, sin excluir á la República Argentina, porque los males han echado raices muy hondas para que sea fácil extirparlos. Cuando se descuidan y menosprecian las enfermedades, no acordándose hasta que su gravedad aterra, de las medicinas y de los médicos, es mas lenta, mas difícil, á veces imposible la curación.

Pero los efectos desatrosos de las crísis serán facilmente reparados el día en que el patriotismo impere y el juicio y la previsión se impongan. Casi todos los pueblos europeos, proporcionalmente con menores recursos, han hecho frente en este siglo á crísis, guerras y calamidades sin número.

Situaciones políticas que se hacen célebres por sus desaciertos y sus imprevisiones hoy retrasan é impiden en algunas partes los progresos ó exponen en otras á grave riesgo los que rápidamente se han realizado; pero cabe esperar que los pueblos reaccionarán pronto contra el sistema de amparar hombres que no están mucho más arriba, si es que no están más abajo del ambiente común,

olvidando los hombres superiores por inteligencia, ó por caracter, ó por sentimientos, ó por patriotismo.

Demasiado robusto es el arbol para que las pequeñas yerbas y arbustos puedan impedir su desarrollo; demasiado grandes son los elementos de resistencia de las naciones para que las artimañas y los esfuerzos de las medianías puedan prevalecer mucho tiempo.

Antójasenos comparar estas épocas de malos gobiernos con las épocas de contagiosas enfermedades, á las que el aire y el agua prestan elementos de propagación y desarrollo. La masa de un pueblo en el fondo, aún en los tiempos en que le falta experiencia y es deficiente su educación, es buena y pura, como el aire y el agua, y obraría bien, generalmente, si bien se la dirigiera y aprovechara; pero como el aire y el agua se corrompen en todo ó en parte si á ellos se mezclan cuerpos extraños, volviéndose malo y perjudicial lo que era bueno y saludable, el pueblo sufre apenas todo ó una parte de él acepta influencias deletéreas.

Discútese sobre los orígenes de las epidemias y discútese sobre las causas que han traido los malos gobiernos, lamentándose los estragos de las unas y condenándose los abusos y los desaciertos de los otros; pero ni unos ni otras desaparecen sin causar víctimas.

Como está llena de contrastes y contradicciones la vida, tienen tambien las peores causas sus defensores, y algunos de estos tratan de amparar la ineptitud y los errores de algunos gobiernos tras de los grandes progresos materiales que se realizan, tras de las industrias que crecen, tras del comercio que prospera y de las poblaciones que se levantan ó se extienden. Pero no calculan cuanto mayores serían esos progresos, sin los impuestos y tarifas insoportables, sin las deudas inmensas, sin los apuros financieros, sin las rentas mal empleadas y los poderes mal ejercidos; no calculan que esos progresos pueden realizarse á pesar

de todo por la magnitud de los recursos y elementos de cada país; no calculan, en fin, que más grandes, tal vez, que los perjuicios materiales que las malas políticas ocasionan, son los daños morales que derivan del mal ejemplo, de los vicios, de las malas prácticas que se estimulan, de las ambiciones insensatas que se fomentan.

Se ha tratado muchas veces de demostrar el divorcio que existe entre las masas que trabajan y los políticos que explotan, entre los pueblos que producen y los gobiernos que derrochan; pero también se ha tratado de interpretar el silencio y la indiferencia de los comerciantes, industriales y productores como un asentimiento a la política de los gobiernos.

Existe efectivamente ese divorcio, pero solo allí donde se hace política personal ó de partido en vez de política nacional; existe donde las clases conservadoras, cansadas de reclamar y quejarse, se encierran en su aislamiento para no exponerse á males mayores y esperando mejores tiempos. No existe ni en los Estados Unidos, ni en Inglaterra, ni en Italia, ni en Bélgica, ni en Suiza, como existe en algunas repúblicas de Sud-América, en España y desde hace algunos años en Francia.

Consideramos perjudicial aquí y en todas partes ese retraimiento, esa indiferencia, porque da audacia á los que obran torcidamente, pero á veces de buena fé, no persuadiéndose de sus errores hasta que la magnitud de los males viene á sorprenderlos.

Todo de la política se nutre y todo con la política se enlaza, hemos dicho anteriormente; y, en efecto, si no están en manos de los gobiernos los elementos que dan prosperidad al comercio, á las industrias, á la producción, están los resortes, los instrumentos que han de dejar expedito el camino que ha de recorrerse para alcanzar aquella prosperidad.

Un buque azotado por las olas del océano llegará pronto

á buen puerto, si es hábil y experto el capitán que lo dirige; llegará tras rodeos mas ó menos largos si es torpe el timonero; pero, sin felices coincidencias, acabará por zozobrar ó estrellarse contra una roca, si los que le guían no saben adonde van, ni en que lugar se encuentran.

Esta imagen da una idea gráfica de la relación que existe entre gobernantes y gobernados. Los destinos de los unos están intimamente ligados con la capacidad y el proceder de los otros, tendiéndose por eso cada día y en todas partes á disminuir el poder y las facultades de los gobiernos para que influyan lo menos posible en la vida, en el desarrollo, en los destinos de los pueblos.

Es un resultadó que en la medida mas amplia se habría ya logrado en Sud-América, como en los Estados Unidos, sin las causas y vicios que hemos señalado.

***

Otros puntos trascendentales é íntimamente ligados con la vida y condiciones de los pueblos americanos, sobre todo en sus relaciones con la inmigración europea, hubiéramos deseado tratar ámpliamente para desvanecer ó evidenciar algunos errores y algunas exageraciones en que se incurre comunmente; y entre esos puntos, uno de los mas importantes y de mas actualidad es el de la nacionalización de los extranjeros.

Aplaudimos los trabajos iniciados para incorporar de derecho á la gran patria argentina á los que ya de hecho se han incorporado á ella, porque nosotros aplaudimos todo lo que tiende á enaltecer los sentimientos, á elevar el concepto de la patria y por eso aplaudimos también á los que guardan en su corazón el culto, el sentimiento, el amor de su patria de origen, de la tierra donde han visto la luz primera; pero creemos que los resultados que se pueden

y esperan obtener con la nacionalización de los extranjeros son mucho menores de lo que se cree generalmente.

Ya hemos visto que la marcha política de los Estados-Unidos no se debe á los extranjeros, y que ni siquiera han influido en ella: en esto se habla y disparata mucho, sin tener conocimientos profundos de la sociedad norte-americana en las regiones donde los extranjeros abundan.

Esa indiferencia, esa falta de entusiasmo que se lamenta, débese en su mayor parte á las situaciones políticas, á los abusos de los gobiernos. Ya hemos observado que sucede lo mismo en otras repúblicas á donde el número de los europeos es insignificante; pero no es preciso ir tan léjos porque aquí mismo hemos visto á presidentes, ministros, hombres políticos de la situación visitar provincias como Entre-Ríos, Córdoba, Mendoza y otras donde la población extranjera es insignificante, y ni sabemos que se hayan manifestado entusiasmos, ni tenemos noticia de que las mayorias sean las que salen triunfantes en las urnas.

No: la indiferencia, como repetidamente y con acierto se ha hecho constar por varios publicistas y períódicos, deriva de la persuasión que tienen los buenos de la inutilidad de sus esfuerzos; la falta de fé y de entusiasmo es una consecuencia de los abusos de la conducta de los gobernantes, es un reflejo de la falta de fé y de entusiasmo que en ellos mismos se observa. Ya que no queda otro medio de resistencia que no sea peligroso, se hace el vacío al rededor de aquellos á quiénes no se quiere, como una protesta, como un castigo de sus culpas; y ese vacío, digámoslo en seguida y con aplauso, lo hacen precisamente los nacionales mas que los extranjeros, los cuales algunas veces, en su afán de satisfacer apetitos y necesidades del momento, no se fijan en las relaciones y en los efectos lejanos de las cosas, dejándose arrastrar á manifestaciones que luego se explotan hábilmente.

Supóngase que mañana mismo se hacen argentinos todos

los extranjeros. ¿Que sucederá? ¿Cambiará la marcha política y económica del país? De ningún modo. La nacionalidad no dará á los extranjeros los afectos, las pasiones, los sentimientos que se necesitan para interesarlo en la vida pública de un país que no es el propio.

Le faltará ese espíritu de que hablábamos en los artículos anteriores, eso que se hereda al nacer, que crece en la infancia, que se forma en la juventud, que necesita de la atmósfera y de los lugares donde se han recibido las más indelebles impresiones de la vida.

No es posible desprenderse del sentimiento y del deseo de la patria cuando se ha vivido en ella hasta la juventud y esto no merece crítica, sinó elogio.

Pocos acudirían á las urnas ó darían al voto político el valor y la importancia que le darían en su propio país; pero aúnque acudieran todos, sin asumir una actitud de resistencia enérgica y resuelta, no por eso cambiarían las cosas. Y si esa actitud asumieran, ya nos parece ver á los que ahora fomentan la nacionalización desconfiar de sus nuevos conciudadanos, oir gritar que es preciso cortarles las alas, evitar lleguen á los primeros puestos públicos, si es que no llegarían hasta decir, aúnque sin fundamento, que la patria corre peligro.

Pero aún pudiera suceder algo peor: dada la predisposición peculiar de los extranjeros nacionalizados, es decir, su incompleto interés por el país, debido á las causas expresadas, y su afán desmesurado de riquezas, es muy probable que los gobiernos que viven de las inmoralidades y de los abusos procuren explotar con ofrecimientos, recompensas, dinero, con los numerosos elementos que tienen en sus manos esa predisposición en provecho propio; y entónces las mayorías oprimidas honrarían, no diremos á todos, pero si á la mayor parte de sus nuevos ciudadanos con el poco halagüeño calificativo de «mercenarios».

Esto ya en pequeña escala ha sucedido con peones y trabajadores en las épocas electorales; esto sucede todos los días con otros que no son peones ni trabajadores, y que deseando obtener empleos, mercedes, recompensas, concesiones ó queriendo agradecerlas, elogian en todas partes y por cualquier motivo á los que mandan.

Supóngase, por lo contrario, que mañana mismo dejan de cometerse abusos, hace el gobierno economías, regulariza la hacienda, reduce á un límite insignificante el premio del oro y deja de influir en las urnas, llegando á ser una verdad el sufragio libre; se verían producir por doquier y espontáneamente los entusiasmos, y no serían ciertamente los últimos en aplaudir y manifestar su gozo esos extranjeros que tanto se consideran ahora políticamente perjudiciales, porque no son ciudadanos, queriéndoseles endosar toda la culpa de una situación en la que solo pueden figurar, en la medida que nosotros hemos demostrado, como uno de tantos factores.

Y un hecho irrefutable que prueba cómo falla por su base la teoría de la postración de los ánimos y del aniquilamiento de los entusiasmos por la indiferencia de los extranjeros, es que éstos, en los actos colectivos, en las raras, pero imponentes y espontáneas manifestaciones que han tenido lugar en los últimos años, nunca han faltado al llamamiento, nunca han negado su presencia, su adhesión, su voto, hasta en las luchas exteriores, políticas y civiles, en las cuales no les correspondía tomar participación alguna.

No es posible armonizarlo todo en la vida de manera que solo pueda obtenerse lo que es benéfico y ventajoso; las naciones que reciben inmigración en grande escala están sujetas á pequeños inconvenientes que nada significan en comparación de las grandes ventajas que aquella reporta. Los pueblos, además, suelen ser ingratos por

necesidad y acaban por cerrar las puertas á los pueblos que mas contingente han prestado á su progreso: así hizo Roma con Grecia, España con los árabes y judíos; eso están haciendo ahora, Rusia con los alemanes y los Estados-Unidos con otros pueblos.

Sin embargo, tratándose de la vida política, cuanto mayores serán las resistencias y mas numerosas las masas que reclaman, protestan y al fin se imponen, mas rápidos serán los remedios y en este sentido aplaudimos los esfuerzos y trabajos que se realizan en pró de la nacionalización de los extranjeros. Por escaso que sea el número de los que renuncian á su patria de origen y el interés que después de la renuncia se tomen, siempre llevarán algún peso á la balanza política de cada país; y los inconvenientes que ofrecen en las grandes ciudades los elementos que fácilmente se dejan seducir y explotar, quedarán en parte compensados con la sana influencia de los trabajadores del campo, si los gobernadores y caciques no tratan de torcerla, y sobre todo con la actitud de los comerciantes, que no podrán encerrarse en la indiferencia si quieren defender y proteger sus intereses, grandemente perjudicados por las situaciones anómalas y los malos gobiernos.



Otro de los puntos que suelen ser objeto de discusiones y controversias y sobre el cual habríamos deseado exponer algunas ideas, es el referente á la procedencia y calidad de la inmigración.

Se enlaza este punto con la cuestión de las dos razas latina y anglo-sajona. Sin desconocer nosotros el vigor y las dotes características de esta última, habríamos demostrado el brillante porvenir que le está reservado á la primera en las posibles evoluciones y progresos de los

pueblos, y con cuanta ligereza é injusticia se la ataca frecuentemente por ciertas superficiales observaciones que se deducen del examen de la inmigración gallega ó del mediodía de Italia.

Pero aquí constan nuestros deseos, por si algún día aisladamente podemos emprender el estudio de tales cuestiones; por ahora ponemos término á nuestro trabajo, satisfechos sí con él habremos demostrado el interés y la atención con que observamos los fenómenos que á nuestro al rededor se desarrollan, y dado una pequeña prueba de las simpatías y afectos que nos inspiran gentes y lugares que, por su especial caracter y composición, han despertado en nuestra alma sentimientos y hecho revivir en nuestra mente memorias que vicisitudes varias y largos años de viajes, tentativas y perjudiciales vacilaciones tenían adormecidas, señalando así, tal vez, nuevos y mas provechosos rumbos á nuestra vida y á nuestro porvenir.



PERIODISMO EUROPEO Y AMERICANO

CUADROS Y ESTUDIOS COMPARATIVOS

EL CARACTER DEL PERIODISMO MODERNO

Al empezar este artículo zumba todavía en mis oidos el acento gutural de un señor empeñado en que yo había de saber en cuántas tiendas se vende cola en Buenos Aires, y no se me ha pasado por completo el mal humor y el despecho con que, para complacer á varios suscritores, tan constantes y amables como importunos, hube de redactar el otro día una noticia que cualquiera de ellos habría podido obtener igualmente con solo molestarse en abrir una guía.

—Pero como Vv. los periodistas lo saben todo....

—Es claro. Como nosotros somos enciclopedias ambulantes, otros tantos Pico de la Mirándola y algo mas,—porque entonces no había tanta ciencia, ni tanta legislación, ni tantos progresos....

—Estos diarios tienen mas ojos que Argos,—exclaman aún aquellos que tienen cierta ilustración y creen estar al tanto de lo que es el periodismo.—¿Como, de donde habrán sacado estas noticias?—dicen cada vez que se da cuenta de algo que otros debieran conocer antes, ó que parece tener un caracter de difícil averiguación.

—Los diarios lo saben todo, dice el respetable público, lo mismo el que lee que el que no lee.

—Ya sabemos lo que es la prensa, —dicen adonde pueden los hombres públicos y todos aquellos que se dejan sorprender y acusar con motivo ante la opinión

pública.—Ya sabemos quiénes son los periodistas.... Esto es una injuria, una calumnia, que ha obedecido á tales y cuales móviles de Zutano y Fulano.

Y por otra parte se apresuran á tomar medidas, á enviar explicaciones, á descargar su responsabilidad, á vindicarse por el mismo conducto que desdeñan ante el tribunal á que han sido acusados, es decir, ante la opinión.

¿En qué quedamos?

¿Es ó no es la prensa una institución, el cuarto poder del estado? ¿Qué es un diario acreditado ante un público? ¿Como se hace? ¿Quiénes lo hacen? ¿Quiénes son los periodistas?

Considerándolas bajo cierto aspecto, estas breves preguntas podrían dar materia para un libro: considerándolas bajo otro, procuraré contestarlas en pocas líneas.

***

Entre las muchas formas en que se manifiesta el poder de la prensa, su acción y su influencia dentro de un país, y de un estado, basta citar, para demostrar todo el alcance de ese poder, la importancia que le conceden los mismos que aparentan tenerla en menos.

Un gobierno honrado, guardador fiel de la constitución, escrupuloso cumplidor de las leyes, considerará como una de las mejores recompensas los elogios espontáneos de la prensa acreditada é independiente, reflejo imparcial de la opinión y del amor del pueblo, y á la par porta-voz de sus actos, que serán así conocidos en las regiones más lejanas, dentro y fuera del país. Un gobierno que no tiene la conciencia tranquila, que no está seguro de sus actos, que ha cometido abusos que quisiera ocultar ó legitimar de algún modo, darles caracter de legalidad para no quedar bajo el peso de una acusación que le

desacredite, ese gobierno se rodeará de una prensa oficial, de una prensa propia que le defienda de las inculpaciones y de los ataques, y con alambicaciones y sofismas intente estraviar la opinión y atraerla hácia él, como los espejismos de los desiertos atraen y extravían á los viajeros.

Los gobiernos, ya sean republicanos ó monárquicos que quieren conculcar las leyes, eludir toda fiscalización, obrar á su antojo, no encontrar resistencias ni limitaciones, no ven obstáculo ni estorbo mas grande que la prensa, y lo prímero que hacen es perseguirla, amordazarla, suprimirla, dejarla hecha á su imágen y semejanza.

Ni los genios mas grandes, ni los hombres mas populares menospreciarán la influencia y el poder de la publicidad.

Cavour y Bismark se mostrarán sensibles por ella, y tendrán diarios que reciben sus inspiraciones. Los mismos reyes no desdeñarán alguna vez ese medio de comunicación con el público, y pulsarán, leyendo diarios, la opinión de las masas; el emperador Guillermo abrirá cada mañana, antes que ningún otro, un periódico de la oposición por parecerle el mejor y mas sensato; los jurisconsultos más distinguidos discutirán largamente sobre si las faltas ó abusos de la prensa deben considerarse como delitos comunes, especiales ó mixtos.

Suprimid la prensa en un país y quedará aislado del mundo, su vida internacional suspendida, su vida interior ignorada ó desfigurada ante los extraños.

¿Quién llevará mas allá de las fronteras las noticias de los sucesos diarios, de los progresos ma teriales, del desarrollo industrial, de los descubrimientos científicos, de los nuevos y útiles inventos?

¿Los gobiernos ó los interesados? No serían creidos, el procedimiento sería largo y enojoso y no podrían

vencer las suspicacias, los recelos ó las antipatías de otros gobiernos y de otros pueblos.

¿Las agencias telegráficas ó los corresponsales? Podrían tener interés en desfigurar la verdad.

¿El libro? No se lee, ó lo leen unos pocos, que pueden ser indiferentes, ó callarse por interés, ó apropiarse lo ageno.

¿Que sabemos positivamente de los numerosos pueblos de Asia, del inmenso imperio de China, de los reinos, sultanatos y tribus de Africa? Los nombres geográficos, los deficientes y á veces exagerados informes de algunos viajeros atrevidos, y las escasísimas y lacónicas noticias que trasmite el telégrafo sobre matanzas, guerras civiles ó guerras exteriores: eso es todo lo que sabemos.

¿Porqué son poco conocidas las repúblicas de Centro América? Porque su prensa es embrionaria, como embrionaria es su civilización y no ha podido tener eco en lo exterior. El lejano Japón, en cambio, será ya mas conocido por doquier que otros pueblos mas antiguos, porque una prensa numerosa ha empezado á difundir la importancia de sus rápidos progresos.

Si invertiendo los términos, se me ofrece por lo contrario la estadística de la prensa de un país, el número de sus lectores y algunos detalles sobre la confección de los periódicos de mayor circulación, yo diré y dirá cualquiera, cual es su grado de civilización. Con esa estadística podria fácilmente presumirse también la de los alfabetos y analfabetos, ó con esta última calcular la primera.



Objeto y misión de la prensa es informar, deleitar, instruir: el diario que sepa reunir y presentar mayor número de informes sobre todas las materias, dar mas variedad á sus materiales, defender con mas fuerza y con mayor cau-

dal de conocimientos los mejores ideales ó los que mas se adapten á las condiciones, sentimientos y aspiraciones del pueblo à que se dirigen, será el mas favorecido. Una sola de esas cualidades, poseida y aplicada en alto grado podrá hacer la fortuna de un periódico: las tres constituirán el *desideratum* que se persigue en el periodismo.

El diario es, pues, un medio por el cual se comunican los pueblos entre sí, los gobernantes y los gobernados, la sociedad y los individuos: es como un caballero amable, ilustrado y sufrido, que cada mañana y cada tarde se aparece donde quiera se nos antoje, contesta con firmeza y brevedad á cuantas preguntas le dirijamos, nos da, si queremos oirlas, lecciones de moral, de política, de ciencia, de todo, ó se retira sin incomodarse si vamos de prisa ó estamos de mal humor.

Entre las condiciones que ha de llenar el periodismo, la experiencia demuestra que los pueblos dan preferencia á las informaciones. Esto esplica porque la vida de la prensa fué enfermiza y raquítica hasta la aplicación del vapor y la invención del telégrafo eléctrico.

Cuando las comunicaciones eran difíciles, las informaciones de cada diario no podían ir mucho más allá del círculo comprendido por las respectivas localidades; la lentitud de los medios de transporte hacía perder por su parte fuera de la localidad el ya escaso interés de cada publicación. Habiendo de llenar sus columnas con materiales de escasa ó ninguna actualidad, pudiendo solo deleitar é instruir, el periódico poco se diferenciaba del libro.

Apenas los ferro-carriles vinieron á acortar las distancias y el telégrafo á suprimirlas, el periodismo tomó en seguida un vuelo extraordinario, desplegándolo precisa mente mayor en los pueblos que, como los Estados-Unidos, Inglaterra y Francia, construyeron mas pronto y en mayor escala ferro-carriles y telégrafos.

Esa preferencia á que antes he aludido explica también

el favor, la inmensa circulación de diarios como el *Petit Journal* de Paris, el *Secolo* de Milán, la *Correspondencia de España* de Madrid y otros.

En Europa representan muchos millones las masas de trabajadores, de pequeños propietarios, de industriales que saben leer y escribir, que quieren enterarse diariamente de lo que ocurre por el mundo, que tienen una ilustración aúnque no pase de cierto límite. El tiempo qne pueden dedicar á la lectura es, además, limitado: han de aprovechar los breves descansos que les deja el trabajo, leer apresuradamente y en cualquier parte; por eso buscan las publicaciones que les den el mayor número de noticias en el menor espacio posible, y se las den en una forma adecuada á su inteligencia y escasa instrucción, es decir clara, facil, sencilla, comprensible sin esfuerzo alguno. Nada que exija reflexión, que revele estudio y erudición; nada de comentarios, de antecedentes, de cálculos, que induzcan á pensar si son ó no acertados, si pueden ó no pueden confirmarse: se quieren hechos, opiniones en breves líneas, acción, movimiento y todo revuelto, según ocurre, como un reflejo de la vida diaria, como una representación viva de lo que es la vida misma de los lectores. En esto podría hallarse también el secreto del éxito, de la popularidad de ciertos libros y de cierta clase de literatura que los buenos, los verdaderos literatos desdeñan y fustigan.

De ese modo la prensa reflejará, como los trajes y las viviendas, las graduaciones sociales dentro de los pueblos que la sostienen.

La clase media y las clases acomodadas, los que viven de la política ó intervienen en ella, los comerciantes, industriales, propietarios, fabricantes, artistas, los que tienen mas tiempo disponible, mas cultura y mas inteligencia, menospreciarán la crónica menuda, tendrán interés en conocer ampliamente los hechos mas importantes, explicárselos, calcular sus consecuencias, y por eso buscarán

los periódicos que mejor traten los asuntos que mas especialmente les interesan, ó que, además de relatar hechos, expongan ideas, revelen un conocimiento profundo de las cuestiones que surgen y se ventilan.

He ahí porqué política y socialmente tendrán mucha mayor influencia periódicos de menor circulación, y porque en cuestiones gravísimas se buscará la nota del día, el pensamiento de un gobierno ó de un partído, la solución sensata y la opinión que no se deja arrebatar por la pasión ó el entusiasmo en diarios como el *Times*, la *Gaceta de la Alemania del Norte*, el *Temps*, el *Globo* el *Imparcial* y otros.

En la República Argentina, adonde no existen grandes masas trabajadoras, que presten numeroso contingente á la lectura de los periódicos, no han podido arraigar los diarios de simples imformaciones, basados en los folletines horripilantes y en la acumulación de noticias de pocas líneas; pero la prensa argentina, preciso es reconocerlo, imitando á la inglesa y norte-américana, persigue el sistema de los periódicos de gran formato, y aspira á llenar ámpliamente todas las condiciones que constituyen la misión del periodismo, es decir, á comprender y responder á las exigencias de los lectores de todas las clases sociales.

Este, por lo demas, es el sistema que persigue ahora la prensa de todos los países.

Bien ó mal expuestas, extensamente discutidas ó presentadas con laconismo, las informaciones tienen generalmente por objeto dar á conocer la verdad, impedir los extravíos que nacen de las falsas suposiciones ó del erróneo conocimiento de los hechos. Solo en casos especiales puede la prensa misma tener interés en desfigurar las cosas; pero si esto no significa, como puede suceder, la verdad misma, deducida del modo de ver y juzgar del que la presenta, puede tenerse la seguridad de que el engaño ó la mentira durarán poco, y que la verdad se abrirá paso

en el mismo lugar en que momentáneamente pudo ser desconocida

En el periódico busca también el pueblo la síntesis de sus opiniones, la expresión en pocas palabras de los pensamientos que flotan en la atmósfera, que dentro de sí ha formulado cada uno, pero que difícilmente serían conocidos sin ese medio rápido y fácil de comunicación y publicidad.

El periódico representa en la vida diaria lo que el revolucionario en los momentos de efervescencia: la muchedumbre grita, ruge, vaga al azar no sabe que hacer, y cuando alguién se pone á su frente y adivina sus deseos é interpreta sus sentimientos de aquel instante, le aplaude, le sigue, le obedece. Sin la prensa, ó no podría prevalecer y darse á conocer la opinión, ó tendría que volver al antiguo y perjudicial sistema de las manifestaciones contínuas.

Las opiniones en un pueblo pueden ser varias y diferentes son, por consiguiente, las formas en que los periódicos las reflejan.

No se concibe un diario popular sin ideas sobre ciertos asuntos: las publicaciones incoloras, sí por un fenómeno incidental se levantan, no pueden sostenerse largo tiempo, como no puede sostenerse un cuerpo en el vacío. El simple hecho de encontrar mas ó ménos apoyo, demuestra que siquier brevemente, sin explicarlas ni fundarlas, dan ideas y opiniones que pueden ser erróneas, pero que reflejan el pensamiento de una masa ó de un grupo mas ó menos numtroso. Ya es sabido que las masas no opinan siempre bien y se equivocan con mas frecuencia de lo que se cree generalmente.

Este carácter, que podemos llamar de propaganda de la prensa, no desvirtúa, antes bien, contribuye á su objeto primordial, que es el comunicar al público de la manera mas rápida la verdad de todo lo que sucede en el país

y fuera de él ó, á lo ménos, todo lo qne ál público puede interesarle saber: esto explica porqué en tiempo de guerra se limitan las facultades de la prensa en lo que concierne á las operaciones de los ejércitos en campaña, y porqué los soberanos, estadistas y gobernantes que necesitan ocultar, disimular ó engañar, lo primero que hacen es perseguirla ó ponerle trabas para evitar que el conocimiento de la verdad los desacredite ó acumule sobre sus cabezas tempestades de ira.

Con la prensa libre ya no son posibles las ficciones las argucias, las artimañasque han hecho célebres á algunos gobiernos de los antiguos y modernos tiempos, ni el dicho de Catalina de Médicis de que «una noticia falsa creida tres días pudiera producir los mejores efectos» no sería tan fácil de llevarse á la práctica.

Ya no se podrá torturar, como en Atenas, á un ciudadano que anunció al pueblo la derrota de Nícias, y no pudo despues presentar pruebas que no dejaran dudas sobre la veracidad del desastre. Stratocles ya no mantendría á la ciudad en fiesta durante dos días, anunciando una victoria de la flota ateniense, sabiendo que habia sufrido una derrota. Un duque de Mayenne no conservará largo tiempo su popularidad en Paris por medio de falsas noticias. Un Napoleón Bonaparte no engañará nuevamente á todo un consejo de ancianos para inducirlos á atestiguar una mentira.

La prensa abrirá paso á la verdad, sinó inmediatamente,—que en ciertas circunstancias también puede ser traida á engaño,—apenas la conozca y con una rapidez desconocida en las edades anteriores.



Pero en resúmen, dirán algunos, ¿qué es, como se hace un gran diario? ¿Quiénes son los periodistas?

Con frecuencia individual en su orígen, como lo son

siempre las obras del ingenio, uu gran periódico va asumiendo poco á poco un caracter eminentemente social y colectivo.

Llega un momento en que toda ó parte de la prensa de una ciudad ó de un pueblo no satisface las aspiraciones de la mayoría, desconoce el ambiente que la rodea, no sabe amoldarse á las circunstancias, sus ideas chocan con las ideas de los mas, su espíritu no es ya un reflejo del espíritu público, se han hecho progresos y ella ha quedado rezagada, han nacido necesidades que ella no ha satisfecho.

En ese momento psicológico, uno ó varios hombres de ingenio se dan cuenta del vacío que puede formarse alrededor de la prensa existente, y fundan un diario que hace rápida fortuna.

Aquí tenemos la obra casi individual.

Ese diario subsistirá y seguirá progresando si los redactores continúan inspirándose en las ideas y propósitos de sus fundadores, modificándolas según el desarrollo, las evoluciones, los cambios que vayan efectuándose en el pueblo que le da vida. Entonces el diario se irá tranformando en una obra colectiva, porque su existencia estará como encarnada con la sociedad en que vive, y un ejército de escritores aparecerán y desaparecerán en él, trabajando en la sombra del anónimo, pero contribuyendo á su consolidación y su mejora.

Si no es así, si no hay quién continue la obra con el mismo acierto con que fué emprendida, ó el periódico se ha levantado rápidamente á influjo de circunstancias momentáneas y excepcionales que luego examinaré, entónces se desmoronará con la misma facilidad y rapidez con que obtuvo popularidad y fortuna.

No es lo mas común, sin embargo, que los buenos diarios se abran paso y avancen, progresen con rapidez. Como les sucede á la mayor parte de los grandes artis-

tas, literatos, hombres de ingénio, que sufren contrariedades, luchan, vacilan, se extravían, lo intentan todo antes de encontrar su centro de atracción y triunfar; los mejores diarios, ó lo que es lo mismo, sus sostenedores y redactores, á veces pasan años y años de estrechez y miseria, teniendo que rechazar con frecuencia el espectro espantoso de la muerte que va á llamar á sus puertas que hacer sacrificios, que vencer el desaliento que les infunde la indiferencia del público, el vacío en que se mueven; pero como si tuvieran la intuición de su propio destino, todo lo resisten, todo lo sacrifican, todo lo toleran y siguen impertérritos y tranquilos su marcha, introduciendo hoy una mejora, mañana un nuevo servicio, el otro una reforma, conquistando gradualmente familias, corporaciones, clases, estudiando el ambiente é imponiéndose insensiblemente á la sociedad entera, como esos humildes obreros que viven desapercibidos é ignorados cuando trabajan en pequeño taller, aumentan su clientela á medida que van ensanchando con el trabajo y el ahorro sus operaciones, y por último concentran sobre sí mismos las miradas de todos y se hacen necesarios con el trabajo perfeccionado de un establecimiento grandioso.

Cuando asi hace fortuna un diario, ¿á quiénes deberá concederse la gloria del triunfo? El acierto con que á través de tantos obstáculos se ha llevado siempre por buen sendero la empresa periodística corresponderá á los que la han dirigido, como el mérito de los movimientos estratégicos que sorprenden, confunden y desconciertan al enemigo corresponden al general que los ha ordenado; pero así como esos movimientos no darían resultados sin jéfes ni soldados que con exactitud los interpreten y cumplan, la buena dirección de un diario no sería posible sin redactores y cronistas que la secunden. El triunfo se comparte, pues, entre la dirección y las redacciones por las cuales pasa un sin número de combatientes oscuros

é ignorados que sucumben en la jornada ó se retiran con la satisfacción del deber cumplido.

¡Cuántos heroismos en estas luchas del pensamiento, ménos aparatosas y cruentas, pero mas fecundas que las luchas en los campos de batalla! ¡Cuántos incidentes gloriosos en las peleas diarias, para siempre ignoradas como el valor, la lealtad y la abnegación de muchos soldados en las guerras!

***

Circunstancias excepcionales y momentáneas, he dicho, pueden levantar rápidamente un diario.

Un hombre que explote su popularidad, revelaciones anunciadas ó esperadas, la pasión política, el escándalo, la efervescencia popular ú otras causas parecidas, pueden en ciertos momentos hacer que el público se arrebate tal ó cual hoja, como sucedió con las revelaciones escandalosas de la *Pall Mall Gazette;* pero estos son accidentes de la prensa, como los naufragios y descarrilamientos son accidentes de los viajes. Si todas las reglas tienen sus excepciones, esos encumbramientos repentinos son excepciones de la regla, de la vida normal de la prensa. Las publicaciones que así se levantan suelen caer del mismo modo, desaparecer apenas deja de soplar el viento que ha determinado su pasajera bienandanza.

No sucede así generalmente con las publicaciones que deben su progreso al propio mérito, al trabajo incesante; esas caen lentamente y por causas fundadas. Cuando dejan de apercibirse de los cambios que se efectúan á su alrededor; cuando se quedan estacionarias en medio del progreso general; cuando no saben ya pulsar la opinión, ni comprender los sentimientos, las pasiones, el caracter de la nueva generación, ganosa de novedades y emociones; cuando llegan á ser como plantas exóticas

en su propio país, entónces puede decirse que se sobreviven á sí mismas y empieza el descenso con lentitud, insensiblemente, porque el público no sabe desprenderse de ellas: la costumbre se ha hecho casi necesidad, y como los que tienen una fe ciega, una opinión preconcebida sobre algunos hechos ó personas son los últimos en admitir opiniones contrarias á las suyas, los antiguos lectores de un diario son los últimos en persuadirse que no sirve, que hay otros mejores, que está mal hecho, mientras una nueva generación ya habrá ido favoreciendo con su apoyo á otros nuevos ó que vivían olvidados, á pesar de que interpretaban y satisfacían mejor las necesidades existentes y estaban mas en armonía con la vida y las exigencias de la nueva sociedad.

Y ahora será presiso decir, ¿quiénes son los periodistas? Letrados ó aventureros, estudiosos ó díscolos, eruditos ó superficiales, todos, pero especialmente los que adoptan la profesión como medio de vida, están animados de un grande espíritu de progreso. El fuego de los grandes ideales arde en sus cabezas como la lava en los volcanes, haciéndolos trabajar sin descanso para apagar con reformas, mejoras é innovaciones las llamas que los consumen.

No lo saben todo, como dice el vulgo: pero suelen tener una percepción rápida, una facilidad extrema de asimilación, gran despejo, una admirable desenvoltura, sin carecer de conocimientos bastantes para salir airosos en los apuros del momento.

Libros, producciones, obras, leyes, reformas que para muchos revisten el caracter dc verdaderas revelaciones, para el periodista á veces no son mas que reproducciones de algo que ya conocía, como si á insabiendas encerrara en su cerebro los gérmenes de las cosas increadas, ó fueran tantos y tan diversos los materiales acumulados al acaso por la naturaleza de sus tareas, que no pudiera

encontrarlos sin la ayuda de especiales circunstancias, á la manera de esos grandes almacenes de ultramarinos, cuyos dueños buscan á veces inútilmente artículos qne creen tener, y se aparecen mas tarde, cuando menos lo piensan ó necesitan, al remover cualquier otra cosa.

Habrá indudablemente periodistas malos, como hay periódicos que explotan pasiones bastardas y no llenan los altos fines, la elevada misión que incumbe al periodismo moderno; pero tambien hay malos soldados y oficiales ineptos en un ejército, malos abogados en el foro, hombres que menosprecian ó falsifican las leyes en los gobiernos, miembros indignos en todas las instituciones humanas; y como esto no obsta á la gloria del ejército, á la brillantez del foro, á la excelencia de las leyes y á la bondad de las instituciones, unos cuantos periodistas y periódicos de mal género no desvirtúan la obra civilizadora del periodismo en su conjunto, obra en la cual trabajan con mayor ó menor eficacia todos los que toman parte lealmente en la lucha.

No importa que un periodista sea malo, porque desaparece en el periódico como el soldado en las filas del regimiento; no importa que un periódico desconozca los deberes de la profesión, porque se confunde en la institución inmejorable de la prensa, como el regimiento se confunde en la masa del ejército cargado de laureles.

Las instituciones se recomiendan por su bondad intrínseca, no por el valor ó interpretación que quiera dárselas; aunque toda la prensa de un país se relaje y no sirva, no bastára á probar que es mala la institución.

Un diario á su vez, no será popular, no tendrá gran circulación é influencia por el nombre de sus redactores, que pueden muy bien ser desconocidos y lo son en la mayoriá de los casos; lo será por su conjunto, por la bondad y acertada disposición de sus materiales, por interpretar el espíritu del pueblo que lo favorece, por satisfacer en la mejor

medida sus necesidades intelectuales, por responder mejor á su nivel moral, á su educación, á su caracter, á sus tendencias.

Tanto es así que en un gran diario pueden renovarse y se renuevan constantemente las redacciones, pueden abandonarlo los mejores redactores sin que sufra el menor contratiempo, sin que interrumpa un solo instante su marcha progresiva. A veces un redactor, en el arrebato de un momento, en el encono producido por algun desaire ó por otro incidente, sepárase con violencia irreflexiva de la redacción que tanto apreciara y que debiera querer como el agricultor á los campos que ha regado con el sudor de su frente: sepárase creyendo de buena fé que dejará un puesto irreemplazable, que arruinará á los propietarios, como á los fabricantes los obreros que se declaran en huelga; y nada de eso sucede, el redactor es reemplazado, á veces con ventaja; el público no se apercibe ó no concede importancia al hecho y el diario sigue avanzando, porque las personalidades se confunden en el espíritu que le anima, preside, determina y dirige con acierto.

El año 79, si no es infiel mi memoria, enojados los mejores redactores de *El Imparcial* de Madrid con su propietario el Sr. Gasset y Artime, separáronse en masa de la redacción para fundar *El Liberal*, creyendo con aquel acto desquiciar, causar mortal herida al periódico. El nuevo diario prosperó pronto, porque buenos eran los redactores y porque precisamente se inspiraron en el modo de ser del antíguo; pero este siguió su marcha ascendente, porque tan sentida separación no le impidió seguir cumpliendo satisfactoriamente sus deberes, dar la misma amplitud y llevar con el mismo acierto las diferentes secciones del periódico.

Los buenos periodistas harán un buen diario é inconscientemente trabajarán por su buen nombre y por el buen nombre de la clase á que pertenecen; un buen diario enaltecerá el nombre de la institución, como el heroismo de un

regimiento puede enaltecer á un ejército; pero aisladamente ninguno realiza el ideal supremo del periodismo, ninguno llena por sí solo en la más ámplia medida todas las condiciones que constituyen la mision de la prensa, la cual se cumple aunando y combinando los esfuerzos de todos, los grandes y los chicos, los diarios que mucho circulan y los que viven y trabajan sin gran protección, sufriendo y resistiendo obstáculos, estrecheces y miserias.

Otras causas secundarias influyen en la vida y circulación de un diario, como los avisos en la prensa anglo-americana, y por consiguiente en la de la República Argentina; pero baste el bosquejo que queda rápidamente trazado para dar una idea de lo que es, lo que significa y lo que puede la prensa, que adquiere tanta mayor importancia en un país, cuanto mayores y mas rápidos son sus progresos.



EL PERIODISMO POR DENTRO

I

LA PRENSA Y EL PÚBLICO

No abro nunca sin respeto la colección de un gran periódico. Esos tomos inmensos, de difícil manejo, tenidos casi por inútiles, pero guardados cuidadosamente en premio á los grandes beneficios y á las grandes cosas que en su tiempo realizaron, como se guardan las armaduras y los uniformes de los grandes capitanes en los museos, se me figuran los veteranos de cien batallas arrrinconados en un cuartel de inválidos, achacosos, derrengados, imposibilitados de moverse, después de haber hecho temblar á los hombres mas valerosos y haberse impuesto á pueblos y ejércitos.

Tengo delante la colección de un gran periódico y pienso:

¡Cuantos trabajos, cuantos sacrificios, cuantos esfuerzos, cuantas ilusiones y cuantas esperanzas no habrán concurrido á componer cada una de las hojas que forman esos tomos cubiertos de polvo, embarazosos para los mas, objetos de curiosidad y de consulta para los detalles que ha descuidado el libro y olvidado la memoria, como se acude á los viejos para los informes minuciosos de los hechos que presenciaron!

Pienso en los materiales que cada página habrá aportado á la gran obra común del progreso y de la civilización de su país; pienso en la clase y forma de esos materiales para establecer mentalmente la parte que le corresponda y el mérito que pueda caberle en esa gran obra; pienso en el orgullo y en la satisfacción de algunas victorias, en el abatimiento y en las amarguras de algunos contratiempos y de algunas derrotas; pienso, por último, en la abnegación y el martilleo mental que representa cada artículo, en la molestia sufrida, y en la ingeniosidad desplegada para cada noticia, en los golpes de sensación que derrotaron á los menos expertos, en las esperanzas defraudadas, en las ilusiones devanecidas de los escritorzuelos que no despertaron la admiración universal, como creían, en los sobresaltos de los que por primera vez, ó contra su deseo veían su nombre en letras de molde; pienso en otras infinitas cosas que en la vida diaria del periodismo ocurren y me pregunto: ¿Acaso el público, ese juez severo é inapelable que en último resultado castiga las faltas y compensa los méritos, ó deja pasar con deplorable indiferencia, y lastimoso olvido los unos y las otras, esterilizando fuerzas útiles ó dejando echar raices á fuerzas deletéreas, mal dirigidas, peor empleadas y mas dañinas que la mala yerba entre los sembrados, acaso el público al buscar diariamente informes, deleite, instrucción ó entretenimiento en esas hojas, ha pensado, se ha dado cuenta á lo menos de las circunstancias excepcionales del cúmulo de trabajo, iniciativa, perspicacia, inteligencia, sacrificios, medios insólitos que se han desplegado para descubrir el hecho encubierto ú oculto, obtener los detalles minuciosos, los informes verídicos sobre un suceso, venciendo las poderosas influencias interesadas en ocultarlo? Al leer las censuras que sirvieron de primer correctivo á las culpas ó indicaron los remedios que evitaron mayores males ó facilitaron los medios para obtener mayores beneficios, al saborear los comentarios

que interpretaban sus sentimientos y revelaban en el escritor erudición, consumada experiencia, inspiración en altos ideales, elevación de pensamientos ¿ha pensado que la crítica y los comentarios se escribieron á altas horas de la noche, sufriendo una temperatura glacial ó un calor insoportable, sosteniendo rudísima lucha con las ideas que pugnaban por salir de la cabeza y el espacio y la premura que fijaban límites imprescindibles?

No: ni las colectividades, ni los indivíduos penetran, ni pueden entretenerse en penetrar la esencia de las cosas, investigar su origen, seguir su formación y desarrollo: el vertiginoso movimiento de la vida lo impide. Se atienen en todo á los resultados finales y por ellos obran y juzgan, á ellos ajustan su conducta.

Sus juicios á veces son erróneos, permiten que se formen popularidades efímeras, que se justifiquen acciones inconcebibles, que se toleren engaños bien dirigidos, que se sostengan empresas descabelladas y se consuman productos adulterados y de mala fabricación; pero al fin y al cabo, si violencias y fuerzas mayores no lo impiden, el error se desvanece, y la verdad, la justicia, el mérito se abren paso.

El público, al buscar cada mañana ó cada tarde en el periódico que más le gusta, que mayor fé y mayor simpatía le merece la noticia del día, los sucesos ocurridos en el país y fuera de él, los comentarios atinados, las indicaciones oportunas, el movimiento social, político y literario, no piensa en el esfuerzo mental del redactor del artículo de fondo para encontrar las notas que mas se armonicen con las aspiraciones generales, ó para decir algo nuevo en asunto ya mil veces tratado; no piensa en los apuros del reporter para informarse de un hecho ocurrido dos horas antes, ni en las gestiones del director para revelar algo escapado á la previsión de los demás periodistas: el público juzga el conjunto, va formando poco á poco un concepto

propio, y cuando lo ha establecido, compensa con su aplauso, su favor y su apoyo los méritos y los sacrificios pasados, de la misma manera que aplaudiendo y entusiasmándose por las tropas que regresan de una guerra, entiende rendir un homenaje á los heroismos desconocidos, á los valientes que regaron con su sangre los campos de batalla.

Es un fenómeno que se observa en todas las manifestaciones de la vida: las acciones, los méritos individuales, sometidos al juicio de entidades poco numerosas, de las cuales la mayor puede considerarse un gobierno y la menor un hombre aislado, obtienen fácilmente recompensa, aúnque bien es sabido como se tuercen aquellos juicios á influjo de la ignorancia, de las simpatías ó intereses personales, y de los instintos perversos; pero cuando es el público el que debe otorgar la recompensa, esta rara vez sigue inmediatamenre á los méritos y si sigue, es en virtud de circunstancías anómalas y extraordinarias, que en la mayoría de los casos, no habiendo mediado el tiempo que da lugar á la reflexión, permiten dudar del valor y de la justicia de la recompensa misma.

Para otorgar su favor necesita generalmente el público luchar consigo mismo, vencer hábitos arraigados en su vida, de los cuales no se desprende sin grandes motivos, sin razones fundadas, sin una gran evidencia de que le resultarán ventajas positivas, prefiriendo á veces perder y sacrificar algo, antes que dejar una costumbre ó modificar y variar una opinión por largo tiempo sostenida.

Un producto industrial, por ejemplo, lo mismo que un periódico, encuentra apoyo aún mucho tiempo después de haber perdido las cualidades que lo hicieran popular. Solo en caso de cometerse errores gravísimos ó producirse hechos que lastimen los sentimientos so-

ciales ocurren caidas repentinas irremediables y generalmente ruidosas.

Por eso, lo mismo en el periodismo que en la industria, muchos sucumben en la jornada antes de lograr convencer al público que lo que ellos dan es muy superior á lo que él favorece. Pero la victoria final suele ser de los que resisten sin desmayo. Cuando las ventajas que se presentan son positivas y los méritos que se revelan son indisputables, el público acaba por reconocer unos y otras, y entónces quebrantando lenta y perezosamente y hasta de mal humor sus hábitos, desprendiéndose poco á poco de lo que ha preferido y favorecido durante mucho tiempo, compensa sin saberlo y sin darse cuenta de ello, no solo los trabajos de lo presente, sinó también las penurias y los sacrificios de lo pasado. Entónces aquellos que son abandonados se persuaden también que la rutina y la idea de la propia suficiencia son elementos sumamente perjudiciales en estos tiempos de competencia, innovaciones y adelantos contínuos, comprenden que todo tiene fin y se renueva en este febril movimiento de la vida y que todos los abusos tienen su límite, si es que en su ignorancia y en su atraso no creen ser víctimas de alguna injusticia.

Al obrar así, el público mas que á la reflexión, obedece al instinto, al sentido práctico de la propia conveniencia. Al adquirir un producto ó favorecer un periódico lo hace por creerlo mejor ó mas adecuado á sus gustos é inclinaciones, pero no piensa ni se preocupa de la fábrica grandiosa, de la redacción competente, de la misma manera que al admirar los inmensos talleres ó las imprentas lujosas donde los numerosos obreros giran entre las colosales máquinas, que cuando trabajan parecen mónstruos animados que rugen y se quejan por su impotencia contra los invencibles pigmeos que las manejan, no piensa en el pequeño establecimiento de antaño, en la humilde redacción de

elementos escasos y personal deficiente. Verdad que en esto el público obra mejor que muchos indivíduos, que para excusar el propio atraso, interpretan lo pasado como una acusación de lo presente, y creen denigrar al hombre que contra sus previsiones y sus deseos se ha levantado por sus propios esfuerzos recordándole sus antecedentes humildes, como si las cosas hubiesen de tener un fin antes que un principio, como si la ley del progreso no fuese una realidad, como si el Quijote valiera menos porque su autor fué pobre toda la vida, como si Colón fuese menos grande por ser hijo de un cardador de lana, como si no fuese mayor el mérito de Zola por haber sido un infeliz empleado con sesenta francos mensuales de sueldo y haber tenido que empeñar sus ropas para vivir antes de ser gran novelista.

Siempre es interesante y útil, sin embargo, estudiar el desarrollo de una empresa ó de una institución que deban su prosperidad, no al favoritismo ni á la feliz combinación de circunstancias especiales, sinó al trabajo y á la inteligencia. Si el público, arrastrado por el torbellino que le obliga á correr sin descanso, atento á sus necesidades y ocupaciones, no puede por sí preocuparse de lo que directamente no le interesa, no deja nunca de informarse con placer de cualquiera de las manifestaciones del trabajo y de la importancia y modo de ser de lo que por su naturaleza le es poco conocido, y tiene algo de incomprensible y misterioso. La historia del progreso y desarrollo sucesivo de todo lo que llega á desempeñar un gran papel, acumular riquezas, influencia, fuerza moral ó material en el seno de una sociedad, despierta en todos curiosidad, ejerce una atracción peculiar, porque esas historias, como las vidas de los grandes personages, sirven de enseñanza á los menos expertos, y de ejemplo y estímulo á los que en el silencio y en la sombra, llenos de valor y energía, contemplan las alturas á donde otros han llegado, enprenden la ascención con firmeza, encontrando en la atracción que sobre

ellos ejerce la brillantez de la victoria, las fuerzas y el aliento necesario para vencer los obstáculos que se interponen en su camino.

Tratándose por otra parte del periodismo, que es institución relativamente moderna y cuyo poder crece por momentos sin que muchos se expliquen las causas, reinan ideas confusas, existen hechos y detalles desconocidos por el mismo que los produce ó figura como principal actor en ellos, por el público.

De la importancia, desarrollo y poder de la prensa tomada en conjunto hablé en el artículo anterior; de el destacaré algunas ideas y conceptos, como se destacan los frutos ó las ramas de un arbol, para desmenuzarlos, y veré si es posible dar interes, atraer la atención sobre algunos detalles.



II

DENTRO DE LA REDACCIÓN—TIPOS Y ESCENAS

Penetremos en la redacción de un periódico importante, de influencia en la opinión, que de estos como es natural, mas se preocupa el público, que busca los efectos inmediatos, aúnque no sean menos respetables los de menor circulación, que honradamente luchan para andar el camino por otros ya recorrido, carrera ingrata, penosa, llena de abnegación, en la que muchos sucumben ó retroceden vencidos por los desfallecimientos y los desalientos que les produce la indiferencia con que son acogidos sus trabajos, iguales ó quizás superiores en mérito á los que, publicados en diarios muy leidos, obtienen el valor, la autoridad y el prestigio que les presta la posición adquirida por el diario mismo.

No veremos allí, como aún creen algunos poseidos de un romanticismo rancio y reñido con la realidad, jóvenes ú hombres pálidos, amoratados, un poco cadavéricos, de aire siniestro á lo Byron, devorados por las pasiones y los remordimientos, como nos pinta Gautier á los acólitos de Víctor Hugo en el estreno de *Hernani;* no oiremos discusiones ardientes y agitadas sobre la ineptitud de los gobiernos, las necesidades de las poblaciones, la política internacional, que permitan pescar algo de los ataques

violentos, de los sucesos inesperados, de los bríos indomables, de las fervorosas y apasionadas discusiones que conmoverán los ánimos al día siguiente; nada, como no sean algunos libros, folletos y periódicos esparcidos aquí y allá en desórden, ó el diabólico tufillo de la pringosa tinta que ha transformado el mundo, nos revelará que hemos entrado en el lugar donde se fabrican ideas que pueden exaltar, poner en ebullición las mentes mas sosegadas, que estamos en la fortaleza de donde salen los tiros certeros que van á herir la epidermis delicada de un ministro, á destruir tal ó cual obstáculo levantado muy cerca ó muy lejos, á derribar un individuo ó una corporación que, creyéndose invulnerables ó dudando todavía de la eficacia de los proyectiles periodísticos, creen con ligereza inutilizarlos con la injuria y el escarnio, poniéndose en evidencia para servir mejor de blanco á los tiros, ó bien salen las salvas que anuncian y celebran el mérito de un gobernante, el patriotismo ó los elevados sentimientos de un ciudadano, el proceder ó los actos de una autoridad, todo lo que es digno de gratitud, distinción y encomio. Hasta quedaremos sorprendidos, quizás, al observar las fisonomías bonachonas y poco expresivas de los redactores, entretenidos cual en meditar sobre una cuartilla para no escribir lo que haya de borrar el director ó disgustar á un lector, cual en saborear las producciones de sus compañeros locales, callando, como es natural, los méritos y celebrando los desaciertos, cual otro, en fin, en manejar valientemente las tijeras sobre los periódicos de provincias y del extrangero, pareciéndonos imposible que aquellos seres de aire tan inocente é inofensivo puedan, como lo hacen con tanta frecuencia, cantarle las verdades al mas guapo, descubrir lo mas oculto, encontrar á todas horas ideas luminosas que esclarezcan los hechos mas extraños, é intervenir en las rudísimas batallas que se empeñan entre la verdad y la mentira, la legalidad y la ilegalidad, el bien y el mal.

Pero si los redactores no pueden ofrecer materia de observación porque nos es posible sorprenderlos en los momentos en que se comunican sus impresiones, en que elogian á este, desuellan á aquel, se burlan con donaire de los errores del otro, se entristecen ó se regocijan, según el éxito de sus trabajos, la hallaremos sobrada en el entrar y salir de gentes de tan varios temperamentos y cataduras como los asuntos que los mueven, las conversaciones que entablan, las porfías que suscitan, los planes que exponen, las sospechas que apuntan y las noticias que dan.

Observemos una tras otra, algunas de las muchas personas que á ciertas horas del día llegan á la redacción, preguntando siempre por el director, á la manera de los solicitantes que no quedan satisfechos si no pueden exponer sus cuitas al presidente ó á los ministros, aunque pierdan lastimosamente el tiempo, y los resultados sean los mismos. Bien es verdad que aquí, como no se piden empleos, ni concesiones, ni son necesarias recomendaciones, ni intervienen influencias poderosas, no sucede lo que suele suceder en las regiones oficiales.



Es un hombre de estatura mas que mediana, de complexión hercúlea, artesano por su traje, italiano por su andar y su porte, ó mejor dicho uno de esos genoveses forzudos, con los cuales no se quieren tener disputas y que si no viniese en actitud pacífica induciría, sin duda, al director ó al redactor, á retirarse un poco y poner por precaución siquiera una mesa entre medio para parar el primer golpe.

—Veniva, siñor, que ha salido mi nombre equivocado en un suelto, al hablar de mi establecimiento. Yo non mi llamo Gritto ma Fritto.

—Es posible.... Habrá sido una equivocación de los cajistas.

—¡Cómo posible! Es sicuro, siñor... Guardi: aquí está. ¡Qué dirá la gente!...

—Claro; muchos se habrán preocupado hoy de este asunto. Mañana rectificaremos.

—Se lo agradeceré mucho, siñor.

Otro:

Es, al parecer un jornalero, pero sus facciones y fisosomía no pueden precisarse, porque viene cojeando, encogido el cuerpo, la cabeza vendada, el brazo izquierdo en cabestrillo, y la parte de la cara que tiene descubierta, amoratada y llena de rasguños.

Empieza casi llorando su relato.

—Mire, señor, como me han puesto los vigilantes. Anoche me retiraba á las once á mi casa, y al pasar por la calle Paraná esquina Córdoba, ví á un hombre como un castillo que le pegaba con un palo á un niño de quince años. Me dió lástima y fuí á amenazarle y hasta le arranqué el palo de las manos; pero en aquel momento llegó un vigilante, que le dejó escapar á él y me prendió á mí. Cómo yo le decía que no había hecho nada, que tenía muger é hijos y no quería seguir, pidió auxilio y me han puesto entre todos de esta manera. Hoy me han soltado porque creo que han agarrado al otro.

Y aquí enfiló una serie de denuestos contra la policía, hablando de civilización, de barbárie, de cafres, de lo que deben decir de nosotros y de otras cosas que no son para escritas.

—Para que vea que no miento. quiero enseñarle el cuerpo..... .

—No, no hay necesidad; con lo que está á la vista hay bastante.

—No, señor, esto no es nada.

Y cómo pudo, con la mano libre se quitó la americana y el chaleco y puso en descubierto los hombros, que verdaderamente horrorizaban. Tenía la piel magullada, amo-

ratada, llena de sangre prendida. Bien habria podido servir de modelo para un cuadro de flagelación no ménos lastimoso que el *Descendimiento* y el *Cristo crucificado* de Rubens.

Un redactor tomó apuntes del hecho y despidió al indivíduo aconsejándole que en lo sucesivo no vuelva á meterse á desfacedor de entuertos.

Otro.

Es un caballero grueso, alto, rubio, bien vestido, que entra con su sombrero de copa en una mano, un rollo de papeles en la otra. Le traen asuntos de ferro-carriles. Dejémosle entenderse en inglés con el director, que por las trazas, con los papeles que desenrolla y los planos que despliega, tiene para rato. Si no empieza á historiar la locomoción desde Fulton, es casi seguro que hablará de los materiales, de su clase y construcción, de los sistemas empleados en Francia, Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos, historiará todo lo hecho en la República en materia de ferro-carriles y referirá el precio kilométrico de casi todas las líneas férreas del mundo. Dejémosle y veamos qué quiere aquel buen hombre de aire pacífico é indiferente, que interpela al primero con quien tropieza.

—Señor, hace tres años que el presidente me prometió cincuenta mil nacionales y esta es la hora que no me ha dado un centavo. Francamente, yo necesito y si no me los dá tengo que moverle pleito.

El redactor se muerde los labios para no soltar la carcajada.

—Es claro, Vd. los necesitará como el pan que come. Tener cincuenta mil nacionales y vivir en la miseria . . . . digo ¿Vd. debe vivir en el hospicio de las Mercedes?

—Sí señor.

—¿Y hasta le habrá dado alguna ducha el Dr. Melendez, no es cierto?

—También, señor.

—Esto es una ignominia. Mañana le recordaremos al presidente su compromíso en el diario.

Y el hombre con toda seriedad agradece la atención y se vá satisfecho. Nadie diría que es loco.

Uno tras otro, siguen dos peones, uno de la aduana y otro de la limpieza pública. Con una voz de bajo destemplado denuncian á gritos las iniquidades que con ellos se cometen, las irregularidades del servicio, las faltas de aquel gefe ó del otro empleado, intercalando á cada momento un «como Vd. debe saber,» ó un Fulano de tal «que Vd. debe conocer,» á lo que el redactor hace signos afirmativos, riéndose interiormente de tanta sencillez, y acaba por consignar en dos líneas lo que cada uno ha dicho en media hora. Si fuese posible, sería curioso observar que cara pondría el gefe de una repartición mientras uno de sus dependientes está desahogándose y cantando las verdades del barquero.

Nuestro inglés, que ya hace un cuarto de hora que está de pié para despedirse, aúnque sin decidirse á ello, concluye por fin su disertación sobre ferro-carriles y se va dejando los planos y los papeles. Todo queda en silencio, el director hace algunas preguntas ó encargos á los redactores, y ya se dispone á tomar la pluma, cuando entra un señor haciendo mil reverencias y preguntando si puede publicarse el contenido de un papel que presenta.

Es el profesor M .de J. fisico-prestidigitador, etc. que se propina á sí mismo con toda franqueza un bombo monstruoso.

—¿Como quiere que se publique esto?

—En las noticias, si podía ser, ó como Vd. quiera.

—No puede públicarse sinó despues de noticias, en las solicítadas.

Y en seguida, se le indica la oficina de la administración, donde recibe un jarro de agua fría y siente desminuir en algunos grados el concepto que tenía de si mismo al soltar

los pesos que se le piden por la publicación. Y el mismo camino llevan otros dos que traen, el uno una carta bombástica en favor de un médico que le hizo una cura milagrosa, y el otro desahogos contra una corporación y un diario que lo atacó, mientras otros dos que traen noticias de interés público, pero sin saberlo, y por eso muy dispuestos á pagar la publicación, se marchan muy satisfechos al ver que nada se les exige.



Sería el cuento de nunca acabar, si quisiésemos hacer desfilar todas las personas que al cabo de un mes, y en muchas circunstancias al cabo de un día, visitan la redacción de un diario de gran circulación, todas tan diversas por su condición, edad, traje y aspecto como los materiales y las noticias que se aglomeran en cada número del periódico.

Detrás del que comunica detalles sobre las evoluciones políticas del momento, el que anticipa datos sobre futuros proyectos financieros, el que denuncia abusos de cualquiera repartición, el que quiere que se tapen charcos en su calle, él que pide el empedramiento de la suya, el que se queja de la imposición abusiva de algunas multas, el que comunica prisiones arbitrarias y desmanes policiales, el que revela ilegalidades ó abusos de las oficinas públicas, el que reclama contra los escándalos de ciertas casas, el que se incomoda porque en un suelto se ha dicho que ha pegado á otro en la cabeza, mientras ha sido en los hombros, el que se queja de alguién ó de algo, el que quiere atacar ó defenderse, *et sic de coeteris*. Y el director escucha á todos con amabilidad, cómo si nada tuviera que hacer, sin revelar prisa ni impaciencia alguna, porque se trata del respetable público, porque de entre lo inutil y enojoso puede sacar mucho importante y trascedental, y porque en realidad halaga su amor propio ese interés que tanta gente se toma por su diario. Bien

es verdad que de vez en cuando echa una melancólica mirada á los papeles que se van amontonando sobre su mesa; pero los no iniciados no pueden adivinar lo que aquellas miradas significan, ni saber si se va pasando la hora para hacer ciertas averiguaciones, ni si se habrá escabullido el reporter que debía hacerlas, ni si tanta charla retrasará la confección del diario, así que si al día siguiente lo recibe un cuarto de hora mas tarde, nada le impedirá tampoco quejarse amargamente por el retardo.

Si tan numerosa y heterogénea es la concurrencia que acude á una redacción en épocas normales, facil es colegir lo que será en épocas anormales y extraordinarias, cuando en el país ó fuera de él han estallado ó van estallar guerras ó revoluciones, que por lejanas que sean, si tienen importancia y conmueven á una parte considerable de la comunidad, por contagio y relación de intereses conmueven también en seguida á la otra parte.

Cuando se está pendientes de la noticia de un choque ó del resultado de una batalla, como en la última revolución oriental, cuando la ansiedad, y la incertidumbre tienen suspensos los ánimos y se ciernen en la atmósfera y zumban en los oidos las sospechas vagas, los rumores contradictorios, que no se sabe de donde salen, ni que origen tienen, pero que van agrandándose y extendiéndose casi por manera misteriosa, entonces si no se suspende, seguramente se altera la vida metódica y rutinaria de la población, la inquietud no deja humor para seguir las tareas cotidianas, se espera con impaciencia el boletín, la hoja aportadora de novedades y los mas interesados acuden á las fuentes de información, á las redacciones de los periódicos. Algunas de estas asumen entonces el aspecto de una bolsa.

Nunca como en esas circunstancias cree un periodista ejercer un verdadero apostolado, ni comprende toda la importancia de la prensa. Aquella concurrencia, aquel ir

y venir de gente, aquellos saludos y apretones de manos, aquel aparecer de amigos y conocidos casi olvidados y no vistos de larga fecha, aquel pedir incesante de pareceres y noticias, aquella religiosa atención con que se le escucha, aquel espíar de sus movimientos como para descubrir si sabe algo oculto que no quiera decir, dan al periodista el aspecto de un general sobre el campo de batalla, cuando los soldados y los oficiales que lo rodean entre las descargas de fusilería y el estampido de los cañones y el olor de la pólvora, y los ayes de los heridos y los gritos de los batallones que avanzan ó retroceden persiguiendo y espantando á la muerte ó perseguidos y espantados por ella, le miran inquietos, repiten y comentan sus mas insignificantes palabras, quieren leer en su rostro sus esperanzas ó desalientos, y esperan una frase convencida, categórica para tomar sus precauciones ó lanzarse por el campo y animar á los que, no habiéndose dado cuenta de la situación, vacilan y temen.

Entónces la atmósfera de la redacción está caldeada, la misma ansiedad y curiosidad que predominan en la población no dejan reposo en el ánimo del periodista, que participa de las ideas, pasiones, simpatías y deseos que impulsan á los que vienen de afuera, y como si adquiriera en esos momentos dotes y cualidades que no soñaba tener, trabaja con gusto en medio del bullicio, y aún suspende espontáneamente á cada instante el arreglo de un telégrama ó los comentarios que hace sobre un hecho para contestar á las preguntas de este, rebatir las opiniones erróneas de aquel, demostrar lo absurdo de las suposiciones del otro. Son tan raros como breves esos períodos agitados de la vida periodística, porque corresponden á hechos y fenómenos que alteran la vida normal y progresiva de las sociedades, como los huracanes y los terremotos alteran la atmósfera ó subvierten el suelo; pero si fueran ó pudieran ser mas frecuentes, lo que auguramos

no suceda, es casi seguro que ofrecería el periodismo mayores alicientes, y no se acordarían los que lo ejercen de sus trabajos y sinsabores, como los soldados no se acuerdan en las batallas de la sujeción del cuartel, ni de las fatigas de la marcha.



III

ANÓNIMOS, CARTAS, RECTIFICACIONES Y OTROS ESCRITOS.

LOS LIBROS Y SUS AUTORES

Dejándonos en el tintero la descripción de algunos otros concurrentes útiles, ó raros ó empalagosos que suelen acudir á las redacciones, callando los desahogos de los unos, las exageraciones de los otros, los asombros de unos cuantos, las quejas de los que no quisieran haber visto su nombre en el periódico, los grandes empeños de los que á toda costa quisieran verlo, las extrañezas y los milagros de los que por tal ó cual noticia creen que en un día dado no se habla mas que de ellos en el universo, preciso es, para completar la noción de las relaciones que existen entre el público y las redacciones de sus periódicos favoritos dar siquiera una ligerísima idea de los escritos que en aquellas se reciben. Esos escritos, por su contenido, son tan curiosos y variados como la concurrencia de que hemos hablado; y ya con esto se subintiende que ó son atendibles y de provecho, ó inútiles é impertinentes, ó curiosos y ridículos, ó simplemente estúpidos y reñidos con el sentido común. Esos escritos son anónimos ó firmados. De los primeros poco diremos, aún privándonos con ello de lo que mayor interés, aliciente y variedad podría dar á nuestro escrito, porque

los autores, escudados tras el seguro del anónimo, dan rienda suelta á la lengua, ó en su lugar á la pluma y lo mismo en las quejas que en las denuncias, en las críticas que en los elogios no se paran en pelillos, se despachan á su gusto, exageran sin limitación y á veces chistosamente y con gracia, convierten los charcos en lagunas, las casas sospechosas en focos escandalosos de inmoralidad, los hombres honrados en pillos, los sabios en ignorantes, los que son muy conocidos en sus casas en pozos de ciencia, y personas de gran fama, los miembros de tal ó cual repartición, empresa ó sociedad en una cuadrilla de bandoleros, si es que no hacen observaciones ó preguntas necias pidiendo que se esclarezcan ó se contesten en el periodico.

Suelen venir los tales escritos abonados por *uno ó varios suscritores*, ó por *uno que lo sabe*, ó por *uno que lo entiende* ó por *varios vecinos*, que ocupándose comunmente de asuntos tratados por el periódico al cual se dirigen, no deberían ignorar que en las redacciones se atiende todo lo que es justo y digno de tomarse en cuenta, siempre que alguién responda de su exactitud, no haciéndose uso de las firmas, si la naturaleza de los hechos no lo exige La prensa protesta continuamente y con razón contra los anónimos, pues no debe estar muy seguro de la justicia ni de la verdad de lo que dice, de lo que pide ó de lo que observa el que no tiene el valor de sostenerlo á cara descubierta. Así creyendo, quizás, alguno ó algunos, al llenar de amenazas, improperios é insultos una hoja de papel que harán temblar ó encolerizar al director ó á los redactores, sucede que los hacen reir ó les sirven de entretenimiento, si es que por no llevar el papel firma alguna, no va al cesto, sin que nadie se preocupe de verlo. A veces, en cambio, esa circunstancia impide tomar en cuenta hechos, observaciones y preguntas verdaderamente atinadas é importantes.

Los escritos firmados suelen ser menos raros, menos

curiosos, conteniendo comunemente observaciones, preguntas, rectificaciones, denuncias, críticas ó elogios.

Las observaciones suelen inspirarse en artículos ó sueltos aparecidos en el periódico, tienen por objeto ampliar ó apoyar con nuevos datos y nuevos antecedentes opiniones emitidas sobre un asunto determinado. Algunas veces es un suscritor que se ha enamorado de todo lo que se refiere á la vinicultura, ó á la cría de ganado, ó al pastoreo, ó á tal ó cual ramo de la agricultura, de la industria, del comercio, de las artes ó de las letras y observa que debería seguirse tratando de aquello, que es muy bueno muy útil, de interés general, porque es de tenerse en cuenta que cada suscritor ó lector pide para su capote, lo juzga todo desde el punto de vista de sus intereses, necesidades y sentimientos y no piensa absolutamente que el periódico tiene miles y miles de lectores, cuyos intereses, necesidades y sentimientos son distintos, y que todos desearían, tal vez, cosas diferentes y que obligación es de los redactores armonizar, en los límites de lo posible, el mayor número de voluntades y aspiraciones. A esto precisamente se debe en gran parte el éxito en el periodismo; y si los que á veces se creen desairados por no haber sido atendidos reflexionaran un poco, se persuadirían que no es la falta de buen deseo y de buena voluntad la qne impide la publicación.

Se le importará algo, por ejemplo, á los otro veinte mil lectores que se le diga en determinado día lo que le interesa al veinte mil uno, á saber, si se va mejor al Rosario por tierra ó por agua, en tren ó en vapor? Y sin embargo de este género son muchas de las preguntas que se reciben por escrito en la redacción, pidiéndose siempre que se contesten en el periódico, «apreciable ilustrado, acreditado,» que en semejantes casos no se ahorran los adjetivos. No pretendemos establecer que todas las observaciones y preguntas que se hacen sean inoportunas; algunas

veces son importantes, revisten verdadero interés y claro está que entónces se atienden con placer. Otras veces, mas que importantes, son verdaderamente árduas y ponen al periódico ó á sus redactores en sérios apuros.

En epocas como las actuales, cuando preocupan los rumores ó amenazan los peligros de guerra entre una ó varias potencias, no faltan los que desearían saber si es mas fuerte la escuadra rusa ó la escuadra italiana, si la Francia está en condiciones de vencer á la Alemania, si Austria podría hacer frente á la Rusia. Si se dan opiniones categóricas, aúnque se tengan, se corre el riesgo de incurrir en el enojo de unos ú otros, de atraerse un diluvio de protestas; y para no enemistarse con los italianos, ni con los rusos, ni con los franceses, ni con los alemanes, ni con los austriacos, hay que dar contestaciones tan oscuras como las daban las pitonisas de Delfos, ó tan vagas como las de las Sibilas romanas. Y esto ocurre también en otro género de asuntos porque también se preguntan á veces cosas de menor vuelo, pero no menos escabrosas, referentes á manifestaciones del comercio ó de la industria y que pueden herir susceptibilidades no desatendibles.



En las rectificaciones y denuncias escritas se reproducen las exageraciones que hemos señalado en los que van á hacerlas personalmente, aunque sin el interés, la variedad, el aliciente que les prestan los tipos varios con sus trajes, sus ademanes, sus exclamaciones y sus asombros.

La mas pequeña alteración de un hecho, una letra de más ó de menos puesta por los cajistas en un nombre propio, la equivocación de un número, una versión que no esté á gusto ó no esté bastante clara para algún interesado á quién á veces se le ocurre entender lo que nadie ha

entendido, ni el periódico ha soñado en decir; las alusiones que se ven con frecuencia donde no existen, la súplica de los que á una legua de distancia de los hechos expuestos, consideran, sin embargo, necesario hacer constar que no han tenido nada que ver con ellos, cualquier cosa, en fin, cualquier pequeño desliz da pretexto á muchos para cartitas amables ó enfadosas, galantes ó insolentes, según el humor y la educación de cada cual ó el efecto que le haya producido el asunto que motiva el escrito. Esto naturalmente cuando se trata de cargos, críticas, denuncias, inculpaciones, conceptos desfavorables, hechos graves, que pueden tener trascendencia, porque en cuanto á los elogios nunca se le ha ocurrido á nadie reclamar, por inmerecidos que fuesen.

No rara vez sucede en esto de las rectificaciones que la enmienda resulta peor que el soneto. Algunos reciben terribles desengaños, que los dejan anonadados, corridos, maltrechos, haciéndoles maldecir la hora en que concibieron la idea de meterse á censores en asuntos que no les importaban gran cosa, de enmendarle la plana á un periódico. En la precipitación con que redactan su escrito, no penetran si ellos mismos justifican con otras razones y en otros términos lo que precisamente tratan de desvirtuar, y la falta de costumbre y práctica en consignar con órden y precisión sus ideas les hace deslizar conceptos que convendrían callar. La rectificación sale, pero procedida de una cabeza, una maldita cabeza, tan horripilante para él que no la esperaba como la de la hidra de Lernea, ó seguida de una cola, una maldita cola, tan importuna y tan fea y tan larga como la de Gerión; y ya sea en la cabeza ó en la cola se demuestra con toda evidencia que la rectificacion no rectifica nada, que muy al contrario prueba mejor lo que el periódico había dicho y que aún prueba otras cosas que no había dicho.

Pasemos por alto las denuncias, por temor de encontrar

en su variada y amena literatura, en sus divagaciones y floreos sobre el Intendente, en sus reclamaciones contra este ó el otro descuido, el abandono en que se deja esta ó la otra cosa, en sus quejas ó en sus cargos contra las autoridades, en sus ataques á los actos de este centro ó aquella empresa ó á los escritos de otros periódicos, en sus disertaciones varias para demostrar la razón propia y los errores agenos, materia que alargara este trabajo mas de lo que nos hemos propuesto.

Se atienden ó no se atienden según el criterio del director, que ha de tener en cuenta muchos resortes y conveniencias, los cuales escapándose ó no alcanzándose á la generalidad, hacen que ese criterio rara vez vaya de acuerdo con los que se creen injustamente desairados.

Las críticas ú observaciones sobre descuidos ó deficiencias en la confección del periódico son mas raras; pero no faltan los que indican la oportunidad de ocuparse de tales ó cuales asuntos, de seguir este ó el otro sistema en el orden de los materiales, de no descuidar ciertos temas ó ciertos hechos que consideran de interés general, ni los que se encargan de advertir oportunamente el olvido de un vapor que llega ó sale, la trasposición de una línea que les ha hecho perder el sentido de lo que estaban leyendo, la equivocación de una fecha, de una cita ó de un nombre geográfico, la inconveniencia de algunas líneas borradas, añadiendo como corolario y para dorar la píldora que eso puede tolerarse en los demás diarios, pero no en un diario de tanta circulación autoridad é importancia como aquel de que se trata.

Salvo en casos exepcionales, cuando se emprende una campaña que ha de traer resultados prácticos, provechosos, de interés general y evitar abusos, inmoralidades, explotaciones, porque entonces llueven las adhesiones y los ofrecimientos, salvo en esos casos, mas raros aún que las críticas son los elogios sobre los méritos, el valor, la

importancia de un artículo ó de otro material cualquiera del diario; pero si de estos entran pocos en libra, como decía Sancho Panza, también entran algunos, que sirven de estímulo y dan aliento á los autores.

Y aquí nos detenemos, sin hablar de los que envían artículos sobre la «Salida del sol por el lado del río» la « Elevación del espíritu » la « Hermosura de las mugeres » y otros por el estilo, de palpitante interés, dicen los autores, por lo que sería conveniente su inmediata publicación. Es tan inposible determinar con precisión y en su sentido mas lato el caracter y la naturaleza de todos los asuntos que de palabra ó por escrito van á ventilarse en la redacción de un gran diario, como es imposible comprender y describir en artículos ó novelas de costumbres todas las gradaciones y. aspectos diversos que aisladamente presentan los miembros, las fracciones mas ó menos importantes de una sociedad.

Todos esos escritos, como puede presumirse, dan no poco que hacer y causan no pocas molestias; pero se aceptan con placer, porque aparte su mayor ó menor utilidad ó aprovechamiento, halagan, como las visitas personales, el amor propio de los periodistas y son una prueba evidente de la importancia y de la influencia del periódico.



¿Y los libros? ¿Y los folletos y publicaciones de toda clase?

¡Ah! también el director y los redactores causan á veces incomodidades y sinsabores á los demás y cortan en flor, con sus implacables juicios, ilusiones y esperanzas, que, si bien incubadas al calor de los errores y de las falsas concepciones, constituían la vida de aquellos que las alimentaban. Destruyen á veces con ligereza la semilla

que al parecer no prometía fruto alguno, sin calcular las misteriosas transformaciones y las fuerzas desconocidas que en el indivíduo, como en la tierra, pueden con el andar del tiempo manifestarse, y aquella semilla, arrastrada por la furia del primer vendaval, cae en la primera etapa á orillas del camino y ya no produce más que frutos de odio, de rencores y de envidias.

Cuando los periodistas, en la precipitación de las tareas diarias, dejan amontonar por descuido ó falta de tiempo unos sobre otros los folletos y los libros, ó dan simplemente cuenta en dos líneas de su aparición, no piensan seguramente en las ansias, en las impaciencias de los autores, en la irritación que les produce el silencio, que interpretan como indiferencia ó desprecio para sus trabajos á los que atribuían ellos extraordinaria importancia, en el desaliento que experimentan al encontrar solo el título y el número de páginas allí donde esperaban encontrar la opinión autorizada, la frase alentadora, las observaciones atinadas que revelasen la competencia del que las había escrito.

Cuando al juzgar las primeras novelas de escritores que, no obstante ser desconocidos, no las cambiarían por las de Zola y Daudet; las poesías de los jóvenes imberbes que creen sinceramente no estar muy lejos de alcanzar los vuelos sublimes de Victor Hugo; las obras de los literatos mas ó menos conocidos ó improvisados, mediocres ó ma los, según opinión general, pero no según ellos, que creen ser víctimas de la envidia, de la injusticia y de las mesquindades humanas; cuando al juzgar esas producciones las condenan y las fustigan sin miramiento alguno, y ponen en evidencia lo inverosimil de la trama, la prosa vulgar de los versos, la falta de plan, de erudición, de utilidad práctica de las obras, la impropiedad del lenguaje, la pesadez del estilo, las imitaciones y los robos aquí y allá, y envían á sus autores á medir varas de tela ó les aconsejan se

dediquen á cualquiera otra cosa; cuando la emprenden con este ministro ó aquel empleado, este empresario ó aquel director, que gozan en santa paz con la familia y los amigos, entre el lujo y las comodidades, los sendos miles que les proporcionan los cargos que ocupan, y creen de buena fé ser los hombres mas honrados y mas inofensivos del mundo, inteligentes y cumplidores en sus puestos, y de la noche á la mañana se ven convertidos en ladrones de dineros públicos, en ignorantes enfatuados que no saben lo que tienen entre manos, y solo se distinguen por la enormidad de sus disparates, en explotadores de mala ley, y lo que es peor con visos de fundamento, porque mucha gente parece creerlo, y la prensa parece demostrarlo con exactitud casi matemática, cuando esto hacen, los redactores no calculan el dolor que causan á los que atacan, la irritación y el desaliento que les producen, los rencores, las pasiones, los malos sentimientos que hacen nacer en sus almas, el desconcierto, el desbarajuste, la confusión qne siembran en sus ilusiones y en sus proyectos, y no piensan que sus razones y observaciones, por justas y fundadas que sean, nunca persuadirán á los autores los cuales se creerán víctimas de la ignorancia, de la envidia, ó de la injusticia, y compensarán lo que deberían considerar como un verdadero servicio, no con gratitud, sino con odio, ataques, imprecaciones.

Cuando en esto se piensa dan ganas de elogiarlo todo, de complacer y dejar satisfecho á todo el mundo, y casi, casi se aplaude la conducta de los que no se meten con nadie, de los que nunca formulan opiniones categóricas, de los que esquivan todo lo que pueda traerles ó causar disgustos, de los que navegan á todos los vientos y sacrifican algo de la verdad, de la razón, de la justicia, del bien general á la tranquilidad é intereses propios, al aprecio personal.

¡Pero ¡ay! del progreso humano si ese sistema llegara

á prevalecer! ¡Cuántas existencias, que habrían persistido en el camino del engaño y del error toda la vida, cambian de rumbo, descubren terrenos mas adecuados á sus aptitudes á cáusa de aquellos desengaños recibidos á tiempo, de aquellos juicios severos, pero imparciales, aúnque por algún tiempo los consideren injustos y los maldigan!

¿Acaso el público no es severísimo, implacable en sus juicios? Acaso se perdonan á los periodistas las faltas, los errores mas insignificantes, el mas pequeño desliz? Luego no puede inclinarse á las contemplaciones, ni entretenerse en floreos el que está día y noche en la brecha, arma al brazo, asechando siempre á los merodeadores que quieran turbar la paz, la tranquilidad, el bienestar de los ciudadanos.

¡Ah, también está llena de penalidades, también exige abnegación y sacrificios la vida del periodista, con esa lucha constante entre las ideas que pugnan por salir de la cabeza y las necesidades diarias que fijan moldes imprescindibles á los escritos, con esa aglomeración frecuente de sucesos que deben ser referidos y tratados en espacio brevísimo de tiempo, con esa propaganda contínua en favor de los demás, con ese pedir incesante de honores, gratitud y recompensa para los méritos agenos y no poder, cuando buscan en todos los rincones de su cerebro las ideas luminosas, que han de dar la nota mas alta de las aspiraciones públicas, de los sublimes ideales, encontrar aliento y estímulo en la esperanza de un aplauso, en la satisfacción anticipada de una recompensa, en el incentivo de la general admiración.



EL REPORTER Y EL SERVICIO DE INFORMACIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS

Algunas rarezas, algunas extravagancias de los periodistas norte-americanos, los medios inusitados, las estratagemas que en contadísimas ocasiones han inventado y puesto en juego para obtener las primicias de un hecho, los mayores detalles de un suceso, han dado celebridad en Europa á la prensa americana, acreditándola en un concepto que dista mucho de ser el verdadero.

A estar á las publicaciones de algunos viajeros ó á los artículos que de vez en cuando aparecen en algunos periódicos europeos, el *reporterismo* ha llegado en Norte América á un punto qne dá náusea, pues ya no se ocupa solo de lo que pueda interesar mas ó menos á los lectores, sinó de los detalles mas nimios, como si solo se tratara, de llenar espacio, y el mérito del servicio de información de cada diario, la rivalidad y competencia entre uno y otro, se hicieran consistir en la cantidad y no en la calidad.

Los sucesos comunes elevados á la categoría de grandes acontecimientos, las riñas convertidas en dramas, los dramas en tragedias, las tragedias en crímenes horrorosos y espeluznantes que hacen poner los pelos de punta á los mas valientes, una pequeña desgracia transformada en terrible catástrofe, un fenómeno cualquiera de la

naturaleza exagerado hasta darle las proporciones de apocalíptico castigo. Tratándose de las personas, diz que llevan la descripción hasta la ridiculez; el bosquejo de la fisonomía y del carácter, acompañado de insulsos datos sobre los movimientos, las posturas, la configuración de las orejas, de las manos, de los piés, de las prendas de ropa mas insignificantes; las palabras, las frases mas estúpidas referidas y comentadas; indivíduos de mediana y aún de ninguna importancia considerados como personages; entrevistas con dueñas y sirvientas, empleados y mozos; y con esta pintura, como si no se tratara de países exhuberantes de riqueza y que reciben numerosísima inmigración, aparecen los periodistas como perros hambrientos que se disputan á gruñidos por todas partes el pan nuestro de cada día, que se vén obligados á aguzar el ingenio para dar en cada número algo mas que sus contrincantes, que son capaces de todas las bajezas y de todas las humillaciones para obtener el mas pequeño detalle sobre un hecho cualquiera

Hay evidente exageración en esto, como la hay en otras muchas rarezas que se achacan á los norte-americanos, y que no sabría establecer si han contribuido á que se propalaran y arraigaran las del periodismo, ó de estas han derivado aquellas, aúnque es mas probable que unas y otras hayan nacido de las grandiosas realidades con que ha manifestado su actividad, ingeniosidad y espíritu de iniciativa el pueblo norte-americano. Es la antiquísima tendencia á la exageración que manifiestan todos los pueblos en sus juicios sobre los demás: dejarse influir por lo que impresiona las imaginaciones, tomar lo particular por lo general, un aspecto de la vida de un pueblo por su vida entera, varios héchos aislados por el conjunto de hechos que caracterizan el modo de ser, el adelanto ó el atraso, la prosperidad ó la miseria de una nación. Para los que no penetran el fondo de las cosas, ni siguen los cambios y

las transformaciones que se van operando cada lustro ó cada década en todas las regiones del globo, pero especialmente en los países civilizados, no admite alegría la gravedad alemana, ni elevados sentimientos el egoismo inglés, y los italianos se pasan la vida cantando, los españoles en pendencias y riñas, los franceses riendo, divirtiéndose y burlándose ó despreciando el resto del mundo por un concepto exagerado de su propio valer.

Respecto de América el fenómeno, tal vez por la distancia y los informes exagerados é incompletos, asume proporciones verdaderamente colosales: todo es raro, estrambótico, gigantesco en los Estados Unidos, y fuera de ellos se confunden las nacionalidades, el atraso de unos paises sirve de norma para juzgar á todos los demás, y aún para los mas conocidos, como el Brasil y la República Argentina, lo excepcional se acredita de común y frecuente.

Así sobre la base de un hecho verídico ó sobre la fé de un hombre ingenioso, se forman leyendas que gentes interesadas propagan, que la imaginación exagera, que al fin se repiten de buena fé y que el público acaba por creer. Así por un reporter que una vez se descolgó por una chimenea para sorprender los secretos de una reunión y obtener un discurso, por otro que se escondió debajo de un sofá para oir una conversación, por un tercero que supo burlar las resistencias injustificables de un hombre público, procurándose con su ingeniosidad las noticias que se le negaban, por algunos de estos hechos rarísimos, se pintan á todos los reporters descolgándose á cada instante por las chimeneas, escondiéndose debajo de los sofaes, engañando á los hombres públicos, arbitrando medios extraordinarios, lícitos é ilícitos para desempeñar mejor su misión, sorprenderse mutuamente, rivalizar en una lucha poco leal y poco noble. En esta corriente de ideas se hacen aparecer como víctimas de los reporters á los hombres políticos, á los estadistas, á los que por uno ú otro

concepto han adquirido alguna notoriedad, compadeciéndolos como si pesara sobre ellos una grande é inevitable pesadilla, figurándolos acosados, perseguidos implacablemente todos los días como el lazarillo de los *Madgyares*.

No creo que el problema de la vida haya llegado á ser tan árduo en Norte América que obligue á aguzar tanto el ingenio para resolverlo. Considero á los reporters demasiado prácticos para desacreditar su oficio con procedimientos, que, si en raras circunstancias pueden admitirse y tolerarse por la excepcional importancia de ciertos asuntos, y por la magnitud de los beneficios que obtienen las empresas en su crédito y el público en su conocimiento, repugnan generalmente con el caracter, las costumbres, el modo de ser de las personas que han recibido cierta instrucción y educación.

No ignoro ciertas hazañas de los reporters de Nueva York; recuerdo las críticas hechas por ciertas minuciosas y ridículas descripciones sobre la vida y los trajes de Sarah Bernhardt, la persecución de que fué objeto el hijo del príncipe Napoleón, la enojosa insistencia con que, querían los reporters penetrar los secretos de la mansión de Cleveland en la época de su casamiento. Yo no niego que el noticierismo ó reporterismo, ó como quiera llamársele, haya llegado en los Estados Unidos á un grado de competencia no alcanzado todavía por ningún otro país, ni niego que esa competencia vaya asumiendo formas, que creen exageradas ó improcedentes los que quisieran llevar al periodismo por otros rumbos mas elevados, y me explico la extrañeza de los que han formado su gusto con otros sistemas y con ellos, es decir con sus ideas, juzgan lo que hacen los demás sin tener en cuenta la diferencia de raza, de clima, de costumbres, de temperamentos de cada pueblo, sin apercibirse del error que cometen al querer que los demás se amolden á lo que ellos piensan,

hacen y desean; pero niego que la competencia lleve á los reporters mas allá del límite que le fijan las conveniencias sociales y las aficiones, necesidades, exigencias del público, cuyos intereses sirven.

El periódico, como la novela, como en general la literatura, refleja el ambiente en que vive, no puede llevar á la sociedad, como algunos creen, por determinadas vías é imponerla determinados gustos; tiene que seguir la corriente que lo arrastra, amoldarse á los gustos, tendencias, inclinaciones, costumbres del público que ha de favorecerlo. Tanto es esto así, que en casi todos los países se vén languidecer diarios redactados por escritores de gran talla, admirablemente hechos, pero que midiendo á los demás por sí mismos, no se aperciben que solo pueden ser comprendidos por unos pocos, viéndose pospuestos á los que saben ménos y escriben peor, pero que se han penetrado mejor de los gustos de la mayoría, y cuidan y dan importancia á menudencias que aquellos desprecian por inútiles y vulgares. Precisamente uno de los principales coeficientes de la prosperidad de un diario estriba en saber comprender y secundar los gustos y necesidades del mayor número.

El periódico, como la novela, todo lo más que puede hacer, y lo hace generalmente, es tender á mejorar lo que encuentre y considere malo dentro de la Sociedad en que vive; y dada su circulación, popularidad é influencia, es seguro que para los venideros será un documento social mas importante que la novela.

La competencia, por otra parte, en literatura como en industria, es señal inequívoca de progreso. Podrá traer sus exageraciones, como las trae el exceso de producción que á veces, con la exagerada baratura de los precios arriba á ruinas parciales, á crisis de mayor ó menor importancia; pero así como ese exceso tiene que revelar forzosamente un desarrollo extraordinario, un empleo en

grande escala de los últimos adelantos y de la maquinaria mas perfeccionada, la rivalidad en el periodismo tiene que revelar forzosamente empresas con elementos poderosos, una gran afición á la lectura y un número grande de periódicos, dedicados á alimentar y secundar esa afición. Si, en efecto, las empresas de los periódicos norte-americanos tienen reporters para destinarlos á la averiguación hasta de los asuntos de menor importancia, es que su personal es numeroso, es que pueden distraerlo con ese objeto.

Si, además, el número de periódicos es grande, es un signo indiscutible de adelanto, pues todavía no se ha citado el ejemplo de que la prensa haya llegado á mayor desarrollo y perfección en un país atrasado que en otro mas culto. Sucede con la prensa lo mismo que con los avisos comerciales; allí donde los periódicos de gran circulación no pueden llenar media páginas de avisos, es indicio de poco comercio, de industrias atrasadas ó poco desarrolladas, si se exceptúan algunos lugares donde se sigue otro sistema de propaganda comercial; pero allí donde el comercio es grande, la fabricación considerable, y las industrias están muy desarrolladas, los periódicos tendrán que ensanchar continuamente su formato, dar suplementos, reducir el espacio destinado á los materiales de redacción y los tipos de letras usuales para dar cabida á los avisos de todo género que invaden sus columnas.

Sin presentar el ejemplo, ya demasiado conocido, de los diarios ingleses y norte americanos, que en ello ofrecen una prueba elocuente é indiscutible de que sus respectivas naciones son las mas comerciales y fabriles del mundo, podemos observar que hay diarios de Madrid, como *El Imparcial*, que con una circulación de 60.000 ejemplares no pueden llenar una pequeña página de avisos, mientras otros de Barcelona, como el *Diario*, con menor circulación, tendrán una cantidad extraordinaria; de igual modo con

solo abrir los principales diarios de Río Janeiro y Buenos Aires verá el menos experto que esas poblaciones desarrollan una actividad comercial é industrial mayor que la de las demás capitales de Sud-América.

Pero aún admitiendo que la competencia lleve á ultrapasar alguna vez los límites que múltiples razones aconsejan fijar al servicio de información, repito, y con esto vuelvo al punto de partida, que se abulta y se exagera generalmente todo lo que concierne á los reporters norte-americanos, atribuyendoles procederes que no siguen y hasta méritos que no suelen tener. Los medios extraordinarios que han empleado algunas veces, y que han podido hacer época en la historia del noticierismo, no han sido mas que auxiliares de otros poderosos elementos desplegados por las empresas periodísticas.

De todas maneras, si se popularizara en Norte-América un sistema de informaciones minuciosas é insulsas, no revelaría mas que un depravado gusto público y no sería prudente aconsejar su imitación. En un pueblo por varios conceptos grandioso, pero que no ha podido todavía formar un arte, ni una literatura, en un pueblo trabajador, industrioso, de *boutiquiers* como decía Napoleón I de los ingleses, algo ha podido suceder en ese sentido; pero á medida que los gustos se modifiquen, el servicio de información se encerrará alli también en la esfera armónica que traza la curiosidad pública á cada una de las secciones de un diario.

He creido oportuno extenderme algo sobre el concepto de los reporters norte-americanos, tanto por las exageraciones que sobre su caracter, conducta y capacidad recuerdo haber leido en diferentes publicaciones, como porque suelen designarse en Europa con la calificación genérica de americanos y confundirse con todos los demás del nuevo continente. Es verdad que la prensa europea, cuando habla de América solo entiende referirse á los

Estados-Unidos; pero he tenido ocasión de comprobar que los artistas, los viajeros, todos los que pasan una breve temporada en Buenos Aires, entre otros muchos errores debidos al hecho de basar sus juicios sobre las primeras impresiones que reciben, que no bastan para formar juicios certeros y fundados, llevan de la prensa bonaerense el mismo exagerado concepto que se tiene de la prensa norteamericana.

Dijérase, además, á estar á esas críticas que en Europa no tiene el reporter la misma importancia que en América, ni se dá al servicio de información, á la crónica menuda el mismo valor que en Norte-América.

Falso. Cambia de caracter y de formas, porque otros son los gustos, otras las costumbres, las aficiones y las exigencias de cada público; pero el servicio se cuida extraordinariamente, y el reporter, en su modo de producirse bastante diverso del americano, tiene la misma ó mayor importancia, según veremos en el siguiente articulo.



CARACTER É IMPORTANCIA DEL REPORTER EN EUROPA

¿A que debe principalmente, su inmensa fortuna el *Petit Journal* de Paris? A los esfuerzos desplegados desde un principio por sus propietarios para dar en el menor espacio posible el mayor número de noticias. Esto es la información condensada, como las materias alimenticias, cuyo volumen quiere reducirse, como el extracto de carne, que sin saciar á los mas hambrientos, ni convenir á los paladares delicados, basta para alimentar el inmenso número de los que se contentan con poco, de los que no son exijentes, ni tienen muchas necesidades por las desfavorables condiciones en que han crecido y arrastran la existencia. En vez de cuadros miniaturas ,en vez de columnas líneas.

El *Figaro* debe su popularidad, tanto ó mas que á sus servicios especiales y á la colaboración de los escritores mas ilustres de la Francia, á las crónicas judiciales de Alberto Bataille, á las crónicas sociales, parlamentarias, políticas, entrevistas ó *interview* de Parisis, Paul Henry, Alberto Millaud y otros. No puede quitársele al *Figaro* el mérito de haber sido el primero en dar á sus crónicas un caracter especial, ligero, entretenido; pero no por esto el sistema deja de estar basado sobre el mayor número de informaciones, combinado con la mayor competencia. Ese sistema ha hecho no solo la fortuna de los iniciadores, sinó tambien de los imitadores. El *Fanfulla* y el *Capitan Fracassa* de Roma, diarios que

han alcanzado en pocos años una circulación considerable, están calcados sobre el *Figaro*, del cual hay otros modelos en París mismo y hasta en Buenos Aires.

Y los demás diarios de gran circulación en las naciones latinas ¿que son sinó ediciones corregidas y aumentadas del *Petit Journal*? ¿Cuales son los materiales que se encuentran diariamente en los 160.000 ejemplares del *Secolo* de Milan? De las tres páginas de redacción, dos casi siempre son telégramas de todos los puntos de Italia y del resto de Europa, y lo demás crónica milanesa, breves correspondencias de Londres, París, Berlín ó Viena, críticas artísticas condensadas por personas competentes en pocas líneas, pequeños sueltos sobre cuestiones de interés general, ya italianas, ya extranjeras, reseñas judiciales, cuando la importancia de una causa lo requiere, en cuyo caso se expone siempre la parte mas impresionable, ó mas dramática y espeluznante, y por último los folletines. Rara vez un artículo de media columna, rara vez materiales que no tengan alguna relación con sucesos recientes ó con hechos que preocupen la atención pública. Esto en tiempos normales. En las circunstancias extraordinarias, cuando ocurren graves sucesos, todo á ellos se sacrifica. La nota del día se expone con todos sus detalles, se comenta brevemente, se trata en telégramas, en correspondencias, en noticias, lo general cede el lugar á lo particular, y entonces es cuando se revela especialmente la iniciativa, la competencia de las redacciones, los mayores ó menores elementos de las empresas periodísticas que ganan ó pierden entónces en el concepto público mas que en muchos meses ó años de sacrificios y esfuerzos lentos.

He citado el folletín, y como por vía de digresión, permítaseme observar que ha sido un género muy explotado en años anteriores, contribuyendo no poco á hacer la fortuna de algunas publicaciones. Hoy, sin embargo, va

perdiendo mucho de su importancia, ya sea por la competencia que le hacen la baratura de los libros y de las revistas especiales exclusivamente dedicadas á la novela, ya sea porque se vaya cansando el público de un género del cual se ha abusado en todos sentidos.

En París mismo ya pocos se disputan las producciones de Zola, Daudet, Onhet, Maupassant, Claretie y demás autores de renombre; ya nadie quiere emplear valiosas sumas en la adquisición de novedades por las que los lectores no se apasionan como en otros tiempos.

El *Messaggero* de Roma, cuya circulación ha llegado en siete años á mas de 40.000 ejemplares, es, por su formato y confección, una copia exacta del *Petit Journal.*

El *Corriere della Sera* de Milán, además de tener críticos artísticos como Luis Chirtani, autor de varias obras sobre arte, ha dado tanta amplitud como el *Secolo* á su servicio telegráfico y publica diariamente reseñas completas de las sesiones de las Cámaras é informes sobre los menores incidentes que ocurren en los círculos políticos de Roma.

Dígase lo mismo de los demás diarios de mayor circulación en Italia. No es posible, ni es mi propósito, hacer aquí un bosquejo de los principales diarios europeos, sinó de algunos de los mas conocidos, en cuanto pueden probar la importancia que allí se concede al *reportage*; pero aún analizandolos todos, no haría mas que ampliar la demostración, dejar establecida su exactitud con datos mas numerosos y elocuentes, y solo encontraría excepciones, que tendrían su explicación lógica en el mérito especial de algunos servicios, que por si solos bastan ó contribuyen á mantener el favor público.

El periodismo español, como esgabel que ha sido para escalar los puestos públicos, como escuela donde era preciso aprender á luchar, templar las propias fuerzas, derribar los gobiernos, adquirir el atrevimiento necesario para

empeñar y reñir caballerosamente, cual se adice al caracter español, rudos combates con los enemigos políticos, casi siempre amigos personales, cómo etapa indispensable para pasar de simple particular á ministro, cómo palenque donde podían permitirse algún desahogo las pasiones enardecidas y clamar por su reivindicación los derechos desconocidos y las libertades holladas, tardó algo mas en asumir nuevas formas y entrar en los nuevos derroteros.

La política tenía forzosamente que prevalecer durante mucho tiempo en un país donde todos se ocupan de ella, segun observó De Amicis el primer día de su permanencia en España. La pintura que del *Clarin de la patria* ha hecho Pereda en *Pedro Sanchez* daba hasta hace poco una idea exactísima del periodismo español. Allí el artículo intencionado, el chiste oportuno, la sátira hiriente y graciosa, el ataque violento adornado con las galas del lenguaje y los esplendores de la forma, de la cual no prescinden nunca los pueblos meridionales, todo esto aún tiene allí excepcional importancia, aún constituye uno de los méritos y de los caractéres peculiares de la prensa española. Pero dentro de estos elementos nacionales y, por decirlo así, hereditarios, ya se han introducido modificaciones y realizado transformaciones en armonía con las necesidades creadas por la mayor cultura de los pueblos, por la relación y solidaridad de intereses que el intercambio, la rapidéz de las comunicaciones, los adelantos industriales y científicos han establecido entre las naciones civilizadas.

El vapor acortando la distancia, el telégrato nivelando los precios de los mercados, el crédito sustituyendo el movimiento de los metales, han hecho que las regiones mas lejanas estén en contínuo contacto, cómo los eslabones de una cadena, y al ensanchar los horizontes de los pueblos, tenían que ensanchar forzosamente los horizontes de le prensa, obligando á los periodistas á ser regionales por el movimiento diario, por la alimentación cotidiana,

por las necesidades mas inmediatas, y siempre más numerosas, cómo los indivíduos que se ocupan de los vecinos de la casa, de las ocurrencias del barrio, del tráfico, de las fiestas y de los sucesos de la ciudad; á ser nacionales por sus sentimientos y aspiraciones, cómo el soldado que pone sobre todo el honor de su bandera y el patriota que todo lo pospone á la grandeza de su país, y por último á ser cosmopolitas por la valiosísima parte con que el porvenir de los intereses nacionales y regionales se relaciona con los intereses de los demás pueblos, cuyo concurso necesita, y que pueden influir en su bueno ó mal éxito, en su mayor ó menor prosperidad.

Esa parte cosmopolita ya vá invadiendo las columnas de la prensa española; y no se crea que me he apartado de la cuestión con las anteriores observaciones, porque si en América, por la situación especial de cada país, puede creerse que el servicio de información se limita á la crónica urbana y á las cuestiones interiores, no así en Europa, donde las cuestiones internacionales revisten excepcional importancia, como lo prueban las frecuentes entrevistas que los reporters celebran con personajes políticos de todos los países.

Por lo demás, si se quiere un ejemplo elocuentísimo de la aceptación que han obtenido también en España los diarios hechos sobre la base de informaciones, en su acepción más restringida, es decir local, cómo la entienden los reporters mismos, me basta citar el título de un solo diario: *La Correspondencia*. Llenando invariablemente sus páginas con pequeños sueltos, con noticias del extranjero, de las provincias, pero sobre todo de Madrid, ha hecho la fortuna del Sr. Santana. Claro está que tuvo el acierto de procurarse la colaboración de buenos reporters, y entre ellos es conocidísimo Peris Mencheta, quién con una inteligencia clara, despejada, con dotes apreciables de observador, sin arredrarse ante ningún obstáculo cuando se trata de su

crédito periodístico y del servicio de su diario, sin pretensiones literarias, ni ínfulas de escritor, ha adquirido en España la misma merecida notoriedad que tiene en Buenos Aires el decano de los reporters argentinos, al que no necesito nombrar para que todos sepan á quién aludo, y también algunos otros.

La *Correspondencia*, que hace diez ó doce años tenía doble circulación que cualquer otro diario madrileño, ha quedado vencida por *El Imparcial* y ha perdido mucho en el favor público: bien le está, porque por ser ministerial de todos los gobiernos, ha acabado por no tener ideas claras y definidas sobre ninguna cosa.

No se nutre una sociedad con la nada, como no se alimenta el cuerpo de sentimientos é ilusiones. Esas hojas incoloras que quieren mantenerse en perpétuo equilibrio, que ocultan sus intereses personales, sus temores, sus vacilaciones ó su falta de criterio y estrechas miras bajo los aparatosos y engañadores pretextos de una imparcialidad imposible, y que revolviendo contínuamente al efecto los ideales, las grandes palabras, los supremos intereses públicos, son cómo árboles que se visten de follage pero no dan frutos, se parecen á los hipnotizados que, cómo si quedasen sin alma, cómo si perdiesen todas las facultades propias, ya solo piensan y obran por sugestión, no despertando hasta que se canse el hipnotizador, que para los periódicos es el público.

Los diarios de mayor circulación y de mayor fama tienen opiniones propias y un color definido; saben que las tiene el público, cómo las tiene el indivíduo, y consideran que el peor y más pernicioso de los sistemas es querer navegar á todos los vientos, ó sea quedar bien con el público y los gobiernos, dejando á todos satisfechos. El *Times* el *Imparcial*, el *Figaro*, el *Temps*, el *Secolo*, el *Corriere della Sera*, entre otros muchos, tienen un programa y un color político, opiniones propias, son republicanos ó monarquicos, opositores ó ministeriales, pero lealmente, y

nunca pretenden ser las dos cosas á un tiempo. Los Icaros de la prensa, pretendiendo volar sin alas, acabarán siempre por estrellarse, cómo él de la fábula.

Si la *Correspondencia* no ha perdido más, débelo, no solo á su antígua popularidad, sinó á la pespicacia desu director, que en cuanto á informaciones ha procurado no dejarse aventajar nunca por otros periódicos.

La prensa española ha acreditado, además, un género de información que en ninguna parte se ha tratado con la amenidad y la brillantez de los diarios madrileños: me refiero á la crónica de salones, bailes, fiestas sociales. Bien es verdad que tampoco en ninguna parte se han dedicado á esa tarea escritores de algún valer, como ha sucedido en Madrid. Ramón de Navarrete (Asmodeo) es más conocido por sus crónicas sociales que por sus obras.

Ya no creo menester hablar de otros diarios franceses, ni mucho ménos de los ingleses: los telégramas, las correspondencias que estos últimos reciben de los centros mas importantes, los minuciosos detalles sobre los sucesos interiores y exteriores con que diariamente llenan sus numerosas columnas ¿qué son, sinó informaciones sobre todo lo que puède interesar á esta ó á la otra parte del público? Sus acreditados corresponsales, que hablan con presidentes, emperadores, reyes y pontífices, que forjan combinaciones, escudriñan el pensamiento de los gobiernos, descubren misterios, hacen revelaciones y pronósticos, aúnque no siempre oportunos y acertados ¿qué son sinó reporters, diremos así, diplomáticos, con preparación especial para el género á que se dedican?

Prescindiendo de la prensa inglesa, cuyo sistema, por adelantado que esté, no se popularizará nunca entre los pueblos latinos, incapaces de leerse diariamente las extensas reseñas de las cámaras, las numerosas columnas de telégramas de lo exterior y las no menos numerosas de correspondencias, porque otro es el carácter de esos

pueblos, inquietos, inconstantes, bullidores, de imaginación mas viva, poco predispuestos á entretenerse mucho sobre un asunto, tan amantes de la forma cómo del fondo, y necesitados, por consiguiente, de otros alimentos intelectuales mas en armonía con sus gustos, prescindiendo de la prensa inglesa, decía, ya hemos visto la importancia que tiene el reporter en la misma prensa latina, y cómo los últimos progresos realizados por esta se basan sobre la amplitud dada á las crónicas locales, á las informaciones del interior ó del exterior.

Sin embargo esas crónicas y esas informaciones ni revelan el desarrollo que aquí tienen, ni dejan de ofrecer un carácter propio bastante diferente del que aquí presentan.

Lo mismo en Francia, que en España y en Italia, todos los materiales de redacción de un periódico, lo mismo los que salen de la pluma del director que de la del reporter, tienen un sabor genuinamente literario, se conoce en cada uno de ellos el esmero, la limadura, el cuidado extraordinario de la forma.

Esto tiene, á mi entender, su explicación lógica.

Por los años en que el periodismo aún no era una institución, ni una verdadera necesidad social, y por consiguiente era limitada la circulación de cada hoja y más limitados aún los beneficios materiales que dejaba la prensa, los hombres de algún valer solo se servían de ella cómo un intermediario, cómo un medio de preparación para alcanzar puestos mejor remunerados, satisfacer ambiciones de otro género. Más tarde, cuando se vió la influencia que ejercía en la opinión, especialmente en los centros donde la opinión se impone y sabe hacerse temer y respetar, cuando se vió que apesar de sus imperfecciones era la verdadera balanza con la cual se pesaban los méritos y defectos de los hombres públicos, así cómo sus aciertos ó desaciertos, y en una palabra todos sus actos, se disputaron el honor de esgrimir su pluma en la prensa periódica los hombres

más eminentes, no solo cómo medio de hacer carrera y realizar sus aspiraciones, sinó también cómo medio eficaz de propaganda, de progreso, de prestar servicios al país; y por último, al desarrollarse, hace unos 20 años, de una manera tan rápida y asombrosa, se vió con las empresas enriquecidas, con las circulacíones enormes, con los servicios bien remunerados, con las ganancias fabulosas, que había asumido caractéres definitivos y estables lo que antes era transitorio, que el periodismo se había convertido en una carrera, que no solo podía dar popularidad y favorecer ambiciones legítimas, sinó también considerables beneficios.

En países donde hay tanta pletora de hombres de letras, donde ni aún los grandes escritores pueden siempre vivir con el producto de sus obras, los literatos habían de disputar los puestos periódisticos á los que, menos eruditos y con menor preparación, pero también con menores pretensiones y exigencias, con menores escrúpulos y con igual ó mayor penetración, empezaban á disputárselos. Quedaron dueños del campo, no sin sufrir aquí y allá derrotas perciales, que les infligen hombres como Peris Mencheta, derrotas que de vez en cuando, sobre todo en Francia, arrancan á los literatos jeremiadas é imprecaciones contra la manía,—así la llaman,—del *reportage*, que según ellos va cortando el vuelo á la imaginación y contra esos indivíduos que son capaces de hacer hablar á los mudos, hacer levantar de su cama á los ministros y oir ellos solos lo que nadie ha podido oir, como si tuviesen algún sentido excepcional.

Hé allí explicado el caracter literario de la prensa de los pueblos latinos de Europa; he allí, para no citar mas que algunos nombres,porque funcionan, cuando ocurre, de reporters, cada uno en su género respectivo ó en varios á la vez Augusto Vítu, Sarcey, Alberto Wolff, Alberto Millaud, Gabriel D'Annunzio, L. A. Vassallo, Matilde Serao, y su esposo Nencioni, Rocco de Zerbi, Luis Alfonso, Ortega

Munilla, Eusebio Blasco, Ramón de Navarrete. La prensa española es la que aún conserva ese caracter literario, que va perdiéndose cada día mas á causa de la multiplicidad de asuntos que van acumulándose poco á poco en las hojas periódicas.

Cierto que en los diarios europeos está mas limitado el servicio de crónica urbana é ínformaciones interiores; pero ni admite mayor extensión su formato, ni la baratura que deriva de la competencia, permite á las empresas sostener un personal más numeroso para distraerlo con ese objeto, ni es tan limitado aquel servicio si se atiende á que muchos asuntos están competentemente tratados en secciones especiales.

No debe olvidarse además,que en Europa aún hay para la prensa una serie de trabas que ya, por fortuna, no existen sinó por tristes excepciones, en América. En Europa hay personas inviolables, una burocracia hereditaria que olvidando terribles y repetidos escarmientos no quiere tener muchas relaciones con el público. Allí han existido preocupaciones, han habido hasta hace poco leyes represivas que han dificultado el desarrollo de la prensa, la cual por eso ha alcanzado mayor vuelo allí donde podía respirar el aire vivificador de la libertad, ó sea en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Francia.

Por lo demás, no hay que achacar en estos tiempos de competencia, importancia al hecho de que se siga este ó el otro sistema, se dé mayor ó menor desarrollo á esta ó la otra sección del periódico. No hay regla absoluta en esto, si bien hay líneas generales perfectamente definidas, que he empezado á trazar y seguiré trazando.

No deben olvidarse nunca las circunstancias del ambiente, el caracter, las costumbres, el modo de ser de cada pueblo. Este con sus gustos determina la composición de los periódicos mas aceptados y que mas circulan casi tanto como la redacción con sus iniciativas.

Por eso en el periodismo, cómo en el comercio, el mejor sistema es el que mas armoniza los intereses de las empresas con los del público.

En Sud América sería tan insensato imitar rigorosamente á la prensa inglesa, habiendo de servir á un público de origen latino en su gran mayoría, cómo fuera imprevisión hacer diarios que reflejasen exactamente á los franceses, españoles é italianos, tratándose de un centro tan cosmopolita cómo Buenos Aires, y de un pueblo que tiene sin duda afinidades de lengua, de raza, de temperamento con los pueblos latinos, pero que no deja de tener al mismo tiempo una fisonomía propia, cualidades y defectos, inclinaciones y costumbres diferentes y que le imponen otros gustos y otras necesidades.



FISONOMÍA DEL REPORTER

Si en Europa, cómo en América, la literatura va cediendo el lugar á la información, si en armonía con los recursos propios y los gustos y tendencias del público, la prensa de todos los países rivaliza en obtener y publicar en cada una de las hojas diarias el mayor número de noticias y detalles sobre el mayor número posible de sucesos de toda clase, así de la ciudad cómo de la provincia, así de la nación cómo del mundo entero, no puede, sin embargo, negarse á los Estados Unidos el mérito de una reforma que representa una verdadera evolución, sinó una revolución, en la manera de ser del periodismo

Allí es donde primero surgió el reporter y realizó sus hazañas mas ruidosas. Allí el sistema del *interview*, imitado, cómo lo demás, por la Europa, aúnque no fuese nuevo, ha tomado carta de naturaleza en las tareas y en las costumbres periodísticas; allí es donde las empresas tuvieron mas audaces iniciativas y arriesgaron más cuantiosos recursos; allí es también donde los periodistas desplegaron, antes que en parte alguna, mas habilidad é ingeniosidad, se valieron de estratajemas, hicieron mayores esfuerzos para sobrepujarse mutuamente y proporcionar cada cual á su diario, así el mayor número de novedades ó informes cómo el mayor número de detalles sobre cada hecho.

Desde que la prensa, secundando las exigencias del público apela á todos los medios inmaginables para conocer la opinión de este ministro ó aquel personage, para obtener aquí un documento, allá una declaracion, se ha dado en decir que el reporter se ha convertido en la sombra negra, en la pesadilla, en una especie de Argos de los hombres públicos, en un mefistófeles de carne y hueso que se aparece en todas partes y cuando menos lo esperan, cómo se aparecen los espíritus á los héroes de los cuentos de Hugo Conway, en un perseguidor que no los deja vivir, que turba sus sueños cómo un remordimiento y del que es preciso guardarse cómo de un enemigo da la propia tranquilidad y de los propios intereses.

Se han empeñado luchas, se han sostenido represalias, Bismark ha empañado su reputación, haciendo correr detrás de los reporters indiscretos un perro exclusivamente educado con ese objeto; Moltke se burlaba en 1870 de los corresponsales, hablando de los trigos y de los tomates de sus posesiones, cuando le pedían noticias de la guerra; Castelar, entusiasta por la prensa, se quejaba, sin embargo, no hace mucho de la tiranía reporticia.

Esto es una injusticia. Nadie ha aprovechado tanto como los hombres públicos en los últimos años el sistema del *interview* y la amplitud dada al servicio noticioso por los reporters. Lo que hay es que solo querían utilizar ambas cosas cuando les pluguiera y esto no podía convenir á las empresas periodísticas. Gracias al asombroso desarrollo y á los colosales elementos que algunas de aquellas empresas lograron acumular, se pusieron en condiciones de luchar, de afrontar con ventaja no solo las resistencias de un hombre público aislado por influyente que fuere, sinó hasta de los gobiernos, á lo menos allí donde las libertades se respetan,

y no . predominan, como en Rusia, una autocracia opresora, ó como en Alemania y Austria, restricciones que distan mucho de ser un timbre de gloria para naciones tan grandes y tan poderosas.

Por eso las críticas no se dirigen realmente contra el sistema, sinó contra los abusos á que se cree da lugar, contra los procedimientos empleados y los medios puestos en juego para llevarlo á la práctica, para dar á la nueva evolución del periodismo la mejor aplicación y el mejor desarrollo posible.

El reporter, dicen, se ha convertido en un juez de instrucción, en un agente de pesquisas mas activo que los encargados de proteger el orden público y descubrir á los criminales, en una especie de alguacil que habría podido figurar dignamente entre los emisarios de Felipe ó entre los bravos de Venecia.

No puede afirmarse en absoluto que en alguna parte no se hayan cometido abusos reprochables porque suele traerlos la rivalidad y la competencia. Llevados del afán de distinguirse, de llamar la atención, de meter ruido, ó dominados por el temor de ser sobrepujados y no llegar á tiempo, es posible que algunos hayan anticipado alguna vez documentos, datos, declaraciones ó conversaciones, cuya publicación hubiera sido prudente retardar ó disfrazar para no comprometer el éxito de los asuntos que con ellos se relacionaban, ni las personas que de buena fé los habían facilitado. Pero sobre que la publicidad suele ser menos perjudicial que el silencio, sobre que las leyes pueden imponer á los abusos el oportuno correctivo, la opinión pública condena y reprocha el empleo de tales medios, infligiendo así con el descrédito á los que de ellos se sirven el mas terrible de los castigos.

No deja también de ser molesto para los que son

actores principales ó parte interesada en sucesos ruidosos ó de escepcional gravedad, para los que por su saber, por sus antecedentes ó por los altos puestos que han desempeñado se hallan en condición de formular juicios autorizados sobre las cuestiones ó conflictos que se suscitan, ocuparse de ellos, tener que satisfacer, só pena de exponerse á críticas ó atraerse enemistades, la curiosidad ajena cuando aún no se ha desvanecido la impresión, el disgusto ó el asombro que los hechos mismos les produjeron.

No es ciertamente muy cómodo para el viajero ilustre, cuando aún no ha sacudido de sus ropas el polvo del camino, tener que concentrarse en si mismo y recordar los antecedentes de su vida y los detalles de su viaje; no es ciertamente muy agradable para los que lloran con el corazón desgarrado la muerte reciente de uno de sus séres mas queridos, tener que comunicar al reporter detalles tan conmovedores como as últimas palabras y los últimos instantes del finado á una con los rasgos principales de su vida, cuyo recuerdo aumenta el dolor y pone mas en evidencia la magnitud de la pérdida; no puede gustar ciertamente á los hombres públicos que acaban de tomar una resolución arriesgada, que acaban de sostener un altercado con un ministro, una discusión vivísima en el parlamento, que han sido víctimas de algún atropello, que se hallan agitados, conmovidos, inquietos por una ú otra causa, tener que serenarse de repente para contestar con calma las interpelaciones del periodista, y no permitirse frases, exclamaciones que puedan comprometerlos y agravar ó complicar el asunto: pero nada hay perfecto en el mundo. Hasta las instituciones que mas benéficas y provechosas han sido para la humanidad, han traido aparejados sus inconvenientes y sus perjuicios. El vapor no ha triunfado

sin atraerse las maldiciones de muchos miles de hombres que vivían con los medios antignos de transporte; la nube que envía el agua bienhechora que fertiliza los campos, envía tambien el granizo que los devasta.

Esos inconvenientes nada significan en comparación de los beneficios que produce la comunicación con el público de una manera tan rápida, amplía, bien calculada y bien expuesta cómo hoy puede hacerlo con sus grandes elementos la prensa periódica.

¿Cuántos nombres ilustres en todos los ramos del saber humano no se han popularizado en breve tiempo con las entrevistas, con las correspondencias, con el telégrafo? ¿Cuán rápidamente no se han propalado algunos hechos plausibles, algunos inventos, algunos conocimientos útiles? ¿Cuán pronto no se ha formado conciencia pública sobre sucesos que antes llegaban tarde y desfigurados á noticias de los más interesados en conocerlos? ¿Con qué facilidad no se han desvanecido ó rectificado por medio de hábiles y oportunas declaraciones en veinte y cuatro horas los juicios exagerados, las apreciaciones arróneas que hubieran podido originar conflictos? ¿Cuantas veces los primeros estadistas contemporáneos, incluso Bismark, no han utilizado el corresponsal ó el reporter para calmar infundadas alarmas ó propagar opiniones que convenían á sus planes y á sus propósitos? ¿Quién hablaría de Boulanger si la prensa no hubiese referido todas sus palabras y no se hubiese ocupado de todos sus actos?

Alto allí, se dirá: hé ahí un ejemplo de los perjuicios que ocasiona y de los defectos de que adolece *el reportaje*. Nada se habría perdido con que la prensa no hubiese hablado, ni siguiese hablándonos de ese hombre.

Detengámonos, sí: porque ejemplo mas elocuente de la eficacia del sistema no podría encontrarse. La

prensa sacó á flote á Boulanger cuando se nutrían grandes esperanzas en él y prometia ser el hombre salvador de la Francia: ¿Que inmenso servicio no habría prestado la prensa á su país, si hubiese acertado en su campaña y podido decir al concluirla: hé ahí el hombre para las circunstancias escepcionales, para los momentos de supremo peligro? No resultó así, porque Boulanger careciendo sin duda del genio que se le atribuía, no supo dominarse, retirarse á tiempo; pero al querer seguir explotando el favor de la prensa, ha encontrado en ella con el descrédito y el ridículo su condenación mas severa.

¡Ah no son los hombres públicos los que mas pueden quejarse de los adelantos, de la competencia periodística, o de la insaciable curiosidad del público; son los reporters mismos que se ven obligados á todas las horas del día y de la noche á llamar á puertas que no quieren abrirse, á solicitar entrevistas con los que no quieren recibirlos, á afrentar la cólera de los personajes irritados, á dejar oir notas extemporáneas allí donde el dolor se manifiesta con todas sus tristezas ó la alegría con todos sus desenfrenos, á vencer mil pequeños obstáculos, mil pequeñas resistencias que le oponen los mismos que resultan beneficiados con su trabajo, sin hablar de las conveniencias sociales, y de la guerra que le hacen todos los que tienen algún resentimiento con el periódico ó no quieren favocerlo.



Apesar de todo esto es, en realidad, sorprendente la maña que se dan los buenos reporters para obtener documentos que nadie quiere dar, para oir conversaciones tenidas á puerta cerrada, para conocer lo que se ha tratado en entrevistas cuyos miembros han jurado no decir esta

boca es mía, para saber lo que ha ocurrido allí donde no han estado, para penetrar allí donde la entrada les es prohibida, para averiguar á todas horas y en cualquier parte y con todos sus detalles un suceso cualquiera.

El que conoce intimamente la vida periodística, podría llenar un libro entero refiriendo hazañas y habilidades reporticias, que tendrían todo el sabor de los cuentos chistosos y de las anecdotas.

Recuerdo, de paso, dos ó tres.

Un personage, tenía no sé qué cuenta pendiente con el reporter de un diario por añadidura poco amigo suyo; ya varias veces se había propuesto castigar su atrevimiento, aúnque se guardase muy bien de revelar á nadie su propósito.

No se ocultó al reporter la temible predisposición del personaje; y estaba en guardia. No tardó en presentarse una cuestión ruidosa: cómo principal actor en ella, el gran personaje hubo de celebrar con otro una conferencia cuyos términos debían tenerse secretos hasta la solución definitiva del conflicto. Concluyó la conferencia á las nueve de la noche: á las diez presentábase el reporter en casa del personaje enemigo á solicitar algunos datos.

Resistióse este último; pero al fin se resolvió á decirle todo lo contrario de lo que habían tratado. Tomó algunos apuntes el reporter, agradeció la atención y se retiró.

Regocijábase nuestro hombre con su travesura y se alegraba anticipadamente por el mal papel que haría el periódico al siguiente día, cuando volvió el de la entrevista para firmas las bases del acuerdo ya establecido.

—Mañana vá á estar divertido el diario Tal: acaba de salir un reporter y le he dicho todo lo contrario de lo que hemos hecho. Si le viene á ver á V. hágame el favor de no decirle nada.—Y aquí le explicó las razones que le inducían á obrar así.

—Pues, hombre, lo siento,—contestó el otro;—porque

hace media hora me vió un reporter del mismo diario y le dije lo que había.

—Por vida de.....¿Y sería, Fulano de tal?

—El mismo.

—Gran pillo, tunante, sin verguenza. Y no me dijo una palabra. ¿Pero no le habrá V. dicho nada de los acuerdos, porque no se pueden hacer públicos antes de que los conozca el presidente?

—¡Ah! eso no.

Y al día siguiente se dió cuenta en el diario de la conferencia y se publicaron también los acuerdos, porque el reporter, al despedirse del personaje, en vez de dirigirse á la calle, se dió una vueltita por el escritorio, donde el escribiente, que no estaba prevenido y además era ámigo suyo, le permitió leer las bases acordadas que le habían entregado para que las copiara.

Otra vez, hallándose el supremo magistrado de un país que no citaremos, en una capital de provincia, expidió un importante documento, cuya copia solo fué permitida al corresponsal de un diario oficioso, con órden de no entregarla á ningún otro.

Se enteró del hecho un amigo del favorecido y no perdió á este de vista. Así es que lo vió franquear su correspondencia, que contenía la copia del documento y tirarla al buzón postal. Media hora después se presentó en la administración de correos á decir que había lanzado en el buzón una hora antes una carta para el director del diario *Tal* (el del amigo) y habiéndose olvidado, algo suplicaba se le permitiese retirarla un momento.

Se accedió á su deseo, y entónces se fué á su casa, abrió cuidadosamente la carta, copió el documento y lo expidió á su diario, que pudo publicarlo antes que ningún otro, porque no expidió hasta el siguiente día la carta del amigo.

A nadie le fué posible averiguar cómo se produjo aquél

milagro, y cómo pudo obtener el reporter la copia que nadie le había facilitado.

Todavía podría citar el caso de otro que una vez jactábase de haber expedido antes que ninguno un extensísimo telegrama desde cierto punto, donde se celebraban grandes fiestas, sin saber que otro reporter más listo que él había logrado detener el telegrama, y paseábase tranquilamente con él en el bolsillo, en espera de que la oficina telegráfica expidiera otro no ménos extenso, llevado por él un poco más tarde.

¿ Quiénes són los que desempeñan el oficio de reporter ?

Son jóvenes y hombres atrevidos, hijos del pueblo y con los sentimientos del pueblo identificados, algunos sin mucha instrucción, ni mucha preparación, ni muchos conocimientos generales, pero vivos, atrevidos, despejados, independientes, medio filósofos y medio observadores, es decir, incapaces de reunir en una síntesis, de medir el alcance, de penetrar la esencia de las cosas, pero muy capaces de darse cuenta de todo minuciosamente y referirlo con exactitud.

Es el soldado de filas á quién le gusta batirse en la brecha. Entretenerse en pulir una frase, en buscar una palabra mas apropiada, en realzar con una metáfora ó una cita oportuna el período, es perder lastimosamente el tiempo. La placida vida del empleado no se adice con su caracter; el trabajo sedentario le aburre. Le gusta el movimiento, el bullicio, las fiestas, la agitación, y cuanto más excitados están los ánimos, y más sucesos raros ocurren y mas anormal es la vida, mejor se halla en su elemento.

Se encuentra siempre dispuesto á emprender la averiguación de un hecho, sean cualesquiera el lugar y la hora, sin medir las dificultades, ni preocuparse de los obstáculos. Nunca se entretiene en rodeos, se va derecho al asunto y tiene buen olfato para conocer en seguida donde puede encontrar lo que necesita.

Es franco, expansivo, locuaz, y afronta con la misma

serenidad y sangre fría así el más humilde trabajador cómo el hombre más encopetado y más ilustre.

Para él las torpezas,los sonrojos,las timideces, las palpitaciones, los tropiezos, los balbuceos de que nos hablan Gau tier y De Amicis en sus respectivas visitas á VictorHugo y Manzoni no existen. Esas son cosas de literatos, invenciones, música celestial. Penetra con la misma tranquilidad en la choza del labrador que en el palacio del monarca ó en los perfumados salones de la dama aristocrática.

El reporter no tiene pretensiones literarias; muy al contrario, manifiesta cierta antipatía hacia los que con su literatura adquieren renombre entre el público y se dan tono en las redacciones de los periódicos. Ni siquiera aspira á cambiar, andando el tiempo, sus tareas con un puesto de redactor: tiene el orgullo de su oficio, cómo los artesanos, cómo los militares, y goza con el efecto que producen en el público sus revelaciones y sus noticias.

Sé muy bien que hay muy pocos reporters en tales condiciones; pero sé también que por eso tal vez son muy pocos los buenos reporters.

En general son estudiantes que buscan en el periodismo una ayuda para concluir la carrera; son hombres expertos, ex-empleados, jóvenes que por cualquier causa no han podido concluir sus estudios, ya muy adelantados; son aventureros que se dedican á ello cómo un medio para buscar ó esperar otra cosa mejor. Pero estos nunca llegan á ser una especialidad como los que toman la tarea con empeño y en esto, cómo en todo, son las especialidades las que se distinguen y llegan á predominar; por eso en Buenos Aires mismo son pocos los que pueden considerarse como buenos reporters y esos pocos han llegado á imponerse á los diarios á quiénes sirven, porque es imposible reemplazarlos con otros mejores.

Réstanos averiguar si el reporter realiza el ideal del buen periodista.

EL VERDADERO PERIODISTA — REPORTERS Y LITERATOS

Con ser el reporter tan útil, con prestar tan importantes servicios, no personifica, no representa el verdadero tipo del periodista.

No se han materializado tanto todavía las sociedades que no quieran ni exigan de la prensa más que simples informes, descarnadas noticias, cómo piden los animales, después del trabajo, las hojas y las yerbas que han de nutrirlos; sienten todavía las sociedades, cómo el indivíduo, después de satisfacer las necesidades mas apremiantes de la materia, la falta de algo que alimente al espíritu, eleve la inteligencia, nutra el corazón, enardezca la fantasía, remueva los sentimientos, secunde ó interprete las pasiones más nobles y las ideas más generosas.

Y esto no se obtiene con la simple exposición de los hechos, por minuciosa que sea, sinó alcanzando el significado de los hechos mismos, formulando juicios, previendo las consecuencias, haciendo relatos en forma que alegren ó entristezcan, que apacigüen ó irriten, que conmuevan ó causen horror.

Experimenta, además, el periodismo, necesidades múltiples de diferente naturaleza, que no podrían atenderse, ni satisfacerse con la deficiente preparación del reporter.

Por eso el verdadero periodista debe reunir á una concepción rápida una preparación especial, á una rara inteligencia y feliz memoria una penetración singular

que le permita comprender y discernir sin vacilaciones el momento en que le conviene eludir ó abordar un asunto, aplaudir ó censurar un acto, emprender una campaña, hacer un esfuerzo, realizar sacrificios. Debe tener una intuición clarísima de las cosas, tiene que dar forma á lo que está todavía en embrión, precisar lo que aún no está definido, adivinar é interpretar ideas, sentimientos, aspiraciones que flotan en la atmósfera, pero que no se han manifestado, debe anticiparse al porvenir, previendo los cambios que los sucesos mismos pueden traer en las opiniones de la mayoría. Si el reporter es el fotógrafo, el redactor debe ser el artista de los sucesos diarios, él que pone en sus crónicas y en sus comentarios aquella parte ideal que educa el corazón, que hace sentir lo que se lee, cómo pone el poeta su inspiración en los versos y el pintor un soplo de su alma y de su genio artistíco en las figuras de los cuadros.

No basta en muchas ocasiones referir todos los espeluznantes detalles de un crimen; es preciso á veces atenuar ó recargar el relato, inspirando no solo horror, sinó odio ó compasión, según los móviles que han impulsado á sus autores y las circunstancias en que se ha cometido. No basta á veces referir hasta la última palabra pronunciada en una conferencia de hombres políticos: es preciso elogiar ó condenar en el acto las ideas, los principios, las teorías sostenidas en la conferencia ó las conclusiones á que se ha llegado, y esto suele ser necesario, lo mismo si el periódico es imparcial y denodado defensor de los intereses generales que si es órgano de un partido y persigue determinados fines.

Por eso el periodista debe poseer de todas las cosas rudimentos bastantes, sino para hacer estudios profundos, para discernir inmediatamente, ayudado de su buen sentido, lo que es bueno de lo que es malo, lo que puede ser un error ó un engaño de lo que puede ser digno de

admiración y de apoyo. Su cabeza debe ser una enciclopedia ambulante, una especie de depósito que contiene infinitos y variados conocimientos, cómo esos almacenes de ultramarinos, que pueden atender todos los pedidos por la variedad y número de los objetos que contienen. Esto no impide que sea la literatura la base de su educación, porque necesitando facilidad y elegancia en el escribir, y habiendo de sacar partido de los afectos, de las creencias, de los sentimientos y de las pasiones de las muchedumbres, alcanzará tanto mas facilmente su objeto y logrará distinguirse mejor, cuanto mayor sea su cultura, mas desarrollado esté en él el sentimiento íntimo que cada uno tiene de lo que es noble y bello, y mas atractivo sepa dar y más agradable hacer lo que escribe. No impide esto que tampoco sean hombres de una preparación especial los que traten determinadas materias y aún es posible organizar las redacciones bajo la base de *especialistas*; pero esto no realiza tampoco el ideal del verdadero periodista, porque resultará siempre que al faltar uno ó varios flaquearán en seguida una ó varias de las secciones del periódico, sino se encuentran pronto reemplazantes. Con redactores dispuestos á todo, por el contrario, es facil suplir todas las faltas y llenar todas las necesidades, sinó de una manera muy competente, cierto de una manera satisfactoria, sobre todo cuando saben disfrazar con la elegancia de la forma la poca consistencia del fondo.

Así es que no comprendo los plañidos y jeremiadas que algunos escritores se han permitido contra las nuevas tendencias y las nuevas formas del periodismo. En libros, en revistas, en artículos se han expresado quejas, se han dirigido ataques contra el reporter. En Francia, donde primero se imitó á Norte América y donde primero, también, con la exageración característica de los franceses, se desacreditó, por medio del abuso, el sistema, no hay

escritor mediano,—y eso que no hay pocos,—que no hayan roto su lanza contra el *Reportaje*.

Los literatos de otros países no se han quedado atrás, sin embargo: Ortega Munilla, Eusebio Blasco, Francisco Silvela y otros, en España se han ocupado del asunto en conferencias y artículos; un inglés chistoso, de los poquísimos que hay entre los ingleses, ha puesto en caricatura no hace mucho el *interview*, calificándolo de «glorioso martirio;» en Italia no han sido menores la lamentaciones.

—El reporter ha suprimido el literato,—se dice,—la crónica menuda el artículo.

—Esto no hace para mi, yo me retiro de la prensa—decíame ha tiempo un periodista amigo que creía reunir muchas cualidades para redactor y muy pocas para reporter. Es triste esto de tener que vencerse á sí mismos, atropellar escrúpulos, desconocer conveniencias, burlarse de las reglas sociales, y dar cómo no recibidos algunos desaires con el solo objeto de obtener informes, datos, noticias á veces tan insignificantes que no valen, no diré la violencia moral que es preciso hacerse, mas ni siquiera el tiempo que se pierde y los pasos que se dan. Pero hay que pasar por ello sin remedio, si no quiere V. dejarse aventajar y á veces avergonzar por cualquiera que sabe menos, pero que cumple mejor. Luego es inútil, yo no tengo la paciencia, ni tampoco la percepción de los detalles y admiro á los que en viendo una persona la describen con todas las particularidades de su fisonomía, de su traje, desde las punta de los cabellos hasta las uñas de los pies, desde el sombrero hasta los zapatos y en cuanto penetran en una casa, ya saben todo lo que hay desde el sótano á la buhardilla.- Y aquí solía referirme algunos casos chistosos que le habían ocurrido en los comienzos de su nueva carrera.

—Comisionado una vez por el director para dar cuenta, con otros reporters de una manitestación, me preocupé poco de sus incidentes, porqué creí que bastaría decir que

en realidad había fracasado, que la concurrencia había sido escasa, poco escogida,, sin entusiasmo, apesar de lo cual la policía había cometido algunos atropellos; y no tardé en quedarme avergonzado delante de otro compañero que vino á comunicar los nombres de los principales manifestantes, el número de estos, los gritos que habían dado, los pelos y señales de las personas atropelladas y hasta la caída sin consecuencia que había sufrido el caballo de un vigilante.

—Otra vez añadía,—fuí encargado á altas horas de la noche de recoger detalles sobre un crimen horrendo que acababa de cometerse en una casa de vecindad. Llegué á la casa, reuní los datos principales, presencié cuadros de desolación que hondamente me impresionaron, y de vuelta á la redacción púseme á escribir con afán, creyendo, al concluir, haber hecho una obra magna con hacer resaltar en el relato, no solo el suceso, sinó la impresión que yo había recibido, la tristeza que infundían la pobreza de cada habitación, las esposas llorando á los maridos, los hijos abrazados á las madres, los ayes desgarradores de una jóven y hermosa muger, tendida sobre un catre y moribunda á consecuencia de una puñalada, los gritos de dos tiernas críaturas que la llamaban con el mas dulce de los nombres.... —Esta vez voy á dar golpe, decía satisfecho para mis adentros.

¿Golpe? En seguida el director me preguntó si no había tomado datos sobre algunas personas de la casa y varios detalles sobre las heridas de que no me había preocupado, y al siguiente día leí en otros diarios relatos mucho mas extensos en que se daba cuenta de personas en que yo no me había fijado, de muebles que no había visto, de palabras que no había oido, de muchas otras cosas que á mi se me habían escapado.

Pero, siguiendo mi consejo y su conveniencia, el amigo

resistió y no tardó en llegar á ser redactor principal de uno de los periódicos mas importantes.

***

Los literatos, y los escritores, á lo menos los que pueden llamarse tales y reunen á la cultura algún ingenio gracias al cual puedan adquirir poco ó mucho valor sus escritos, se espantan por una quimera, se alarman sin fundamento.

Los cambios que el *reporter* y la mayor amplitud del servicio de informaciones han traido en el modo de ser de la prensa son mas aparentes que reales: un progreso suele ser precursor de otro progreso más grande.

El triunfo definitivo en todo suele ser de lo que más vale y más verdaderos méritos encierra. Con mas fundamento podía creerse que perjudicaría á los periodistas—escritores el telégrafo; y sin embargo, sín quitar valor á las correspondencias de los hombres inteligentes y de las plumas bien cortadas, el telégrafo, en vez de rebajarla, ha enaltecido la misión del corresponsal.

Dentro de algunos años, vencidos irrisorios escrúpulos, todos los literatos serán reporters ó lo que es lo mismo, todos los reporters serán literatos: cuando las cantidades sean iguales siempre prevalecerá la mejor calidad.

¿Qué es, en efecto, lo que ha dado fama y preminencias al reporter?

Es la audacia, el despejo, la iniciativa, la habilidad desplegadas para extender, popularizar, democratizar, digamoslo así, el servicio noticioso de la prensa periódica. ¿Acaso no puede también el literato llegar donde aquel llega, averiguar lo que aquel averigua, obtener todo lo que aquel obtiene?

Cuando esto suceda, los hombres de mérito, los artistas, los literatos, los que escriben con elegancia, los que

tienen mirada profunda y saben llegar al alma de los hombres y de las cosas, los que se hallan en condiciones de ver, adivinar, reproducir las inpresiones que reciben ¿no serán acaso preferidos á los que no reunen esas dotes?

Entonces tal vez, serán reporters no solo los hombres despejados y activos, sino á veces también los hombres de genio.

Algo de esto ya empieza á verse en Europa y Norte América, donde la mayor competencia lleva más pronto al perfeccionamiento de todas las innovaciones.

La obra póstuma de Victor Hugo ha revelado que el gran poeta habría podido ser un literato—reporter; los corresponsales de los diarios ingleses, no solo son hombres de una preparación especial, sino hombres de posición, de respetabilidad y de caracter, que llegan á adquirir gran renombre y gran influencia. Los principales diarios franceses, italianos y españoles encargan los *interviews* y la crónica de los actos públicos de mayor importancia á hombres ya conocidos en el mundo de las letras y que pueden representarlos con honor, pronunciando elocuentes discursos y manteniéndose en todas partes á la altura de las circunstancias.



LOS DETRACTORES DE LA PRENSA Y LOS DIARIOS DE OPINIÓN

Cada día realiza el periodismo un nuevo progreso; y cada uno de sus progresos señala otro progreso moral ó material en el seno de las sociedades que lo favorecen.

Extiéndese por momentos su importancia y su influencia; reyes, presidentes, ministros, hombres políticos se ocupan de la prensa periódica y sobre la prensa periódica se discute con frecuencia en los parlamentos, en los consejos de gabinete, en las reuniones públicas.

Pero á medida que esto sucede, á medida que la esfera de la prensa se ensancha, mas se diversifican las opiniones sobre su valor, su papel, su misión, su carácter y sus efectos. Bien es verdad que la prensa no podía eximirse de un fenómeno que se produce, en lo individual como en lo colectivo, cada vez que algo ó alguién llega á sobresalir por méritos especiales y sobre todo á influir de uno ú otro modo sobre la sociedad y sus instituciones. Los grandes estadistas, los hombres políticos, las escuelas literarias, las teorías científicas, las reformas mas benéficas han dado lugar á controversias, han suscitado críticas y elogios, discusiones y ataques; por eso no es de extrañar que haya quien exagera las atribuciones y la misión de la prensa y haya quien desconoce el poder

que tiene, las necesidades que llena, los beneficios que produce.

¿Qué es la prensa?—se preguntaba á sí mismo con su arrogancia acostumbrada el canciller Bismark en célebre discurso pronunciado en el Reichstag á principio del 88;—es tinta sobre papel,—añadía, y detrás de cada artículo un solo individuo que lo manda á viajar por el mundo.

La prensa,—decía á su vez no hace mucho en la Cámara italiana el Sr. Crispi,—era en mi tiempo un apostolado y hoy se ha convertido en oficio. Entonces toda era gente honesta la que tomaba parte en las lides periodísticas; hoy no lo es toda.

Podemos hacer constar con placer que resultan ser casi invariablemente críticos ó detractores de la prensa aquellos que tienen motivo para temer algo de ella y lo que es mas raro aún, aquellos que han empezado cómo Bismark y Crispi, por servirse de la prensa para la propaganda de sus ideas, para emprender alguna campaña en defensa ó en apoyo de un hombres, de un gobierno, de un partido, debiéndola por consiguiente en gran parte su popularidad y su carrera.

Todos los esfuerzos, todos los empeños de los denigradores de la prensa tienden principalmente á hacer aparecer al hombre detrás del periódico, dar caracter individual á lo que es colectivo, atribuir á intereses y opiniones personales lo que representa intereses y opiniones sociales. Pero la prensa tiene fuerza por sí misma, no por lo que son ó lo que significan los periodistas. Un partido es fuerte por su programa y por sus ideas, no por las personas que lo componen.

El hombre desaparece tras de las instituciones, de las grandes manifestaciones de la civilización. ¿Acaso la prensa francesa ejerce menos influencias que la de otros países porque firman generalmente todos sus escritos los periodistas? ¿Acaso son los nombres de estos últimos los que

levantan esas frecuentes borrascas que conmueven y agitan el espíritu de los franceses? ¿Se tienen siquiera en cuenta para nada esos nombres?

Táchanse de ligeros é impremeditados los juicios de la prensa, unas veces por la precipitación con que se formulan, otras veces por insuficiente preparación del que los emite.

Preséntase una cuestión de gobierno, un gran problema social, se dice: el estadista ilustre encanecido sobre los libros y acreditado por sus servicios y sus talentos; el hombre públieo cargado de años y de experiencia necesitan días y meses de estudio, de meditación, de trabajo para encontrar una solución adecuada; y cuando al fin presentan sus resultados, he aqui que un cualquiera, un jóven sin experiencia, un estudiante que aún se halla en la mitad de su carrera, un advenedizo, un desconocido, á veces un comerciante ó un industrial que ha sentado plaza de periodista, ó en la mejor de las hipótesis un escritor de talento, un publicista acreditado, no necesitan preparación, ni estudio, ni meditación para enmendar la plana al estadista ó al hombre público, bastándoles pocas horas para juzgar y desmenuzar lo que ha costado á inteligencias superiores penoso trabajo é infinitas cavilaciones.

Esa observación que á primera vista tomárase facilmente por lógica y fundada está, sin embargo, reñida con la realidad y, si no siempre, en la mayor parte de los casos carece de todo fundamento.

Mientras el estadista cavila y el hombre político estudia la solución de las cuestiones, de los problemas de caracter públicọ, las sociedades que conocen los antecedentes de esas cuestiones, que sufren sus consecuencias, que impelidas por sus necesidades, sus intereses ó sus conveniencias han exigido de los gobernantes se preocupen de tales asuntos, van formando sobre ellos una opinión propia, que

á veces, manifestando y precediendo las resoluciones de los gobiernos, les sirve, cuando son leales y bien intencionados, de guía y consejo; á veces no se manifiesta de una manera tan rápida, se va formando mas lentamente, pero es casi seguro que estará formada, existirá en estado latente cuando las resoluciones aparezcan; y entonces bástale al periodista, penetrado del espíritu popular, conocedor de las necesidades del mayor número, en contacto frecuente con personas de todas las clases, un simple trabajo de comparación para demostrar facilmente si responden ó no los acuerdos á lo que se esperaba, para reflejar en seguida la impresión que las resoluciones han de causar sobre una parte mayor ó menor de la sociedad.

El papel de la prensa en todo lo que se relaciona con la vida pública es mas pasivo que activo; tiende ó debe tender en lo posible á encauzar y dirigir la opinión de la mayoría, pero primero y ante todo procura reflejarla é interpretarla con fidelidad. Es este precisamente uno de los secretos de la prosperidad de un periódico y de los hechos que explican la poca aceptación, que suelen tener los periódicos oficiales ú óficiosos.

En muchas cuestiones la opinión no es unánime. se gradúa, según los intereses, la instrucción ó las conveniencias de las distintas clases sociales; pero al juzgar la intervención que en ella tengan los gobiernos, los periódicos desligados de todo compromiso podrán en seguida reflejar la opinión del mayor número, mientras los que tienen la obligación de defender á los gobernantes se exponen con frecuencia á tener que sostener ideas solo aceptadas por unos cuantos ó en oposición con las de todo el mundo, si se exceptúan á los que se han inspirado en ellas. Esto naturalmente no sucede donde los gobiernos se apoyan en partidos grandes y fuertes, tienen su base de popularidad y quieren y procuran conservarla; allí la prensa oficiosa, cómo en Inglaterra, Italia, Francia y

Estados Unidos, encontrará también mucho favor y podrá luchar mas ó menos ventajosamente con la de oposición.

Así los escritos de un diario de opinión y circulación tendrán el valor que les dá el público, la calidad y el número de los lectores, sin que á nadie importe, ni se preocupe de quiénes sean sus autores. Se dan casos de personalidades ó escritores tan sobresalientes ó tan populares en determinados momentos que á ellos solo se debe el favor, la influencia, el crédito que el periódico adquiere y disfruta; pero estas son excepciones de la regla.

El estilo, la exactitud en los juicios, la previsión en los consejos, la competencia, la erudición, el talento serán méritos de el periodista y formarán su reputación personal, distinguiéndolo entre los demás, cómo el heroismo permite á algunos soldados señalarse entre todo un ejército, y la aplicación de nuevos inventos ó el empleo de nuevos materiales permite á los fabricantes llamar la atención entre el infinito número de productos de su misma clase; pero cómo los esfuerzos del fabricante redundan en beneficio de las industrias y van á confundirse entre sus progresos y el heroismo de los soldados en honor de los ejércitos, y van á confundirse entre sus glorias, los trabajos del periodista se encarnan en el periódico, adquieren el valor y la importancia que este puede darle y producen en la práctica los efectos y los resultados correspondientes, no á sus méritos intrínsecos, sinó á la circulación y al crédito del diario.

Por eso he dicho en otro artículo que un gran periódico puede cambiar de redacción sin interrumpir su marcha ascendente, sin sufrir menoscabo, sin que el público se aperciba ó disguste. Débense las obras colectivas á una serie de esfuerzos individuales; pero cuando la obra llega á adquirir caracter colectivo absorbe facilmente toda individualidad

Las anteriores consideraciones pueden igualmente aplicarse á la prensa política, cuyos juicios se tachan con frecuencia de parciales, apasionados ó injustos, porque se subordinan á las ideas ó conveniencias de partido.

No puede afirmarse que eso no suceda alguna vez y bueno será en determinadas cuestiones políticas tener en cuenta la filiación del periódico; pero en el conjunto de los servicios de este último poco representa la parte política. La prosperidad y circulación de un diario se obtienen en la práctica por los mismos medios, es decir por el valor intrínseco del diario mismo, sea cualquiera su color político.

Si no se quiere reconocer que, independientemente de la politica, puede llenar un periódico grandes necesidades y adquirir en otro sentido méritos extraordinarios cómo, por ejemplo, los adquieren los clericales, cuando olvidando su intransigencia se sacrifican para salvar á un semejante ó socorrer á un desvalido, sin preocuparse de sus opiniones religiosas, será preciso reconocer, cuando alcanza un diario gran circulación, que representa políticamente una masa de opinión considerable, y entonces también logra y merece la influencía y el prestigio á que tal representación le hace acreedor. Además, así como puede un hombre público obtener por su conducta y sus actos los elogios y hasta el apoyo de todos los partidos, puede un periódico defender sus ideas con tal lealtad, sensatez y elevación de miras que estén de acuerdo con ellas hasta los que en los resultados definitivos quisieran llegar á soluciones opuestas. Obsérvase, por otra parte, que cuando los periódicos llegan á tener gran circulación ponen en último término sobre los intereses políticos los intereses periodísticos, colocándose en el justo medio de las cosas y aspirando á representar en todos los casos la opinión del mayor número.

No pretendo con estas consideraciones dar patente de

infalibilidad al periodista, ni considerar perfecta la institución del periodismo: aquel comete sus errores y esta tiene también sus defectos. El aire, que es fuente de vida, trae á veces envuelta en sus moléculas invisibles la muerte; se perjudica alguna vez á la sociedad por los mismos medios con que se la salva frecuentemente de terribles cataclismas. Y son precisamente aquellos que mas se quejan y mas vocean contra los abusos y los extravíos de la prensa los que mayores esfuerzos hacen y mayor interes tienen en desnaturalizar su misión, perdiendo la serenidad y revolviéndose airados contra la institución, cuando se aperciben que ni las riquezas que poseen, ni el poder de que disfrutan, ni los aduladores que los rodean, ni las influencias de que disponen bastan á dar vida á periódicos hechos á su imagen y semejanza, ni á contrarestar los efectos de la prensa justiciera é independiente, que los ataca.

Confundida con las corrientes populares, obligada á hacerse eco y acompañar, más que dirigir, la opinión de las masas, cuyo apoyo necesita ó quiere obtener, la prensa á veces se extravía con ellas, participa de sus odios y pasiones, de sus ligerezas y arrebatos y tiene su parte en la formación de popularidades efímeras, pero peligrosas, cómo la de Boulanger, y tiene su culpa en la adopción de resoluciones arriesgadas y trascendentales, ó en la precipitación de sucesos que pueden llegar á ser funestos, cómo la declaración de la guera franco-prusiana en 1870, cómo en casi todos los conflictos de caracter internacional; pero son casos raros y excepcionales, en que la prensa nada puede contra la obcecación ó el extravío de todo un pueblo ó una parte de él, aunque no deje generalmente, cuando no espera algo de los sucesos ó no persiga fines especiales, de desempeñar un papel moderador. De todos modos la verdad y la sensatez nunca tardan en abrirse paso en el mismo lugar donde hayan sido momentaneamente desconocidas.

No es cierto que la prensa, por haberse convertido en una carrera, haya dejado de ser un apostolado, cómo ha dicho el Sr. Crispi. Descendiendo á los detalles, seguramente encontraríamos diarios buenos y malos, y periodistas excelentes, mediocres ó malvados cómo en todas las profesiones; pero hablando de la prensa en general puede afirmarse que su nivel se ha elevado, porque así cómo antes figuraban casi exclusivamente en sus filas los hombres políticos, ahora no desdeñan en tomar parte también en sus tareas los hombres de ciencia, los literatos, los artistas.

El periodismo es carrera ó profesión, porque desgraciadamente no se ha descubierto todavía para los periodistas ningún secreto que les permita vivir de ilusiones, de entusiasmo, de ideales; pero también es una carrera la política, es una carrera el ejército, es una carrera el profesorado, cobran el hombre público, el militar, el profesor y esto no impide desempeñen una noble misión, realicen sacrificios y dén crédito y prestigio al estado, al ejercito, al cuerpo docente.

El periodismo, además, ha sido siempre una carrera. Cuando fundar y sostener un periódico significaba pérdida casi segura de grandes sumas, porque los gastos eran muchos y los lectores escasos; cuando era preciso escribir sin compensación alguna, se dedicaban al periodismo los que aspiraban á medrar en la política y llegar al poder, lo cual en realidad era buscar una compensación menos segura y menos accesible, pero sin duda mas gloriosa y mas brillante. Si hoy el periodismo empieza á ser, no solo una carrera bien retribuida, sino también para algunos un negocio lucroso, débese á sus progresos, á los progresos de la industria, á la invención del vapor y del telégrafo, á la difusión de la cultura.

Hoy existen en todos los paises civilizados de Europa y América poderosas empresas periodísticas, que no

obstante introducir contínuas innovaciones, realizan cuantiosas ganancias: en vez de buscar tras de ellas á los que las representan con el inútil empeño de achicar su valor ó destruir una fuerza que dentro de ellas no existe, porque depende y deriva del público que las favorece, debería persarse en la suma de esfuerzos y sacrificios individuales que han sido necesarios para formar cada una de ellas, y cuando alguna desaparece, se debería llorar ó lamentár su pérdida, cómo cuando muere un personage cargado de años y de servicios, una industria floreciente, algo que honraba ante propios y extraños al país que lo poseía.



DISCUSIONES Y ESTUDIOS SOBRE EL PERIODISMO

CONCLUSIÓN

Los cortos de vista, los que se hacen ilusiones, los que todo lo esperan de los libros, los que por falta de recursos propios necesitan valerse constantemente de las concepciones agenas, los que no tienen talento, ni pueden persuadirse de que lo tengan los demás, ni concebir siquiera en que consiste verdaderamente, es probable sufran, al hojear este último estudio sobre el periodismo, una decepción, como la sufren muchos y de una manera mas perjudicial en la realidad, cuando creyendo que basta imitar á los mejores diarios, atender las indicaciones de estos ó de aquellos escritores, introducir estas ó las otras reformas para dar vida ó hacer prosperar un periódico, se admiran de que sus previsiones no se cumplan, ni sus esfuerzos y sacrificios den resultado.

Se habla aquí mucho del periodismo,—exclamarán—se enaltecen su importancia y su influencia, se bosquejan algunas escenas íntimas y reales de la vida periodística, se exponen algunas de las cualidades que se requieren en la gente del oficio, se presentan algunos de sus rasgos, pero no se dice, al fin y al cabo, como se hace un buen periódico, cuales son los mejores medios de granjearse el favor público, en qué consiste que teniendo á veces dos diarios los mismos elementos, sosteniendo el mismo programa

político, inspirándose en los mismos propósitos y siguiendo la misma corriente de ideas, encuentra el uno tanta aceptación, y arrastra el otro mísera y lánguida vida.

Pásales á estos cómo á los poetastros que estropeando á Victor Hugo y Lamartine se admiran de que no se proclame su inmortalidad, ó á los que imitando las licencias pornográficas de Zola, no se explican cómo no se lean, ni obtengan la misma popularidad sus novelas.

¿Acaso lo que se observa en el periodismo no sucede también en las demás manifestaciones de la inteligencia humana, aún en las mas positivas, como las que se relacionan con la industria y las ciencias?

Dos artesanos harán con los mismos materiales y los mismos instrumentos un mismo objeto; pero según su capacidad y habilidad tendrá uno de esos objetos mucho mas valor que el otro. Copian dos pintores un mismo lugar desde un mismo punto: nada tiene el uno que no esté al alcance del otro. Hacen aparentemente el mismo paisage, pero en el uno ha sabido transfundir el artista su inspiración, una parte de los sentimientos que despertaba en su alma la vista del pintoresco panorama que debía representar; el otro es frío, sin expresión, sin poesía y revela que el artista no ha sentido nada, no ha visto mas que la luz y las sombras, las formas del terreno y de los árboles. A primera vista y acaso por algún tiempo el vulgo concederá el mismo valor á los dos paisages; pero poco á poco irá notándose la diferencia y con el cambio de opinión, vendrá el triunfo para el uno el olvido para el otro.

En las manifestaciones de la inteligencia el premio, al fin y al cabo, es para los hombres de ingenio, para el talento, aùnque lo retarde á veces mucho tiempo la maldad humana, amargando la legítima satisfacción que debiera producir su logro; y sin embargo cuantas desilusiones, padecimientos, y desengaños sufren muchos por no persuadirse de verdad tan sencilla y resistirse á reconocer en los

demás cualidades que ellos no poseen, pero que se empeñan en creer que poseen.

El ingenio, el talento no se explica, ni se adquiere: se tiene.

Por eso las reglas, en el periodismo cómo en la literatura, en las artes cómo en las ciencias, no son mas que auxiliares y si para alguién llegan á serlo todo, se puede tener la seguridad de que no tiene capital propio. Por esto valen tan poco muchos hombres que tienen la cabeza llena de teorías, de fórmulas, de reglas, que saben de memoria las gramáticas, los diccionarios, los tratados de retórica y que excitan la compasión ó la risa cuando quieren aplicar todo el inmenso bagaje que han acumulado en su cabeza; por eso han alcanzado la inmortalidad, muchos escritores que no habían saludado nunca las prescripciones de la retórica ó de la poética. Los primeros se parecen á esos empleados que administran por un mísero sueldo inmensos bienes agenos y viven en la mayor estrechez; los segundos se parecen á los hombres que viven á la buena de Dios, sin ruido ni ostentacióu, pero poseyendo millones que invierten en fábricas, en haciendas, en obras duraderas, benéficas, reproductivas.

O responde un periódico á un momento sicológico de la opinión y en esto ya estriba su mérito, ó puede haber algo en su redacción, en su composición, en su conjunto que lo haga superior á los demás.

El público tiene sus gustos, sus rarezas, sus caprichos y en acertarlos y en la manera de secundarlos revela sus talentos el periodista. Sobre alguno de los gustos del público, sin embargo, se ha discutido y se discute continuamente, discusiones que adquieren con frecuencia actualidad é importancia por la competencia que se establece entre algunos periódicos y el rápido progreso de algunos otros.

Tres conocidos y respetables publicistas neoyorquinos

por ejemplo, se han preocupado de la decadencia de los artículos de fondo, decadencia que ha traido una disminución en el poder del periódico para determinar y encauzar la opinión. En cambio observan que la sección de noticias es mas amplia y variada, y la devora con preferencia la generalidad, que busca hechos mas bien que juicios.

Mr. Mabie, director del «Christian Union» atribuye dicha decadencia al hecho de que hoy no existen grandes problemas que tratar y á que el público, habiendo alcanzado mas alto nivel intelectual no depende tanto del periodico para formar sus juicios; pero Mr. Ottendorfer, director del *New Yorker Staats Zeitung* opina precisamente lo contrario, es decir que hay mas que nunca problemas nuevos que tratar y que el nivel de la cultura general nunca llegará á ser tan alto que haga innecesario el magisterio de la prensa.

Mr. Georges Yones, director del *New York Times*, cree á su vez que los editoriales ya no se leen, porque son pesados, porque han perdido su caracter literario, que hacía al par que instructiva agradable su lectura.

Un periódico europeo, terciando en la contienda, atribuye el hecho á la manía y á la explotación del *sensacionalismo*, no solo en América sinó también en Europa. Juzga perjudicial la extensión dada al relato del divorcio, del crimen, del duelo, de cuanto puede producir la emoción que halaga los instintos brutales del mayor número. Cita á los periódicos ingleses cómo superiores á los americanos por sus magníficos editoriales y hasta por la brevedad y terzura con que dan las noticias de la ciudad cuando no son de extraordinaria importancia.

Por nuestra parte observaremos que en realidad, mas que á los periodistas deben atribuirse al público los defectos señalados y las modificaciones introducidas en la prensa periódica. La prisa es la característica de la época,

y esa inquietud, esa impaciencia que nos hace ir de un lado para otro, que infunde en cada uno de nosotros un deseo inextinguible de cosas nuevas, , raras, extraordinarias, predomina también en las masas y las hace ávidas de emociones, de impresiones, de sobresaltos de todo lo que habla á los sentidos y á las pasiones mas que á la inteligencia, de todo lo que rompe la monotonía desesperante de la vida.

Además no debe olvidarse que los libros, las revistas, las publicaciones profesionales con su baratura y propagación han quitado á los juicios y á las enseñanzas del periódico gran parte de su valor y de su prestigio.

Discútese también de vez en cuando sobre la calidad de los materiales periodísticos, sobre su disposición, sobre la preferencia que dá el público á tales ó cuales materias, sobre el auxilio que los avisos y el habito que llegan á adquirir los lectores prestan á la vida y circulación de un diario, sobre el periodismo considerado cómo oficio y medio de vida para los que lo ejercen, sobre el valor de sus críticas y de sus elogios, sobre otros muchos puntos que entran en la esfera de la prensa; pero son discusiones estas que no arribarán nunca á nada concreto mientras haya diferencias en las inteligencias de los escritores y variedad en los gustos de los lectores, á no ser que llegue algún día á reglamentarse la confección de un periódico, como se reglamentan los deberes de un empleado ó los movimientos de un cuerpo de tropas.

En cuestiones menos difíciles, pero no menos discutidas, cómo la de si debe ó no guardarse silencio sobre los suicidios y los duelos para evitar la funesta influencia del mal ejemplo y los perniciosos efectos de la notoriedad, que puede llegar á ser cómo un aliciente para ciertas naturalezas vanidosas é impresionables, no ha sido tampoco posible uniformar las opiniones y llegar á un

acuerdo, cómo no es posible pretender que dos fabricantes tengan los mismos obreros, empleen las mismas máquinas y los mismos materiales, sigan los mismos procedimientos, hagan completamente iguales sus productos y uniformen sus precios. Ni siquiera se ha logrado averiguar hasta ahora la verdadera influencia que ejerce la publicación de tales noticias.

La realidad, los hechos, no las teorías ni las reglas, son los únicos que pueden tener en todo esto algún valor, y ellos prueban que mas prosperan, no siempre rápidamente ni sin grandes sacrificios, aquellos periódicos que saben llevar á la mas alta expresión las informaciones, la variedad de los materiales, el mérito de los escritos, ó que mejor saben interpretar el espíritu, satisfacer las necesidades y gustos de cierto público ó de ciertas clases. Y como de esto se colige facilmente que se hallarán en mejor situación de cumplir esas condiciones los que dispongan de elementos mas poderosos y de sumas mas cuantiosas, resulta que va siendo cada dia mas difícil dar vida propia á toda nueva publicación. Las grandes empresas oprimen á las pequeñas, cómo los grandes establecimientos perjudican á los pequeños talleres.

Pero mas que averiguar los gustos del público, los secretos para hacer prosperar un periódico, mas que discurrir sobre los artículos de fondo, las variedades, las correspondencias, las noticias, los telegramas, los diferentes servicios y materiales varios de un periódico, habría un estudio interesante que hacer, difícil ciertamente pero provechoso, el de averiguar la influencia que la prensa ha ejercido sobre las sociedades modernas, la parte que le corresponde en los progresos realizados por cada país, en las transformaciones ó evoluciones políticas, sociales, económicas, industriales, artísticas, literarias, que vienen efectuándose desde hace medio siglo.

Habría que averiguar en que medida ha contribuido con

su propaganda á la independencia de algunos pueblos y á obtener libertades en casi todos; y aúnque parezca difícil ese estudio de todas las influencias y de todos los beneficios de la prensa por la imposibilidad de deslindar los resultados, es indudable que ha de llevarse algún día á lo menos hasta el límite á que se ha llevado ó se llevará el estudio de las influencias del arte y de la literatura en la vida de cada pueblo.

Ya es tiempo de echar sobre sólidos cimientos la historia del periodismo, no menos necesaria en adelante que la historia de la literatura para conocer el desarrollo y la vida intelectual de las naciones; porque si la recompensa ha de ser proporcionada al trabajo y al mérito, y la justicia, aúnque tarde, ha de llegar alguna vez para todo lo que es grande y benéfico, parece imposible deba borrarse hasta el recuerdo de esos grandes diarios que en Europa y en América han gozado por tantos años de influencia, de popularidad y de prestigio.



INDICE

Páginas.

El periodismo por dentro

